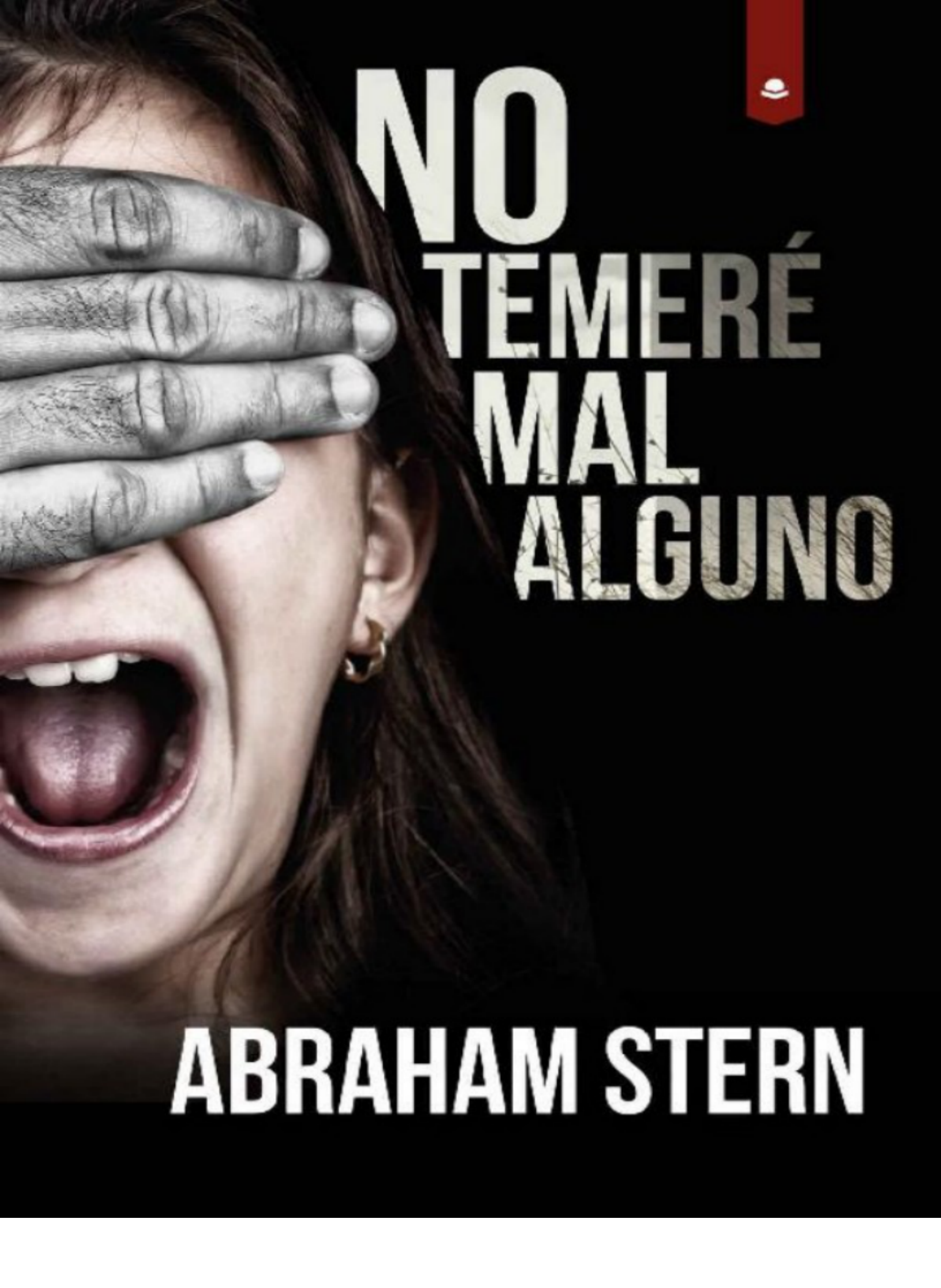

NO TEMERÉ MAL ALGUNO
ABRAHAM STERN

No temeré mal alguno

Abraham Stern



Primera edición: agosto 2019
ISBN: 978-84-1338-362-0
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www. editorialcirculorojo. com
info@editorialcirculorojo. com
Impreso en España - Printed in Spain

A los de siempre, los incondicionales, los que nunca me negaron su hombro cuando desfallecía, con los que he saboreado cada una de mis victorias y llorado mis noches de tormento. A aquellos sin los cuales esta vida no sería más que un espacio vacío perdido en el infinito.

Sus nombres están grabados eternamente en mi corazón.

16 En aquel tiempo vinieron al rey dos mujeres rameras, y se presentaron delante de él.

17 Y dijo una de ellas: «¡Ah, señor mío! Yo y esta mujer vivimos en la misma casa, y yo di a luz estando con ella en la casa.

18 »Y aconteció al tercer día después que yo di a luz, que esta dio a luz también, y estábamos juntas; ningún extraño estaba en casa, sino nosotras dos en la casa.

19 »Y una noche el hijo de esta mujer murió, porque ella se acostó sobre él.

20 »Y se levantó a medianoche, y tomó a mi hijo de junto a mí, mientras tu sierva estaba durmiendo, y lo puso a su lado, y puso a mi lado a su hijo muerto.

21 »Y cuando yo me levanté de madrugada para dar el pecho a mi hijo, he aquí que estaba muerto; pero lo observé por la mañana y vi que no era mi hijo, el que yo había dado a luz».

22 Entonces, la otra mujer dijo: «No, mi hijo es el que vive, y tu hijo es el muerto». Y la otra volvió a decir: «No, tu hijo es el muerto, y mi hijo es el que vive». Así hablaban delante del rey.

23 El rey entonces dijo: «Esta dice: "mi hijo es el que vive, y tu hijo es el muerto"; y la otra dice: "No, el tuyo es el muerto, y mi hijo es el que vive"».

24 Y dijo el rey: «Traedme una espada». Y trajeron al rey una espada.

25 En seguida el rey dijo: «Partid en dos al niño vivo y dad la mitad a la una, y la otra mitad a la otra».

26 Entonces, la mujer de quien era el hijo vivo habló al rey (porque sus entrañas se conmovieron por su hijo), y dijo: «¡Ah, señor mío! Dad a esta el niño vivo y no lo matéis». Pero la otra dijo: «Ni a mí ni a ti; partidlo».

27 Entonces, el rey respondió y dijo: «Dad a aquella el hijo vivo, y no lo matéis; ella es su madre».

28 Y todo Israel oyó aquel juicio que había dado el rey; y temieron al rey, porque vieron que había en él sabiduría de D-os[1] para juzgar.

1 Reyes 3:16-28

---

1 A largo de la novela el lector podrá notar que el nombre de D-os está escrito de forma diferente. En el judaísmo —religión que profesa el autor—, no se puede escribir el nombre de D-os en lugares que pueden ser desechados o borrados y se mantiene como precepto, en todo momento, la obligación de tratar el nombre de D-os con reverencia y respeto.

CAPÍTULO 1

Tan solo pasaron unos cuantos segundos para saber que estaríamos unidas para siempre. La tenía entre mis brazos, con su llanto milagroso, su cuerpecito aún cubierto de manchas de sangre y ese cordón umbilical azulado que se escapaba entre las franelas que la protegían del frío invierno. Nunca me olvidaré de ese momento; tuve la vida en una mano y la muerte en la otra. Cuando observé el manto de sangre entre las piernas, supe que su madre nunca tendría la dicha de acurrucarla como ahora yo lo hacía, y que la señora no lograría salir con vida de aquel parto.

—No te preocupes, mi niña —le susurré, juntando mi nariz con la de ella.

—¡Salgan todas del cuarto! —gritó la matrona con sus manos cubiertas por la sangre que emanaba desde el vientre.

Todos esperamos fuera de la habitación, sabiendo que la muerte nos pisaba los talones y lo que pronto vendría. Sí, todos menos el señor Christopher Thomas, quien aguardaba inquieto en una silla desvencijada sin saber que su esposa batallaba entre la vida y la muerte. Fue así como a las dos de la madrugada de aquel domingo 21 de enero de 1967, nació aquella hermosa niña de suaves cabellos que, sin saber distinguir el tono oscuro de mi piel, me miraba como si yo fuese su madre. Quince minutos después moría desangrada, y mucho antes de su tiempo, la mujer más amorosa y solidaria que conocí en todo Luisiana.

—La llamaremos Madeleine, como mi madre —le dijo el señor Thomas al obispo de la ciudad antes de que terminara el sepelio—. Me gustaría bautizarla lo antes posible.

En mi memoria no guardo recuerdo alguno de cómo llegué a Thomasville, una gigantesca plantación de algodón ubicada en la villa de Natchez, justo en las riberas del río Misisipi. En la inocencia de una mente que aún no entendía del odio, de niña llegué a pensar que las

novecientas hectáreas de aquellos hermosos terrenos nos pertenecían, sin saber, claro está, que mis tatarabuelos llevaron sobre sus hombros esa industria algodonera bajo las cadenas de una esclavitud que los condenó a morir en vida, y con latigazos que dejaban en carne viva sus espaldas y cicatrices en sus almas ya de por sí petrificadas. Cuando mi madre me contó lo que en realidad sucedió en aquel lugar, quise salir huyendo y no regresar jamás, pero ¿qué podía hacer una adolescente de color en medio de la discriminación que se vivía en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial? Nada, absolutamente nada, y como en la vida hay cadenas imaginarias que pesan más que una tonelada de acero, no tuve otra opción que quedarme en estas tierras, secuestrada por mi propia falta de estima personal.

Los años de esclavitud habían terminado hacía ya muchísimos años, pero no el abuso y la discriminación. El papá del señor Christopher —Nathaniel Thomas—, algo arrepentido por lo que hicieron sus antepasados, nos regaló, a una veintena de familias, aquellas casuchas blancas de madera áspera y techos rojizos con cientos de goteras que durante casi doscientos años refugiaron los cuerpos maltrechos de los esclavos que murieron trabajando en estas tierras sin recibir un centavo a cambio. No vayan a creer que Nathaniel Thomas fue un buen hombre; estuvo muy lejos de serlo. Mi padre siempre dijo que lo hizo porque llevaba meses sufriendo de horrendas pesadillas y solo así había logrado al fin conciliar por unos instantes el sueño. A pesar de aquella cortesía, la verdad es que después de eso nunca más volvió a hacer nada por aliviar nuestras empobrecidas existencias. Superando todas las limitaciones con las que vivíamos, mis padres se aseguraron de darme la mejor educación en la escuela pública del condado y, aunque no lo creas, terminé la secundaria sabiendo de todo un poco y con una beca en la Universidad de Alabama que nunca me animé a tomar. ¡No me mires como si estuviese loca! Ni pienses que por ello no seguí estudiando el resto de mi vida. Mi padre había envejecido y mi madre agonizaba a expensas de un cáncer cervical que la destruyó por dentro. La verdad es que no pude dejarlos solos y cuando no estuvieron más a mi lado ya era demasiado tarde para volver a las aulas.

Nuestras vidas cambiaron por completo cuando Nathaniel Thomas murió y le dejó el legado de su imperio al joven Christopher. El nuevo señor de aquellos enormes sembradíos sí que llevaba dentro de sus venas una sangre renovada, libre de prejuicios y con el oficio en su alma de reconstruirnos la vida de una vez por todas. Lo primero que hizo fue arreglar aquellas casuchas y adecuarlas para que por fin viviéramos con dignidad y esperanza. Aún recuerdo aquel televisor que vi por primera vez, el olor a pintura fresca, los ventanales que dejaban ver las estrellas en la noche y ese piso de cerámica frío que no

dejaba astillas de madera incrustadas en mis pies. Fue como volver a nacer. También nos construyó una nueva iglesia, celeste como un cielo despejado en primavera y con una organeta llena de suaves melodías que me hacían pensar que los ángeles estaban bien cerca de nosotros. Fueron días maravillosos. Nos dio trabajos dignos, con uniformes nuevos, zapatos que no maltrataban los dedos y pagos quincenales que no se podían gastar por más que uno lo intentara. Por primera vez en mi vida ahorré más de diez dólares en un solo mes y me sentí la mujer más rica del mundo. A partir de ese día comencé a gastar la mitad de mi nueva fortuna en una colección de libros que no podía dejar de leer y con esas obras —que aún guardo en mi mente—, completé todo lo que no logré aprender en aquella universidad que tuve que dejar en el olvido.

No transcurrieron más de dos años en aquel oasis cuando una noche el señor Thomas nos invitó a su hermosa casa. Estaba bordeada de una veintena de columnas blancas, altas como el ciprés de los pantanos, con finas alfombras y gigantescas cortinas de gamuza roja que bailaban al vaivén de la cálida brisa de la noche. Aún recuerdo ese olor a lavanda que brotaba de los enormes jarrones de porcelana cubiertos con un centenar de florecillas primaverales. Nos vestimos con nuestros mejores trajes y nos juntamos en el salón principal de aquel palacio, todos boquiabiertos, esperando que algo extraordinario sucediese.

—Les tengo una sorpresa —dijo el señor Thomas al tiempo que golpeaba una copa de cristal con una cuchara de plata—. Les presento al amor de mi vida, mi compañera, mi esposa, la señora Lauren Thomas.

Todos aplaudimos emocionados cuando la vimos bajar de aquella gigantesca escalera acaracolada que parecía iniciar en el mismo cielo. Llevaba un hermoso vestido rosado que ajustaba su esbelta figura, con un sombrero del mismo tono apoyado sobre sus castaños cabellos. Admiré su belleza sin evitar compararla con Jackie Kennedy, la esposa del presidente, aquel hombre blanco que, sin tener un acento sureño como el nuestro, hablaba de Martin Luther King, de la libertad, de los derechos de nuestra gente, y me sentí impresionada. No sé qué fue lo que le llamó la atención o por qué motivo se fijó en esta negra gorda y tímida, pero a partir de esa noche me convertí en la nana de sus hijos, en su confidente y en su amiga.

Lauren Thomas tuvo cuatro embarazos, uno detrás del otro, como si supiera de antemano que la vida pronto se le acabaría. Los dos primeros le trajeron un par de varones saludables, en el tercero la niña nació sin vida, y en el último ella misma se nos fue sin que nos diera la oportunidad de darle un último abrazo.

No recuerdo haber llorado tanto como aquella noche, con la niña

siempre en mis brazos, justo al lado de mi única hija Natalie —quien a sus seis años todavía no entendía lo que sucedía—, y algo enojada con una vida que me castigaba más de la cuenta, le agradecí a D-os por permitirme tenerlas a ambas bien cerca de mi corazón.

—¿Me la vas a cuidar como si fuese tuya? —me preguntó el señor Thomas antes del funeral de mi querida Lauren.

—Por supuesto —le contesté, agarrándole una mano y con la otra secándole las lágrimas que corrían sobre sus mejillas—. La voy a proteger con todas las fuerzas de mi vida.

—Gracias, Stella —me dijo con la mirada perdida—. Lauren siempre te quiso como a una hermana.

—Lo sé —le dije sin saber lo que el futuro me tenía reservado.

Los siguientes años se los dediqué con toda mi fuerza a Madeleine, a sus dos hermanos mayores y a mi hija Natalie, que se rebelaba a diario sin razón alguna (al menos eso pensaba en ese momento), y quien antes de cumplir los veinte años se dejó embarazar por un don nadie, vagabundo y vividor.

Durante el resto de mi vida llevaría el dolor de aquella tarde de agosto de 1981. Hacía un calor infernal, sofocante, tan agobiante que los clavos que unían los tablones de madera crujían con ganas de refugiarse en un lugar más fresco. Madeleine —al igual que todos los días— terminaba con sus trabajos de colegio, y yo, que a mis cuarenta y cinco años ya no aguantaba las desveladas de mi nieta recién nacida, la miraba desde la mecedora con ganas de cerrar por un instante mis ojos. Pudo más el cansancio que mi voluntad y antes de darme cuenta me quedé rendida del agotamiento.

Ella recién cumplía los catorce y, aunque aún tenía el cuerpo de una niña, ya era toda una mujer. Es increíble lo que a veces hace la naturaleza con las personas, pero les puedo garantizar que esa niña todavía no estaba lista para los agobios menstruales. Entre mis agotamientos de media tarde y el extenuante calor del verano de Luisiana, mi niña salió a jugar con los capullos de algodón que revoloteaban en el aire, justo cuando estaban siendo recogidos por enormes tractores y por un puñado de paisanos acostumbrados a sobrevivir al trabajo del campo bajo el látigo de ese sol ardiente. A Madeleine siempre le fascinaron los capullos de algodón, blancos, suaves como los pétalos de una rosa, y desde que tengo memoria jugaba con ellos en la época de su cosecha. Esa tarde no fue diferente. Llevaba puesto un lindo vestido celeste sin mangas, con sus zapatos de cuero blanco, sin medias, y se fue en busca de esos mágicos botones de algodón. ¿Alguna vez los has visto volar? Es algo hermoso. Miras hacia el cielo y da la impresión de que una nube se ha fragmentado en mil pequeños trozos de esperanza.

§

Cuarenta minutos más tarde sintió el cansancio en su cuerpo y la necesidad de ir al galerón en donde se almacenaban los botones de algodón antes de ser procesados. Subió al segundo piso y se lanzó sintiendo que flotaba sobre ellos. Estiró sus piernas, sus brazos y dejó que toda esa suavidad la envolviera y la acurrucara. Para cuando cerró los ojos ya era demasiado tarde. Una mano blanca y áspera le tapó la boca y sintió el sudor que bajaba de sus fuertes antebrazos.

—Si no gritas, te prometo no hacerte daño —le dijo el hombre, que con su otra mano le arrancaba las pequeñas bragas de sus piernas —, pero si haces ruido o te mueves te rompo el pescuezo.

Por más que trató, no pudo soltarse. El maldito pesaba mucho más que ella y cuando sintió que la respiración se le acababa, le mordió la mano tan fuerte como pudo.

—Te dije que te quedaras quieta, perra —gritó mientras miraba la marca de los dientes en su mano y la abofeteaba una y otra vez con una fuerza endemoniada.

Los golpes la dejaron aturdida, semiinconsciente y con dos pequeños brotes de sangre en su boca y su nariz, que se absorbían en los mismos capullos de algodón que ahora se le mostraban como una tortura. Simplemente se dio por vencida y sin tener la menor idea de lo que ocurriría, cerró los ojos y rezó en silencio el salmo veintitrés que desde pequeña memorizó: «El Señor es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo…». Antes de que pudiese terminar su plegaria, sintió la mano agresora sobre su vientre, los dedos secos como la corteza de un árbol y, sin nada que la preparara, percibió como la destrozaban por dentro. Sus músculos desgarrados cedieron como ceden las cuerdas tensas de una guitarra maltratada, percibió un dolor irreconciliable y fue entonces cuando gritó lo más fuerte que pudo.

§

Al escuchar aquel alarido pidiendo auxilio, desperté angustiada y sabiendo que algo terrible había sucedido. La noche ya cubría el firmamento y en mi desesperación lo único que logré percibir fue la luz de la luna que me alumbraba el rostro como advirtiéndome de una tragedia. Corrí lo más rápido que pude, pero mis rodillas gordas y desgastadas no me permitieron llegar más aprisa. A medio camino, con el polvo de la ventisca bloqueando mis pulmones y sin el aire suficiente para pedir ayuda, escuché aterrorizada la detonación de la escopeta. Cuando llegué ya era demasiado tarde. Subí sobre una de las montañas de algodón y la vi allí, tendida, con las enaguas alzadas, las

piernitas abiertas y ensangrentadas, su carita inflamada, con moretones y rasguños que la hacían casi irreconocible. La tomé en mis brazos, llorando, al igual que el día en que nació, y, aunque aún respiraba, su cuerpo colgaba inanimado entre mis manos. El desgraciado —que había violado a más de ocho muchachitas en los últimos seis meses y era buscado por la policía en todo el condado— yacía boca abajo, con sus asquerosas nalgas blancas al aire, los pantalones a la altura de sus rodillas y la espalda con una docena de sangrientos agujeros. Mi hermano, Tyrone Smith, aún sostenía la escopeta y esperaba exaltado junto al cuerpo. Pasé justo a su lado y, aunque parezca descabellado, quise matarlo una vez más. Sí, por segunda vez. ¿Sabías que hay gente tan mala en este mundo que merece morir repetidamente? Ese malnacido era uno de ellos.

Esperamos más de doce horas en la sala de emergencias del único hospital decente de Natchez y no tuve la valentía ni el coraje para dirigirle tan siquiera una palabra al señor Thomas. Me sentía culpable, avergonzada, impotente, y ante mi silencio sepulcral fue él quien rompió el distanciamiento.

—No es tu culpa, Stella —me dijo antes de que yo estallara en un llanto descontrolado.

—Me quedé dormida, señor Thomas. Me quedé dormida justo cuando más me necesitaba —le imploré buscando un gramo de perdón.

—Son los designios de D-os y Él solo nos manda aquello que podemos llevar sobre nuestras espaldas —me dijo secándome con su pañuelo el lagrimeo que no cesaba.

Nunca logré comprender bien de dónde el señor Thomas encontró tanta serenidad en las viejas estructuras de nuestra fe religiosa, pero hoy, después de todos estos años y de las tragedias que compartimos, sé que fue la única forma en que pudimos sobrevivir a nuestras complicadas existencias.

Para cuando el doctor salió, pensé que la habíamos perdido para siempre. Era un hombre ya entrado en años, con cabellos blancos y una cara paliducha que no prometía buenas noticias.

—La niña fue violada —dijo como si fuéramos un par de ignorantes.

—¡Eso ya lo sabemos! —le contesté, enfurecida.

—Pues tuvo un desgarro vaginal con hemorragia profusa —replicó mientras terminaba de completar el reporte policial—. Además, presenta edemas en los genitales externos, desgarro en la cara lateral hasta el cérvix, desgarro del labio menor y a nivel de la horquilla vaginal. Fue necesario operarla de emergencia, pero logramos detener el sangrado y suturar los desgarros.

No le entendí una sola palabra de todo lo que se dejó decir y en

mi corazón destrozado solo me interesaba saber una cosa.

—¿Se va a recuperar? —preguntó el señor Thomas, quitándome las palabras de la boca.

—La niña ya no corre peligro —dijo el médico—. La voy a dejar una semana en observación; además, le he prescrito un tratamiento de antibióticos, dos semanas de reposo absoluto y medicación para la anemia.

—¡Bendito sea D-os todopoderoso! —exclamé, hincándome sobre el piso.

—¿Ves lo que te dije? —me indicó el señor Thomas—. El Señor solo nos manda aquello que podemos soportar —suspiró desde sus entrañas, con alivio, y mientras me abrazaba en el piso me susurró al oído—: ¡Nadie muere nunca antes de su tiempo, nadie!

Es simpático, pero ahora que lo recuerdo, cada vez que la muerte ha rozado mis pasos se aleja dejando una estela de vida, un hálito de esperanza. Es como si cuando alguien muere, otro nace. Se va una vida, pero florece una nueva historia. Se eleva un alma, pero del cielo se desprende un legado desconocido. Y es que en esta vida frágil y hermosa que nos han regalado no puede existir un comienzo sin que le preceda un fin, y después de haber enterrado a todos mis muertos, que han sido muchos y muy diversos, sé que la muerte no es otra cosa que el principio de algo nuevo.

Lo que no me resulta gracioso es la forma en que la vida nos agobia con sus problemas. ¿Alguna vez has notado que las malas noticias nunca llegan solas? Si hay algo que he aprendido en todos estos años es que siempre que algo malo sucede, viene acompañado con alguna otra sorpresa. Es algo así como si las malas noticias decidieran emprender sus viajes contra nosotros los mortales, agarraditas de la mano, en grupo, con ganas de hundirnos no una, sino varias veces, como para recordarnos que no somos absolutamente nada y que merecemos ser castigados una y otra vez.

CAPÍTULO 2

No sé si fue contra mí, contra el señor Thomas o contra la niña Madeleine (quizás fue contra los tres), pero la vida no se dio por satisfecha con aquella horrenda violación. Como si quisiera echarnos fuego en la llaga —que aún estaba fresca y maloliente—, decidió insultarnos una vez más y encajarle a la pobre mujercita un embarazo que nos recordaría por el resto de nuestros días aquella insólita tarde.

No vayan a creer que no quise habérselo sacado con mis propias manos. Por supuesto que sí, pero el señor Thomas no me lo permitió. Entre él y el obispo de la ciudad se inventaron toda una teoría religiosa que le garantizaría la vida a ese bastardo.

—¡Solo D-os tiene el poder de quitar una vida! —sermoneaba el obispo cada vez que venía a visitarla.

—Hágase su voluntad —le contestaba embobado el señor Thomas.

Fue tal el miedo que nos metieron, que en un momento dado llegué a pensar que la criatura venía gloriosamente santificada y que cualquier intento de venganza en su contra sería castigado con el mismísimo infierno. Sin más qué hacer o decir, me quedé al lado de la niña durante los casi ocho meses que permaneció en cama.

—Es un embarazo de altísimo riesgo —avisaba el mismo médico que le salvó la vida.

Durante las siguientes treinta y dos semanas permanecí junto a ella, al igual que un búho, noctambulando con mis ojos abiertos, sin pestañear, viendo como le desaparecían los hematomas de su cara y le iba creciendo esa horrible barriga y un par de tetillas que antes ni siquiera se le percibían. Nunca me sentí tan impotente y, aunque no me crean, la pobre muchacha no recordaba nada. En su memoria no quedaba un solo recuerdo de aquella tarde, del maldito que le robó parte de su vida y de la desalmada penetración que lo complicó todo. Años después, me fui enterando de que era común que muchachas jóvenes perdieran la memoria después de un episodio tan espantoso

como ese. «Amnesia disociativa o psicógena», decía aquel panfleto que Madeleine trajo a casa luego de una de sus sesiones semanales de psicoterapia. La propia mente de la víctima se inventaba ese olvido permanente para lograr sobrevivir y no hundirse ante el recuerdo de un dolor que no podría soportar. Era algo así como tratar de borrar un dibujo vulgar de un baño público con la punta afilada de una vieja llave; podías hacer desaparecer la imagen, pero siempre quedaría un pequeño rastro de la huella inicial.

—¿Qué me pasó, Stella? —me preguntó una noche—. ¿Por qué me duele el estómago? ¿Qué tengo dentro de mí? ¿Me voy a morir?

Las preguntas no cesaban de caer, al igual que caen las hojas de los árboles en el otoño. Tomé su mano, besé la palma tres veces y le dije:

—Mientras yo esté a la par tuya no te vas a morir —prometí, sabiendo que eso era algo que no podía garantizar—. Un hombre malo abusó de ti, mi niña —continué sin saber cómo reaccionaría. Ante su mirada perdida, le dije lo que ya no podía esconderle un minuto más —: Llevas un crío adentro, vas a ser mamá.

Madeleine era inocente, pero entendió perfectamente mis palabras. Me pidió que me acostara junto a ella y lloramos hasta que la pobre se durmió de tanto agobio. Fueron meses angustiantes, lentos y aburridos. Sin otra cosa que hacer, tuve que ver cómo dentro de ella iba creciendo esa criatura que nadie quería ver de cerca y soportar la colección de rezos y sermones del obispo, quien con la Biblia en mano nos adoctrinaba para justificar lo injustificable. Así pasaron los días, en medio de noches con pesadillas y mañanas soleadas que no alegraban nuestros rostros, de conversaciones falsas tratando de lograr algo de sentido en la pobre conciencia de la niña y de una gigantesca barriga que crecía a diario y le estiraba la piel como si fuese una goma de mascar. Puedo jurarles que aún la veo allí recostada, quejándose de sus dolores, con los tobillos hinchados y de ese detestable abdomen que seguía creciendo y creciendo. Jamás en mi vida vi a una mujer embarazada con semejante bulto. Daba la impresión de que se había tragado un par de sandías gigantes y que se le quedaron atravesadas a medio camino.

Fue así como después de una espera infernal y con unas ansias insoportables, que a finales de abril de 1982 la criatura decidió que ya iba siendo hora de asomarse por el mundo. Aún recuerdo aquella noche. Se sentía una humedad infernal y una gigantesca luna llena bordeaba el firmamento con una intensa luz que nos hacía creer que la noche no era tan oscura como de costumbre, y que por fin las sombras de nuestras penas estaban siendo iluminadas.

Corrimos al hospital con más angustia que ilusión y cuando llegamos le solté la mano por primera vez en muchos meses.

—Todo va a estar bien —le dije mientras le colocaban la mascarilla de la anestesia.

—La cesárea es un procedimiento rápido —le dijo el doctor acariciándole la cabeza.

Cuando la vi desaparecer entre los angostos pasillos blancos de aquella vieja clínica, sentí un nudo en mi garganta. Tomé un rosario, la Biblia que siempre llevaba a mano y me senté a rezar. Frente a mí, el señor Thomas se apoyaba en las milagrosas palabras del obispo, que lo convencieron a llegar a tales extremos. Esperamos como si lo único que importara fuera la vida de mi niña. No pasaron más de cincuenta minutos cuando una enfermera, cubierta de pies a cabeza, salió exaltada del quirófano.

—Padre Murphy —le rogó al obispo—, necesitamos que nos acompañe, por favor.

Como si hubiese recorrido el mismo camino cientos de veces, el obispo se perdió entre las puertas que se abrían y cerraban como un abanico en pleno verano. Yo me arrodillé pensando que algo terrible le sucedía a mi Madeleine y el señor Thomas se paró ahí, justo a mi lado, tomó mi mano que cargaba el rosario y juntos rezamos pidiéndole a D-os que no nos golpeara de nuevo. Quince minutos después salió la misma enfermera y esta vez le pidió al señor Thomas que la acompañase. Fue justo en ese instante cuando me pareció escuchar el llanto de esa criatura que nunca deseé ver y, en lugar de alegrarme por el eco de esa nueva vida, sentí una terrible opresión en mi corazón.

—Ya regreso, Stella —me dijo mientras se marchaba—. ¡Recuerda que nadie muere nunca antes de su tiempo!

Jamás en mi vida me sentí tan desamparada como en ese momento y mi cabeza se llenaba con imágenes aterradoras. En mi desesperación la vi recostada sobre un ataúd blanco aterciopelado, con sus hermosos rizos, el mismo vestido con el que hizo su primera comunión y sus manos entrecruzadas a la altura del pecho. Le daba un beso en su frente, sabiendo que nunca más la volvería a ver y lloré como si me estuviera despidiendo de mi propia hija.

—Señora —me interrumpió del trance la enfermera—, Madeleine está a salvo, pero el bebé no logró sobrevivir…

—¡Pero lo escuché llorar! —la interrumpí, sorprendida.

—El niño venía con un triple nudo de cordón umbilical… Los doctores trataron de salvarlo, pero murió de asfixia —me explicó, indiferente.

—¡Aleluya! —exclamé sin importarme un comino lo que le había ocurrido a la criatura, agradecida de que nunca más iba a tener que escucharlo.

Cuando ingresé al quirófano vi a Madeleine sobre su cama.

Dormía con una sonrisa de alivio que de seguro nacía de la misma alegría que sentía yo en mi alma. A un costado, vi el cuerpecito de aquel bebé que nunca entró en mi corazón. Estaba envuelto en sábanas, cubierto en su totalidad, como un paquete de ropa sucia lista para ser llevado a la lavandería, y, aunque hoy me arrepiento por haberlo despreciado tanto, en aquel momento no sentí nada por él; lo aborrecí por lo que fue y por lo que pudo llegar a ser. Por más que intenté borrarlo de mi memoria, la maldición de su recuerdo me ha perseguido siempre. ¿Y cómo no? ¿Acaso no te dije ya que la muerte no es otra cosa que el principio de algo nuevo?

Han pasado cuarenta años desde que tuve la bendición de llevar sobre mi regazo a aquella bella niña recién nacida y veinticinco desde que la vi llevar en su vientre a aquella detestable criatura. Los años han pasado y han dejado su marca sobre mi piel oscura y avejentada. He tenido la dicha de vivir experiencias maravillosas y un tanto de decepciones. No existe la vida sin contratiempos o remordimientos, sin noches oscuras en las que se nos hace imposible ver nuestra propia sombra.

La vejez de este cuerpo maltrecho por fin se ha dado por vencido, y en las semanas que he tenido que estar postrada en la cama de este horrible hospital el aburrimiento me obligó a revisar de nuevo los momentos más importantes de mi vida. Hacía tan solo unos minutos creía que el balance había sido positivo, sin mayores reproches, y, aunque pensé que vi todo lo que necesitaba ver y que tan solo debía esperar a que el rostro de la muerte me sonriese a la cara, me tomase entre sus brazos y me llevase, la vida decidió ensañarse conmigo una vez más. Ahí, junto al hermano mayor de Madeleine, que me visitaba para saldar un viejo altercado que nos terminó de separar hacía ya muchos años, estaba el único abogado que los Thomas habían utilizado en los últimos sesenta años, y me leía una carta que terminaba de destruirme el corazón.

—¿Qué le parece la historia? —me preguntó el insoportable de Benet con esa sonrisa odiosa de siempre, mientras yo trataba de reacomodarme en mi lecho de muerte.

—Es la vida ajustando cuentas conmigo —le contesté con un llanto descontrolado.

—No llore —me dijo—. Las lágrimas de los negros son como las de los cocodrilos… ¡Falsas!

Cerré mis ojos y recé arrepentida, una vez más.

CAPÍTULO 3

Madeleine Thomas nunca volvió a ser la misma. Después de aquel verano de horror, sus ojos perdieron ese brillo natural que solo sobresale en las almas puras y se nublaron en la miseria de un dolor que solo ella podía entender. Ante mi pregunta inquisidora y constante, siempre me respondía lo mismo: «estoy bien, Stella, simplemente me ha cambiado un poco la vida». Por supuesto que la vida no podía ser igual, ni para ella ni para nadie más en Thomasville. Lo único que se mantuvo intacto fueron los blancos capullos de algodón que siguieron floreciendo, puntuales, inexplorados, naturales, para recordarnos por siempre que Madeleine nunca más los perseguiría por el aire.

Me tomó poco más de seis meses poder comprender la magnitud del daño. Siguiendo el ruego del señor Thomas, dejé de lado mi casa (una vez más) y me instalé en la habitación de la niña. Dormía en una pequeña cama, a su lado, para acompañarla, consentirla y, por supuesto, tratar —en la limitación de mis habilidades— de repararle un poco el alma. No hubo una sola noche en la que no despertara aterrada. Las pesadillas se repetían a diario, como si llevase una calcomanía de aquel desgraciado en su subconsciente, con gritos de auxilio, llantos que no cesaban y un sudor escalofriante que le brotaba de todo su cuerpo.

—Tranquila, mi niña —le dije mil veces tratando de aliviarle la opresión.

No existía palabra alguna que le pudiese devolver la calma. Cada noche, su mente se derrumbaba como si fuese un castillo de arena en medio de una marejada, y en ese tormento mental en que vivía, yo me sentí impotente e inútil. Cansada de abrazarla sin lograr nada, tomé la decisión de recurrir a lo único que me quedaba: la fe y mi vieja Biblia llena de páginas desgastadas, leídas miles de veces. Justo en ese momento entendí que era muy poco lo que podía hacer para ayudarla.

—El Señor es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo… —le recé una noche tratando de sosegarla y sin saber que había repetido esas palabras justo antes de la infamia.

—¡D-os no tiene nada que ver en este asunto! —me gritó ella desconsolada, exasperada y fuera de control—. ¿Acaso no te das cuenta de que me abandonó cuando más lo necesité? ¿Dónde estuvo D-os cuando ese desgraciado me violó? ¿Dónde estuvo cuando murió mi madre? ¿¡Dónde!?

—D-os siempre está con nosotros, mi niña —le dije, tratando de calmarle el odio que irradiaban sus ojos—. ¿O acaso crees que eres la única en el mundo que ha sufrido? Hay miles de personas que han pasado por tragedias y, aun así, nunca pierden su fe. ¿Sabes por qué? Porque, aunque tú no creas en D-os, él siempre va a creer en ti.

—Nunca en la vida me vuelvas a hablar de D-os —me refutó con una mirada amenazante—. ¡La mitad de mi fe se la llevó mi madre, y la otra, el maldito que abusó de mí!

—Te hablaré de D-os las veces que me dé la gana —le contesté, molesta—. ¡A mi bisabuela, por ser negra y esclava, la violaron no una, ni dos… decenas de veces, y cuando se quejó le despedazaron la espalda a punta de latigazos! ¿Y qué le pasó? Nada. Sobrevivió como muchas otras. Se agarró a ese hálito de esperanza que solo el Todopoderoso te puede dar y le ganó el pulso a una vida que debió perder desde muy temprano.

Madeleine me miró con un temple que nunca antes le conocí, como retándome a seguir en aquella lucha de posiciones, y ante la mirada envenenada que me lanzó enmudecí. Sí, vacía y desesperada. «¿Qué derecho tenía yo para obligarla a creer en una fuerza superior que hasta ese momento solo le había arrebatado los motivos para ser feliz?», me pregunté, mientras ella se volvía a acurrucar en su cama.

A la mañana siguiente me dio un beso en la mejilla, cariñosa como siempre, desalmada como nunca la vi.

—En ti sí creo —me dijo, esta vez con un suave tono de voz—. Siempre que te he necesitado has estado a mi lado, sin siquiera cuestionarlo.

—Pues fue D-os el que me puso a la par tuya —le dije tratando de rescatar su alma, otra vez.

—Que cada uno crea lo que quiera —concluyó sin apuro.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le pregunté, aprovechando que amanecía de mejor humor—. Creo que tienes en tu mente a un D-os que nos castiga por algo en particular, que todo lo controla, y, en

realidad, no es así. Él todo lo ve, todo lo percibe, todo lo juzga, pero no interviene cada vez que los seres humanos nos equivocamos.

—Entonces, no es todopoderoso —me retó, haciéndome creer que me ganaba la discusión.

—Por supuesto que sí —le contesté de inmediato—. Dentro de su poder supremo, dentro de la inmensidad de su gloria, nos regaló a nosotros los mortales el derecho a escoger. ¡Libre albedrío, mi niña! —le dije, mientras notaba que por fin me quitaba su mirada retadora, y concluí—: Si nos regaló el libre albedrío y el derecho de escoger, ¿cómo diablos va a andar corrigiéndonos cada vez que hacemos una locura? Es sencillo, no se pueden tener ambos privilegios, es el uno o el otro. ¿O acaso crees que D-os está para desviar las balas asesinas o las manos del desgraciado que te violó?

—Stella, te amo con toda mi alma —me dijo con una tremenda dulzura—, pero vas a tener que aprender a respetar la forma en la que ahora veo el mundo. Las cosas nunca volverán a ser iguales para mí, y si no lo aceptas, lo único que vas a lograr es que me aleje de ti.

Nunca más volví a hablar de D-os con ella.

La primera vez que le conté al señor Thomas lo que estaba sucediendo con su hija, no quiso creerme o prefirió no darle la importancia que merecía. Si me preguntas, pienso que para esos años ya su mente no podía seguir procesando más amarguras y dejó que los días pasasen sin confrontar a su hija con una realidad que le venía pisando los talones y que estaba a punto de alcanzarlo. Y como en la vida no puede taparse el sol con un dedo, la pantomima de los días felices y llenos de tranquilidad explotó frente a su cara con una verdad que él aún no estaba listo para tolerar.

El obispo Murphy recién iniciaba su sermón de la misa del domingo cuando Madeleine se levantó despavorida buscando la salida. Precisamente hablaba de un pasaje del Deuteronomio que rezaba: «Si hubiere una muchacha virgen desposada con alguno, y alguno la hallare en la ciudad y se acostare con ella; entonces, los sacaréis a ambos a la puerta de la ciudad y los apedrearéis, y morirán; la joven porque no dio voces en la ciudad, y el hombre porque humilló a la mujer de su prójimo; así quitarás el mal de en medio de ti». Vaya imbécil, haberse atrevido a citar ese pasaje sabiendo lo que vivió mi niña. Por supuesto que me fui corriendo detrás de ella, pero fue tal el alboroto que ocasionó, que al prelado no le quedó otra opción que interrumpir sus palabras y golpear dos veces el púlpito, mostrando con ello su molestia.

—A veces los jóvenes no entienden lo que es respetar la palabra del Señor —enfatizó severo antes de que Madeleine lo callase de nuevo al cerrar con fuerza las puertas de la iglesia.

—¡Esta es la última vez que vengo a misa! —se dejó decir bajo la

sombra de un árbol que le dio unos segundos de refugio al dolor que llevaba dentro.

—Lo sé, mi niña —le respondí, sabiendo que no podía perderla de nuevo y que ahora, más que nunca, necesitaba de un hombro en que apoyarse.

La abracé y juntas lloramos.

—¿Quién te has creído para abandonar la iglesia de esa forma? —le inquirió su padre, furibundo, minutos después.

Otra vez le vi esos ojos endemoniados, aniquiladores, y, como si tuviese la agudeza de un viejo estafador al que resultaba imposible engañar, le contestó:

—¿Quién me he creído yo? ¿Quién te has creído tú para haberme obligado a llevar en mi vientre a ese asqueroso demonio?

—No hables así de una criatura de D-os.

—¿Una criatura de D-os? —le contestó ella con otra pregunta—. ¿Y yo qué soy entonces, papá? ¿Una criatura de quién? ¿De satanás? ¿Ah? ¡Contéstame!

En los casi cincuenta años que compartimos, solo recuerdo una vez en la que el señor Thomas perdió el control y esa amabilidad innata a la que nos tenía a todos acostumbrados; fue justo ese día. No estoy segura si fue el tono desafiante e irrespetuoso de Madeleine, o si llevaba demasiados años tragándose todas las amarguras de su existencia, pero en ese momento explotó como una fiera descontrolada. Nunca antes le puso un dedo encima a la muchacha y nunca más lo volvería a hacer, pero ese día estaba reservado para que ambos se perdieran el respeto para siempre.

—Respetarás a tu padre y a tu madre —le dijo mientras le lanzaba una bofetada que le dejó ardiendo el pómulo.

—¿Sabes una cosa, papá?, no eres el primer hombre que me abofetea —le contestó ella mientras retorcía el cuello sin ninguna contemplación.

—Cállate —le imploró él.

—Tampoco fuiste el primero en ponerme una mano encima —le dijo Madeleine, quien, desafiándolo, se metía su mano entre las piernas—. Ya me estoy acostumbrando a los dedos largos y gruesos…

—Quítate las manos de ahí —demandó el señor Thomas, indignado.

—¡De ahí salió ese bastardo! —le replicó ella—. ¿O acaso eso no te lo explicó el obispo Murphy?

—Santo cielo, se ha vuelto loca —dijo al tiempo que se dejaba caer de rodillas sobre el césped.

—Por supuesto que sí —replicó Madeleine sin importarle un bledo el daño que le causaba—. ¿Cómo no me voy a volver loca? No fuiste el primero en hacerme muchas de las cosas malas que he sufrido, pero sí

fuiste el primero en obligarme a cargar con esa aberración por más de ocho meses y eso, papá, es algo que nunca podré perdonártelo. ¡Nunca, me entendiste! De no haber nacido muerto, lo hubiese estrangulado con mis propias manos.

—Ya basta —le grité a ambos, tratando de terminar con esa desgarradora escena—. No puede ser que un padre y una hija se traten de esta manera.

—Claro que puede ser —contestó destrozado el señor Thomas—. Los dos hemos cruzado una línea de la que no podemos regresar.

—Tienes razón —le dijo ella con una oscuridad total en su mirada —, nunca más voy a poder regresar a ti con mi inocencia intacta y con mis brazos abiertos. Te he perdido todo el respeto que alguna vez te tuve…

—¡Cállate, Madeleine! —la interrumpí, tapándole con mi mano su boca.

El señor Thomas suspiró con el alma hecha añicos. Trató de acercarse a su hija, pero ella dio un par de pasos hacia atrás y se volteó de espaldas, evitando con ello el contacto y cualquier posibilidad de diálogo.

—A partir de hoy Madeleine se va a ir a vivir con mi hermana Trinity —dijo, resignado—. Creo que a los dos nos va a venir bien estar un rato a solas.

Durante más de veinticinco años no volvieron a cruzarse palabra alguna.

CAPÍTULO 4

Como era de esperar, le volví a seguir sus pasos y me mudé con ella a la hacienda de la señora Trinity. Su casa se encontraba al otro extremo de la plantación y tenía las mismas columnas blancas que rodeaban la casa principal. Es extraño, pero ahora que lo recuerdo, todas las casas de la familia Thomas tenían algo de parecido: grandes, ostentosas, con pasillos largos, más cuartos que cuerpos para llenarlos y con dimensiones tan desproporcionadas que no resultaba difícil extraviarse. «Es más fácil perderse en esas casas que en los pantanos», decía mi padre a menudo. ¿Qué te puedo decir de mi nuevo hogar? Nunca me sentí a gusto. Para suerte mía, solo tuve que permanecer allí un poco más de tres años y, aunque parezca poco tiempo, resultó ser suficiente para que mi Madeleine se terminara de convertir en una mujer.

A partir de ese invierno de 1983, la jovencita se obsesionó con dos nuevas pasiones que la acompañarían por el resto de su vida. La primera fue la defensa personal y la segunda, la maldita sección de sucesos del periódico local, el *Natchez Daily*. ¿Qué puedo decir que sea lo bastante claro como para que entiendan lo que es tener una obsesión? Déjenme intentarlo al menos. Uno en la vida no puede desprenderse de algo sin llenar ese vacío con otra cosa, y, en el caso de Madeleine, su desprendimiento de todo lo que oliese a religión fue desplazado de inmediato por esa odiosa necesidad de andar haciendo ejercicios todo el santo día y estudiar las técnicas de cómo defenderse a sí misma. Todas las mañanas se levantaba antes de que saliera el sol a correr varias millas, y para terminar el día recibía lecciones privadas de artes marciales con nombres bien extraños que nunca pude pronunciar ni recordar. Lo que sí recuerdo es aquel *punching bag* que hizo colgar en el viejo establo y la agresividad con la que golpeaba esa bolsa blanca que, con el paso de los meses, se fue cubriendo de pequeñas manchas de sangre. Un día vi cómo, endemoniada,

arremetía contra aquel saco que no se quejaba, pero que, con cada puñetazo o patada, se balanceaba como el péndulo de un viejo reloj de piso, y crujía al igual que el choque de dos grilletes contra la tierra.

—¿No te cansas de aporrear esa bolsa todos los días? —le pregunté una madrugada mientras le limpiaba sus nudillos ensangrentados.

—La próxima vez que un hombre me ponga la mano encima se arrepentirá —me contestó—. Nunca más podrán abusar de mí.

¿Qué podía decirle? En realidad, tenía toda la razón de asegurarse que nunca más reviviría aquella tragedia. Entonces vi asombrada como su cuerpo pasó de ser una simple masa de carnes a todo un compendio de músculos bien definidos que la marcaban con cuadros en el abdomen y brazos tan duros como una pared de hormigón. Y como desahogar su existencia a punta de puñetazos no fue suficiente, mientras su cuerpo descansaba de tales abusos físicos, se pasaba horas enteras leyendo sobre cada asesinato o injusticia que se cometía en nuestros alrededores. Tal fue su insistencia con el tema de los crímenes, que la tía Trinity terminó acondicionándole uno de los cuartos de aquella gigantesca mansión para que desde allí pudiera hacer con tanta tragedia lo que mejor le conviniese. A pesar de que el ingreso a aquella habitación estaba prohibido y sus secretos se resguardaban como si la vida de alguien dependiera de ellos, fui la única que tuvo la oportunidad de ver con mis dos ojos lo que se tramaba detrás de aquellas paredes.

Faltaban tan solo algunos meses para que Madeleine se fuera a la universidad y, como si me estuviese llevando a la parte más oculta de una pirámide, me tomó de su mano, abrió la puerta y me permitió observar aquel desbarajuste. Allí sobre las paredes, como si flotaran en el aire, pude ver cientos de recortes de noticias y fotos que se sostenían con alfileres y una telaraña de hilos de colores que llevaban a más fotografías, recortes de periódicos, notas escritas a mano y apuntes interminables escritos con una tiza roja chillona. En un principio pensé que la muchacha de verdad había enloquecido y me quedé desconcertada al ver ese laberinto de interminables colores y trozos de papel.

—Aquí podrás ver todos los crímenes que se han cometido en el estado durante los dos últimos años —dijo como si aquella escena fuese lo más común del mundo—. Los que están a la derecha ya fueron resueltos y los de la izquierda aún siguen pendientes.

—¿A quién en su sano juicio se le ocurre hacer semejante rompecabezas? —le pregunté todavía asombrada.

—A alguien que el destino le hizo una mala jugada, pero de paso le regaló un interés que le apasiona —me contestó, emocionada—. Por eso me voy a estudiar Periodismo a Chicago.

Aunque traté de evitarlo, la contestación me sacó una pequeña carcajada.

—¿Y tú de qué te ríes?

—De nada en especial —le contesté—. Tan solo recordaba que en la vida siempre que algo o alguien muere, nace otra cosa nueva a su lado. ¿Quién iba a decir que después de todo esto terminarías investigando crímenes?

—Es extraordinario —me dijo, como si en cierta forma se le llenase de vida el alma—. Cada incidente es un mundo aparte, pero todos tienen siempre algo en común, un exceso de confianza, un error, un trozo de evidencia que lo revela todo, y es ahí donde se les desmorona todo a los asesinos, hasta quedar expuestos en su mentira y con sus manos manchadas de culpabilidad.

—¿Y por qué los hilos? —le pregunté en mi ignorancia.

—Esos son los que me llevan a descubrir el traspié, el fallo —me contestó, mientras me explicaba uno de los casos que estaba estudiando—. ¿Ves este?, por ejemplo. Mira la foto que le tomaron la primera vez que lo arrestaron. Después de 48 horas lo dejaron libre, y el fiscal general estuvo a punto de dar por inconcluso el caso.

—No veo nada especial en la foto… —le dije sin entender de qué me hablaba.

—Ya lo sé, Stella —me interrumpió, como si me fuese a revelar un gran secreto—. Toma esta lupa y fíjate de nuevo. ¿Ves el pequeño rasguño que tiene sobre su ceja izquierda? Varios meses después, cuando encontraron el cadáver de la víctima, llevaba dentro de una de sus uñas los fragmentos milimétricos de ese rasguño. ¡Bum… caso resuelto! ¿No es maravilloso? El próximo año va para la silla eléctrica y lo van a freír como el pollo que hace la tía Trinity todos los domingos.

Yo, en lo personal, nunca le encontré nada sorprendente a aquel arañazo ni a las docenas de historias más que me contó esa tarde. De hecho, debo confesarles que terminé bostezando del aburrimiento. Lo que sí me levantó el ánimo fue ver como, después de tantos meses, Madeleine encontraba algo en la vida que la entusiasmase y que por fin se empezaba a cerrar esa herida que ya nos tenía a todos extenuados.

El día en que se marchó a la universidad, me quedé mirando el polvazal que levantaba el vehículo en las secas trochas que cruzaban los plantíos, y, aunque una parte de mí enmudeció de tristeza, no les miento al decirles que la otra se erizaba de orgullo. ¿Alguna vez has tenido la oportunidad de cuidar a un pichón abandonado? Lo tomas entre tus manos, tembloroso, con escaso plumaje, con un trino ocasional que suena más a un lamento que a un canto, y lo acurrucas, le das calor, alimento, amor, y en el momento menos esperado,

extiende sus alas, revolotea en el aire, dando la impresión de que caerá al suelo, y de repente levanta el vuelo hacia el cielo. «Allí va mi paloma», me dije a mí misma con el alma un tanto reparada.

Después de que Madeleine se marchara a la universidad, no me resultó fácil volver a retomar la rutina de una vida que dejé durante muchos años en el olvido. Mi hija Natalie y mi nieta Caroline —que vivían en el abandono gracias a ese yerno alcohólico que desaparecía por temporadas—, me recibieron como si hubiesen estado esperando por siempre ese regreso. Aunque disfruté como nunca de sus vidas, el no tener a Madeleine a mi lado siempre me dejó un hoyuelo en el corazón. Quizás suene egoísta reconocerlo, y hasta bochornoso, pero las quise a las dos como si sobre sus venas corriese la misma sangre. Años después me lo reclamaría con lágrimas en sus ojos, pero no tuve otra alternativa que compartirles mi alma. Aunque hoy sé que Natalie fue la gran perdedora de toda esta maraña de sentimientos, no me arrepiento un gramo por haberles dedicado la misma vida a ambas; cada una de ellas recibió lo mejor de mí.

Con Charles y Alfred —los hermanos de Madeleine—, la historia fue otra. No sé si se debió a las estructuras machistas de la época, pero siguiendo una tradición arraigada en los Thomas por casi un siglo, antes de que cada uno de ellos cumpliese los trece años, me los echaron de la casa como si mi dedicación a ellos no fuese suficiente. Ni siquiera les dieron tiempo para terminar de ser niños y, con sus rostros adolescentes cargados de acné, los enlistaron en la academia militar de Lyman Ward en Alabama. Fue poco lo que supe de ellos mientras estuvieron en ese internado que nunca anhelé conocer, y, aunque se lo rogué al señor Thomas, ni siquiera les permitió visitar a su hermana durante aquel horrendo embarazo de 1981. Fue como si de la nada hubiesen dejado de existir, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron de mi lado, dejándome por siempre un amargo sabor de boca. Para cuando regresaron de nuevo a casa ya eran unos hombres hechos y derechos, listos para enfrentar esa vida algodonera que les planificaron desde antes de nacer, con pocas intenciones de retomar la infancia inconclusa que por unos años compartieron conmigo. A partir de ese momento, fue poco lo que compartí con ellos; salvo los encuentros ocasionales o accidentales en la plantación, las cenas familiares del día de Acción de Gracias y de la Navidad, por lo demás no volví a tener contacto directo con ninguno de los dos.

Nunca imaginé, ni siquiera en mis peores pesadillas, que uno de ellos me rompería en mil pedazos el corazón. Tan solo bastaría una noche desafortunada para que Charles —el mayor de los hermanos—, se terminase convirtiendo en mi mayor enemigo y en la sombra más oscura de mis recuerdos.

CAPÍTULO 5

Los siguientes quince años pasaron como una estrella fugaz; luminosa como un chispazo de fuego y tan breve como una burbuja de jabón en el aire. De no haber sido por las cartas que Madeleine me enviaba todas las semanas desde Chicago y de un puñado de ciudades que visitaba por su trabajo, ni siquiera hubiese notado el paso del tiempo. Las leí como si cada una de ellas llevase en sus palabras un trozo de su vida y las fui guardando con la esperanza de que al acumularlas no me perdería ni un solo detalle de su lejanía. Siempre seguí de cerca cada uno de sus pasos, y aún guardo en una vieja cinta de VHS la primera vez que la vi en televisión. Fue asombroso. Se veía hermosa, femenina, con un vestido *evasé* sin mangas que le remarcaban esos brazos atléticos y unas piernas pulidas que se apoyaban sobre un par de finos *stilettos* destalonados. El corte de pelo bajo, que seguía un estilo casi idéntico al de Audrey Hepburn, le remarcaba su hermosa cara ovalada y esos ojos alargados que parecían querer tocar el cielo. Sin lugar a duda se había convertido en una atractivísima mujer, llena de una suavidad natural y una elegancia que no le conocía. Recién iniciaba sus primeros pasos en la cadena noticiosa más grande del país y en ese día en particular le reveló al mundo el inicio de una carrera que la llevaría a la fama. Después de más de siete años de cacería, la Policía de Nueva York arrestaba al Cupido de Tribeca, un asesino en serie que tenía la desfachatez de dibujarle a sus rehenes un perfecto corazón rojo, para luego matarlos de una sola cuchillada en el pecho. «La tranquilidad ha vuelto a Tribeca», decía Madeleine con una dicción extraordinaria, «en un operativo especial la policía de la ciudad ha logrado arrestar al sospechoso de haber matado a más de 23 personas. Fuentes oficiales han confirmado que en la casa del supuesto asesino han encontrado fotos de las víctimas y una colección con docenas de cuchillas...». Esa misma noche charlamos durante horas por teléfono y, como si no

hubiese transcurrido el tiempo, sentí que la tuve cerca de mí.

El resto del tiempo se esfumó entre las ocurrencias interminables de mi nieta, que descubría algo nuevo todos los días y la odiosa insistencia de mi hija de recibir cada tres semanas al medio hombre de su marido, que se asomaba por la casa en busca de un poco de comida, apestando a licor, mujerzuelas y con una piel encostrada que pedía a gritos un baño de agua fresca. Ya sé que ese no era un problema mío, pero nunca soporté verla con ese vagabundo. Aunque hice un verdadero esfuerzo por tolerarlo, no pude seguir haciéndome la idiota.

—¡O se va él o me voy yo! —le dije una noche en la que llovía torrencialmente—. No voy a ser testigo de cómo destruyes tu vida.

—Es el padre de Caroline —me respondió Natalie con frialdad, mientras las gigantescas gotas se colaban en el pórtico de nuestra pequeña casa—. ¿A cuántos hombres más piensas echar de mi vida?

—Un padre es el que está incondicionalmente con los suyos y no un tal cual que solo se asoma de vez en cuando buscando que le sirvan un poco de comida caliente —le dije, enfurecida y con mi vestido empapado—, y no se te ocurra seguir chantajeándome con tus revolcadas amorosas, cuando eché a ese otro vividor eras tan solo una niña.

—Sí, mamá, pero ya soy toda una mujer y seguís tratando de manejar mi vida —me imploró, angustiada—. ¿Cómo te atreves a cuestionarlo si tú has hecho siempre lo mismo? ¿O es que esta vez no vas a salir corriendo si Madeleine o el señor Thomas te lo piden?

—¿Cómo se te ocurre comparar una cosa con la otra? —le reproché, ofendida—. Siempre que me he tenido que ir con ellos he estado pendiente de ti, de la niña, de tus necesidades, y nunca te he dejado abandonada por buscar el calor de otro cuerpo o el vicio de esa maldita agua ardiente.

—¡Mamá, ese es mi karma! Le gente que amo siempre se me va por una u otra razón, y así es como los he aprendido a querer —me dijo sin que le pudiese responder nada—. Por más difícil que te resulte, no puedes seguir interrumpiendo mi vida cada vez que me acuesto con un hombre. ¿Acaso no entiendes que la única víctima termino siendo yo?

«Vaya sorpresas las que esconden los gigantescos pantanos de Luisiana», pensé dolorida. Esa misma noche salí de la casa que fue mía hasta ese día y caminé bajo la lluvia buscando que el agua me purificara el alma y limpiara un poco mi conciencia. Fue imposible. Hay errores en la vida que no se desvanecen por más que uno intente limpiarlos y, aunque sé que lo que hice tuvo justificación, no puedo ser tan orgullosa como para no entender que mi hija siempre me resentiría el amor que le regalé a aquella niña de piel clara y que, sin

ser mía, me cautivó desde el primer día en que la tuve entre mis brazos. En aquel tormento que vivía, deambulé bajo el aguacero sin saber en dónde acabaría la noche, y, como en la vida siempre hay otras personas que también buscan en las gotas del cielo una expiación a sus pecados, me terminé topando con el señor Thomas. No fue necesario que nos cruzáramos palabra alguna y, con la gentileza de un hombre que siempre fue todo un caballero, se quitó su blazer, empapado, y me lo puso encima, como si con el gesto me estuviera protegiendo de aquel torrencial aguacero.

A partir de ese día terminé viviendo en la casa de visitas, que ya tenía varios años de no recibir a nadie, y allí seguí envejeciendo en compañía de los quehaceres diarios de una casa que cada día demandaba menos.

Todo cambió en octubre del 2006. Como todas las tardes, jugábamos una mano de bridge, y sin motivo alguno el señor Thomas me miró a los ojos y me dijo:

—No sabes lo que me gusta estar a tu lado, Lauren.

«¿Lauren?», me cuestioné silenciosa y un tanto asombrada.

—¿Por qué te fuiste por tanto tiempo? —me dijo con lágrimas en sus ojos.

—Soy Stella, señor Thomas —le contesté sin tener idea de lo que pasaba.

El pobre hombre se quedó mirándome a los ojos, sin decir nada, estático, perdido por unos segundos, y cuando recuperó la conciencia me acusó de haber hecho trampa en el juego, como si nada hubiese pasado. A partir de ese día las pérdidas de memoria se hicieron más frecuentes e intensas, por periodos cada vez más largos y llenas de conversaciones con personas que nunca antes le escuché nombrar. Al principio me pareció un tanto gracioso, pero algunos meses después empezó a vociferar malacrianzas, maldecir a quien se le cruzara en el camino y reventar contra las paredes cuanta vajilla se encontrase. Una noche le llevé la cena a su habitación y lo encontré de cuclillas, llorando desconsolado en una esquina, como un niño perdido, y cuando lo abracé me confesó que no sabía en dónde estaba. De inmediato llamé a su médico de cabecera que lo atendía desde siempre y, como si nada, me dijo:

—Tiene Alzheimer desde hace más de un año, pero no pensé que se fuese a deteriorar tan rápido.

—¿Me está diciendo que usted y el señor Thomas sabían de esto desde hace un año? —pregunté, sorprendida, intrigada—. ¿Cómo es posible que no me dijeran nada?

—Discúlpame, Stella, pero lo hablé con él y sus hijos, y pensé que ya lo sabías —me dijo sin contemplaciones—. Mientras no se vuelva demasiado agresivo puede quedarse en casa, pero quizás sea necesario

internarlo en una institución en donde lo cuiden todo el día.

Me tragué la noticia en seco, desanimada, destrozada. Con ese sinsabor en mi boca, cité a sus dos hijos para encararlos.

—¿!En qué momento pensaban contármelo!? —les grité, enfurecida.

—Vaya sorpresa, mira quién decidió volver a dirigirme la palabra después de tantos años —me dijo el mayor de ellos y con la misma sonrisa malévola que nunca olvidaría—. Déjame preguntarle a mi espalda si tiene ganas de conversar con una desquiciada.

—¿De qué hablas, Charles? —preguntó Alfred, el menor de ellos, sin tener la menor idea de lo que pasaba.

—De un viejo incidente que ahora no tiene importancia —le dije, tratando de desviar la conversación—. Ahora solo importa la salud de tu papá.

—El tema ya lo resolvimos a lo interno de la familia —me contestó Charles, desafiante como siempre—. Igualmente, ¿cuál es el drama, si no hay nada que podamos hacer para ayudarlo?

—¿Cuál es el drama? ¿Hace cuántos meses no lo vienes a visitar? Ese hombre que ves ahí perdido es tu padre y merece ser atendido como en sus mejores años —me exasperé, indignada—. No voy a permitir que lo abandonen en el momento en que más los necesita.

—No te enojes, Stella —me dijo Alfred, tratando de aliviarme—. Nadie lo está abandonando.

—¡Por supuesto que lo están abandonando! —grité—, no habérmelo contado a mí, quien soy la que lo cuida de día y de noche, es una forma de abandono, y estoy furiosa por eso.

—Perdónanos, Stella, de verdad que nunca pensamos que papá estuviese tan mal —me dijo Alfred con un abrazo que me recordó cuando era tan solo un niño.

—Espero que le hayan avisado a Madeleine —comenté con sospecha, un tanto más sosegada.

—¿A Madeleine? —me indagó Charles con un sarcasmo que le salía de su propia mirada—. Esa malagradecida lo único que ha hecho es traerle tragedias a papá… Después de haber pasado años sin siquiera hablarle, la verdad es que no me ha nacido hacerla partícipe de todo esto.

—¿Quién te has creído, Charles? No puedes ser tan altanero —le dije en reprimenda—. Me pregunta por él cada vez que conversamos… En todo caso, quien vivió una tragedia fue ella, ¡no tu padre! No puedo creer lo que estás diciendo.

—Entonces cuéntale, como siempre lo has hecho —me retó—. ¡Te apuesto lo que quieras a que no hace nada! Bueno, excepto venir a recoger su porción de la herencia cuando todo esto haya terminado.

Te juro que me provocó golpearlo. pero ya estaba bastante

crecidito como para andar poniéndolo en su lugar y tan solo lo miré, convencida de que me seguía odiando como siempre. Tampoco les miento al decirles que cuando llamé a Madeleine pensé que no le daría ninguna importancia a lo que estaba pasando. «Quizás Charles tenga razón», me dije a mí misma mientras sonaba el timbre del teléfono. Pero en esta vida no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista, y así sin más, como si no hubiera pasado nada entre ellos y con un tono sincero de preocupación, me dijo:

—Llego mañana a casa.

En algún momento llegué a pensar que nunca más la volvería a ver, pero la enfermedad de su viejo me la iba a traer otra vez de regreso. «Qué vueltas tan maravillosas da la vida», pensé.

CAPÍTULO 6

Ray Harvey, conocido en el bajo mundo como el Camaleón, llevaba una doble vida que se fusionaba a la perfección con los carnavales de Nueva Orleans, una ciudad donde todo era una ilusión óptica y el crimen se confundía con los vicios de una sociedad que le vendía esa experiencia infernal a los miles de locales y visitantes que se escapaban de sus aburridas vidas para revivir en carne propia las experiencias propias de Sodoma y Gomorra. El tipo era un gigantesco mulato de piel oscura que repartía su musculosa figura en los poco más de dos metros de estatura, y escondía la huella de su actividad delictiva en una frondosa barba que le cubría media cara y le llegaba hasta la boca del estómago. A sus cuarenta y cinco años aún vivía en la primera planta de un ruinoso apartamento con menos de cincuenta metros cuadrados, infectados de ratas y enormes cucarachas, ubicado en uno de los primeros proyectos que la ciudad construyó para refugiar a los cientos de desplazados sociales que año tras año se iban acumulando alrededor de su periferia. A pesar de la cercanía con Saint Charles Avenue, una de las calles más adineradas de la zona, su casa se ocultaba en un viejo edificio de cuatro pisos, lleno de ladrillos pintados con grafiti y carros americanos de los setenta abandonados hacía años y que ahora servían de cacerolas para las barbacoas de los fines de semana. En su interior se observaba una pequeña cocineta llena de platos sucios, un pequeño baño tan apestoso como el resto de la casa, un sofá cama con más resortes expuestos que tapicería, una mesa desplegable de plástico, dos bancos de madera áspera, un televisor en blanco y negro que solo emitía sonidos y una diminuta chimenea llena de viejos troncos quemados. Daba la impresión de que aquel lugar era inhabitable, y en realidad así era. El Camaleón tenía más de quince de años de mantener el lugar en aquellas deplorables condiciones y evitar con ello las inspecciones sorpresivas de la policía y los rumores inoportunos de vecinos que llamaran con sospecha su

atención. Como si fuera un truco de magia o una película de espías británicos, justo debajo de la losa de hormigón armado sobre la que se apoyaba la chimenea de aquel lugar, descendía una escalinata que ocultaba bajo varios metros de tierra un sótano lleno de lujos y túneles secretos que le permitían entrar y salir desapercibido. Le tomó varios años construir ese búnker y ahora disfrutaba en sus profundidades una vida que de joven nunca pensó llegar a lograr. El subterráneo contaba con sistemas de ventilación y silenciosos aires acondicionados que pronto hacían olvidar la humedad infernal que se vivía en las afueras. A diferencia del arruinado tugurio que estaba por encima de su cabeza, el complejo contaba con dos habitaciones de lujo, pantallas a color sobre las que se observaban partidos de fútbol americano y una cocina que rechinaba de limpieza. A pesar del derroche, de vez en cuando salía del escondite aparentando una vida empobrecida y desesperada. «La percepción es realidad», se recordaba siempre a sí mismo.

La vida de Ray Harvey era un juego de apariencias y con esas tácticas de engaño logró convertirse en uno de los hombres favoritos del Sin Cejas, el mayor traficante de droga en todo el sur del país. El sistema era sencillo pero efectivo. De noche deambulaba en alguno de los muchos parques públicos que bordeaban el Misisipi, disfrazado de mendigo andrajoso y haciéndose acompañar de un herrumbrado carrito de supermercado en donde llevaba botellas de vidrio, latas vacías de cerveza, periódicos viejos y una escuálida perra callejera que ya no tenía fuerzas ni para rascarse sus propias pulgas. Ya ubicado en su refugio, el Sin Cejas le compartía —por medio de una novedosa aplicación celular impenetrable—, su ubicación y una clave a la clientela que, en minutos, encontraría al Camaleón cubierto de cartones, al igual que uno de los cientos de indigentes que se veían en toda la ciudad. El éxito de la maniobra se sustentaba en tres principios que se repetían noche tras noche: nunca se recibía dinero con la entrega, la droga se escondía en un compartimento secreto habilitado con mucho ingenio en la parte baja del carrito del supermercado, y solo se atendían aquellos clientes registrados y verificados que le dijesen la clave especial que se emitía en la clandestinidad. Al día siguiente, una cuadrilla de matones los visitaba para recoger el pago o, en caso de ser necesario, hacer la amenaza correspondiente o la paliza de rigor.

Esa noche no debía ser diferente a las demás, aunque para Ray Harvey era una ocasión especial; estaba a punto de ser ascendido dentro de la organización y pronto conocería al Sin Cejas, quien días atrás lo convocó para realizar el ritual de graduación entre las montañas de chatarra que se acumulaban cerca de un gigantesco espacio en las afueras de Lafayette. Subió las escaleras con la barba

desaliñada, desnudo, arrastrando sus pies descalzos sobre la vieja losa, y luego de espantar a un par de ratones que se lamían las patas con sutileza, se puso encima los malolientes harapos de vagabundo, las botas llenas de lodo seco y salió de aquel gheto transformado en un muerto de hambre. No había caminado más de doce cuadras, cuando se arrecostó entre las raíces de un gigantesco roble en las afueras del Audubon Park. Percibió con agrado la brisa ribereña y la luz de las estrellas que destellaban en el firmamento. Prendió un cigarrillo, se tomó un sorbo de *moon shine* y se sentó paciente a esperar a que fuesen apareciendo los viejos conocidos. Por lo general, toda la maniobra no debía demorar más de tres horas, pero esa fue una noche agitada, con más clientes que los de costumbre. Entre tanto intercambio de sustancias alucinógenas, no se percató de que justo al otro lado del viejo roble se escondía un pequeño hombre vestido de negro, que se perdía por completo en las sombras de un árbol que podía esconder bajo sus ramas a media docena de impostores.

—¡Jambalaya! —le escuchó decir a uno de los clientes, mientras se volteaba con una diminuta linterna para identificarlo.

—¿Qué quieres, Richard? —preguntó el Camaleón algo molesto—. Ya son las dos de la mañana y me quiero ir a casa.

—Dame cinco onzas de talco —le contestó, apresurado.

—¡Todavía no has pagado la última cuenta! —le advirtió—, te van a terminar quebrando los huesos.

—Mañana mismo pueden pasar por el despacho —concluyó el joven abogado, que se chupaba los labios como si fuera un niño a punto de recibir un caramelo.

Segundos después la transacción terminaba. «Bendito sea», se dijo a sí mismo. Entonces, se refugió de nuevo en aquellos cartones y apuntó en una pequeña libreta de bolsillo toda una sarta de jeroglíficos codificados que le recordarían sus inventarios y cuánto se debía recolectar al siguiente día. Esperó un par de minutos más en su refugio y cuando vio que nadie más se acercaba, se fue poniendo de pie, despacio, como buscando su camino de regreso a casa.

—¡Jambalaya! —le repitió el intruso, tratando de engañarlo.

«No puede ser que vayan a seguir con esto toda la noche», pensó, agotado, mientras trataba de identificarlo con su pequeña linterna.

—Lárguese de aquí antes de que le rompa el pescuezo —le dijo amenazante al no reconocerlo.

—Solo quiero unos gramos de coca… —imploró el pequeño hombre que parecía un enano a la par de aquel gigante.

—Le voy a partir el cráneo —le advirtió, tratando de asustarlo con un movimiento brusco de brazos.

Jamás se imaginó que el diminuto sujeto tuviese los reflejos de una ardilla y la velocidad de un felino. En una fracción de segundo, el

desconocido se levantó por los aires y con un giro exacto y preciso, extendió su pierna derecha y con una patada voladora le impactó justo en el tabique de la nariz, quebrándosela en pedazos. El Camaleón era un hombre grande y corpulento, pero el golpe lo dejó tendido en el suelo, aturdido y con un profuso sangrado.

—Todo sería más sencillo si me escucharan —le dijo, encrespado y sonriente, mientras el Camaleón se tambaleaba con la vista desorbitada.

—Escucha, muchacho, esta es mi última noche en este trabajo y no quiero tener problemas, toma un poco de crack y te vas feliz a casa —le contestó, pensando que se trataba de un drogadicto callejero.

—¿Sabe una cosa? Siempre se confunden con mi tamaño —le dijo, carcajeándose mientras se sentaba a su lado—. Esto es lo que vamos a hacer, grandullón. Vas a abrir esa cajita que llevas ahí escondida y me vas a dar todo lo que te quede. ¿Te parece?

—Lo que te voy a dar es un par de balazos en la cabeza —contestó el Camaleón, tratando de buscar el arma que escondía en su cintura.

De nuevo, con un movimiento que no le tomó más que un soplo, el impostor se hizo de la Glock de nueve milímetros con un moderno silenciador y, arrinconado sobre sus espaldas, le apretaba el tórax con una extraña llave de lucha libre que le cortaba por completo la respiración. Por primera vez en muchos años, Ray Harvey se sintió aterrorizado.

—¿Esto es lo que buscabas? —le inquirió mientras le oprimía aún con más fuerza el pecho y le restregaba el revólver sobre la mejilla derecha—. Me dijiste que hoy era tu última noche de trabajo. ¡Acertaste, amiguito! —le dijo mientras tensaba aún más sus piernas, tiraba el revólver a un costado y sacaba de su chaqueta una cuerda delgada de acero que le arrolló sobre su cuello. Susurrándole al oído, le dijo—: ¡Nos vemos en el infierno, maldito!

La fuerza de sus manos fue tan brusca y repentina que el Camaleón no tuvo siquiera tiempo de tomar un último suspiro. Trató de mirar al cielo, pero sus ojos se voltearon hacia arriba y se blanquearon como si fuesen dos bolas de billar. Convulsionó unos segundos, pateó el césped dando la impresión de que la vida se le escapaba por los pies y se rindió sin poder hacer nada. La habilidad de las manos del asesino fue tan mortal que, sin percatarse, le cortó una parte importante de la barba que ahora se escondía en la tráquea expuesta de un cuello a medio degollar. Sin remordimiento alguno y con una tranquilidad inhumana, desenredó el cable ensangrentado, se lo guardó de regreso en uno de los bolsillos de su chaqueta, tomó el revólver, los casi cinco kilos de droga que el Camaleón guardaba en el compartimento y se alejó buscando otro roble en el que pudiese drogarse con tranquilidad. «Vaya… Tengo coca para un par de años», se dijo a sí mismo mientras


inhalaba un par de líneas.

CAPÍTULO 7

Como todos los días y antes de que el reloj marcara las 11:30 p. m., Alyssa salió de su casa sin ganas de desvelarse una noche más en esa tienda de conveniencia que permanecía abierta las 24 horas, justo en el fondo de la pequeña gasolinera ubicada a un costado del Lee Circle. Ese día en particular le costó un poco más despedirse de su madre, que le preparó una pequeña torta con una de esas velas que se seguían prendiendo por más que ella soplara y soplara. Después de una docena de intentos por apagarla, se mojó sus dedos y dejó que la saliva extinguiera la pequeña llamarada.

—Que tengas un feliz cumpleaños —le dijo su madre con un beso en la mejilla.

—Pues será un cumpleaños rodeado de papas fritas, perros calientes recalentados y uno que otro borracho tratando de comprar su última bebida —le contestó con ganas de hacer algo diferente esa noche.

—Vete ya a tu trabajo, que sin esa plata que te ganas ahí no podrías seguir estudiando enfermería —le recordó su vieja, moviéndose en una cómoda mecedora—. Tener un trabajo y un oficio es el mejor regalo que te puede dar la vida.

—Hoy cumplo dieciocho años y debería estar celebrándolo con mis amigos —dijo algo desanimada.

—Tienes toda una vida para celebrarlo, así que andando… Vas a llegar tarde.

Cuando llegó a su puesto de trabajo, otro joven la esperaba ansioso para cerrar su turno, con el reporte de la caja registradora y con ganas de salir corriendo para poder dormir unas cuantas horas antes de tener que levantarse de nuevo para ir a su segundo trabajo. En las afueras, un viejo camión blindado de valores esperaba a que le entregaran las dos bolsas de lona; una liviana con los billetes y la otra con monedas que pesaban un mundo.

—No te olvides cerrar con llave la puerta principal y recuerda que después de la medianoche solo se atiende a la gente por la ventanilla de seguridad —le dijo mientras salía apresurado.

Alyssa era una hermosísima mujer de color con unos ojos verde claro que hacían juego con sus alisados cabellos y esa figura exquisita que, por lo general, se tiene en los mejores años de la juventud. Cerró con llave el acceso, se sirvió un té frío, puso su estación favorita en la radio y se sentó a esperar a que alguien se acercara a comprar alguno de los cientos de productos que se vendían en sus anaqueles. Por lo general, las madrugadas de los martes eran aburridas y podía pasar sentada hasta el amanecer sin atender más que a un par de camioneros que en ocasiones pedían una cajetilla de cigarros y unas jarras gigantescas de café. Esa noche no fue diferente y justo cuando sus ojos se cerraban del cansancio, un golpeteo en el vidrio blindado la hizo brincar del susto. Eran pasadas las dos de la mañana y tardó varios segundos antes de poder entender lo que sucedía. Ahí, en las afueras de la gasolinera, sus mejores tres amigos la esperaban con un enorme pastel de chocolate y un rótulo que decía: «Feliz cumpleaños Alyss, te queremos un mundo». El gesto le sacó una gran sonrisa. Emocionada, tomó las llaves, les abrió la puerta principal y los dejó pasar para celebrar junto a ellos algunos minutos.

—No pueden quedarse mucho tiempo, que las cámaras de seguridad están grabando todo y me pueden sancionar —les dijo, emocionada, mientras se abrazaban unos con otros—. Qué lindo detalle, mil gracias.

Los chicos se quedaron con ella unos quince minutos, charlando de sus cosas y cantando a viva voz *Independent woman* de Destiny´s child. Vivieron unos minutos de algarabía, buenos recuerdos y disfrutaron como siempre el estar juntos.

—Te compramos un pequeño detalle —le dijo Clarisse, su mejor amiga.

Alyssa abrió emocionada el colorido papel que cubría el regalo y se emocionó cuando vio que se trataba de la nueva camisa de su equipo favorito, los New Orleans Saints.

—Mil gracias, chicos —les dijo—. A partir del próximo domingo no me la quito de encima; este año fijo llegamos al Súper Tazón.

—Es original —le comentó Darren, el joven chico que tan solo dos semanas atrás le robó un tierno beso en la boca.

—Los quiero con toda mi alma, pero tienen que irse —les dijo Alyssa, que veía preocupada la luz roja parpadeante de una de las cámaras del circuito cerrado de televisión—, me van a llamar la atención.

—Bueno, apaguemos el pastel y nos vamos —dijo el chico, guiñándole un ojo.

Los cuatro se abrazaron, prendieron un encendedor y le cantaron cumpleaños hasta hundirle toda su cara en el pastel, que ahora aparecía cubierta con el espeso lustre.

—Me la van a pagar —gritó Alyssa, mientras salían corriendo y ella les lanzaba pequeños trozos de torta por el aire.

Los vio marcharse con ganas de seguirlos y suspiró un par de veces hasta que terminó metiéndose en el pequeño lavabo para limpiarse el desbarajuste de azúcar que le cubría el rostro. Cuando salió, aún se chupaba los dedos del exquisito lustre de chocolate, pero cuando levantó la vista sintió quedarse sin respiración.

Ahí frente a ella, vestido de negro, con una esvástica en el pecho de su chaqueta, la cabeza rasurada y una diminuta barba tipo candado, se le mostraba el pequeño impostor que tan solo hacía una hora había degollado al Camaleón y que ahora divagaba eufórico y con las pupilas dilatadas por el efecto mágico que le producía la droga que recién robó.

—Deme un paquete de condones —le dijo con una carcajada recargada—, extragrandes, por supuesto.

—Señor, no puedo atenderlo dentro de la tienda, si gusta, salga a la ventanilla y le vendo todo lo que necesita —le pidió, nerviosa y con la voz entrecortada.

—¿Sabes una cosa? Siempre se confunden con mi tamaño.

—Señor, por favor, salga —le dijo de nuevo—. La puerta debía estar cerrada y a estas horas de la noche solo atendemos a través de la ventanilla.

—Mejor te quitas la blusa y me enseñas esas gigantescas tetas negras…

Alyssa tragó en seco, sintió con rapidez como le subían los latidos de su corazón y trató de refugiarse detrás del mostrador principal. Su cuerpo se estremecía y sus manos temblaban de terror.

—No le voy a mostrar nada —le dijo, valiente—. Esta tienda tiene cuatro cámaras de seguridad. Todo lo que usted está haciendo lo ven en una central de monitoreo, y lo mejor que puede hacer es irse para su casa.

—¿Crees que por ser pequeño no soy lo suficiente hombre? —preguntó, mientras sacaba la pistola y enroscaba el silenciador desde su extremo.

—Señor, se lo ruego, no me haga daño —le imploró, arrepentida y con lágrimas en sus ojos—. Hoy estoy cumpliendo años.

—¿Cuántos?

—Dieciocho…

«Qué sabroso, una estrecha», pensó en su mente enferma.

—Cierra con llave la puerta —le demandó mientras le colocaba el revólver en sus temblorosos labios.

Alyssa caminó despacio, con recelo y pensando que si lo obedecía todo esto terminaría más rápido. Cerró el llavín y con lentitud se volvió a ubicar detrás del mostrador, sintiéndose allí un poco más segura, a pesar de tener el cañón de la pistola dentro de su boca.

—Sácate la blusa —le dijo mientras le acariciaba el cuello con el frío metal del arma.

La joven respiraba con dificultad y en el nerviosismo que vivía no pudo ni siquiera atinar con uno solo de los botones. Fue tal su desesperación que terminó abriéndosela de golpe con una mano, mientras que con la otra buscaba a ciegas y desesperada el botón antipánico que avisaría a la policía para que la rescataran.

—Si lo oprimes te vuelo los sesos —le advirtió, mientras ella levantaba temblorosa sus dos brazos en el aire.

—Por favor, no me haga daño —imploró ella de nuevo.

—Quítate el sostén.

—Señor, se lo ruego…

—Que te lo quites —gritó, violento.

Ella obedeció, apresurada, mientras pensaba en su madre, en aquel beso de Darren, en el pastel que le trajeron sus amigos hacía tan solo unos minutos y le costó creer que ahora estuviese viviendo esta pesadilla. Con el torso desnudo sintió como el hombrecillo la tocaba con una de sus manos y empezaba a jadear errático. Percibió entonces el latido de su corazón que brincaba acelerado sobre su cuello y pensó que pronto se desvanecería.

—Ahora sí, tráeme los condones, que no quiero que me termines pegando una de esas enfermedades —le dijo antes de lamerle uno de los pechos.

—Se lo suplico, no lo haga…

Fue entonces cuando sintió como el golpe seco de la culata le partía el labio en dos.

—Cállate y tráelos.

Segundos después regresaba con una docena de cajas diferentes y, temblorosa, le dijo:

—No sé qué es lo que anda buscando, así que le he traído todos los que tenemos. No me va a violar, ¿verdad? —le preguntó, aterrada.

—¿Cómo se te ocurre? Hoy es tu cumpleaños, ¿no? —le contestó, sarcástico—. Solo estoy jugando contigo.

Ella suspiró, pensando que no le mentía.

—Por favor, D-os, no permitas que este hombre me haga daño —dijo en voz baja.

—Bájame los pantalones —le ordenó—. Y no se te ocurra hacer nada extraño allí abajo.

El tipo no llevaba calzoncillos y de inmediato reveló un pequeño miembro que no resultaba más grueso que un lápiz ni más largo que

un palillo de dientes.

—¿Ya no te parezco tan pequeño como antes? —le preguntó, orgulloso de su falsa hombría.

—Yo nunca dije que usted fuera pequeño —contestó ella, amedrentada, mientras hacía un esfuerzo extraordinario por esquivar su mirada.

—Míralo y dime que es grande.

—No quiero verlo… Por favor, no me haga hacerlo.

Ella hizo lo imposible por evitarlo, pero con sus dedos la obligó a abrir sus parpados cerrados y, sin tener que hacer mucho esfuerzo, le torció el cuello hacia abajo.

—Es grande, señor… —le mintió, aterrada.

—¿Alguna vez habías visto uno con semejante tamaño?

—Nunca, señor, es lo más grande que he visto en toda mi vida —le dijo ella, pensando que eso era lo que él quería escuchar.

—Levántate —le dijo mientras le apuntaba a la cabeza con la pistola—. ¿Ya te cantaron feliz cumpleaños?

—Sí, señor, gracias.

—Te lo voy a cantar de nuevo —le dijo, aún desnudo frente a ella —. ¿Cómo te llamas?

—Alyssa —le contestó, pensando que lo peor había pasado.

—Cumpleaños feliz… te deseamos a ti… cumpleaños… Alyssa, cumpleaños feliz… —le cantó a una incrédula muchachita que lo miraba con sospecha—. Ahora sopla esta candela, maldita basura —le gritó, desaforado, mientras jalaba el gatillo y en su alucinada mirada veía como la bala le atravesaba despacio la frente y le volaba los sesos en mil pedazos. Entonces, la miró tendida en el suelo, inerte, con un brote de sangre que iba cubriendo el suelo. Como si aún estuviera con vida, le dijo—: En tu cara, perra.

Sin pensarlo dos veces, la tomó de sus pies y la arrastró por los pasillos de la pequeña tienda, dejando sobre el piso una estela de sangre y sesos desparramados. Le tomó la cabeza ensangrentada y la apoyó sobre la camisa que recién le habían regalado. Se arrodilló frente a ella, la terminó de desnudar, se colocó el condón, le abrió sus tibias piernas y la penetró una y otra vez, con fuerza, violento, y en su mente enferma y degenerada imaginó que ella gozaba y hasta la escuchó gemir de placer. De repente, una de las luces rojas intermitentes de la cámara le robó por un instante la atención. Se quedó mirando con sospecha, intrigado, cautivo. La dejó de penetrar y se acercó hacia esa luz que lo perseguía, desnudo y expuesto. Y sin importarle lo más mínimo, acercó su rostro al lente, le sonrió como si estuviese dando una entrevista y regresó a aquel cuerpo que ya empezaba a enfriarse. Se colocó sobre ella de nuevo y terminó de autosatisfacerse.

Segundos después salía como si nada hubiese sucedido, con las manos asesinas cubiertas de sangre y, como una rata de cañería, se perdía veloz entre los callejones angostos de una ciudad que, por lo general, no dormía, pero que esa noche en particular guardaba un silencio sepulcral.

CAPÍTULO 8

Hay fechas que te marcan para siempre; el 23 de enero del 2007 fue uno de esos días. Hacía ya mucho tiempo que había perdido la costumbre del buen dormir, pero esa noche la pasé sin poder cerrar un minuto los ojos. ¿Y cómo iba a poder conciliar el sueño, si en pocas horas y después de tantos años mi Madeleine estaría tocando la puerta como si el tiempo nunca hubiese transcurrido? Mi corazón latía emocionado y los minutos se me hicieron inagotables. A eso de las tres de la mañana, después de varias horas de dar vueltas sobre una cama que se hacía pequeña, me terminé de convencer que lo mejor sería levantarme de una vez por todas. Bajé las escaleras cubierta hasta el cuello con mi bata rosada y arrastrando sobre el piso las pantuflas de franela que protegían mis viejos pies. Son graciosas las cosas que a veces hacemos los seres humanos. Durante mis años de insomnio caminé estos pasillos de puntillas, tratando de que las uniones de la madera no crujieran con mis pasos, de no hacer ruido y así no despertar a alguien. ¿Puedes creerlo? ¡Caminaba como una ladrona en una casa en donde nadie, absolutamente nadie, podía escucharme!

Cuando por fin llegué a la cocina, prendí las luces, abrí la gigantesca alacena y me preparé un enorme jarrón de café con *chicory*. No recuerdo cuándo fue la primera vez que papá me dio un sorbo de aquella oscura y amarga bebida, pero a partir de ese momento no pude dejarla. Años después, mientras leía un libro de historia, aprendí que la bebida de la que tanto disfrutaba no era más que un delicioso engaño. Sí, una simple jugarreta para hacernos creer a todos los del sur que tomábamos uno de los mejores cafés del mundo. La guerra civil de Francia no solo nos regaló las ideas sobre la libertad, fraternidad e igualdad de las que hoy tanto hablamos, sino que también dejó a los franceses con una horrenda escasez de café. En aquellos apuros y ante un pueblo que demandaba sus humeantes virtudes, una hoja parecida a la lechuga vino a resolver el faltante.

Fue así como la raíz tostada de esa legumbre (la achicoria), mezclada con unos pocos granos de café, nos hizo creer a una manada de ignorantes que lo que consumíamos era el mejor brebaje del mundo. Vaya sorpresa, mi delicioso café se parecía más a una ensalada verde que a una bebida exótica, y, aunque he tenido la dicha de probar los mejores granos cosechados en todo el planeta (gracias a la colección inagotable del señor Thomas), no les puedo mentir al decirles que mi *chicory* sigue siendo el más sabroso de todos. Eso sí, siempre y cuando se haga acompañar de unos frescos y calientes *beignets* cubiertos con abundante azúcar en polvo. Hacerlos no me tomó más que media hora y justo cuando empezaron a salir los primeros rayos del sol, me llené la boca de esos crujientes buñuelos franceses. A mis setenta y un años y con más de veinte de andar cargando con una diabetes que a veces me volvía loca, era evidente que no podía embutirme tales excesos, pero con el pasar de los años le fui perdiendo respeto a la enfermedad y de vez en cuando, en ocasiones especiales como esta, les daba rienda suelta a mis antojos sin importarme un comino las consecuencias. Nunca pensé que el azúcar en mi sangre se fuese a disparar de esa manera. Antes de poder masticar el tercer bocado, mi cuerpo empezó a reaccionar como nunca antes lo hizo. Fue la sensación más extraña del mundo. Primero sentí un aterrador nerviosismo, algo así como si presintiera que algo terrible y malo pasaría. Luego me invadió una horrible jaqueca que se me fue extendiendo por el resto del cuerpo, acompañada de una extraña debilidad. Traté de reaccionar para inyectarme la dosis de insulina que pondría todo ese desbarajuste en orden, pero la cabeza me dio cien volteretas y me desboqué inconsciente sobre el plato lleno de fritangas azucaradas.

Es curioso, pero en aquel letargo hiperglucémico que me receté soñé con Madeleine. Recién cumplía los catorce años, llevaba puesto el mismo vestido celeste sin mangas, con aquellos zapatos de cuero blanco, sin medias, y juntas jugábamos con un millar de suaves capullos de algodón que revoloteaban en el aire. No había violaciones ni embarazos detestables. Solo alegrías y buenos recuerdos. Las dos nos carcajeábamos descontroladas y hasta sentí que me hacía pipí de la risa en mis gigantescos calzones floreados. Fue un sueño maravilloso, sí, de esos en los que uno hace un verdadero esfuerzo por no despertar, o, si de casualidad despiertas, cierras rápido los ojos para retomar la historia cuanto antes. Y entre tanta algarabía que compartíamos, miramos juntas hacia el cielo siguiendo con nuestra vista los blancos algodones que bailaban sobre nosotras, y dejamos que su suavidad nos envolviera todo el cuerpo con caricias. Entonces, sin aviso previo, una gigantesca nube negra cargada de agua se postró justo sobre nuestras cabezas. Escuché varios truenos, gigantescos, ensordecedores, y en un abrir y cerrar de ojos, enormes gotas de agua

helada y granizo cayeron sobre mi rostro. Los vientos huracanados me arrebataron a la niña de mis manos y en un grito desesperado vi como ella desaparecía en medio de aquella inesperada tormenta. Cuando desperté de aquel colapso diabético, me percaté de que no existían truenos ensordecedores ni gotas heladas sobre mi rostro. Ahí junto a mí pude ver a Madeleine, hecha toda una mujer y hermosa como nunca antes la recordé. La pobre llevaba más de diez minutos tratando de despertarme, y en su desesperación empezó a pegar alaridos y a tirar sobre mi letárgica cabeza jarrones de agua bien cargados de hielo.

—¡Casi me matas de un susto! —dijo Madeleine, alarmada.

—¿Qué hora es? —pregunté, todavía algo desorientada y con la mitad de mi cara cubierta de buñuelos aplastados.

—Faltan quince minutos para el mediodía —respondió.

«Vaya, me perdí durante más de seis horas», pensé mientras buscaba algo desesperada la pequeña inyección con la insulina. Tuve que esperar varios minutos y, cuando por fin logré recuperarme, le dije con lágrimas en mis ojos:

—¡Mi niña preciosa! Ven, abrázame y acércate, que en algún momento pensé que estos ojos nunca más te volverían a ver.

—Primero déjame quitarte de encima toda esa azúcar… tienes la mejilla como una manzana cubierta de caramelo —me dijo con la misma dulzura de la niña que solía jugar por estos campos, mientras me limpiaba con una toalla húmeda—. No puedes comer *beignets* si sufres de diabetes, Stella, ¡puedes caer en coma!

Le besé la frente no menos de diez veces y nos cruzamos en un abrazo que duró varios minutos. No nos dijimos palabra, no hacía falta, y dejamos que el roce de nuestras cabezas se contagiase de ese amor silencioso que raras veces te ilumina el alma.

—Es hermoso tenerte de regreso —le dije mientras sostenía su cara con mis dos manos abiertas.

—Vine solo por un par de días —me contestó de inmediato, y sabiendo que eso era lo último que quería escuchar—. Recuerda que ahora tengo un programa semanal y no puedo estar fuera de la oficina mucho tiempo.

—Ya sé que eres toda una estrella de la televisión, pero tu padre no está bien, mi niña. Creo que deberías tratar de pasar más tiempo con él —le dije, tratando de ganarme un par de horas extras.

—Llévame, que quiero verlo.

—No te va a reconocer —le advertí.

—Mejor así —se dijo a ella misma en voz alta—. Ya el daño está hecho y a los dos se nos hizo demasiado tarde para cambiar las cosas.

Cuando abrí la puerta de su habitación, sentí ese olor tan particular que dejaban las mantillas embarradas que el pobre viejo iba

desechando a diario. Como todos los días, su cuerpo se apoyaba sobre una silla mecedora que oscilaba al igual que el péndulo de un metrónomo. Su rostro daba justo al gigantesco ventanal que con sus portillos abiertos permitía que el fresco viento de enero lo abrazara e hiciera que las suaves cortinas bailaran junto a su impávido cuerpo. A su lado, mi hermano Tyrone que, sin esperar nada a cambio se ofreció a cuidarlo; le daba de beber con una cuchara y le limpiaba la quijada con un babero improvisado. Le tomé la mano a Madeleine y le hice un gesto como tratando de preguntarle si estaba lista; antes de contestarme, dio unos pasos hacia él.

—Mira a quién te he traído —le dije al señor Thomas, segura que ni siquiera reaccionaría.

Ella se arrodilló frente a él, se arrinconó entre sus piernas y con el peso de su cuerpo detuvo el incesante movimiento de esa silla que rechinaba contra el suelo de madera. Le tomó sus pálidas y suaves manos, y lo llamó tal y como acostumbraba a hacerlo de niña:

—¿Cómo está mi osito de peluche?

Ya a estas edades y después de haber recibido tantos golpes, empezaba a creer que las cosas en la vida se daban por simples circunstancias, sin que existieran milagros, destinos predeterminados o intervenciones divinas. Esa tarde volví a creer en la mano maravillosa de D-os.

—Mi pequeña Madeleine —le contestó el señor Thomas, mientras inclinaba su cabeza y con una lágrima salía de un letargo que lo tuvo en otro mundo por varias semanas—. No sabes lo que he rezado para volver a verte.

—Papá, perdóname por haberte abandonado… —le dijo ella, instintiva, mientras le besaba sus manos en busca de consuelo.

—No, mi pequeño capullo de algodón —la interrumpió—. Perdóname a mí por haber sido tan cruel. No ha pasado un solo día de mi vida en el que no me arrepienta de lo que te obligué a hacer.

«Santo cielo, esto es un milagro», pensé, conmovida.

—Olvídalo, papá, que no me hiciste nada —le dijo, tomándole el rostro con sus manos—. Mírame, mírame bien. Me he convertido en una mujer hecha y derecha, con una profesión que amo y una vida maravillosa. Nunca debí dejarte solo…

—¡Tengo que confesarte algo! —le dijo algo nervioso y exaltado —. He esperado años para poder hablarte.

—Dime lo que quieras —le respondió ella, emocionada.

—Te acuerdas del..., del..., del...

Y así sin más, sin preámbulo alguno ni advertencia que nos preparara, y como si su mente fuese la leve llama de una vela que se tambalea entre las ráfagas del viento, lo perdimos de nuevo. Es triste ver la mente enferma de alguien que alguna vez formó parte de tu

vida. De repente nos sorprende con unos minutos de la lucidez más bella para que segundos después deje de existir. Sí, sin explicación alguna y deseando que aquella pincelada de cordura se hubiese perpetuado por unos segundos más, su mirada se detuvo como si fuese un viejo reloj de cuerda y su alma se nos esfumó por el horizonte, llevándose con ella la sonrisa cálida de sus labios.

—¿De qué confesión hablas? —preguntó Madeleine, angustiada, desesperada—. Papá, mírame a los ojos y cuéntame… ¡No me dejes sola de nuevo…! ¡Te lo ruego!

—¡Quítenme a esta mujer de encima! —gritó el señor Thomas desesperado.

—Se ha ido, mi niña —le dije mientras la ayudaba a ponerse en pie—. Fue un milagro que te reconociera al menos por unos segundos.

—¿De qué confesión hablaba? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—No tengo la menor idea —le contesté con sinceridad, secándole su llanto—. Su mente siempre lo traiciona. A mí me confunde con tu madre Lauren… No sabe lo que dice.

—¡Esto es una mierda! —se exasperó ella—. En ese instante que me reconoció estaba cuerdo, lúcido… Se lo vi en sus ojos.

—Puede ser, mi niña —le dije, tratando de consolarla—, pero a menos que reaccione otra vez no vamos a saber nada más de él.

Con lentitud la silla mecedora retomó el constante vaivén y Madeleine se quedó mirándolo con un sentimiento de culpa que no podía tolerar. Ella se arrinconó a su lado, puso su mano derecha sobre el respaldar de la silla y miró los gigantescos campos, tratando de buscar en ellos alguna explicación a su congoja.

—Vamos, te ayudo a que te acomodes en tu habitación —le dije, pensando que no podía soportar ver a su padre en ese estado.

—Déjame quedarme unos minutos a su lado —me contestó, desanimada.

CAPÍTULO 9

Media hora más tarde entrábamos juntas al mismo cuarto que la vio crecer. Todo seguía en su lugar y daba la impresión de que el tiempo se había olvidado de ese pequeño rinconcito. La cama se cubría con el mismo edredón de flores y unas gigantescas almohadas llenas de suaves bordados blancos. Junto a ellas, media docena de muñecas, algunas de trapo que aún tenían las marcas de una niñez llena de vida, y las otras, de finas porcelanas pintadas a mano con tal delicadeza y exactitud que lo único que les faltaba era dar un respiro para tomar vida. Resultaba surrealista estar en esa habitación y pensar lo rápido que transcurrieron los últimos veinticinco años. En ese pequeño espacio nada cambió y lo único que nos recordaba el paso del tiempo eran algunas hojas del papel tapiz que empezaban a desprenderse en las uniones. Madeleine quedó sorprendida y abrió el clóset sabiendo de antemano lo que encontraría adentro. Ahí, colgando como un recuerdo traicionero, las perchas mantenían en el aire los mismos vestidos que usó hasta el día en que se fue de casa, y sus zapatos esperaban en fila la oportunidad de que sus pequeños pies volvieran a tomarlos.

—¿A quién se le ha ocurrido la idea de mantener este cuarto como si fuera un museo de historia? —preguntó Madeleine, aún sorprendida con lo que miraba.

—A tu padre —le contesté—. Desde el día que te fuiste a casa de tu tía Trinity, dio la orden de mantener el cuarto intacto. Siempre soñó que regresarías y nunca aceptó tu partida. Todos los días se sentaba al borde de tu cama a esperar que entraras por esa puerta… En ocasiones, como cuando eras niña, leía en voz alta tus libros favoritos de cuentos infantiles.

—Nunca pensé que sufriera tanto —dijo, cabizbaja—. Fue un buen hombre, ¿verdad?

—El mejor que he conocido.

—Y yo una mala hija.

—No te reproches, mi niña —le dije, abrazándola—. Él cometió errores gravísimos y tú sufriste mucho por ello. Nunca hubieras sobrevivido rodeada con tanto dolor… Hiciste lo que tenías que hacer.

—Por algún motivo no me consuelan tus palabras.

—Lo sé —le dije, rendida, mientras nos sentábamos juntas sobre el borde de la cama.

De repente, en un acto de espontaneidad total, así como la rana que espera en el riachuelo a que pase una mosca y lanza su lengua al aire como un látigo, ella me tomó desprevenida golpeándome cariñosa con uno de los cojines viejos. Estornudé varias veces y antes de que pudiésemos decirnos palabra, iniciamos una batalla de almohadazos que nos retorcieron las nucas y nos hicieron recordar la cantidad de veces que nos dimos una paliza con esas gigantescas y acolchonadas almohadas blancas. Por supuesto que me llevaba ventaja, y estoy segura de que ahora era ella la que controlaba su fuerza para no hacerme daño, al igual que lo hice yo cuando ella era todavía una niña frágil y delicada. Fue hermoso revivir con espontaneidad las memorias de aquellos años y ver que, a pesar de todo, aún quedaban buenos recuerdos. La batalla continuó en medio de carcajadas y tiempos fuera que yo rogaba para retomar el aire que se me escapaba de los pulmones, y en uno de los tantos porrazos, al igual que se abre un capullo al sentir los rayos del sol, una de las almohadas cedió a tantos años y dejó que por el aire revolotearan cientos de blancas plumas de ganso que parecían quedar suspendidas por toda la habitación. ¿Sabías que dos personas pueden estar viendo lo mismo y percibir esas imágenes en forma distinta? Eso fue lo que sucedió ese día. Mientras que a mí me pareció maravilloso ver aquella lluvia de pequeñas manchas blancas rodeando nuestras existencias, a Madeleine le retorció la vida.

—¡Para! —me gritó, endemoniada, como cuando discutíamos de religión—. Quítamelas de encima, por favor. —Me miró con desesperación, como si fuesen trozos de vidrio que le flagelaban el cuerpo, y asustada dijo—: Me han hecho recordar la violación.

—Pensé que no tenías recuerdo de eso —le contesté mientras le cubría su cuerpo con el edredón.

—Llevo más de veinte años de recibir terapia y ahora se me vienen a la cabeza pequeños retazos de lo que viví esa tarde.

—¿Qué tan exactos son esos recuerdos? —le pregunté, intrigada.

—Lo suficiente como para volver a sentir sus manos sobre mi piel.

—Lo siento, mi niña.

—Solo abrázame un rato, que pronto pasará —me dijo aún estremecida.

Gastó una fortuna en terapias y lo único que lograron fue llenarle

la cabeza de parches oscuros y dolorosos, pero reconoció que después de aquella violación no había logrado mantener una relación íntima con un hombre, y los novios que tuvo no pasaron de un beso inocente en la mejilla. «La única forma en que podré amar a alguien es enfrentando mi pasado», se decía a sí misma. De no haber sido por sus hermanos Charles y Alfred, nos hubiéramos quedado horas acurrucadas bajo aquella confortable cobija, pero, como siempre, en Thomasville los buenos momentos venían en rachas cortas y por tiempos muy escasos.

—¿Ya llegó la cenicienta? —preguntó el odioso de Charles, interrumpiendo nuestro momento—. Apuesto lo que sea a que solo vino a recoger su herencia y cuando el reloj dé las doce, saldrá corriendo como una ladronzuela.

—Te lo advierto, Charles —le dijo Alfred, valiente—, no voy a permitir que le faltes el respeto… ¡Me escuchaste! Vino a ver a papá y mientras esté con nosotros la vas a tratar como lo que es, de la casa.

—No peleen por mí —intervino ella, mientras salía del escondite y abrazaba con cariño a su hermano más chico.

«Es igual de engreído que su abuelo», pensé al tiempo que le volteaba la cara.

—Por mí no te preocupes, Charles —le dijo Madeleine, acariciándole tranquila su mejilla izquierda—. Todo lo que me corresponda de la herencia, si es que me dejaron algo, se lo voy a pasar a Stella. A diferencia tuya, tengo una profesión y no dependo del dinero que otras personas ganaron para poder mantener mi forma de vida.

—Vaya, vaya —replicó él—, la negra por fin se hará millonaria.

—No se te ocurra volver a llamarla de esa forma —contestó ella, furiosa, mientras le estrujaba el pescuezo con una fuerza tan brutal que le interrumpió el flujo sanguíneo y le pintó de morado los labios.

—Esta negra fue la misma que te limpió el culo cuando eras un bebé, desgraciado —le dije, aprovechando que mi niña lo redujo a la nada—. Y esta mano negra que ves —continué, enfurecida— fue la que te crio y te dio de comer, malagradecido. Suéltalo, por favor —le rogué a ella, preocupada de que le hiciera daño. Cuando lo liberó, lo abofeteé lo más fuerte que pude y concluí—: Y esta negra vieja que ahora ves, fue la misma que cuidó al padre que algún día te va a hacer rico, ¡poco hombre!

A Alfred le provocó golpearlo, pero la disputa fue interrumpida por el ruidoso teléfono celular que Madeleine llevaba dentro de su cartera. No sé en qué hubiera terminado la cosa si ese aparato no hubiese timbrado, pero, para suerte de Charles, la llamada nos hizo a todos olvidar por un instante el insulto, y él aprovechó para salir corriendo como un chiquillo asustado.

—Solo espero que la visita sea corta —alcanzó a decir antes de desaparecer como una cucaracha.

—Lárgate de una vez por todas, hijo de puta —le respondió Alfred con la intención de perseguirlo.

—Déjalo que se vaya —le ordené, sujetándolo del brazo—, tu hermano no tiene remedio.

Las manos de Madeleine aún temblaban y su cara reflejaba una paleta de colores rojizos. Recuerdo que desde niña se ruborizaba cada vez que se enfurecía y con solo verle el rostro era fácil predecir su estado de ánimo; «hay cosas que nunca cambian», pensé al verla con su cara ardiendo. Después de rebuscar en ese bolso que parecía no tener fondo, Madeleine logró hacerse con el ruidoso aparato y, mientras escuchaba atenta, el tono de su piel cambió por completo de color.

—Necesito un televisor —demandó, preocupada.

No tardamos más de treinta segundos en estar sentadas sobre el sofá de mi habitación y, como si nos hubieran hipnotizado, mirábamos aterrados la noticia que divulgaba la misma cadena para la que trabajaba Madeleine. No sé en qué momento aprendió a hablar por el teléfono y ver la televisión al mismo tiempo, pero durante los siguientes diez minutos miró y habló como si ambos estuviesen conectados entre ellos. «Hemos confirmado un doble asesinato en la ciudad de Nueva Orleans —decía el presentador del noticiero más visto en todo el país—. Las víctimas han sido identificadas como Ray Harvey, un vendedor de drogas de cuarenta y cinco años que se hacía pasar por mendigo y que fue degollado en uno de los principales parques de la ciudad; y Alyssa Jones, una joven de dieciocho años que fue justo asesinada una hora después y que, según informes policiales, mostraba un impacto de bala en la cabeza. Fuentes no oficiales han adelantado que el doble crimen pudo haber ocurrido por motivos raciales y se rumorea que incluso está circulando un video del asesinato de la joven muchacha en redes sociales…».

—Consígueme ese video —le ordenó Madeleine a quien fuera que estaba escuchando al otro lado del teléfono.

«…Según las fuentes extraoficiales, el video fue captado por una de las cámaras de seguridad de la tienda de conveniencia en donde se cometió este terrible homicidio y ya se han reportado disturbios de protesta en algunos barrios de la ciudad…».

—Necesito a todo el equipo conmigo —demandó Madeleine otra vez—. No quiero escatimar en presupuestos, y dile a Ned que contacte al canal siete local para que nos permitan transmitir desde allí.

«…La policía ha iniciado el operativo más grande de los últimos años con el objetivo de lograr la captura del asesino, quien, según fuentes extraoficiales, podría ser identificado en las próximas

horas…».

—En cuanto lo tengan, mándame el reporte inicial y la foto del desgraciado —concluyó, algo emocionada.

«… Madeleine Thomas, la presentadora de nuestro programa semanal *Se buscan; vivos o muertos*, se está trasladando a su ciudad natal para darnos un primer adelanto en vivo esta misma noche».

Un silencio sepulcral me inundó y en mi mente solo podía imaginar el dolor que estaba sufriendo la madre de esa pobre muchachita. Desconozco en qué momento Madeleine le perdió el respeto a la vida, pero ahora se comportaba como si la muerte de estas dos personas tan solo valiera para el encabezado de una noticia fresca. La vi con sus ojos brillantes y exaltados, y me llenó de tristeza verla tan emocionada con la tragedia de otros.

—¿Querías que me quedara unos días? —me preguntó, exaltada—. Pues se te ha cumplido tu deseo.

—No quería que te quedaras por esto —le dije, algo indignada—. Quería que lo hicieras por tu padre.

—¿Mi padre? ¿Ese hombre de arriba con la mirada perdida?, ese no es mi padre —suspiró—. Se parece a él en cuerpo, pero su alma está vacía. Tú misma me lo dijiste…

—Tranquila, mi niña —la interrumpí, sabiendo que daría cualquier cosa por tenerla unos días más cerca de mí—. ¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

—Eso solo D-os lo sabe.

—¿D-os? —pregunté con sospecha— Pensé que…

—Lo dije bromeando, Stella —me interrumpió con una sonrisa—. Hasta que logremos atrapar a ese bastardo y veamos cómo se le revientan las venas de su maldito cuerpo.

CAPÍTULO 10

23 de enero de 2007 – 4:55 a. m.

Los rayos del sol se asomaban tímidos sobre el horizonte, dejando escapar una hermosa paleta de celestes pinceladas sobre la noche que agonizaba. Timothy McLaren dormía en el suelo haciéndose abrazar de algunas bolsas apestosas de basura, y su mente aún alucinaba por la mezcla de licor y droga que se había recetado tan solo unas horas atrás. Dos ratas se paseaban sobre su piel pálida distendida, tratando de llegar al alimento podrido que se desparramaba por todas partes. Además del pantalón negro enlodado, el hombre no llevaba zapatos ni camisa. Su estado físico era deplorable y de no ser por algunos músculos que se le marcaban al respirar, se hubiese pensado que era un muerto de hambre abandonado en medio callejón. Su mente divagaba perdida en los curiosos laberintos que le dibujaba la conciencia y en forma esporádica recordaba algunos destellos del tremendo pleito que tuvo con su prometida la noche anterior.

«Eres una basura de hombre», le gritaba Andrea, que sollozaba con el puñado de facturas acumuladas en la mesa. «¿Cómo piensas que vamos a pagar todas estas deudas si tú sigues malgastando el dinero en alcohol y en esa maldita droga?».

Su cuerpo reaccionaba con leves espasmos.

«¿Quién fue la que me dio a probar esta mierda de crack?», volvía a preguntar él. «Antes de que quedaras embarazada te importaban una mierda las cuentas y eras tú la que te gastabas todo el dinero en esta porquería», le decía, mientras que con un encendedor quemaba las piedras e inhalaba su veneno.

Esta vez sus párpados brincaron un tanto.

«Te odio, infeliz», le gritaba ella, desesperada, lanzándole un arsenal de platos de vidrio sin atinar a pegarle uno solo. «Lárgate antes de que llame a la policía, desgraciado... ¿No entiendes que ese

humo nos hace daño?». Él se aprovechó de la leve pausa para salir de la diminuta casa rodante sin soltar la droga ni la botella de vodka que bebía como si fuese una limonada. Ahí sobre el suelo y sin despertar escuchó como su compañera lo maldecía una y otra vez, ocasionando, con semejante escándalo, que los otros autos de acampar prendiesen las luces para chismear sobre uno de los tantos pleitos que se vivían en aquella comuna de viviendas móviles.

Timothy McLaren recién cumplía los veintiocho años y solo sabía hacer una cosa: maniobrar las gigantescas grúas hidráulicas que operaban todo el día bajando y subiendo contenedores de los barcos en el puerto de Nueva Orleans. Tenía diez años de haber conseguido aquel empleo y, aunque su salario no era una fortuna, le permitía vivir con comodidad y hasta conducir un pequeño vehículo usado que cuidaba como si fuese una joya. Su compañera, Andrea Irvine, fue su primer y único amor. Juntos se escaparon de la secundaria buscando liberarse del maltrato que el padrastro de la muchacha le propinaba a diario. A Timothy poco le importó dejar todo después de que su madre muriese de cáncer gástrico, justo cuando él tenía tan solo quince años, siete antes de que su padre los abandonara. El muchacho aborrecía vivir en la casucha destartalada que recibió de herencia y, en el mejor negocio de su vida, le vendió aquella pocilga a un vecino que seguía procreando hijos sin tener con qué mantenerlos. Con los veinte mil dólares que recibió del banco, se compró una casa rodante cromada, del año 75, con dos cuartos, que iba moviendo a conveniencia conforme conseguía uno que otro trabajo que le permitiera subsistir. Todo cambió en mayo de 1996. El hermano mayor de Andrea recibió una oferta para mudarse a trabajar en el puerto de Los Ángeles y, ante la oportunidad, no se demoró un segundo en enseñarle a Timothy todo cuanto sabía de las labores de estiba. Cuando se lo presentó a su exjefe, este refunfuñó entre dientes: «Espero que tenga mejor mano que la tuya… Lo voy a poner a prueba unas semanas». Para sorpresa de todos, Timothy manejaba aquella grúa mejor que nadie. Muchos creían que su pequeña estatura le daba cierta ventaja para maniobrar aquella mole de acero, pero, independientemente de eso, lo cierto es que en menos de una semana ya les sacaba a todos sus demás compañeros no menos de diez contenedores de ventaja por día. Con el nuevo oficio terminaron sus días de nómadas. Compró un pequeño espacio en el condado de Gretta, en donde asentó para siempre las cuatro paredes de metal y vio como de a poco el inmenso lote baldío se llenaba de un centenar de casas rodantes que perdían sus llantas y se arraigaban al suelo, esperando que el tiempo y la herrumbre terminaran con ellas.

Al igual que el niño que despierta sudoroso de una horrenda pesadilla, el sol se le coló en la retina, haciéndolo reaccionar con

violencia. Tardó un par de minutos en entender que otra vez se había intoxicado hasta perder el conocimiento, y de no ser por la gigantesca rata que caminaba sobre su hombro acariciándole el cuello con su espantosa cola pálida y peluda, es posible que se hubiese quedado tendido todo el santo día. Gritó asustado mientras trataba de quitarse a aquel animalejo de encima, y los viejos latones de basura le cayeron sobre su cuerpo, provocando un estruendo. Sintió de inmediato el abuso y sin poder levantarse del césped, notó como su cabeza se resquebrajaba al igual que el lodo que se seca ante la fuerza implacable del sol. Corrió afanado hacia su casa, semiinconsciente, descalzo, con trozos de vidrio incrustados en la planta de sus pies, maloliente y con sus manos cubiertas de una extraña sustancia viscosa que no pudo reconocer. Con una taquicardia que se le marcaba en el pecho, entró al único baño de aquella media casa, tomó la vieja navajilla que había dejado de usar hacía ya varias semanas y se afeitó la barba, pensando que así disimularía la resaca y lograría que su odioso jefe no notara la trasnochada. Andrea dormía relajada en la cama, moviendo con suavidad sus piernas sobre un colchón de agua que recordaba una marejada, y se cubría los ojos con un pequeño antifaz que bloqueaba la luz de la mañana que entraba a través de las viejas cortinas descoloridas. Él la miró con nostalgia, sabiéndose adicto y arrepentido una vez más de su maldita debilidad, por esa droga que le dejaba seca la boca y el espíritu. «Tengo que dejar esta mierda», pensó, consciente de que no era sencillo. Se vistió afanado sin hacer mayor ruido, se puso una de las tantas camisas de franela a cuadros que coleccionaba, el overol azul vaquero que tenía varias semanas de no lavar, las gruesas botas color marrón que exigían las autoridades portuarias y se marchó a escondidas haciendo un verdadero esfuerzo por no despertarla.

—Pídele un aumento al miserable de tu jefe —le dijo ella con la voz gangosa y adormilada—. Si no traes más dinero a la casa, es mejor que ni regreses…

—Andre… —intentó responderle.

—No me digas nada…

—Te prometo que voy a buscar ayuda —la interrumpió—. No sé en qué momento me hice adicto a esta maldita porquería. Perdóname… —trató de decirle.

—Lárgate ya… Estoy agotada —dijo ella asomando un ojo por el antifaz.

—¿Me quieres?

—¿Tengo opción acaso? —contestó de regreso.

Para cuando Timothy marcó su tarjeta de ingreso, ya llevaba una hora de retraso. Aunque él no lo percibía, su cuerpo apestaba a licor y su aliento recordaba el olor que emitían los tubos de escape en los

rellenos de basura. Tenía las ojeras más marcadas que de costumbre y su paso flaqueaba un tanto. Bobby Parker, su jefe, tenía más de treinta años como superintendente del puesto de grúas y se sabía a ojo cerrado las triquiñuelas y malas costumbres de cada uno de sus empleados. Por un segundo pensó dejarlo pasar por alto, pero la razón pudo más que la costumbre. A pesar de que en la entrada solo quedaban ellos dos, tomó el megáfono de emergencia y con un gusto en su garganta le gritó:

—McLaren… A mi oficina.

La oficina del viejo Parker estaba formada por varios contenedores adaptados con la última tecnología para soportar todos los sistemas de comunicación y las cámaras de seguridad que monitoreaban las diferentes actividades del puerto. El escritorio de madera comprimida forrada con fórmica era lo bastante grande para aguantar el desorden de papeles y reportes que nunca se movían de su puesto. Un gigantesco aire acondicionado de pared que sonaba como un tren a punto de descarrilarse, permanecía prendido las 24 horas y convertía aquel limitado espacio en una cámara frigorífica. Era tal el frío, que en pleno verano los muchachos se le metían en la oficina inventando alguna excusa para refrescarse del infernal calor de Luisiana, aunque fuese por unos minutos.

—Siéntese, McLaren —le ordenó mientras que con su pie movía una silla desplegable, se sentaba a su lado y, como si fuese un perro de cacería, le acercaba su enorme nariz llena de poros negros—. Veo que estuvo bebiendo otra vez.

Bobby Parker era un gruñón que se pasaba los días maltratando a los muchachos y, aunque se esforzaba por causar la impresión de ser un tipo duro y aguerrido, todos sabían que detrás de los gritos, las muecas y los insultos, se ocultaba algo de bondad.

—Tan solo me tomé dos cervezas —le contestó, tímido.

—¿Cómo las vendían, en sifones o en botellas de a dos litros? —le preguntó con el megáfono a todo volumen y a tan solo unos centímetros de sus oídos.

El tímpano de Timothy se quiso desprender y un insoportable chillido lo ensordeció por unos segundos.

—Deje de hincharme las bolas, Bobby —le contestó mientras se tapaba la oreja con una de sus manos.

—¿Cómo me dijo?

—Disculpe, señor Parker —corrigió Timothy, apresurado.

—Apesta a licor —le incriminó, dejando de lado la bocina—, y no me parece que sea de cerveza. ¿Está en capacidad de manejar la grúa o voy a tener que volver a descontarle otro día de trabajo por intoxicación?

—Por supuesto que estoy listo —le respondió—, usted sabe que

soy su mejor hombre.

—McLaren, esta es la tercera vez en el mes que viene al trabajo con tragos, la próxima lo voy a tener que despedir… Puede ser el mejor de la cuadrilla, pero no voy a poner en peligro toda la operación. ¿Me entendió?

—Sí, señor.

—Déjeme ver el pulso de sus manos —le ordenó Bobby, al tiempo que Timothy extendía sus brazos como dos barras de acero—. No sé cómo logra mantenerse en ese estado después de haber pasado bebiendo toda la noche. No tiene idea de lo que me provoca echarlo a la calle…, enano apestoso.

—No crea que por ser pequeño voy a permitir que me ande matoneando —le dijo Timothy con rabia mientras se ponía de pie y lo retaba amenazante—. No permito que nadie se burle de mi tamaño, así que si me va a despedir hágalo de una vez por todas. ¡Hágalo! —gritó.

Parker sabía que Timothy era, sin lugar a duda, su mejor hombre y no se iba a dar el lujo de perderlo. «Diez contenedores de más al día son muchos contenedores», pensó, dando un par de pasos hacia atrás para evitar la confrontación.

—Ya sabe la rutina —le ordenó, extendiéndole un pequeño frasco plástico esterilizado—. Puedo hacerme el pendejo por unos tragos de más, pero no puedo permitir que suban a esas grúas drogados.

Timothy se levantó apresurado y tomó el recipiente con una convicción temeraria. Miró la tapa roja que lo cubría y suspiró con alivio, mientras se escondía en el pequeño retrete forrado de aluminio que aún olía a desinfectante y rechinaba de limpio. Cerró la puerta con una tranquilidad franciscana, se aflojó el cinto, los pantalones, metió la mano en la parte trasera de su calzoncillo y sacó de su escondite una réplica exacta del frasquito. Tenía la misma tapa roja, reluciente, sellada y repleta de una sustancia biliosa y amarillenta. «El día que cambien el maldito recipiente me va a llevar puta», se dijo a sí mismo mientras miraba su contenido a contraluz. Fue en ese preciso momento cuando pensó en su vecino Joseph Pereira. Pepe, como le llamaban en el barrio, era el hijo de unos inmigrantes cubanos que le dedicaban la vida a una pequeña iglesia adventista y pasaban el día entero visitando casas tratando de atraer adeptos y, en el peor de los casos, lograr una pequeña contribución antes de que les tiraran la puerta sobre sus narices. El joven pastor recorría a diario las barriadas de casas rodantes que se iban asentando en la ciudad y solo era cuestión de tiempo para que ambos cruzaran el mismo camino. Aquella vez y durante más de dos minutos golpeó con suavidad la puerta hasta que el ruido despertó a Timothy de la siesta que, por lo general, se regalaba luego de las 14 horas seguidas de trabajo. Al

principio le provocó agarrarlo a trompadas, pero solo tardó unos segundos en reconocer que ese cubanito se iba a convertir en su mejor aliado. El tipo lo sermoneaba con una docena de pasajes bíblicos, vestido con un impecable traje y una pequeña Biblia en su mano derecha. El calor y la humedad de afuera eran inhumanos, y antes de que pudiera terminar su primer estribillo lo invitó a pasar adelante.

—Soy ateo, hermano, pero estoy dispuesto a donarle a su iglesia cien dólares semanales a cambio de un pequeño favor —le dijo, ofreciéndole una cerveza helada.

—No tomo licor, pero le agradecería un vaso de agua —le contestó con la frente sudada.

«Justo lo que busco», pensó Timothy.

Durante los siguientes minutos Pepe tuvo que escuchar asombrado la propuesta indecorosa:

—No soy un santo, ¿sabe?, de vez en cuando me gusta fumarme unos puros de marihuana o quemar unas piedras. El problema es que en mi trabajo hacen pruebas semanales para asegurarse de que no estemos tomando drogas —le confesó sin ningún remordimiento—. Solo necesito que me llenes con tu orina un par de frascos como este por semana y te dono cien dólares por cada entrega.

Pepe titubeó unos segundos antes de contestarle, y se hizo tragada el agua mientras se secaba la frente empapada de sudor con un pañuelo azul que llevaba doblado a la perfección en el bolsillo de la chaqueta.

—No puedo hacerlo, señor…, lo estaría induciendo a seguir pecando —le contestó, confiado en que hacía lo correcto.

—Solo piénselo —le dijo Timothy mientras le mostraba sin formalismos la salida.

Un par de semanas más tarde Pepe golpeaba de nuevo la puerta. Lucía el mismo traje, el pañuelo azul plisado y una frente sudorosa. Todo igual que la primera vez, salvo un pequeño detalle; en esta ocasión no llevaba Biblia en mano.

—Aunque usted siga por el camino del pecado, el diezmo es el primer paso hacia el arrepentimiento —le reveló con la voz segura—. Tan solo le pido una condición… Debe comprometerse a acompañarme al menos un par de veces a los seminarios de enriquecimiento espiritual.

—Hecho —le contestó con un apretón de manos—. ¿Quieres un vaso de agua helada?

Las charlas espirituales no sirvieron de nada y a partir de ese día Joseph Pereira se convirtió en la vejiga postiza de Timothy. Luego fueron llegando los otros, y en un par de meses el joven pastor ya le servía de testaferro urinario a más de una docena de adictos indecorosos que le donaban la cuota para poder mantener sus

trabajos. Fue tal el éxito de *su nueva operación religiosa* que pronto tuvo que conseguir un par de donantes adicionales que le permitieran seguir repartiendo sus desechos milagrosos.

—¿Necesita ayuda para encontrarse el pipí? —le preguntó el señor Parker, interrumpiéndole el recuerdo.

—No tardo —le contestó con una sonrisa en su rostro.

Timothy se miró al desnudo y reconoció como tantas otras veces que no era un superdotado. «Al menos alcanza como para hacer la faena», pensó. Como si hubiese hecho el mismo procedimiento cientos de veces, apoyó el frasco lleno de engaño sobre el lavabo y volvió a esconder —justo donde termina la espalda y empieza el trasero— el pote que su jefe recién le dio. En un juego de apariencias que jugaba a la perfección, orinó un tanto sobre el retrete, bajó la cadena, se lavó las manos, salió del recinto y le entregó la evidencia a su jefe, sabiendo que una vez más saldría exonerado. «Gracias, Pepe», pensó Timothy, silencioso.

—Suba a su puesto antes de que lo agarre del pescuezo —le dijo su jefe.

—Necesito un aumento, ¿sabe? —le advirtió Timothy mientras se alejaba—, mi mujer está embarazada.

—¡Ustedes se las follan y el viejo Parker es el que paga las cuentas! —le contestó sarcástico.

—Mi cuñado me está ofreciendo un puesto en Los Ángeles.

—¡Su cuñado se puede ir para la mierda!

—No es una broma…

—McLaren, tiene tres minutos exactos para iniciar la descarga en el puesto siete —le dijo, enfurecido—. Déjeme revisar presupuestos y en unos días le aviso si hay espacio para algún ajuste.

CAPÍTULO 11

El estado físico de Timothy era extraordinario. A pesar de haberse drogado y embriagado hacía tan solo unas horas, miró hacia el cielo, vio su pequeña estación de trabajo colgando a catorce pisos de altura y subió las escaleras de la gigantesca grúa como si fuese una lagartija escalando un árbol. Su agilidad era evidente. Ingresó en una cabina con cinco lados de cristal temperado reforzado que le permitía observar todo cuanto quisiese. Daba la impresión de que sus pies flotaban en el aire y que caería estrepitoso al suelo, pero esa era la idea; debía poder ver hacia abajo sin ninguna interferencia. Dentro de aquel pequeño cubo transparente se vivía una experiencia única. El espacio de trabajo estaba climatizado con un sistema de aires acondicionados de última generación. Una silla extra confortable se centraba en uno de los extremos, dando la sensación de que quien se sentaba allí formaba parte de un vuelo tripulado a la luna. A sus lados, dos equipos de controles con palancas hipersensibles que hacían que la cabina se moviese hacia delante y hacia atrás, a la derecha y la izquierda, y que los enormes separadores de acero subieran y bajaran como una pluma al viento. En el frente, tres pantallas computarizadas reportaban en milésimas de segundos todos los datos que el operador necesitaba para poder llevar la carga de un lugar a otro. Cualquier extraño se hubiese intimidado ante tal barullo de equipos, pero para Timothy ese pequeño espacio era su rincón favorito y se daba gusto manejando esos miles de dólares en tecnología como si fuese un simple videojuego. Ya sentado, tomó los audífonos, se comunicó con su cuadrilla en tierra y empezó a hacer las diabluras que lo convertían en el mejor operador de todo Luisiana. En menos de cinco horas ya compensaba la hora de atraso y a partir de ese momento triplicó los esfuerzos por superar su mejor día.

Así pasaron las horas, enfocado, concentrado en cada movimiento de manos, en el acople perfecto, en la comunicación fluida y

constante, y en el gigantesco barco que se iba vaciando como si un niño le fuese quitando piezas a un lego lleno de pequeños bloques plásticos. Pasadas las dos de la tarde, la cabina se detuvo súbitamente. La luz roja de alarma empezó a destellar intermitente haciéndolo pensar de inmediato que alguna de las bombas hidráulicas fallaba. Revisó las pantallas y no encontró ningún desperfecto, se levantó de su silla, miró hacia todos los lados y no pudo encontrar lógica alguna para la interrupción. Se rascó la cabeza tratando de recordar si había cometido alguna imprudencia, pero antes de que pudiese siquiera pensar, escuchó en los altoparlantes de la cabina la voz del señor Parker que sin explicación alguna le ordenó:

—Baje ya a mi oficina.

—Estoy a punto de romper mi marca, ¿sabe? —le dijo, tratando de evitar la pausa.

—Baje, McLaren, es todo por hoy.

Timothy sintió un nudo en la garganta. «¿Se habrá dado cuenta de la farsa con el examen de orina?», pensó mientras bajaba apresurado las escalinatas. «¡Andrea, algo le sucedió a Andrea!», se dijo a sí mismo en el ataque de incertidumbre que vivía. Corrió lo más rápido que pudo, como un atleta endemoniado, superando cuanto obstáculo se le presentaba, pensando que algo terrible había sucedido. Como un animal amedrentado entró a la oficina del señor Parker.

—¿Qué pasó, Bobby? —le preguntó, exaltado.

—Siéntese y mire el televisor —le dijo con el ceño fruncido.

Su corazón quiso detenerse. Ahí, desde la pantalla, como si se tratara de una pesadilla, de una broma de mal gusto, observó intrigado la fotografía que mostraban, y como si estuviese frente a un espejo se vio a sí mismo. Por unos instantes bloqueó los sonidos que salían del aparato. Fijó su mirada en ese rostro que vio cientos de veces frente al lavabo, en las fotografías familiares, en sus recuerdos de juventud y no entendió nada de lo que miraba.

—No sé qué fue lo que hizo anoche, muchacho —lo interrumpió el señor Parker con un pequeño empujón en su espalda—, pero no quiero escenas policiales en mi puerto.

—¿De qué escenas está hablando? —preguntó, todavía confundido.

—¿Usted es bruto o se hace? —repreguntó su jefe—. Los noticieros llevan más de quince minutos reportando un doble asesinato. ¿Ve esa foto? Dicen ellos que ese es el asesino y a mí se me hace que es igualito a usted, McLaren —suspiró, agobiado—. Tiene tres minutos para marcharse antes de que llame a la policía y lo denuncie.

—Pero…

—Nada de peros, ¡lárguese ya de mi terminal! —gritó con un

fuerte golpe sobre la mesa.

—Yo ayer no…

Timothy trató de recordar lo sucedido la noche anterior, pero su mente se perdió de inmediato en un oscuro laberinto sin salidas. Hizo un esfuerzo por rescatar algo en su memoria, algún instante, una ínfima vivencia, pero lo único que revivió fue el pleito con Andrea, los platos volando cerca de su rostro, las ratas sobre su cuerpo, los pies descalzos y sus manos sucias llenas de esa extraña sustancia seca. Un ataque de pánico lo inundó, los latidos acelerados de su corazón le remarcaron las venas en el cuello y cuando sintió que se desvanecía, cayó en cuenta de su terrible verdad.

—No recuerdo nada, ¿sabe? —le confesó al señor Parker, asustado.

—Pues mejor vaya a otro lado a buscar explicaciones.

—Deme unos minutos —le rogó Timothy.

—¿Minutos? —preguntó el viejo molesto—. Eso es lo que van a tardar en revisar la base de datos de los empleados públicos de toda la ciudad y ¿adivine cuál foto es la que les va a salir en minutos? La tuya. Así que lárgate, que te estoy dando un poco de tiempo para que huyas.

—Señor Parker….

—Uno, dos, tres… —empezó a contar mientras levantaba el teléfono y marcaba el 911.

—Deme cinco minutos para salir del puerto —le imploró.

—Dele, muchacho. El tiempo está corriendo y hoy no nos va a hacer una buena jugada a ninguno de los dos —le dijo, preocupado.

Para cuando Timothy recuperó de nuevo la cordura, manejaba su vehículo como un enloquecido. Las luces de una patrullera a la distancia lo obligaron a bajar la velocidad y se hizo a un lado, seguro de que lo detendrían. Se aparcó a un costado de la calle, abrió la ventana y colocó su rostro sobre el volante, desesperado. Unos segundos después, el vehículo policial le pasaba con rapidez al lado y se perdía de sus ojos en el camino. «Vaya suerte», suspiró, aliviado. Tomó el celular y le marcó a la única persona en el mundo que le ayudaría.

—¿Andre? —musitó—. ¿Has visto las noticias? —preguntó, algo agitado.

—No —le dijo ella, distante.

—¿Ha llegado la policía a casa?

—No —respondió otra vez—. ¿Pasó algo? —Su voz temblaba.

—Escúchame lo que te voy a decir —suspiró él—. No sé qué pasó anoche, pero mi cara está en todos los noticieros, ¿sabes? Alístame una maleta con ropa, que me voy a tener que marchar unos días de casa. Necesito que metas un poco de dinero. Si llega la policía me

mandas un mensaje de texto con un signo de pregunta y por nada de este mundo se te ocurra decirles que ayer tuvimos una pelea y que yo no pasé la noche contigo…Te amo, ¿sabes? —le dijo antes de colgar.

—Excelente trabajo —le dijo el teniente Turner a Andrea, quien aún no creía lo que estaba haciendo—. Le acaba de salvar la vida a su novio. Si él no llega a esta casa, es hombre muerto.

—¿Me pueden dejar un rato a solas? —sollozó, desesperada.

—Me temo que eso no va a ser posible —le contestó él mientras volvía a escuchar la cinta de grabación—. Debe entregarme su celular, señora…

—No voy a entregarle nada —respondió ella, furiosa—. Yo no tengo nada que ver en este asunto.

—Quizás no —le dijo Turner—, pero su novio es el hombre más buscado en todo el país y le recomiendo que siga mis instrucciones si no quiere terminar la noche en una celda.

Andrea le entregó vencida el aparato y se quedó mirando el televisor, callada, incrédula, destruida.

—Por favor, no lo maltraten —suplicó.

—No se preocupe —le dijo el teniente, a sabiendas de que lo iban a despedazar—. A ver, muchachos, a sus puestos —le ordenó al resto de su equipo—. Despéjenme todos los carros de la zona, el bastardo viene en camino.

El niño que llevaba dentro de su vientre se reacomodó, sintiendo ella un par de suaves pataditas que le recordaron que estaba encinta. Se acarició la enorme barriga y notó como unas lágrimas caían sobre su blusa.

—Cuando entre, debe actuar como siempre —le ordenó Turner a Andrea—. No quiero que se levante de esa silla. Si el asesino de su novio hace un mal movimiento va a terminar con el cuerpo tatuado de plomo. ¿Me entiende?

«Santo cielo…, ¿qué he hecho?», pensó, arrepentida, mientras le asentía asustada con la cabeza.

Los siguientes veinte minutos pasaron como en cámara lenta. Dos francotiradores se escondieron en las ramas de unos gigantescos cedros que les permitían controlar todos los ángulos de la casa, ya de por sí amotinada. El teniente Turner se recostó en el suelo junto a la silla de Andrea, en el único lugar en donde nadie podía verlo. Los otros cuatro oficiales se refugiaron de cuclillas, dos a cada lado de la entrada de la casa, y dos tras el mostrador de la vieja cocineta. Cada uno cargando sus fusiles de asalto, listos para el combate. El silencio se apoderó de sus bocas y todos esperaron pacientes a que el tipejo mordiese la trampa. Andrea temblaba ansiosa, decepcionada. Con mil dudas en su cabeza. «¿Pudo Tim hacer semejante locura anoche?», se preguntó cientos de veces.

Como si fuese un acto reflexivo, Timothy no ingresó a la barriada con su automóvil y lo aparcó a un par de cuadras, tratando de evadir sospechas. Y como presentía que mil ojos lo miraban, se cercioró una docena de veces de que nadie lo seguía. Respiró profundo, asustado, con la garganta reseca de los nervios y con pulsaciones aceleradas que sentía en los tímpanos. Tomó una chaqueta de algodón gris que llevaba en el asiento trasero, se la puso encima y con la capucha se cubrió su rostro, avergonzado. Algunos minutos pasaron hasta que uno de los francotiradores que lo seguía atento con la mira telescópica de su rifle lo reconoció. No hubo un solo movimiento, ni un perro que ladrara inoportuno, ni un vecino que se lo topase por accidente. El francotirador ajustó unos milímetros la mira, respiró profundo, despacio, sin contraer un solo músculo. Colocó despacio su índice sobre el gatillo, con la adrenalina a flor de piel, siguiendo al sospechoso y deseando que le diese una simple excusa para poder reventarle en mil pedazos los sesos… No tuvo suerte ese día.

—¡Objetivo en rango! —dijo con un leve suspiro que apenas se escuchó en los sistemas de comunicación.

—No disparen —ordenó el teniente Turner desde su radio portátil —. El alcalde lo quiere vivo, muchachos. ¿Distancia?

—Doscientos metros —respondió.

Ya frente a su casa sintió una pequeña dosis de tranquilidad. «No hay nadie», se dijo a sí mismo, seguro y aliviado. Se descubrió el rostro empapado de sudor, siempre cuidadoso y con las manos temblorosas. Se apoyó de puntillas, asomó su cabeza por el pequeño ventanal justo al lado de la puerta y miró de reojo a Andrea, sentada, de espaldas, relajada y lista para tenderle una mano. Confiado, tomó el llavín, lo giró leve hacia la derecha, caminó un par de pasos y entró como si fuese el lugar más seguro del mundo.

—¡Al suelo, desgraciado! —le gritaron desquiciados los efectivos que salieron del escondite en la cocina, apuntándole a la cabeza.

En una fracción de segundo, los dos oficiales que resguardaban la entrada lo zancadillearon. Timothy cayó al suelo estrepitoso, boca abajo, su barbilla rebotó en el piso como si fuese una canica de cristal y una pequeña herida empezó a sangrar, haciéndole sentir un pequeño ardor en el rostro. Miró a su alrededor, desconcertado, perdido entre los gritos, las patadas, los rasguños, los grilletes que le apretaban las muñecas, y como un intruso en su propia casa cerró los ojos entre tanta confusión. Andrea se volteó, arrepentida, hecha un manojo de nervios y con los ojos hinchados de tanto lloriquear. Turner la sujetó del brazo un poco más fuerte y la obligó a caminar junto a él, impotente. Un par de pasos fueron suficientes; el cazador junto a su presa. Las gotas de sangre cayeron con suavidad sobre el zapato derecho de charol del teniente Turner, que se sentó de cuclillas y se

limpió la mancha con un trozo de papel. Como si estuviera más preocupado por el brillo de su calzado que por el sospechoso, le tomó la barbilla ensangrentada con una de sus manos cubierta con un guante de látex y le forzó el cuello hasta que los dos se miraron con firmeza, uno frente al otro. Con una leve sonrisa, que dejó translucir la blancura casi perfecta de su dentadura, le dijo:

—Tiene el derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene el derecho de hablar con un abogado. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio. ¿Le han quedado claros los derechos que le acabo de mencionar?

Timothy asintió, instintivo.

—Necesito que lo diga a viva voz —le recordó Turner sin ninguna contemplación.

—Sí —le contestó, asustado.

—Igual vas a terminar en el pasillo de la muerte, infeliz.

CAPÍTULO 12

Todavía no sé qué fue lo que hizo Madeleine la noche antes de volver a casa, pero me atrevería a asegurar que, como yo, no durmió un solo minuto. Quince minutos después de ver horrorizadas la noticia del doble asesinato, mi niña se arrojó sobre mi cama, se acurrucó abrazando una almohada y se durmió rendida del agotamiento. Yo me recosté junto a ella y, aunque tenía años de no hacer la siesta, ese día la abracé con suavidad, cerré mis ojos y dormité sintiendo la tranquilidad de su piel. Una hora más tardé me percaté de que con un extremo de su ropa me limpiaba la baba que corría por debajo de mis labios, abrí los ojos y estuvimos tan cerca que nuestras narices estuvieron a punto de tocarse.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó con su aliento reseco—. Por más que lo intento, no recuerdo que Charles hubiese sido un mal hermano. Siempre nos llevamos bien y, aunque se molestó por haberle dejado de hablar a papá, nunca fue tan grosero...

—El problema es conmigo —la interrumpí.

—¿Contigo? —me cuestionó, incrédula—. Siempre fuiste como una madre para todos.

—Casi siempre —le dije, con ese recuerdo que aún me hervía la sangre.

Entonces cerré mis ojos y reviví aquella madrugada de marzo. No sé por qué diablos tuve que despertarme aquella noche, y en ocasiones le he recriminado a D-os por haberme hecho bajar de mi cama. Desperté creyendo escuchar a un par de mapaches haciendo travesuras en mis latones de basura. ¿Has visto lo que hacen esos odiosos animales? Es terrible. Se meten a rebuscar unos trozos de comida vieja y terminan dejando un revoltijo asqueroso por todo el suelo. Juro que solo pensar en ellos me provoca tomar la vieja escopeta del señor Thomas y dispararles, pero nunca me he atrevido siquiera a tocarla. No te burles de mí, siempre le he tenido pavor a las armas. Como la

vieja escoba con fibras de paja es lo más parecido que han cargado mis manos, esa noche la tomé dispuesta a acabar de una vez por todas con esos glotones. Fue entonces cuando salí apresurada y convencida de que lograría darles un par de porrazos por la cabeza. Vaya sorpresa la que me di. A pesar de que seguía escuchando como si los viejos latones retumbaran una y otra vez, en esa ocasión no encontré a uno solo de esos animalejos haciendo de las suyas. «Debe ser el viento», pensé, mientras una ráfaga helada se colaba entre mis piernas y volteaba la mirada hacia ese ruido extraño que se repetía una y otra vez en mis tímpanos. En ese preciso momento vi la tímida luz que salía de la vieja casucha abandonada del tío Abel y las sombras que se escapaban del mugroso ventanal. Hacía años que ya nadie entraba en esa pocilga y, aunque mi corazón se aceleró del susto, tomé con fuerza la escoba y caminé valiente con la intención de espantar a los intrusos. Para cuando asomé mi enorme cabeza, me ruboricé hasta el punto de que sentí que mis ojos saldrían volando. La suciedad del vidrio no me dejó ver con claridad lo que sucedía adentro, pero pronto entendí de qué se trataba. Un par de enamorados encontraron refugio en el viejo catre de mi tío, y, entre tanto movimiento hacia aquí y hacia allá, el respaldar herrumbrado de la cama golpeaba las paredes de zinc con ese golpeteo rítmico y amoroso que me hizo abrir los ojos cuando dormía.

No vayas a creer que no sabía de estas cosas o que era una mojigata a la que nunca le pusieron la mano encima. Aunque no lo creas, como cualquier mujer, tuve mis noches de amor apasionado y aún a estas edades no me avergüenza reconocerte que me encantaba enredarme entre las sábanas con mi hombre. Por desgracia, a él no le agradó tanto mi compañía y unos meses después de que Natalie cumpliera los cinco años nos dejó sin siquiera una nota de despedida. Hay días que todavía pienso en él, pero no te sientas mal por mí, que juntos vivimos años maravillosos y la vida quiso que nuestro romance fuese corto… Como una estrella fugaz.

Por unos instantes pensé dejarlos solos y que se amaran hasta el amanecer, pero la maldita curiosidad se atravesó esa noche en mi camino. Abrí despacio la media puerta que se sostenía de tan solo una bisagra herrumbrada mal puesta y me acerqué lo más que pude tratando de pasar desapercibida. Ahí en el suelo, un par de velas de cera alumbraban sus siluetas, y sobre el bastidor pude ver a una mujer, desnuda, con las piernas abiertas hasta más no poder, y con sus manos y pies atados a cada uno de los extremos. Luego percibí las nalgas blancas y pálidas del hombre que la encimaba, moviéndolas hacia afuera y hacia adentro como el pistón de un motor a dos tiempos. La primera impresión que me dio al verlos fue que a la pobre mujer la estaban violando. ¿Qué otra cosa podía pensar si la tenía

amarrada? Cuán equivocada estaba. Después de escuchar por unos segundos los gemidos y las palabrotas que salían de su boca sucia, comprendí que ella también participaba gustosa de ese jolgorio. Miré unos segundos más tratando de aprender algo que mis ojos jamás vieron y justo cuando iba de salida, mi pie derecho golpeó unas botellas de vidrio vacías y atravesadas que anunciaron con escándalo mi presencia. El hombre se volteó asustado y, sin moverse de donde estaba, prendió la única bombilla que aún funcionaba en ese medio rancho. «¡Stella!», me dijo Charles, ruborizado y tratando de cubrirse con los pantalones que recogía del suelo. Por unos instantes no caí en la cuenta y se me dificultó reconocer a la mujer, pero para cuando por fin le vi el rostro me quise morir de la vergüenza.

¿Alguna vez has visto caer la hoja de un árbol y ver como revolotea con el viento? A mí me encanta verlas balanceándose en el aire, pero ¿has pensado acaso que esa misma hoja, al desprenderse, lo que ha hecho es dejar de vivir? Esa noche el árbol de mi existencia se deshojó por completo y una parte de mí murió para siempre.

Ahí, desparramada como una cualquiera, al igual que una mujerzuela que se ganaba la vida en los burdeles del French Quarter y con un jadeo desvergonzado, vi a mi pequeña Natalie siendo deshonrada. Tenía tan solo diecinueve años, ¿te lo puedes imaginar? Era solo una jovencita y se dejó engañar por un hombre hecho y derecho, a punto de cumplir los veintiséis años, y al que le abría sus piernas pensando que de verdad la amaba. Cuando ella me reconoció trató de cubrirse, pero las ataduras le jugaron una broma y quedó sentenciada en esa cama como si estuviese crucificada. Me volví loca. Tomé la escoba lo más fuerte que pude y la reventé en cien pedazos, mientras me desahogaba con la espalda de Charles, quien de cuclillas y con el culo pelado trataba de protegerse. «¡Basta, mamá!», me gritó Natalie, tratando de escaparse de la trampa que ella misma se hizo. «Esto es incesto», grité, encolerizada. La espalda de Charles ya sangraba a borbotones. «No somos hermanos, ¡estúpida!», me contestó Charles, con sus ojos desquiciados, de pie y desnudo frente a mí. «Nos amamos, mamá», dijo lloriqueando la descarada de mi hija. «¿Se aman?», pregunté con sospecha, mientras la miraba ahí tendida como una cualquiera. «¿La amas, Charles?», repregunté retorciendo el cuello hacia él y esperando que su mirada me diese un hilo de esperanza que explicara semejante desdoro. No hubo un solo brillo en sus ojos, una solo mueca en su rostro, ni una sola palabra que saliera de su boca. De repente, una sonrisa malévola se le escapó de entre sus labios y recordé a la perfección mis años de niña. Era la segunda vez que veía riéndose a un hombre de esa manera. No debía tener más de ocho años. Era uno de esos días calurosos y húmedos, típico de un día de verano en Luisiana y entré al establo a repartir el alimento que a

diario le daba a las gallinas y a los puercos. Justo cuando salía por el otro costado, escuché el gemido asqueroso de Nathaniel Thomas, sí, el abuelo de los niños. Allí, arrinconado sobre unos enormes cubos de paja, el viejo indecente abusaba de una joven negra que pensaba que con eso obtendría alguna ventaja económica o un mejor trabajo que la alejara de los ardientes campos de algodón. Ella se arrecostaba de espaldas y de cuclillas, apoyándose con sus codos y con las faldas recogidas. Él la mancillaba de pie, jalándole sus oscuros cabellos, como si fuera un potro salvaje, y con los pantalones al ras del suelo. Un suspiro de alarma se me escapó de mis labios y fue cuando vi por primera vez esa sonrisa inquisidora. El viejo se volteó, me peló sus asquerosos dientes y sin ningún remordimiento me dijo: «Acérquese y aprenda, que en un par de años a usted también le voy a dar por las nalgas». Salí despavorida y por varios días me negué a entrar en ese mismo lugar, pero para suerte mía y de todas las otras mujeres de Thomasville, el maldito murió unos meses después. Ese día Charles me dio la misma odiosa sonrisa y, aunque no me dijo nada, supe con solo verlo que jugaba con mi pequeña Natalie, al igual que su abuelo jugó con la docena de mujeres que, engañadas, se dejaron maltratar pensando en amores de juguete o mejores días que nunca les llegaron.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —me recriminó Madeleine, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Hay vergüenzas que no se comparten —le dije, cabizbaja y con los ojos llorosos del recuerdo.

—¿Y si de verdad se amaron? Puede ser por eso que Charles...

—No seas ingenua —la interrumpí—. Tu hermano me aborrece porque no pudo seguir abusando de una niña pendeja y porque tu padre casi lo mata esa noche. Me aborrece porque esa noche Natalie se fue a *vivir* con él y antes de que saliera el sol ya estaba de regreso en casa. Me aborrece porque le dejé para siempre sobre su espalda las marcas de ese palo de escoba triturado y porque durante años no le crucé palabra alguna. Me aborrece porque a partir de ese día dejé de ser su madre postiza y me convertí en una negra cualquiera, ni más ni menos que todas las demás, incómoda, atravesada, y lo más grave, querida por todos a los que él también amaba. ¿Por qué crees que también la ha tomado en contra tuya?

—No lo sé —me dijo, sincera.

—Él sabe que eres mi preferida —suspiré—, y la mejor manera de romperme el corazón es usándote a ti.

—¿Y Natalie qué dice de todo esto?

—Nada —le dije—. Siempre ha sido débil con los hombres —le contesté con la imagen de aquella noche aún fresca en mi memoria—. Si supieras en las que la he agarrado con el paso de los años, no me lo creerías. ¿Sabes una cosa? Ese día también la perdí a ella… Nuestra

relación nunca volvió a ser la misma.

—Lo siento mucho —me dijo Madeleine con un abrazo que no me abrigó nada.

—No tanto como yo —le dije, adolorida.

§

Para cuando ella abrió la puerta, sintió que su corazón se detenía. Muchos años habían pasado desde aquella noche ardiente y, a pesar de que creía haberlo superado, cada vez que lo miraba a la distancia sentía un ardor interno que le empezaba por las piernas y terminaba subiéndole a la cabeza. Natalie era una hermosísima mujer, algo voluptuosa, con curvas muy bien definidas, unos gigantescos pechos y un trasero bien carnoso que dejaba boquiabierto a más de uno. No recordaba cuándo fue la primera vez que sintió esa atracción irresistible con los hombres, pero cada vez que su mirada capturaba el rostro de uno de sus *guapos* (como ella los llamaba), sus piernas flaqueaban dejándole los calzones empapados. Era algo que no podía controlar y, aunque Charles le despedazó el corazón una y otra vez, esa tarde no tenía por qué ser diferente.

—¿Qué quieres? —le preguntó ella con la puerta a medio abrir, pero dejando que el escote se asomara justo lo necesario.

—¿Sabías que Madeleine está de visita? —inquirió Charles, a sabiendas de que ella también la renegaba—. La acabo de ver en casa de papá con tu madre.

—Sí —le contestó, esquiva—, ya mamá me lo contó.

—¿Y qué, acaso no me vas a dejar pasar? —indagó, como todo un casanova.

—¿Para qué? —repreguntó ella con ese arrojo que le debilitaba con sutileza las piernas—. La última vez que nos vimos me hiciste echada como una cualquiera. ¿Sabes?, estuve muy enamorada…

Charles sabía sus habilidades de donjuán, pero conocía mejor aún las debilidades de Natalie y, antes de que ella pudiese terminar de hablar, pateó con su pierna derecha la puerta, la tomó en sus brazos y la besó, apasionado. Sus labios se juntaron como aquella noche y ella no pudo decir palabra alguna para frenarlo. Sin siquiera titubear, metió su mano en la falda, se fue directo a su intimidad y sintió la misma humedad que le brotaba desde que eran chicos.

—Sigues siendo una cachonda —le dijo, mientras sus dedos le bajaban la braga al suelo.

—Sí —le murmuró ella al oído con un gemido de placer descontrolado—. Apúrate, que mi hija no debe tardar en llegar a casa.

—¡A lo que vine, pues! —dijo él, cargándola en sus brazos mientras buscaba desesperado una cama que le diera soporte.

Segundos después él le lamía su vientre y ella sentía con agrado el

cosquilleo que le provocaba el roce de su barba contra la entrepierna. Hubo un descontrol total. Un gemido se le escapaba con cada lengüetazo y, antes de que él siquiera se desvistiera, ella explotaba desde su interior una y otra vez, mordiéndole el primer pedazo de piel que se encontrase, con los dedos de sus pies agarrotados y extasiada de tanto placer.

—Se me olvidó lo perra que eras —le dijo Charles mientras se lamía los labios.

—Métela —le ordenó ella mientras se ponía boca abajo y sentía con delicia el ultraje—. Espero que no te vengas rápido, como cuando éramos jóvenes… —le recordó con su espalda empapada de sudor.

No tuvo que decir una palabra de más. De inmediato sintió dentro de ella el brincoteo de su miembro, los espasmos rítmicos, la sustancia cálida que salía de sus entrañas y el gemido inevitable que anunciaba el fin de la incursión.

—Hay cosas que nunca cambian —le recordó ella, teniéndolo aún encima.

—Así es —le contestó Charles, haciéndose a un lado y prendiendo un cigarrillo—. Yo sigo siendo un polvo de gallo y tú una putilla cualquiera.

Los dos se carcajearon de sus propias verdades, de las debilidades que desde hacía años compartían y de esa falta de respeto mutuo que se recetaban el uno al otro desde la primera vez que juntaron sus cuerpos desnudos.

—¿A qué viniste, Charles? —le preguntó Natalie mientras se cubría el cuerpo—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Tengo un pequeño problema con tu madre —le dijo, sacando un rollo de billetes de a cien dólares de su *jeans* vaquero.

—Disfruto mucho el sexo, pero no soy una puta —se exasperó ella, devolviéndole el dinero.

—No te lo estoy dando por lo que acabamos de hacer —continuó él, tranquilo y desprendido de cualquier sentimiento—. Este dinero que te doy es por lo que vas a hacer.

—¿Y qué es lo que debo hacer?

Esta vez no titubeó un segundo. Tomó el dinero, lo escondió entre sus pechos y espero atenta la instrucción.

—Madeleine ha decidido dejarle su parte de la herencia a tu madre —chasqueó en señal de desaprobación—, y eso no lo puedo permitir.

—Pues a mí no me caería nada mal que mamá recibiera esa fortuna —le rebatió Natalie sin titubear.

—No te preocupes por esa fortuna y por el doble que yo te voy a dar. Tú siempre fuiste y serás mi chica preferida —coqueteó de nuevo —. Es sencillo… No puedo permitir que Madeleine venga a esta

plantación después de más de veinte años a hacer y deshacer lo que le dé la gana. ¿Me entiendes?

—Claro —le contestó Natalie, pensando que al fin ella también podría saldar cuentas con la mujer que le robó a su madre—. ¿Entonces?

—Trata de sacarle toda la información que puedas… De una u otra forma tenemos que impedir que eso suceda.

CAPÍTULO 13

Al igual que cuando era niña, nos quedamos acurrucadas, mirándonos a los ojos con una tremenda dulzura y sin necesidad de darnos más explicaciones. Madeleine fue siempre muy intuitiva y entendió en un instante el dolor y la vergüenza que Charles y Natalie me hicieron pasar. Ahora que lo pienso, nunca, en todos los años que viví con mi hija, compartí junto a ella las intimidades que sí podía compartir con mi niña. Es curioso las bromas que nos da la vida… La que en verdad lleva mi sangre en sus venas no era más que una conocida, un alma pasajera que me lo reprocha todo, y Madeleine, que no lleva un solo rasgo mío sobre su cuerpo, era como la hija que siempre soñé haber tenido. «Qué complicado, D-os mío», pensé con un dolor inmenso en mi corazón. Fue entonces cuando volví a escuchar el timbrado electrónico y escandaloso que salía del celular que llevaba en su cartera. Aún hoy sigo sin entender qué beneficio le ven a un aparato que te roba la privacidad y te tiene como un estúpido esperando del resto del mundo una reacción inmediata. Ese teléfono móvil es lo más peligroso que he visto en mi vida… No podía competir con él y cada vez que timbraba mi niña se perdía en un mundo que nunca quise conocer.

—Dime, Eric —le ordenó Madeleine, dejando el altavoz del aparato activado—. Me he quedado dormida del agotamiento.

—Nos hemos enterado de primera mano que la policía ya arrestó a un sospechoso...

—Dame un segundo —le dijo ella mientras se sentaba y revolcaba su cartera en busca de la libreta y ese lapicero que siempre se le escondía—. ¿Adónde fue llevado?

—A la Comisaría Central del Octavo Distrito.

—¿Tenemos el nombre?

—Timothy McLaren, veintiocho años, caucásico…

—¿Dónde lo arrestaron? —interrumpió Madeleine de nuevo.

—En la casa de su pareja —contestó de seguido—. La usaron a ella de señuelo. El tipo trabaja en el puerto de la ciudad. Según me indican el caso está resuelto…

—Detente un segundo —le ordenó—. ¿Cómo que el caso está resuelto?

—¿Qué quieres que te diga? —suspiró—. Me dicen que es el mismo tipo que aparece en los videos de seguridad de la tienda de conveniencia.

—¿Ya confesó?

—No lo sé.

—Pues esto es lo que vas a hacer —le dijo Madeleine, como si estuviese moviendo las piezas de un juego de ajedrez—. Dile a Ned que le contraté a un buen abogado, no quiero que la ciudad le asigne un defensor público, y que se asegure que por nada del mundo a este imbécil se le ocurra confesar, ¿me entendiste? Si el tipo habla antes de tiempo no tendremos noticia que vender.

Cuando la escuché decir semejante barbaridad, me quedé perpleja, embobada. «¿Noticia que vender?», pensé con una estrechez en mi corazón. Quizás fue mi ignorancia en el tema o de verdad existía una sociedad que desconocía fuera de estas enormes plantaciones de algodón. Cualquiera que fuese la razón, por primera vez en toda mi vida sospeché de ella y no me sentí orgullosa de lo que escuchaba.

—Pero… —trató de rebatir.

—Nada de peros, Eric. Tienes que hacer exactamente lo que te ordeno —le dijo—. No nos pueden relacionar con el abogado que Ned escoja y lo quiero ver al lado de ese muchacho antes de que yo llegue a la comisaría. —Ella caminaba de un lado a otro, acariciándose la barbilla, pensando, preparando su siguiente movida—. ¿Quién está a cargo de la investigación?

—Dwight Turner —le contestó él, sereno.

—Dile que quiero una reunión con él a solas…

—7:30 p. m. en la comisaría —le anticipó el muchacho, interrumpiéndola por unos segundos—. ¿Crees que no me conozco de memoria el libreto? Hasta me preguntó si debía cambiarse de traje… Él sabe que es el caso de su vida. También te cuadré una reunión con su pareja. La chica se llama Andrea y lleva una barriga de varios meses a punto de reventar.

—¿Y el resto del equipo? —preguntó ella, menos inquieta.

—Esperando en el canal. Todo está coordinado… Tranquilízate.

—No me digas lo que tengo que hacer —se exasperó.

—Lo siento —corrigió él de inmediato.

—¿Qué hay con el video de seguridad?

—Ya tenemos una copia del original —le contestó con un cierto orgullo en su tono de voz—. El tipo es un psicópata —le adelantó.

—Mejor aún —dijo ella—. Voy saliendo para la comisaría en media hora. Quiero tener un resumen del sospechoso con todos los detalles que podamos conseguir…

—Cuántas veces da del cuerpo, amistades, antecedentes criminales, qué comida prefiere... —completó de memoria la instrucción—. Vamos, jefa, deme algo de crédito, ya llevo más de diez años trabajando con usted.

—Disculpa, Eric, ya sabes cómo reacciono con estas cosas.

—Tranquila —le dijo—, esto es trabajo de equipo. Ya estamos elaborando los perfiles de las víctimas…

—¿Y el fiscal?

—Aún no ha sido nombrado, pero entre corredores se rumorea que lo manejará el propio fiscal general… Dicen que el gobernador y el alcalde quieren reinstaurar la silla eléctrica para este desgraciado.

—¿Silla eléctrica? —preguntó ella, intrigada—. Hace más de veinte años que pasamos a la inyección letal…

—No has visto el video —le interrumpió él—. Es muy grotesco —le advirtió—. La comunidad está enardecida… Se han reportado disturbios en todo el estado.

—¡Vaya! —le dijo ella con asombro—. Parece que tendremos todo un espectáculo. Nos vemos en una hora.

Me mordí los labios no menos de veinte veces y te juro que hubiese preferido no haber tenido voz ese día, pero por más que lo intenté no pude callarme.

—¿Para esto te fuiste por más de veinte años? —le pregunté, indignada—. ¿Desde cuándo las noticias se venden o la muerte de una niña inocente se mercadea como si fuese un espectáculo? —le recriminé con todas las fuerzas de mi corazón—. No sabía que esto era periodismo.

—Stella —me dijo, acariciándome las manos—, sé que suena horrible lo que he dicho, pero así es como funcionan las cosas en esta industria. A mí tampoco me gusta, pero si no lo hago yo, lo estaría haciendo igual o peor mi competencia, y no pienso regalarles la reputación que me he ganado con el esfuerzo de tantos años.

En ese preciso momento recordé aquella tarde de agosto de 1981. Sí, la tarde que fue violada y que cambió para siempre su destino. Ni siquiera tuve que cerrar los ojos para poder reproducir en mi mente las imágenes de aquel día de terror. Volví a ver a mi niña tendida sobre los algodones, con sus piernitas desnudas, la falda levantada, su pequeño vientre lleno de sangre y su carita despezada por los golpes inhumanos que recibió. Reviví las horas de espera en el hospital de la ciudad, la angustia en mi corazón, la incertidumbre de su sobrevivencia y la culpa de mi descuido. Repasé en mi corazón el embarazo detestable, los meses de aislamiento, el pecado que cometió

su padre al permitir que llevara a ese bastardo en su barriga y el cuerpecito inerte de aquella aberración que gracias a D-os nunca divisó la luz del día. ¿Qué podía esperar de mi niña después de tanto dolor y tragedia? ¿Era posible, acaso, que su corazón no se endureciera después de aquellas angustias? Entonces comprendí lo que hasta ese momento se me hacía inexplicable y entendí por fin que Madeleine había cambiado para siempre. Suspiré con todo mi dolor, la miré directamente a los ojos y con resignación le dije:

—Es inhumano.

—Lo sé —me dijo sin contemplación alguna—. ¿Me acompañas a la comisaría?

—¿Para qué? —suspiré—. ¿Acaso quieres que se me termine de romper el corazón?

—No —me respondió—. Te necesito para que no se me desmorone el mío.

—Nunca te he podido decir que no a nada —le dije con un nudo en la garganta y sin saber qué era lo que hacía.

«Que D-os se apiade de nosotras», pensé al subirme al coche.

CAPÍTULO 14

La Comisaría Central del Octavo Distrito tenía más parecido a un manicomio que a una estación de Policía. La ciudad del jazz, del Mardi Gras con carnavales desequilibrados y *hurricanes* cargados con ron y granadilla desembocaba justo en ese recinto policial, al igual que lo hace el río al depositar sus agitadas aguas fangosas contra el oleaje del mar. En sus amplios pasillos se refugiaban un centenar de figurillas humanas que terminaban en esa antesala esperando salir libres antes de terminar la noche, o bien, las víctimas que con sus vidas destrozadas esperaban que el peso de la justicia les devolviera un retazo de esperanza. Ahí, en los mismos salones, como si estuviesen ligados para siempre por el destino, los buenos y los malos se entrelazaban en una danza masoquista interminable. De esa forma y por unos instantes, convivían en armonía dos mundos opuestos, en donde las amenazas verbales de un simple borracho descontrolado encontraban eco en el llanto desesperado de la madre en duelo y el ruido ensordecedor de la bala asesina se silenciaba por unos segundos frente al rostro deslumbrado de su víctima.

Dwight Turner recorrió esos rincones miles de veces y conocía a la perfección las múltiples caras de la justicia. «Todo depende del lado en donde te toque sentarte», se decía a sí mismo siempre que subía al estrado a testificar las horrorosas verdades de su profesión. Sus cuarenta y cinco años de edad se escurrían en una figura atlética ejemplar, y de no ser por las pocas canas que le sobresalían de la barba, se hubiese pensado que todavía era tan solo un chaval. Su piel blanca con suaves tonos acaramelados se mezclaba a la perfección con esos ojos azules que lo hacían todavía más atractivo. A pesar de la elegancia en su figura y de las líneas masculinas de su rostro, su alma cargaba una cicatriz que le impedía amar de nuevo. Fue entonces cuando miró el dedo anular de su mano izquierda. Lo acarició, una y otra vez, tratando de recordar aquellos años en que llevaba puesto el

anillo, y, como si fuese una marca de nacimiento, observó la decoloración casi perfecta que le causó ese aro, el cual cargó durante tantos años y que con los rayos del sol le marcó su piel para siempre.

A pesar de que llevaba a su lado al sospechoso más importante de su brillante carrera policial, no pudo evitar ese recuerdo maldito que divagaba en su mente y que a diario le amargaba la existencia. Recién iniciaba su profesión en la sección de homicidios de la ciudad y el nuevo puesto le demandaba pasar varios días fuera de casa. A su esposa Ann no le agradó el nuevo horario y con el primogénito en brazos le reclamaba una y otra vez las horas de ausencia. «Estoy cansada de tener que acostarme a dormir sola para que dos horas después el niño me despierte con ese lloriqueo de mierda que me está volviendo loca», le decía cada vez que tenía la oportunidad de verlo por unas cuantas horas. «¿Crees que es bonito vivir junto a un hombre que sale todos los días por la puerta y no sé si va a regresar con vida? Me estoy muriendo por dentro», le reprochaba de seguido. Las peleas se convirtieron en cosa de todos los días y con tal de evitar la confrontación, Turner se inventó cuanta excusa pudiese con tal de no llegar a casa. Así pasó muchas noches, dormitando en su escritorio o en alguna patrulla estacionada en la parte trasera de su distrito y, como el avestruz que esconde su cabeza bajo la tierra, trató de enterrar sus congojas familiares esperando el nuevo día en que todo volviera a ser como antes. Esa mañana nunca llegó y, por el contrario, terminó justo una noche en la que no tuvo otra opción más que regresar a casa. Ya habían transcurrido cerca de dos semanas sin visitarlos, pero esa noche su hijo Nicholas cumplía su primer año y no existía excusa alguna que le valiera. Como si fuese cosa de todos los días, esa tarde salió del trabajo una hora antes, tomó las cinco libras de ropa sucia que acumulaba en las gavetas de su oficina, las envolvió en una vieja bolsa de basura y se fue a casa, esperando encontrar todo en orden. De camino se detuvo en el Walgreens de siempre, compró un hermoso pastel con la forma de un osito adornado con varias capas de un lustre azucarado lleno de colores, media docena de globos inflados con helio y unas rosas rojas que le servirían para romper el hielo con esa mujer que desde hacía meses se le escurría entre las manos. Cuando abrió la puerta principal los llamó varias veces por su nombre, una, dos, tres veces, subiendo de cuando en cuando la voz. Después de cinco o seis intentos sin escuchar un solo murmullo, se quitó los zapatos y subió despacio para darles la sorpresa en aquel cuarto que tanto extrañaba. Con cada paso que daba sobre la escalera, podía escuchar con mejor claridad la melodía que sonaba desde la habitación. En un principio no la reconoció, pero cuando estuvo junto a la puerta la empezó a tararear como cuando era solo un chiquillo. «The house of the rising sun», se dijo a sí mismo, recordando que fue

esa la canción que sonaba en la radio la primera vez que besó a su esposa. Entonces, mordió los lazos de los globos con su boca, sujetó las rosas en su antebrazo y el pastel con su mano izquierda. Giró la manija, abrió cuidadoso la puerta y justo cuando se prestaba a gritarles «sorpresa», enmudeció con lo que vieron sus ojos. El pastel se derrumbó directo sobre el calcetín izquierdo, su boca entreabierta dejó escapar los globos que alzaron vuelo buscando el techo de la habitación y las rosas se desplomaron en el piso mientras Turner se agarraba con ambas manos la cabeza. «¡Noooooooo, noooo, noo!», gritó, desmesurado. Allí, a un costado de la cama, boca arriba y con su carita cubierta con una almohada, yacía el cuerpo inanimado de su hijo. Ahí, justo al lado del pequeño, con la boca llena de espuma y una veintena de pastillas tiradas en el suelo, Ann trataba de robarle a la vida sus últimos respiros. Él corrió al lado de Nicholas, le tomó su cara, pálida como un trozo de hielo, con sus labios morados y su boquita abierta, como rogando por un poco de aire. Tan solo uno segundos le bastaron para saber que ya no podía hacer nada por él. Afónico de gritar con tanta desesperación y con un llanto eterno, se acercó a su mujer, que aún jadeaba con espasmos entrecortados. Le tomó la cabeza y, sin entender aún lo que ocurría, se acercó a su boca lo más que pudo: «Perdóname Dwight», le susurró ella antes de exhalar por última vez. Turner tomó el teléfono, marcó al 911 y con lo único que le quedaba de fuerza clamó: «Se ha matado, ayúdenme, por favor, que se ha matado…». Para cuando los paramédicos llegaron a auxiliarlo, el aún tenía a Nicholas en sus brazos, tratando de resucitarlo, soplando fuerte sobre su boca, salivando del dolor, con sus ojos hinchados y sin atreverse a soltarlo por un segundo. De no haber sido por la bofetada que le azotó su asistente, Steven, nunca lo hubiese dejado ir: «Está muerto, jefe», le dijo él, acariciándole luego su cabeza, «deja que se lo lleven». 30 de abril de 1997; un día que Dwight Turner jamás podría borrar de su memoria.

El funeral fue solemne, desgarrador, incómodo. Más de trescientos policías lo acompañaron, con sus mejores uniformes, intactos, pulcros, y con un silencio en sus gargantas que hacía más fácil escuchar al par de pájaros que con su canto les recordaban a todos que la vida nunca se detiene, por más que unos u otros creyeran, con su existencia en pedazos, que justo algunas horas antes todo terminaba. Turner no pudo esperar a que el cura terminase el sermón fúnebre. De hecho, no escuchó una sola palabra de lo que dijo y en su mente merodeaba un sentimiento de culpa que lo alejaba de todo. Se levantó como si no hubiese nadie junto a él, se arrodilló sobre los pequeños peñones de tierra húmeda, se echó a lloriquear con ganas de no seguir viviendo y, sin siquiera pensarlo, tomó su anillo de casado, lo deslizó sobre su dedo con un último beso sobre su frío metal y lo lanzó a la fosa donde

reposaban los restos de la mujer que alguna vez amó. «Todo fue culpa mía», vociferó sin parar hasta que Steven lo volvió a rescatar de ese ataque descontrolado en el que vivía.

Cuando salió de aquel espantoso recuerdo, sus ojos aún miraban la marca indeleble de ese anillo inexistente, pero que a él, en particular, aún le apretaba la piel. Ya no lloraba como antes, pero la procesión se mantenía intacta y por dentro llevaba un corazón en ruinas. No tardó más que una fracción de segundo en ubicarse y cuando pudo enfocar su mirada vio a tres cuadras de la comisaría como una multitud se amotinaba en las afueras. De inmediato, reconoció a los cientos de periodistas que con sus equipos de video y sus estaciones móviles bloqueaban por completo la avenida. Frente al edificio, otro centenar de civiles tuvieron que ser acordonados por la propia policía en un verdadero esfuerzo por contener la violencia de un pueblo que demandaba una justicia inmediata a la atrocidad vista en ese video que se escapó y que no cesaba de correr en todas las redes sociales.

—Da la vuelta, que vamos a ingresar por el acceso subterráneo —le ordenó al chofer que conducía el coche—. ¿Ve ese gentío? —Turner volteó ahora su mirada hacia Timothy, quien se escondía tímido en un rincón del asiento trasero—. Lo quieren muerto, al igual que yo.

Cinco minutos más tarde la caravana del teniente Turner ingresaba despistadamente a ese edificio que en sus afueras ardía con un reclamo popular perpetuo. Todos reconocían que no era fácil manejar con absoluta discreción el traslado de un hombre como Timothy McLaren, pero en esta ocasión el operativo se ejecutó a la perfección, y, salvo la excepción que le extendieron a uno de los camarógrafos de Madeleine, que filmaba tranquilo la llegada, nadie más se asomó por aquellos secretos pasadizos.

—Ya saben el procedimiento… Quiero huellas digitales y en papel —les recordó el teniente—. No vayan a cometer errores y asegúrense de que en la foto no se le vea la herida de la barbilla…

—¿Y la esposa? —preguntó uno de los policías mientras sujetaba a Andrea del brazo.

—Por ahora no es sospechosa —contestó Turner, tajante—. Llévenla a una sala de espera, denle algo de comer y déjenla en paz por unas horas.

—¿Me va a tener detenida así no más? —le increpó Andrea, ya obstinada de tanto ajetreo.

—No la tengo detenida, señora —le respondió él de inmediato—. La estoy protegiendo a usted y al crío que lleva en el vientre… Si la dejo que salga sola a la calle la van a terminar linchando, ¿me entiende? ¿O acaso aún no puede medir las consecuencias de lo que hizo este…? —Su mirada se encontró otra vez con la de Timothy.

Andrea asintió, tragando en seco y asustada.

—Ya está bueno —les dijo de seguido Turner a sus subalternos que esperaban la orden—. Preparen la sala de interrogatorios y nos reencontramos en un par de horas… Voy a pasar a patología para ver qué información me tienen.

Todos bajaron de sus coches como si se tratase de un baile sincronizado, de un procedimiento que realizaron miles de veces y, sin siquiera cubrirle el rosto al sospechoso, Turner le volteó la mirada, se acercó unos pasos al camarógrafo que no lo vio llegar y le dijo:

—Le hemos hecho un favor a su jefa. Si no hubiera sido por el gobernador usted estaría afuera, como todos los demás y sin saber qué putas está pasando. ¿Me entiende?

El camarógrafo asintió con su cabeza.

—Pues bien, asegúrese de mantener esas imágenes para el noticiero de la noche…, que si llegan a salir al aire antes de eso me voy a encargar de que le amputen las manos.

CAPÍTULO 15

El laboratorio forense de la Octava Comisaría era un verdadero centro de investigaciones, con avances tecnológicos de punta, y el doctor William Rogers como amo y señor de esos doscientos metros cuadrados de acero inoxidable, microscopios de altísima precisión, pequeños centrifugadores y tubos de ensayo que irradiaban de luminiscencia. Nada ni nadie se movía dentro de ese lugar sin su autorización y consentimiento. A sus sesenta y nueve años rehusaba retirarse, alegando que nadie tenía la capacidad de reemplazarlo. Algo que probablemente era cierto. Durante su larga experiencia médica vio todo cuanto un ser humano podía imaginarse y un poco más. A esas alturas de su carrera, no existía muerto que lo intimidara ni método de asesinato que lo impresionara; esa tarde no iba a ser diferente. Para cuando el teniente Turner oprimió el timbre de acceso, él terminaba de pesar el cerebro agujereado de Alyssa Jones y de anotar los resultados sobre el reporte preliminar de la autopsia, que ya mostraba algunas manchas de sangre.

—¿Quién está molestando? ¿Acaso no fui claro en que no quería interrupciones? —preguntó irritado mientras colocaba los sesos en un frasco de vidrio a medio llenar con formol—. Ya sabe lo que tiene que hacer —le ordenó a uno de los técnicos que lo acompañaban—, quiero cortes colaterales en segmentos de un centímetro y luego un escaneo completo en 3D —ordenó, ignorando el timbrazo que no dejaba de sonar—. Necesito determinar con precisión el trayecto de la bala.

Turner se pegó con más fuerza al timbre y empezó a golpear con su puño la puerta metálica helada.

—Me lleva putas —dijo uno de los técnicos que empezaba a suturar la gigantesca «Y» con la que le abrieron el torso a la joven—. ¡Abran la maldita puerta!

Esta vez el doctor Rogers sí escuchó la queja del asistente, se acercó despacio, le jaló sus cabellos y con una serenidad implacable le

dijo:

—Nadie maldice en mi sala de autopsias, ¿me entendiste? Tienes que aprender a respetar a los muertos. Una sola palabrota más que salga de tu boca sucia y vas a terminar disecando animales el resto de tu vida.

—Lo siento —le contestó, avergonzado.

Entonces el doctor se sacó los largos guantes azules de látex que le cubrían las manos y parte del antebrazo, se quitó el cobertor plástico que llevaba sobre la cabeza y que mostraba sobre su visor algunos salpicones con sangre y, sin decir una palabra más, se acercó a la puerta, marcó los seis dígitos de seguridad y esperó con cara de pocos amigos para poder verle la cara al intruso que lo incomodó.

—Me imagine que eras tú, Turner… —le dijo, pelándole sus amarillentos dientes.

—¿Qué noticias me tiene, doc? —le preguntó sin mayor formalidad—. Tengo al sospechoso arriba y quiero saber si hemos encontrado alguna pista seria.

—Ponte los cobertores para los zapatos, los guantes, el tapabocas y me sigues —le ordenó Rogers, dándole la espalda y tronándose sus dedos al alejarse de la puerta.

Dio unos pasos, se acercó a la cámara de refrigeración, abrió una de las compuertas y desplazó hacia afuera el cadáver del Camaleón, cubierto ahora por una densa bolsa negra.

—En apariencia este fue el primer asesinato —empezó a decir mientras abría el *zípper* y dejaba expuesto el primer tercio de su cuerpo mutilado—. Tiene la nariz partida en tres. No te dejes impresionar por el cuello degollado, que murió de asfixia y no de la lesión que por poco le hace arrancada la cabeza. ¿Ves cómo le partió la barba en dos? Encontramos en su tráquea unos fragmentos de metal hilado y suponemos que se usó una cuerda de acero para asesinarlo. Salvo las heridas que estás viendo, el resto del cuerpo está intacto.

—Este hombre era un mastodonte —exclamó al ver el tamaño del Camaleón y pensando que Timothy McLaren era demasiado pequeño para haberle propiciado semejante paliza.

—Grande y fuerte —le dijo el doctor de seguido—. Lo debieron haber tomado por sorpresa.

—¿Alguna otra pista que nos haya dejado el desgraciado? —preguntó con esperanza.

—Del cuerpo, no —le contestó, cerrando la bolsa y empujando el cadáver de regreso en la cámara refrigerada—. Pero ven aquí, que nos ha dejado un par de señas. El sospechoso llevaba guantes y no hemos podido obtener huellas dactilares. Sin embargo, le marcó la silueta de su mano con el lodo que se reposaba en el lugar del crimen. ¿Ves la chaqueta?

Turner asintió con su cabeza.

—Es una marca perfecta —continuó aleccionando el doctor—. Como ves, es una mano bastante chica. Mi primera impresión es que se trata de un sujeto pequeño, pero con muchísima fuerza. También ha dejado huellas de su pie en el parque y en la tienda, pero no te entusiasmes mucho, que no encontramos los zapatos que calcen con las pisadas y sin eso no pudimos determinar la marca del calzado, pero sí el tamaño, ¿y adivina qué?

—También tenía el pie chico —le adelantó Turner, mientras visualizaba en su mente la escasa estatura de Timothy.

—Exacto. Calza treinta y ocho.

—¿Y cómo sabemos que esa es la mano del asesino? Pudo haber sido la de cualquier otra persona…

—Me estás insultando —le interrumpió el doctor, acercándose ahora al cuerpo de Alyssa—. Le ha dejado más de quince marcas de su mano a la pobre chica. La sangre es de ella, pero tiene el mismo contorno que las huellas que le dejó a la primera víctima. Era tan solo una niña —suspiró con algo de tormento—, es una tragedia ver a una jovencita desparramada en esta camilla metálica. Es extraño, pero a ella la asesinaron de un balazo de nueve milímetros en la cabeza. La mano es, sin lugar a duda, la misma, pero no se usó el mismo método para eliminarlos. Aún no he logrado determinar la razón…

—Quizás le robó la pistola a la primera víctima —se adelantó Turner.

—Quizás, pero a menos que me consigas el arma, los guantes y los zapatos no vamos a poder probarlo.

—No hemos ubicado nada aún —murmuró Turner—. Vamos, doc, no me diga que lo único que tenemos es la estampa de una mano cubierta con un guante.

—Por suerte no —le dijo con alivio—. Tenemos algunos vellos púbicos y trazos de saliva sobre sus pechos... Creo que con eso será suficiente para obtener el ADN.

—Más le vale —le advirtió Turner al salir por la puerta, algo preocupado.

CAPÍTULO 16

Ned Davis era la persona más importante en todo el equipo de personas que trabajaban como hormigas para satisfacer las necesidades de Madeleine Thomas. Para él no existía obstáculo alguno que no se pudiese superar y por esa virtud era desde hacía años su mano derecha, el sabelotodo del *show* y el que salvaba con sus mágicos movimientos las irregularidades de una profesión en donde una noticia podía echarse a perder con tan solo un pequeño descuido. A sus cincuenta y ocho años ya mostraba la carga de su trabajo. Las bolsas ojerosas que se le marcaban bajo sus ojos eran tan solo una muestra de las muchas noches que pasó en vela. Fumaba como un desquiciado y en su dentadura arruinada mostraba los rastros de una nicotina que no le perdonaba el abuso. A pesar de que ya nadie los utilizaba, Ned no perdía la costumbre de llevar sobre su cabeza un sombrero negro de ala ancha. De esa forma ocultaba una calvicie que nunca le causó gracia y le daba al resto de las personas una apariencia señorial que nunca estaba de más.

Cuando Madeleine le pidió que consiguiera a un buen abogado para el sospechoso, pensó que sería una tarea sencilla. Nunca antes estuvo tan equivocado. Después de un par de llamadas y sin tener que explicar mucho los detalles del caso, comprendió que ningún abogado decente de la ciudad tomaría la defensa de un muerto de hambre que fue grabado por un video mientras le reventaba los sesos a una jovencita. «No hay plata en el mundo que me vaya a hacer cambiar de opinión», le decían uno tras otro, mientras él intentaba convencerlos a tomar el reto por el doble de la tarifa normal. Para cuando terminó de tachar el último nombre de la lista que imprimió antes de salir de su hotel, ya se refugiaba en un bar de mala muerte, con un *whisky* doble sin hielo, tratando de ordenar las ideas en su mente. «Si no puedes con los que están de moda, búscalo entre los arruinados», pensó mientras le marcaba a su asistente desde su celular.

—Necesito que me averigües si tenemos algún abogado de la ciudad que haya caído en desgracia.

—¿En desgracia? —le preguntó ella, confundida.

—Sí —le dijo él, tragando el resto del escocés que le quedaba en la copa—. No hay abogado que gane todos sus casos. Necesito conseguir a uno que haya perdido uno grande en los últimos meses —le ordenó—. Concéntrate en los casos que tuvieron mayor cobertura periodística y cuando tengas algo me avisas.

Elizabeth Walker era una superdotada navegando por las redes y en buscar por Internet las ocurrencias únicas de su jefe. Abrió su computador portátil, entró a la base de datos que siempre consultaba y escribió sobre el buscador «homicidio, abogado pierde juicio, escándalo, Nueva Orleans, fin de su carrera». En milésimas de segundo la pantalla le mostraba miles de resultados, y antes de que terminara de revisar el listado de la primera página, supo que encontraba al hombre que buscaba.

—Lo tengo —le dijo ella, cinco minutos después—. ¿Tienes dónde apuntar?

—Dale.

—Daniel Cohen —continuó—. Vive en un complejo de casas en 1235 Citrus Boulevard, en la ciudad de River Ridge. Escucha esto. Hace un año perdió un caso muy sonado. El hijo del exgobernador arrolló con su coche a dos muchachos en la interestatal noventa y cinco. Ninguna de las víctimas murió en el accidente, pero uno de ellos fue enviado a cuidados intensivos. En apariencia era un caso sencillo que no iba a pasar a más y el abogado Cohen se confió de su impecable récord. Dos semanas antes del juicio, el chico que estaba en cuidados intensivos muere y la fiscalía pide cambiar la calificación del delito de lesiones graves a homicidio involuntario. Aquí es donde se pone interesante. El fiscal le propuso un acuerdo de tres años de cárcel con ejecución condicional; es decir, el muchacho no pasaría un solo día en la cárcel. Cohen rechazó la oferta y cometió el error de llamar al acusado a testificar antes de presentar conclusiones. El chico se pone nervioso y en la etapa de repreguntas confiesa que se le cayó el celular al piso algunos segundos antes del atropello. El jurado se retira a deliberar y en menos de treinta minutos llegan a un veredicto. Lo condenan a cinco años de prisión sin derecho a conmutar la pena. Dos días después, el padre se entera de la oferta del fiscal y del rechazo que hizo Cohen sin siquiera consultarles. Hace lo que todo político sabe hacer y después del alboroto sensacional que arma, el juez ordena anular la sentencia, convoca a un nuevo juicio y solicita la inhabilitación de Cohen para ejercer la abogacía. La barra de Luisiana decide inhabilitarlo por seis meses, pero para el exgobernador no fue suficiente. Lo demanda por daños y perjuicios, y logra una

condenatoria por más de ocho millones de dólares. Cohen se declara en bancarrota y ahora vive gracias a la plata que todos los meses le pasa su única hermana.

—¿Eso es todo lo que me pudiste averiguar? —le cuestionó Ned con tono serio.

—¿Me estás chisteando? —repreguntó ella, asombrada.

—Por supuesto, Liz —dijo cortante, como siempre—, vas a llegar muy largo si sigues con tu buen trabajo… Te dejo, que le voy a rescatar la vida a este desdichado.

La puerta no estaba trancada y para cuando Ned la golpeteó con sus puños se abrió de par en par. El estudio no tenía más de cuarenta metros cuadrados y todos sus espacios se arrinconaban entre ellos, incómodos. Solo tuvo que dar un par de pasos para recorrer la cocina, el comedor y una diminuta sala con un viejo sofá cama sobre el que se vislumbraba la figura de un cuerpo extendido. El lugar apestaba y estaba cercado de una extraña oscuridad que titubeaba en ocasiones por las luces que emitía un viejo televisor. Ned se acercó con cuidado dando pasitos de ciego por aquí y por allá, y, antes de que pudiese dar con el hombre que buscaba, uno de sus zapatos aplastó una pizza a medio terminar, que ya mostraba manchones de moho.

—¡Mierda! —exclamó al tiempo que con su otro zapato golpeaba una botella vacía de vodka.

Daniel Cohen reaccionó adormilado. Levantó un tanto su nuca, trató de abrir sus ojos, se acurrucó de nuevo sobre su costado y con un murmullo se dijo a sí mismo:

—Malditas ratas que no lo dejan descansar a uno.

Fue entonces cuando Ned prendió su linterna de bolsillo, le alumbró su cara desaliñada, inhaló dos veces y sintió ese horrible olor a vómito y alcohol. De inmediato sacó el pañuelo de bolsillo que siempre llevaba en su pantalón, se cubrió la nariz y examinó el resto del cuarto. «Vaya problema en el que me he metido», pensó. Para cuando le apretó con sus dedos las fosas nasales, Cohen reaccionó como el ahogado que recién respira después de haber pasado algunos minutos bajo el agua.

—¿Se ha vuelto loco? —le recriminó con ganas de seguir durmiendo.

—Necesito un abogado —le exigió Ned sin más protocolo.

—Estoy en retiro voluntario —dijo con una voz cargada de flemas y sin siquiera abrir los ojos.

—¡Qué aliento, por al amor a D-os! ¿Hace cuánto no se cepilla los dientes?

—Lárguese antes de que llame a la policía —lo amenazó Cohen, tratando en vano de ponerse en pie—. Está invadiendo propiedad privada.

—¿Me va a demandar? Pensé que estaba retirado.

—Mire, señor —le dijo, sosteniéndose con sus manos la cabeza, que no paraba de darle vueltas—, hace un año me arruinaron la vida por un error de principiante y no…

—Ya conozco la historia —le interrumpió Ned—. No necesito que me la cuente de nuevo. He venido a darle una segunda oportunidad… ¿O prefiere que su hermana lo siga manteniendo hasta que el hígado se le reviente de cirrosis?

—No tengo nada que ofrecerle —reiteró Cohen.

—Pues yo sí. ¿Cómo le caería recibir cien mil dólares por defender a un asesino?

Esta vez la propuesta de Ned sí le llamó la atención y haciendo un esfuerzo sobre humano logró sentarse.

—¿Cien mil dólares por defender a un asesino? —Hizo una pausa por un instante—. ¿Qué multimillonario encontró a su esposa revolcándose con otro? —intuyó.

—Es un don nadie —le aclaró Ned—. Un muerto de hambre que mató a una jovencita en una tienda de conveniencia.

—¿Y por qué putas quiere usted gastarse esa fortuna en un desquiciado que puede recibir la defensa pública gratuita que le ofrece el Estado?

—¿Alguna vez ha visto *Se buscan; vivos o muertos*?

—Por supuesto —le contestó Cohen, haciendo un esfuerzo por contener los jugos gástricos que le subían por la garganta—. Odio a esa ramera de, de, de…

—Madeleine Thomas —agregó Ned.

—Esa misma…

—Yo soy uno de los productores del programa y necesitamos que el juicio se alargue lo más que se pueda.

—¿Me está pidiendo que defienda a un desgraciado para que ustedes puedan vender más *spots* publicitarios?

—Exactamente —le contestó Ned.

—Cien mil por adelantado y el 3 % de lo que vendan en publicidad a lo largo del juicio —renegoció Cohen, al tiempo que se ponía de pie y trataba de servirse otro trago de la botella vacía de vodka.

—1 % —regateó Ned sin titubear—. Pero con dos condiciones —continuó—, no puede tomar un sorbo de alcohol mientras dure el proceso…

—¿Y la segunda? —le interrumpió el abogado que hacía tan solo unos segundos atrás no valía un cinco.

—En el momento que yo se lo indique debe dejar de lado la defensa.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó molesto—. ¡Me van a volver a

suspender!

—Tranquilo —suspiró Ned—, no va a dejar tirado al muchacho, pero tendrá que bajar la intensidad de la defensa.

—¿Se da cuenta de que me está pidiendo que manipule el caso?

—Sí, y por eso le estoy pagando una fortuna, señor.

Daniel Cohen saboreó de inmediato el olor de ese dinero que desde hacía meses se le escondía y, aunque todos sus instintos lo alertaban sobre lo peligroso de la propuesta, la codicia y el hambre le nublaron por completo lo poco de conciencia que le quedaba.

—Trato —dijo algo sorprendido.

En ese momento se estrecharon la mano como si fuesen dos viejos amigos y, antes de que Cohen pudiese articular una palabra más, Ned se le acercó un tanto, lo olfateó arrugando la cara en desaprobación y le dijo:

—Báñese, que apesta… Nos están esperando en la comisaría.

—No tengo traje —le confesó el abogado.

—¿Tamaño?

—36 regular.

—¿Camisas?

—16 de cuello y 34 de mangas.

Ned tomó su celular, le marcó a Liz y sin mayor preámbulo la ordenó:

—Tráete dos trajes 36 regular, uno azul marino y el otro negro, un par de camisas blancas talla 16 y algunas corbatas lisas… No quiero estampados.

—¿Algo más? —preguntó ella mientras recogía su cartera y salía de la pequeña habitación del hotel.

—Varios termos de café negro, extrafuerte… El tipo está completamente borracho.

CAPÍTULO 17

Me resulta intrigante ver la forma en que los seres humanos percibimos las cosas. He perdido la cuenta de los años en que he mirado a Madeleine a través del televisor y, aunque no me creas, siempre que la contemplaba lo hice con la misma inocencia de siempre. Sí, ni más ni menos que a la misma chica que recorrió durante años los blancos campos de algodón, y jamás pensé, ni siquiera por un instante, que detrás de las cámaras, de las luces que a diario la alumbraban y del maquillaje que le cubría su fino rostro, coexistía toda una estrella de la televisión. En la infinidad de mi ignorancia sobre un mundo que desconocía por completo, comprendí rápido que mi niña ya no era tan niña como yo hubiese querido recordarla y que una parte de ella se me perdía entre las sombras de su afamada carrera. Esa tarde caí en la cuenta de la doble vida que llevaba. Cuando estábamos a solas era la misma chica frágil que salió corriendo de la plantación buscando una mejor vida; simple, sencilla, dulce y aterrorizada. Pero cuando se juntaba con sus compañeros de trabajo y con esa prole farandulera que se le pegaban como sanguijuelas para chuparle su sangre, se me transformaba en una máquina de extraños pensamientos, con una extraña moral que me ponía los pelos de punta y un desentendimiento del sufrimiento humano que la convertían en una persona casi irreconocible. ¿Te das cuenta de lo que digo? Durante años estuve soñando con su regreso y ahora que la tengo a mi lado no puedo dejar de criticarla. No me juzgues, que no es fácil ver cómo se transforman las personas que más quieres en tu vida. Es como si el demonio mismo se me hubiese metido en la cabeza y ahora lo único que percibo son energías negativas que me tienen estremecida y me hacen sentir avergonzada.

No recuerdo en qué momento logramos superar a los cientos de periodistas que, al igual que Madeleine, se atrincheraban para poder llevar la noticia y así ganarse la vida en una profesión que para mí ya

se prostituía lo suficiente. Todo ocurrió en una fracción de segundo, en un instante insignificante, y, antes de que siquiera pudiésemos reaccionar, la propia policía nos abrió una ruta de escape ante el bochorno de aquel maremágnum. Para cuando logré entender lo que estaba pasando, ya nos encontrábamos dentro de la comisaría rodeados de un manantial de personajes famosos que hacían fila para poder robarle una pequeña conversación a esa niña que floreció fuera de casa y que ahora me tenía el corazón un poco destrozado.

—Mucho gusto, gobernador, me siento honrada de poder estrecharle la mano… —le dijo Madeleine, mientras que con la otra me sujetaba fuerte.

—No digas eso —le interrumpió el político antes de que pudiese terminar lo que decía—. El honor es nuestro. No todos los días tenemos a una hija pródiga de esta ciudad dirigiendo el noticiero más importante del país.

—Ella es Stella… Siempre ha sido como mi propia madre —le contestó, tratando de darme mi lugar.

—Pues ha hecho un extraordinario trabajo —dijo por pura cortesía y sin siquiera cruzar la mirada conmigo—. Volviendo a lo nuestro —dijo sin quitarle los ojos a Madeleine—, necesito que me des un espacio en tu programa de hoy en la noche. Debo dirigirme a los ciudadanos y qué mejor alternativa que hacerlo en *Se buscan; vivos o muertos* —continuó, sin siquiera permitir que ella le contestara de regreso—. Tenemos que bajar la sed de venganza que está pidiendo la gente; si no lo manejamos con inteligencia se nos puede salir con facilidad de las manos. Nos van a acompañar el alcalde y el fiscal general. —Que, por cierto, poco les faltó para pedirle un autógrafo y le sonreían descarados con gestos falsos—. Hemos tomado la decisión de televisar en vivo todo el juicio…

—¿Cómo que han tomado la decisión? —interrumpió Madeleine —. Eso es algo que le compete al juez, y si mal no recuerdo en Luisiana no ha sido la costumbre…

—¡Tenemos el video de un asesino que mató a una chica inocente dando vueltas por todas las redes sociales! Eso es algo que nunca antes pasó en este Estado. Fue idea del propio juez Landon —intervino de nuevo—. ¿Asumo que ya sabías que ha sido asignado para llevar el caso?

—No, no lo sabía aún —confesó, al tiempo que le lanzaba una mirada asesina a Eric, su asistente personal, que de inmediato bajaba la cabeza, humillado—. Será un gusto tenerlos a mi lado —les dijo ahora con un gesto ameno en su boca—. Eric, asegúrate de incluirlos en el guion de la noche y trata de que no haya más sorpresas —sentenció ella con sarcasmo—. Les ruego me disculpen, pero tengo una cita con el teniente Turner… Me han indicado que él está a cargo

de la investigación.

—Así es —le confirmó el jefe mayor de la Policía de Nueva Orleans, tratando de robarse unos segundos de protagonismo—. Sígame, que yo mismo la voy a llevar donde él.

A esas alturas de un día ya de por sí bastante ajetreado, mis piernas pedían a gritos una silla en donde poder sentarme. No te rías, soy una vieja gorda de setenta y un años, con una diabetes del carajo, y desde que el señor Thomas enfermó no solía dar más que un centenar de pasos al día. Hoy, en menos de doce horas, caminé mucho más de lo que mis herrumbrados pies podían soportar y mi espalda me reclamaba el abuso con una intensa punzada en el nervio ciático. No crean que no me quejé, de verdad que lo hice, varias veces, pero Madeleine no tenía tiempo para hacer escalas de descanso y no tuve otra que seguir mortificando a mis viejos huesos. Para cuando llegamos a la pequeña oficina en la que nos veríamos con este teniente Turner del que todos hablaban, me lancé sobre la primera silla que vi y me dejé tumbar sobre ella como si justo hubiese terminado una maratón.

—¿Alguien sería tan amable de regalarme algo para tomar? —pregunté con un extraño jadeo que salía de mi garganta.

—¿Qué prefiere? —me preguntó una joven policía que nos acompañaba.

—Una gaseosa bien helada sería estupenda —le respondí, tragando en seco.

—Solo si tienen dietéticas —intervino Madeleine, como si fuese mi nutricionista—. Si no, con una botella de agua es suficiente.

«Mierda, uno ya ni siquiera puede escoger lo que quiere tomar», pensé sabiendo que, como siempre, solo se preocupaba de mi azúcar.

—Aquí todos tomamos sodas dietéticas —dijo amable la muchacha, que entendió el leve roce—. Solemos comer chatarra todo el día y las sodas *light* nos quitan un poco de remordimiento.

A final de cuentas, poco me importó lo que me sirvieron y, aunque me creí el cuento de que tomaba algo *light* (como decían ahora los jóvenes), me la tragué de un solo golpe. Siempre he sido muy educada y refinada en mis modales de mesa, pero ese día me salió un eructo de alivio que dejó mudos a todos los que estaban a mi lado.

—Salud —me dijo el hombre que se paraba justo a mis espaldas—. Soy el teniente Turner, ¿y usted?

—Stella —le contesté, apenadísima, mientras me tragaba el segundo que venía de camino.

—La famosa Madeleine Thomas —dijo él, volteando su mirada hacia ella y extendiéndole su mano derecha—. Bienvenida al Octavo Distrito. No sé qué es lo que ha hecho, pero llevo diez años como teniente de homicidios y esta es la primera vez que en un mismo día

me llaman el gobernador, el fiscal general y el jefe de la Policía, ordenándome que debo darle un trato especial.

—Quizás sean los catorce años que llevo como directora del programa de noticias policiales más importante del país… —le dijo ella, arrogante.

—¿Me lleva cuatro años de ventaja? Voy a tener que hacer un tremendo esfuerzo por alcanzarla —la interrumpió él con ironía—. ¿Qué necesita?

—Todo.

—¿Qué sabe?

—Probablemente mucho más de lo que ustedes hasta ahora han podido averiguar —le contestó ella, frívola.

—Me encantan las mujeres seguras de sí mismas —dijo él, guiñándole un ojo y con una pequeña sonrisa.

—¿Vino aquí a darme piropos o a mostrarme qué fue lo que hizo este animal de McLaren? —cuestionó, tajante.

—Vine a cumplir con las órdenes de mis superiores —hizo una pausa por un segundo, algo molesto—. Si de mí dependiera, usted estaría afuera esperando con el resto de los periodistas que no hacen otra cosa que vivir de la tragedia de otros, pero no se preocupe, ya me ha quedado más que claro que todos ustedes están hechos con la misma medida y no esperaba nada diferente de parte suya.

—No ha sido mi intención causarle esa impresión… —le dijo ella, sabiendo que quizás perdía la oportunidad de acercarse a la única persona que la podría tener bien informada.

—Tranquila —interrumpió él—, que desde hace muchos años no me conmueven las primeras impresiones. ¿Quiere ver lo que hizo este desalmado?

—Se lo agradecería —concluyó Madeleine, ahora mucho más humilde y agradable.

Tan solo tuvo que hacer una señal con su mano, al igual que lo hace el conductor de una orquesta sinfónica, y el extremo de una de las paredes de la supuesta oficina se deslizó hacia arriba, exponiendo un gigantesco ventanal. Ahí frente a nosotros, como si fuese un condenado a muerte (y en realidad lo era), un pequeño hombre con un *jumper* color naranja y con sus movimientos restringidos por media docena de grilletes que le apretaban del cuello hasta los pies, bajaba y subía su cabeza tratando de esconderse humillado en la mesa desplegable plástica que tenía delante. No tardé mucho tiempo en reconocerle: era el mismo rostro que mostraban una y otra vez en las noticias de la tarde. No pienso mentirte, ya estoy muy vieja para eso, pero en el momento preciso en que lo miré, sentí un nudo en mi garganta y reaccioné saliendo espantada de aquel lugar.

—No se asuste —me dijo el teniente Turner con dulzura mientras

me sujetaba con suavidad el antebrazo—. El tipo no puede vernos ni escucharnos. El vidrio que está viendo tiene casi diez centímetros de grosor. No puede hacerte nada —concluyó, mientras yo me sentaba de nuevo en la silla.

—Te dije cien veces que no me trajeras —le reclamé una vez más a Madeleine—. No tengo nada que hacer en este horrendo lugar…

—Lo sé, Stella, pero puede ser que mañana mismo tenga que regresar y, mientras esté en mis manos, voy a hacer lo imposible para tenerte junto a mí —intervino Madeleine—. No voy a perder la oportunidad de estar a tu lado. ¿Acaso no lo entiendes?

—Sí, mi niña…

—Timothy McLaren —nos interrumpió Turner, señalándolo con un dedo—. Tiene veintiocho años. Nació el 31 de marzo de 1979. Hijo único de Stephanie y George McLaren. Su padre los abandonó cuando tenía tan solo ocho años y su madre falleció siete años después. A partir de ese momento se escapó con su novia Andrea Marshall y llevan trece viviendo juntos. —Hizo una pausa para beber unos sorbos de agua—. No fue la infancia más feliz del mundo, pero logró conseguir un trabajo estable en el puerto de la ciudad y hasta el día de hoy era el mejor manejador de grúas en su cuadrilla. Aquí empieza lo interesante. —Se detuvo un instante mientras caminaba a nuestro alrededor—. No tiene récord policial alguno. Jamás ha sido arrestado y por ningún lado tiene el perfil de una persona capaz de asesinar a dos personas en un mismo día. Según su novia, lleva varios años consumiendo crack y anoche, después de una tremenda pelea doméstica, se drogó como desde hace meses no lo hacía. No tiene coartada. El chico dice no recordar nada y no hemos encontrado un solo indicio sólido que lo ligue con el crimen. —Esta vez suspiró sabiendo que lo que decía no era nada halagador—. No tenemos el arma asesina, no hay rastros de pólvora en su cuerpo y la ropa que usó anoche no muestra siquiera una sola mancha de sangre…

—En otras palabras, lo único que tiene es un rosto similar al de la persona que quedó grabada en el video de baja resolución que se obtuvo de la tienda de conveniencia —le interrumpió Madeleine, que apuntaba en su libreta todos los detalles.

—¿Le parece poco? —le respondió con una pregunta que parecía hacerse a sí mismo—. ¡No es un rostro similar, son idénticos!

—Son muy parecidos, teniente, pero el video sigue siendo de muy mala resolución, y la defensa podría cuestionarlo.

—El primer asesinato lo comete en el Audubon Park —continuó Turner, tratando de evadir el tema—. Ha asfixiado con una cuerda metálica a un distribuidor de drogas que se hacía pasar por mendigo y una hora más tarde le mete un balazo en la cabeza a la chica. Nuestra primera teoría es que tomó la pistola de la primera víctima, se ha

drogado hasta la coronilla con el inventario que ha robado y luego se ha dejado grabar inocentemente en la gasolinera.

—¡Santo cielo! —exclamó Madeleine—. Lo único que tiene es una cara.

—Sí y no —continuó él—. Fíjese en el tamaño del sospechoso. Es un hombre bastante pequeño. ¿Lo puede apreciar? —Madeleine le asintió con la cabeza—. A pesar de su tamaño, debe ser un hombre fuertísimo; la primera víctima era todo un mastodonte y le apretó el cuello con tal fuerza que por poco lo decapita. Le ha dejado huellas de sus manos a ambos… —suspiró, como lamentándose—, pero tenemos un problema: las llevaba cubiertas con guantes. También ha dejado huellas de sus zapatos en las dos escenas del crimen, pero…

—No han logrado encontrar los zapatos —se adelantó Madeleine.

—Así es —reafirmó Turner—. El médico forense detectó rastros de saliva en los pechos de Alyssa, la chica, y varios vellos púbicos que no son de ella. Es bastante probable que logremos ligarlo por su ADN.

—Con eso y el rostro debería ser suficiente —agregó Madeleine—. Si la defensa no se ensaña contra la mala resolución del video, sería innecesario ubicar el arma.

—Lo sé —dijo sin sentirse del todo satisfecho—. Ahora, si me permite, voy a tratar de sacarle alguna información antes de que llegue el defensor público que le va a asignar la ciudad. Activen el audio para que puedan escuchar —le ordenó Turner a uno de sus asistentes mientras se alejaba de la sala—. Ah, se me olvidaba, cuando le muestre el video al cobarde, reprodúcelo… Estoy seguro de que la periodista del año no lo ha visto aún.

—Teniente —le dijo Madeleine, interrumpiéndole el paso—. ¿Podría darme unas declaraciones en el programa de la noche?

—Por supuesto, señora, ya me lo ordenaron mis superiores.

—Me gustaría que lo hiciera por voluntad propia —corrigió ella.

—Vaya, vaya —dijo Turner, algo sorprendido—. Por fin dejó el ego de lado. Empecemos de nuevo, pues. Dwight Turner, para servirle —le extendió otra vez su mano derecha con una bella sonrisa.

—Madeleine Thomas —le dijo ella, algo sonrojada.

CAPÍTULO 18

Las luces en donde se ocultaba el acusado se intensificaron, el teniente Turner ingresó por la única puerta que existía y, con una sonrisa a flor de piel, se quitó el saco de su traje, le entregó a su asistente el revólver que portaba a un costado de sus costillas, arrimó la otra silla que quedaba, se le sentó de frente y le dijo:

—¿Qué tal Timothy?, ¿cómo se siente?

—Nervioso —le respondió con la voz entrecortada.

—¿Necesita algo?

—Un abogado —suplicó.

—Ya casi llega —le tranquilizó Turner—. ¿Quiere un cigarrillo?

—No fumo, señor.

—¿Tiene sed?

—Muchísima.

Turner chasqueó sus dedos y en una fracción de segundo su asistente colocó sobre la mesa una soda helada. Timothy miró asustado, como si sospechara que tanta amabilidad no era correcta y, desconfiado, trató de tomar la bebida. percatándose de que los grilletes de sus manos se lo impedían. Turner traqueteó otra vez sus dedos, el asistente dio un par de pasos, tomó la botella en sus manos y se la colocó en sus sedientos labios.

—No seas tan grosero, Steven —le dijo Turner a su asistente—. Suéltale una mano y déjalo que tome de la botella. ¿No ves que tiene la boca reseca?

Steven obedeció sin siquiera parpadear.

—Tómesela tranquilo, que no ha sido un día fácil para usted.

Mientras Timothy se tragaba a borbotones la gaseosa, Turner se levantó de la silla, giró un tanto hacia el vidrio opaco que nos separaba y nos guiñó un ojo.

—No entiendo —le dije a Madeleine—. ¿Le ofrece algo de beber y nos guiña un ojo?

—Ahora te lo explico —me replicó ella, que observaba con detenimiento cada movimiento y seguía apuntando como desquiciada en su libreta de bolsillo.

—Lo reto a echar un pulso —le propuso el teniente a Timothy.

—No le entiendo, señor, ¿sabe?

—Estamos esperando a su abogado, ¿no? —le sonrió—. ¿Qué tiene de malo divertirse un rato?

—Na… na… nada —tartamudeó, nervioso.

—¿Es ese su brazo fuerte? —le preguntó, señalándole la mano que le liberaron.

—Sí, se… señor —contestó un tanto más relajado—. Nunca he perdido uno, ¿sabe?

—Pues yo tampoco.

Fue entonces cuando el teniente Turner se desabrochó el botón de la manga en su brazo derecho. Se arrolló la camisa hasta la altura de uno de sus gigantescos bíceps, colocó el codo sobre la mesa, estiró la manopla un par de veces y le dijo:

—A ver, muéstreme qué es lo que tiene.

Timothy hizo lo mismo. Arrastró un tanto la silla sobre la que se sentaba, reposó su codo y le ofreció su mano a Turner que esperaba ansioso el reto.

—Al contar tres, arrancamos —le instruyó el teniente.

En ese momento pensé que el teniente Turner se dejaba para que el muchacho se sintiese mejor, pero la verdad de las cosas es que no pudo terminar de decir «tres» antes de que su mano rebotara violenta contra la mesa. Fue tal el impacto, que la botella de la que tomó el criminal salió volando por el aire y se reventó en mil pedazos contra el piso, vertiendo su opaco líquido sobre el suelo.

—Wow, wow, wow —exclamó Turner, asombrado, al tiempo que con su otra mano se masajeaba el dolor que aún sentía en sus dedos.

—Le dije que nunca había perdido uno —le recordó Timothy, algo orgulloso—. Siento mucho lo de la soda, ¿sabe?

Steven se acercó tratando de proteger a su jefe.

—Tranquilo —le advirtió el teniente—. Pídele otra soda, por favor.

—¿Quiere que limpiemos el piso? —preguntó cortés el asistente.

—En un rato —le contestó—. Lo que quiero es que te eches un pulso con Timothy. Nunca antes me topé con un brazo tan potente.

Y así no más, como si se estuviesen divirtiendo en una barra, y como si nadie hubiese muerto tan solo unas cuantas horas atrás, cambiaron de posición y Steven sucumbió en milésimas de segundos ante su muñeca destructora.

—No entiendo nada —le confesé confundida a Madeleine.

—Quiere saber si a pesar de su pequeño tamaño tiene el suficiente

poder como para haber estrangulado con sus manos a la primera víctima. ¿Recuerdas?

«Soy una babosa», me dije a mí misma, mientras el teniente Turner se sentaba de regreso en su silla.

—¿Entiende por qué está aquí? —le preguntó Turner, cambiando por completo el semblante de su rostro.

—Usted… Ustedes creen que asesiné a una chica —le contestó, nervioso.

—No, Timothy —le refutó de seguido—. Creemos que anoche mató a dos personas.

—Se… se… señor, ya le dije que no recuerdo nada… —tartamudeó otra vez.

—Le voy a mostrar un video —le interrumpió Turner—. Quizás le ayude a recordar algo.

Turner se levantó de la silla, giró hacia nosotras, le dio la espalda al muchacho y con el dedo índice apunto varias veces a uno de sus ojos, como dándonos a entender que debíamos ver lo que nos enseñaría. Fue en ese momento cuando una enorme pantalla que se arrinconaba en la esquina del cuarto se encendió y empezó a mostrar las imágenes sin sonido de la tienda de conveniencia. Ahí mismo entendí que estaba a punto de presenciar el horrible asesinato del que todo el mundo hablaba y, aunque una parte en mi interior me pidió cerrar los ojos, no pude, y vi horrorizada como el pequeño hombre que estaba sentado frente a mí y que jugaba a echarse pulsos como si nada, le perforaba los sesos a esa pobre muchacha y la violaba después de haberla aniquilado sin compasión alguna.

—¡Basta! —grité, endemoniada, rogando para que dejaran de pasar esas espantosas imágenes.

Por supuesto que nadie me hizo caso y siguieron mostrándolas, una y otra vez, sin pausa, como si fuese una adaptación teatral, un video casero cualquiera, y no fue hasta que el propio desgraciado vomitó al ver lo que hizo, que el televisor dejó de mostrar el inhumano asesinato.

—¿Se siente mal? —le preguntó el teniente a Timothy, quien aún se limpiaba el ácido líquido de la boca.

—Por… por… sup… supuesto —respondió, asustado.

—¿Miró el video? —preguntó Turner, sabiendo de antemano la respuesta—. ¿Le ha refrescado la memoria?

—Ayer me drogué, ¿sabe? Me fumé varias rocas de crack, me bebí casi un litro de vodka y no recuerdo una mierda de lo que sucedió. ¡No tengo memoria de ello! —exclamó, desesperado—. Esto es como una pesadilla. Veo esas imágenes y me veo a mí mismo, pero sé que no soy capaz de hacer algo así…

—¿Acaso no se da cuenta de que ha quedado grabado en un video

mientras cometía el asesinato? —le cuestionó Turner, severo, golpeando con fuerza la mesa—. ¿Por qué lo hizo?

—¡No lo sé! —gritó con un llanto desesperado—. De verdad, señor, no recuerdo nada de lo que hice anoche.

—Va a confesar, maldita sea, el desgraciado va a confesar —se dejó decir Madeleine, preocupada.

Yo ya empezaba a quedarme sin uñas que morder y antes de que me arrancara el primer pedazo de la piel, un fuerte golpeteo en la puerta nos interrumpió lo que vivíamos. Todos enmudecimos, sin saber qué sucedía y pensando que el teniente tan solo preparaba un nuevo juego para confundirlo aún más. No hubo tal sorpresa y fue el propio Turner el que se quedó boquiabierto al abrir la puerta de la pequeña sala de interrogatorios y ver lo que tenía en frente.

—Qué gusto volver a verlo —le dijo Daniel Cohen, quien llevaba un traje azul impecable, el pelo de su cabellera empapado y una barba desorganizada que no daba una buena impresión—. Soy el abogado del señor McLaren.

—Pensé que se había retirado —le dijo Turner, aún sorprendido.

—No es tan fácil dejar de lado las cosas que en verdad nos gustan —le contestó.

—Pues apesta a licor, licenciado —le reprochó—. ¿Ahora bebe en horas de trabajo?

—No me venga a decir que es la primera vez que se topa con un abogado defensor pasado de tragos —le contestó con una seguridad imperturbable—. Es simpático el tema de los olores —continuó con una facilidad de verbo extraordinaria—. A mí me apesta a que usted le ha violado todos los derechos procesales a mi cliente.

—¿Quién le va a pagar sus honorarios, Cohen? Esta gente no tiene medios para…

—Eso a usted no le importa, Turner, pero igual permítame contárselo. Me ha llamado el hermano de Andrea, la compañera de Timothy que usted tiene detenida sin justificación legal, y después de oír su historia, me he conmovido tanto que decidí tomar el caso probono.

—¿Qué es probono? —le pregunté incrédula a Madeleine.

—De forma gratuita —me explicó tal cual.

—Mentirosa descarada —le dije sin reparo.

—¿Usted, probono? —se preguntó Turner a sí mismo y a viva voz —. ¡Jamás! Si me entero de que alguien está pagando sus servicios por debajo de la mesa, me voy a encargar de que esta vez la barra de Luisiana lo suspenda de por vida.

—Y si usted sigue hostigando a mi cliente, yo me voy a encargar de que el resto de su vida se dedique a escribir tiras cómicas policiales —le respondió el abogado con total seguridad.

—Aquí nadie lo ha hostigado —aseguró algo molesto el teniente.

—¿Ah no? —dijo Cohen, haciendo con sus manos un gesto de preocupación—. ¿Tomaste de esta botella, hijo? —le preguntó ahora a su cliente, que asintió de inmediato—. No seas tan novato, Turner, si quieres su ADN vas a tener que pedirle al juez que emita la orden —continuó diciendo mientras tomaba la botella, rejuntaba del piso los trozos de vidrio y los guardaba en su maletín vacío—. Ahora, si me permite, necesito conversar a solas con mi cliente —concluyó.

—Primero lo vamos a trasladar a su celda y ahí podrá hacer lo que le dé la gana —dijo, volteándose hacia Steven, su asistente—. Quiero pruebas de ADN, de orina y de sangre. Si el tipo se bebió por accidente el enjuague bucal o se fumó un porro de marihuana, lo quiero ver por escrito en los resultados del laboratorio. Si el abogado quiere que le pidamos pruebas al juez, se las vamos a dar hasta que se le reviente la cabeza —ahora miraba de frente a Cohen—. Tiene que tener cuidado con lo que desea, licenciado… Cuando haya terminado de hacerle los exámenes, va a querer regresarme esa botella que acaba de guardar —le dijo con un giño de ojo.

Treinta segundos después, Turner regresaba a nuestra oficina como un toro enfurecido, dispuesto a cornear a quien se le pusiese enfrente. Desactivó la fuente de sonido, bajó la pizarra que cubrió por completo el vidrio y sin más que decir o hacer, le ordenó a Steven que dejara ir a Andrea a casa y le asignara protección las 24 horas.

—Necesito conversar con ella unos minutos —le pidió Madeleine.

—¿Para qué? Ya le dije que no es sospechosa —dijo, aún molesto.

—Parte de mi propia investigación —le contestó.

—La acompaño —replicó, intrigado.

Tan solo tuvimos que dar unos cuantos pasos para encontrarnos con aquella mujercita que no dejaba de sollozar. En cuanto la vi, sentí una tremenda pena. Estaba arrinconada, con sus ojos irritados, el rímel corrido hasta la quijada y esa enorme barriga que se asomaba por debajo de su camisón. Les puedo jurar que me provocó sentarme a su lado y consolarla, pero con solo recordar la cara desquiciada del muchacho, la juzgué como si ella misma los hubiese matado. La chica estaba exhausta, desanimada y con solo una idea en su cabeza: poder regresar cuanto antes a casa. En tales estados anímicos fue muy poco lo que Madeleine pudo extraerle a la infortunada y de no ser por el silencio con el que selló su boca cuando le preguntó si alguna vez Timothy se violentaba cuando se drogaba, la entrevista hubiese pasado inadvertida.

—No quiero que me vea como a una enemiga —le dijo Madeleine, secándole las lágrimas—. Recuerde que estoy aquí para ayudarles a descubrir qué fue lo que en verdad sucedió.

Fue entonces cuando el teniente Turner tosió forzado, una, dos,

tres veces, y le pidió que la dejara tranquila. Era claro que no le gustaba para nada ese acercamiento y, entendiendo que sus cortesías llegaban al tope, nos levantamos y comenzamos a caminar por donde entramos.

—¿Qué opina? —le preguntó a Madeleine antes de que cruzáramos la puerta de salida.

—No tengo la menor duda que el chico es el asesino y de que miente —respondió ella con un tono suave de voz.

—Eso ya lo sé —recalcó él—. Me refería al abogado Cohen.

—Parece un hombre hábil —subrayó—, pero si logran ligar al asesino con el ADN, no va a existir defensa en el mundo que pueda salvarlo.

—¿Tienen ustedes algo que ver con su contratación? —preguntó con un temple de acero.

—Jamás —mintió Madeleine.

—Eso espero —dijo tajante—. No vaya a ser que termine usted siendo la noticia principal de este caso.

CAPÍTULO 19

Daniel Cohen visitó muchas veces las celdas del Octavo Distrito, pero nunca los famosos calabozos de máxima seguridad que en secreto se ocultaban a más de veinte metros bajo tierra. En el momento preciso en que el ascensor abrió sus puertas, olfateó el nauseabundo olor que invadía el ambiente y, antes de que pudiese dar el primer paso, cayó en cuenta de que todas las leyendas urbanas que de alguna u otra forma se escaparon de aquel horrendo lugar eran ciertas. Se tapó de inmediato la nariz, pero pronto se dio cuenta de que no existía forma alguna de disimular esa pestilencia que mezclaba en un solo respiro más de medio siglo de abusos. Despacio y como si estuviese justo al borde de un peñasco, caminó un par de pasos que lo llevaron a un pasillo que se le mostraba interminable. Las viejas lámparas que colgaban sobre el entrepiso ni siquiera producían la suficiente luz para provocar una tímida sombra, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reconocer las doce puertas de acero herrumbrado a los costados. Tan solo debió esperar unos segundos para escuchar el lamento de uno de los detenidos que con insistencia golpeaba el metal con sus cadenas, repitiendo una y otra vez, a galillo pelado y con un tono de impotencia: «Sáquenme de aquí…», «…no se dan cuenta de que yo no hice nada…». La escena era por sí sola desgarradora. Un carcelero pasado de años y de peso, caminaba justo a su lado devorando un burrito y dejando con cada mordisco un trillo de frijoles molidos sobre el suelo. El eco del alimento triturado se mezclaba con las gotas que se fugaban de una vieja cañería de aguas negras, que al caer resonaban como el campanario de una iglesia anunciando el comienzo de la misa.

—¿Cómo puede meterse comida a la boca en este calabozo? ¿Acaso no siente el olor a mierda? —le preguntó Cohen al guarda, que seguía masticando como si aquello fuese una goma de mascar.

—Lo único que huelo es su aliento a vodka —le contestó, jocoso.

«¿Será que de verdad apesto?», se preguntó a sí mismo mientras con su mano trataba de olerse el aliento.

—Esta es la celda del Enano.

—¿De quién? —indagó Cohen, intrigado.

—Ya usted sabe —le hizo una mueca simpaticona al tiempo que limpiaba sus manos llenas de grasa en los pantalones de su uniforme —, el pequeño asesino…

—No se le ocurra llamarlo así y menos delante de mí —lo interrumpió, molesto—. El señor McLaren es inocente hasta que se demuestre lo contrario y lo van a tratar como a cualquier ciudadano hasta que un jurado diga otra cosa.

—¿Acaso no vio lo que le hizo a la pobre chica? ¿Cómo puede siquiera pensar en defenderlo?

—Usted se acaba de embutir un burrito de quince centímetros de largo, tiene una barriga enorme y los botones de la camisa a punto de reventar, ¿cierto? Entonces, ¿sería justo llamarlo bola de grasa o algo similar? Por supuesto que no —se contestó él mismo la pregunta—. ¿O podría usted concluir que yo soy un alcohólico porque mi aliento le olió a vodka? Jamás —debatió de nuevo consigo—. Eso sería hacer conclusiones con base en las simples apariencias, ¿no? —El guarda asintió sin tener la menor idea de lo que hablaba—. Así que de ahora en adelante y mientras mi cliente se mantenga en esta pocilga, ni él es un asesino ni yo soy un borracho ni usted es un gordinflón. ¿Estamos?

—Sí —le contestó sin percatarse de que recién lo insultaban.

La puerta de acero tenía más de cinco centímetros de grosor, pesaba casi media tonelada y mostraba una pequeña compuerta al ras del suelo que se utilizaba para lanzarles las apestosas comidas. Para cuando el carcelero logró mover aquella mole de metal fundido, Cohen pudo ver como Timothy se arrinconaba en posición fetal sobre la estrecha losa de hormigón que le servía de cama. La celda no tenía luz natural, medía escasos dos metros cuadrados, y salvo el pequeño inodoro de acero inoxidable, que también les servía de mesita de noche, no existía espacio más que para dormir y dar del cuerpo.

—Esto es inhumano —exclamó Cohen, enfurecido, mientras Timothy volteaba un tanto su torso—. ¿A quién en su sano juicio se le ocurre someter a una persona a este tipo de hacinamiento?

—Estas son las celdas de máxima seguridad —le indicó el guarda, orgulloso—. Aquí solo metemos asesinos desquiciados que nos deberían chupar la polla por el simple hecho de dejarlos con vida antes del juicio…

—Me vas a escuchar, cerdo inmundo —lo interrumpió Cohen, amenazante y con ganas de golpearlo—. Vas a mover ese culo gordo y deformado que tienes, vas a llamar a tu jefe y le vas a decir que si en media hora no pasa a mi cliente a una celda limpia y con un aire que

pueda respirar sin que se le pudran los pulmones, va a tener a Amnistía Internacional encima haciéndole documentales de esta inmunda cámara medieval de torturas.

—Esto es lo que hay… —alcanzó a decirle justo antes de que Steven, el asistente del teniente Turner, lo interrumpiese.

—Llévalo a las celdas del sector norte —le ordenó este.

Para cuando Daniel Cohen pudo sentarse al fin al lado de su cliente, ya el panorama cambiaba por completo. La nueva celda no era un derroche de lujos, pero al menos tenía dos metros cuadrados más de espacio, una colchoneta de espuma que haría más suave el martirio, un lavamanos del que salía agua potable y un pequeño tragaluz que le permitiría al menos tener una leve noción del tiempo. Sus paredes olían a pintura fresca y no a museo de excrementos, y para cualquiera que hubiese pasado tan solo unos minutos en los calabozos de abajo, el nuevo espacio se mostraba como una habitación de cinco estrellas recién inaugurada. Timothy llevaba el mismo mono color naranja lleno de gigantescos números negros sobre su espalda y las gotas que aún corrían sobre su cabeza calva hacían pensar que tuvo la suerte de una ducha fresca. Sus pies aún estaban maniatados a esos grilletes ajustados que empezaban a marcarle la piel en sus tobillos y caminaba lento, como si fuese un pingüino herido. Sus manos, encadenadas al cinturón de cuero que llevaba a la altura de su cintura, le impedían siquiera restregarse los ojos y acomodarse su mirada, ya de por sí perdida. Se sentaron uno al lado del otro y como si fuesen dos viejos amigos empezaron a conversar, sabiendo de antemano que ese tan solo sería el comienzo de una larga batalla por sobrevivir. En un principio hablaron de todo un poco, de asuntos triviales, de la infancia mal vivida, de sus padres que poca importancia tuvieron en su vida y de esa juventud inconclusa que vivió hasta que se enamoró de Andrea. Fue entonces cuando Timothy hizo una pausa, suspiró preocupado y le preguntó:

—¿Cuánto me va a costar todo esto? No soy un hombre adinerado, ¿sabe?

Cohen le sonrió.

—Nada.

—En esta vida no hay almuerzos gratis.

—Eres más listo de lo que pareces.

—Al menos sé reconocer la diferencia entre el día y la noche.

Cohen sonrió de nuevo, le palmeó la espalda un par de veces y le dijo:

—Mira, muchacho, voy a ser honesto contigo. Quien está pagando por esto no tiene ninguna importancia. Estás metido en un tremendo lío y a menos que a los dos se nos dé un milagro, las probabilidades de que te condenen a muerte son altísimas. Mi objetivo aquí es hacer

todo lo posible para que te den cadena perpetua y salvarte el pescuezo…

—Todavía no me conoce y ya piensa que yo maté a esa gente.

—Lo que yo crea no tiene importancia. Tu cara está en el maldito video y todo el mundo en Luisiana está seguro de que los asesinaste. ¿Lo hiciste?

—No sé, ¿sabe?

Sus ojos parpadearon un par de veces.

—Vamos a empezar de nuevo —le recordó Cohen—. No pueden existir secretos entre nosotros. Me tiene que decir toda la verdad, por más dura que sea. Si me miente, no tengo la menor posibilidad de ayudarlo, y si me doy cuenta de que me está engañando, dejo de representarlo. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—No me llame señor, por favor.

—¿Y cómo lo llamó entonces?

—Daniel o Cohen, como usted prefiera… Se lo voy a preguntar por una última vez —su semblante parecía un témpano de hielo—. ¿Mató a esas dos personas anoche?

—¡Me lleva putas! Cuántas veces tengo que repetirles que no me acuerdo una mierda de lo que sucedió anoche. ¿Acaso quiere que mienta?

—Tranquilo, le creo —le dijo mientras anotaba algo en su libreta —. ¿Recuerda lo que sucedió antes de que saliera de su casa?

—Soy adicto al crack, ¿sabe? Llevo años inhalándolo. Anoche llegué a casa después de un día largo en el trabajo y quemé unas cuantas piedras. Andrea enloqueció, se puso furiosa… No sé si es el embarazo o qué, pero tenía meses de no verla tan alterada. Me reclamó por las cuentas atrasadas de la casa y empezó a tirarme platos en la cabeza.

—¿Entonces sí recuerda algo?

—No juegue a las adivinanzas conmigo —enfureció otra vez—. Por supuesto que recuerdo el pleito… La droga aún no se me había subido a la cabeza.

—Está claro —comentó Cohen, que se extrañaba de ver la agresividad del muchacho—. ¿Recuerda la hora?

—Quizás eran las 10 de la noche.

—¿Quizás?

—Entre 9 y 10, para ser exacto.

—¿Entonces?

—Entonces nada —suspiró Timothy—. Caminé unas cuantas cuadras. Bebía el vodka a pico de botella, como si fuera agua, la cabeza me empezó a dar vueltas… y dejé de recordar… ¿Sabe?, es terrible no tener memoria de nada.

—Lo imagino —le dijo Cohen, preocupado—. ¿Recuerda algún lugar en particular antes de que olvidara todo?

—No.

—¿Alguna persona que lo haya visto?

—Con el escándalo que me armó Andrea algunos vecinos salieron de sus casas y me gritaban cosas, pero luego de eso no creo haber visto a nadie.

—¿Sabe si llegó a salir de la comuna?

—Me parece que caminé lo suficiente como para haber cruzado la entrada...

—No le parece nada —le interrumpió Cohen—. Solo va a dar opiniones de lo que tiene claro en su cabeza. ¿Estamos?

—Sí.

—Entonces no llegó a salir del barrio. ¿Hay algo más que recuerda?

—No. Cuando desperté estaba a dos cuadras de la casa. Había perdido los zapatos, la camisa y mis manos estaban cubiertas con…

—No se me adelante que ya vamos a llegar a eso —lo interrumpió Cohen de nuevo—. Hace un rato me dijo que es adicto al crack, ¿cierto?

—Sí, señor.

—No me diga señ… —pensó en corregirlo, pero prefirió seguir con el interrogatorio—. ¿Con qué frecuencia lo consume?

—Casi todos los días —admitió el muchacho, avergonzado.

—No se avergüence —le dijo mientras caminaba alrededor de la celda y se rascaba la barba sin cesar—, esa puede ser nuestra defensa.

—No le entiendo —confesó Timothy, extrañado.

—No lo quiero aburrir con términos legales, pero en Luisiana la intoxicación voluntaria puede ser utilizada como una defensa en los crímenes castigados con condena de muerte.

—Sigo sin entender —le dijo un tanto más entusiasmado con la simple posibilidad.

—Se lo voy a poner más sencillo —continuó Cohen—. Tenemos que demostrar que esa noche consumió tanta droga y alcohol que fue incapaz de racionalizar la intención específica de matar a esa gente —suspiró, sabiendo que no iba a ser sencillo demostrarlo—. Es decir, estaba tan drogado que su mente no pudo distinguir lo que hacía y nunca quiso matarlos…

—Le puedo garantizar que nunca he querido matar a nadie —lo interrumpió, esperanzado.

—Es más complicado que eso, pero creo que es nuestra única salida. Si logramos demostrar que nunca tuvo la intención, quizás logremos evitar una sentencia de homicidio en primer grado.

—¿Primer grado? —preguntó Timothy, asustado.

—En el homicidio de primer grado lo van a condenar a muerte, si logramos probar que la intoxicación fue un atenuante, existe la posibilidad de que logremos una condenatoria a cadena perpetua.

El muchacho tragó en seco.

—¿Me está diciendo que mi mejor posibilidad es pasar el resto de mi vida en la cárcel?

—Lo siento, chico —le dijo Cohen con sinceridad—. Su cara es inconfundible, ni siquiera tenemos como evidencia la ropa que usó anoche y su pérdida de memoria no me ayuda.

Un silencio macabro inundó la celda y ambos permanecieron callados por unos segundos.

—¿Antes de esta pérdida de memoria, recuerda si alguna vez le sucedió algo similar? —preguntó Cohen en un intento por superar el impase.

—Es probable… Casi siempre termino inconsciente, pero es la primera vez que despierto con dos personas muertas sobre mi espalda, ¿sabe?

—Necesito que haga un esfuerzo, Timothy —le rogó Cohen—. ¿Alguna vez se ha puesto violento por la droga?

—Nunca.

—¿Cómo lo recuerda si casi siempre termina inconsciente?

—Todo esto es una mierda —exclamó, furioso—. ¿Acaso debo preocuparme de cómo putas le contesto sus preguntas?

—Sí —le dijo Cohen con total franqueza—. A mí me puede hablar como quiera, pero necesito que aprenda a contestarle a la fiscalía. Tiene que pensar que ellos siempre irán un paso adelante, que cuando le hacen una pregunta ya saben de antemano la respuesta y que cualquier despiste lo van a usar en su contra. Lamento fastidiarlo, pero es parte del juego y si no lo hace a la perfección… estamos acabados.

—No sé si tengo el hígado para esto —le confesó.

—Su vida depende de ello —le dijo—, pero no se preocupe, que tenemos tiempo para prepararlo. Va de nuevo… ¿Alguna vez se ha puesto violento por la droga?

—No que yo recuerde —dijo ahora más apaciguado.

—Fabuloso —exclamó Cohen—. ¿Alguna vez alguien le ha mencionado o reclamado por tener un comportamiento violento mientras se drogaba?

—Nunca —contestó, pensando que volvía a dar una respuesta incorrecta.

—Eso es preciso lo que necesitaba escuchar.

—Señor… con todo respeto, no entiendo nada de lo que dice. Si vamos a usar de defensa que estaba drogado y que nunca quise matar a esa gente, ¿no sería mejor que tuviese un historial de agresividad?

—No —le contestó Cohen, tajante—. Si fuese agresivo, la defensa

se nos vendría al suelo, pues hace presuponer que ya conocía que la droga lo convertía en una persona violenta y nadie puede usar de excusa una condición que conocía de antemano.

—Sigo sin entender…

—Es sencillo. Imagine a un borracho que ya ha sido acusado varias veces por conducir en estado de ebriedad. No puede tomarse media botella de alcohol, tomar un carro, pasarle por encima a una persona y alegar que no quiso atropellarlo. Todo el mundo sabe que no se puede conducir con medio litro de alcohol en la sangre y más aún si esa persona ya tuvo problemas con la justicia. ¿Le ha quedado más claro? —preguntó con una paciencia casi paternal.

—Sí, señor —le mintió Timothy, quien en ese preciso momento se imaginaba cómo iba a ser ejecutado.

—¿Hay algo que deba saber, algún secreto, algo que hizo o dejó de hacer, algo que pueda comprometerlo? —inquirió Cohen, sin dar espacio a mucho análisis.

—¿Cómo me matarían? —le contestó con lo primero que se le vino a la cabeza.

—Inyección letal.

—¿Es doloroso?

—No, Timothy. Los sedan antes de pasarles por las venas la sustancia que detiene el corazón —le dijo, sabiendo que quizás no podría hacer nada para evitarlo—. Pero no piense en eso ahora, que aún falta mucho…

—Por la gran puta, Cohen —lo llamó al fin por su nombre mientras se le cortaba la respiración—, al menos sea honesto conmigo.

—Le mostraré algunos videos de las últimas ejecuciones, ¿vale?

—¡Gracias! —le exclamó.

—¿Ya miró el video de la gasolinera?

—Sí.

—¿Qué me puede decir de eso?

—Me cuesta creer que lo haya hecho…

—Eso ya lo sé —lo interrumpió Cohen—. ¿Hay algo en la grabación que no le encaje?

—Varias cosas, ¿sabe? —le dijo, cabizbajo.

—Dígamelas.

—La barba —titubeó unos segundos—. Nunca la he tenido de esa forma, ¿sabe? Me gusta llevar la barba, pero no acostumbro a arreglármela.

—Van a alegar que se la quitó para esconder su identidad —lo desalentó Cohen—. Eso no lo podemos usar como defensa…

—Así es —admitió con ansiedad—. Me rasuré precisamente cuando desperté. No soy racista, ¿sabe? Tengo muchos amigos de color y nunca he tenido una chaqueta negra con esa cruz extraña…

—¿La esvástica? —preguntó Cohen.

—Esa misma.

—Podemos utilizarlo, chico, pero necesito algo más de peso. ¿Notaste algo especial cuando el asesino del video se desnudó frente a la muchacha?

Cohen jamás se imaginó que Timothy tuviese los reflejos de una ardilla y la velocidad de un felino. En una fracción de segundos se levantó desquiciado y de no ser por las manos que llevaba atadas a la cintura, le hubiese torcido el cuello. Fue entonces cuando se le fue encima con su pequeño cuerpo, brincó más de medio metro y con la parte más dura de su cabeza lo impactó justo entre las dos cejas. Daniel Cohen sintió extrañado su extraordinaria fuerza y poco le faltó para terminar tendido en el suelo.

—Nadie, absolutamente nadie se burla de mi tamaño —le dijo, exacerbado.

Cohen se tambaleaba en una esquina de la celda con la vista desorbitada.

—Escucha, muchacho, no fue mi intención burlarme… —le contestó, sintiendo como algunas gotas de sangre bajaban por su nariz.

Antes de que pudiese terminar lo que le decía, el polizón que cuidaba la sección de celdas escuchó el desbarajuste, desenfundó su pistola y los confrontó a ambos, apuntándole a Timothy en la cabeza.

—Siempre se confunden con mi tamaño, ¿sabe? —le dijo con una mirada endemoniada.

—¡Aléjese de su abogado o le reviento los sesos! —amenazó el guarda, que apenas controlaba el pulso de sus manos.

—Baje el arma —le ordenó Cohen, algo asustado—. Es solo una discusión entre abogado y cliente que se calentó más de la cuenta. Todo está bajo control. ¿Cierto, Timothy?

El silencio los acompañó por un par de segundos.

—Cierto —dijo el muchacho mientras retrocedía, liberándolo del ataque—. Lo siento, Cohen.

—No hay problema —le dijo al tiempo que con su pañuelo se limpiaba la pequeña herida en la frente—. Déjenos a solas —le ordenó ahora al policía, que aún apuntaba al muchacho.

El carcelero dio un par de pasos hacia atrás, despacio, bajó el arma y le advirtió:

—Un solo escándalo más y doy por terminada la visita, ¿me entiende?

—No se preocupe —le aseguró el abogado.

Durante un par de minutos Cohen no pudo decir palabra alguna. Caminó alrededor de la celda, miró a Timothy no menos de doce veces, se acercó cauteloso al lavabo, humedeció el pañuelo

ensangrentado y lo aplicó con fuerza sobre la herida.

—¿Me puede explicar qué putas fue eso? —le preguntó sin alzarle la voz, pero enfurecido.

—¿Sabe usted acaso la adolescencia de mierda que me tocó vivir? —le contestó Timothy con una pregunta—. Durante años fui el hazmerreír de mis compañeros de clase. Cada vez que terminábamos educación física, me desnudaban a la fuerza, me sujetaban con las manos en el aire y se burlaban de mi pene. «¡El gusano!», decían, carcajeándose de mis limitaciones. Luego la burla pasó a ser cosa de todos los días. Caminaba en los pasillos del colegio y todos me señalaban los genitales con una risa burlona. No fue fácil, ¿sabe? De no haber sido por Andrea, que me aceptó tal y como era, nunca hubiera podido tener una vida.

—Entonces…

—Sí —lo interrumpió Timothy—. Vi el maldito video, vi al asesino desnudo, le vi su pequeño pene y es lo mismo que usted vería si me hacen bajarme los pantalones.

«¡Mierda!», pensó Cohen aún más preocupado.

CAPÍTULO 20

Scott J. Benet vivía en una de las mansiones más famosas de Nueva Orleans. La imponente residencia era conocida como The Smith House, y se ubicaba en la dirección 4534 de la avenida Saint Charles. El pequeño palacete fue construido en 1906 para albergar a William Smith, presidente de la Cámara de Algodoneros de Nueva Orleans, y luego de una disputa legal interminable a raíz de su muerte, Benet —el abogado de la sucesión—, logró hacerla su casa como una forma de pago por sus servicios. El Zorro Blanco, como le decían algunos en alusión a su tupida cabellera blanca, fue el abogado personal de las familias algodoneras prominentes del Estado, y entre ellas el consejero más cercano de Nathaniel Thomas. A su muerte, fue poco lo que se pudo decidir sobre el futuro de la plantación, y a Christopher Thomas no le quedó otra alternativa que seguir utilizando sus caprichosos servicios. A sus ochenta años mantenía una mente intacta, una fortaleza física extraordinaria y el mismo racismo descarado que durante tantos años compartió con Nathaniel. A pesar de sus años y gracias al interminable acceso a los secretos familiares más oscuros de su clientela, seguía ejerciendo la profesión a punta de extorsiones y sin siquiera verse en la obligación de salir de casa.

A Charles le tomó poco menos de dos horas llegar hasta ahí, pero cuando se vio frente a la puerta supo que esa sería su última y única oportunidad de saldar cuentas. Para cuando el viejo Benet le abrió, este llevaba un impecable traje de lino blanco, un corbatín escarlata de fina seda y el sombrero panameño que desde joven llevaba sobre su cabeza. Una densa columna de humo salía de su boca al tiempo que tomaba con su mano derecha una hermosa pipa de madera tallada a mano con incrustaciones de marfil.

—La última vez que te vi te estabas revolcando con la negra de... —titubeó un segundo, tratando de recordar el nombre—. A quién le importa... —dijo con una sonrisa mientras volvía a inhalar el humo

del tabaco—, una negra más, una negra menos.

—Natalie, y eso fue hace más de veinte años —le contestó Charles, algo incómodo.

—¿Todavía sigues enamorado de su gigantesco culo? —preguntó Benet.

—Nunca estuve enamorado de nadie —le respondió, siguiéndole sus pasos hacia una habitación llena de libros, con una chimenea ardiente y un viejo televisor de cincuenta pulgadas que debía pesar doscientas libras y que transmitía en vivo la noticia del día—. Fue tan solo una aventura.

—Eso no fue lo que pensó tu padre y la maldita negra esa… —hizo una nueva pausa—. ¿Cómo se llamaba? A estas edades ya a uno se le empiezan a olvidar las cosas.

—Stella —le dijo Charles al tiempo que se sentaba en un gigantesco sillón de cuero rojo.

—Esa misma —señaló con desprecio—. Si tu abuelo Nathaniel hubiese estado vivo, la habría hecho desaparecer en los pantanos, pero tu papá siempre fue un pendejo… ¿Quieres un *whisky*?

—Sí, por favor.

Benet apretó la pipa entre sus dientes, se apoyó sobre el bastón de cedro, abrió un escaparate de madera y sacó una hermosa botella de vidrio llena de un líquido oscuro color almendra. Lo destapó, se llevó la boquilla del recipiente a su nariz, lo olfateó y tragó en seco.

—Este borbón tiene treinta años de añejamiento —presumió mientras lo servía en dos vasos de cristal—. No sé si lo tomas con hielo, pero es un sacrilegio mezclarlo, y en mi casa se bebe así no más, sin nada.

Charles lo tomó con su mano, se lo llevó a la boca y se lo tragó de un solo golpe. Sintió el calor en su garganta y, sin siquiera hacer una mueca, le extendió su brazo para una segunda ronda.

—Tienes que rendirlo, muchacho —le dijo el viejo, sabiendo lo que costaba—. Solo me quedan dos barricas en el sótano y no pienso gastármelas a costa de los Thomas. Hace años que no me dan trabajo…

—Si me pones un poco de atención te voy a dar tanto trabajo que me vas a tener que mandar una de esas barricas a mi casa —lo interrumpió.

—Estoy escuchando —le dijo.

—¿Ya viste las noticias? —indagó Charles, señalando al televisor.

—Por supuesto —le contestó Benet, saboreando su bebida—. Siempre he seguido la carrera de tu hermana… Esta vez se ha sacado la lotería, debe ser el caso de su vida —especuló.

—El caso me importa una mierda —le refutó Charles, furioso—. Después de veinticinco años de haberse marchado, ahora vuelve a casa

con la idea de dejarle a Stella lo que papá le herede a ella. ¿Puedes creerlo? La estúpida de mi hermana le va a dejar parte de la riqueza de cuatro generaciones…

—Eso no lo podemos permitir —lo interrumpió de inmediato.

Antes de que pudiesen continuar, la voz inconfundible de Madeleine les interrumpió la tertulia. Ahí, cubriendo con su bello rostro la pantalla del televisor y con una elocuencia que dejaba con la boca abierta a más de uno, ella se le presentaba a la ciudad en donde nació y de la que huyó pensando que jamás volvería. «Hace muchos años salí de esta hermosa ciudad en busca de una carrera periodística que me ha llevado a lo largo y ancho de esta nación», decía con una dicción extraordinaria; «hoy, veinticinco años después, la tragedia y la maldad humana me han hecho regresar a la tierra donde crecí». La cámara poco a poco fue haciendo una aproximación a su rostro y sin siquiera parpadear ella miró fijo al lente, segura, impenetrable, y con un tono de voz contundente continuó: «*Se buscan; vivos o muertos* se ha trasladado hasta Nueva Orleans no solo para llevarles a sus hogares la información más precisa de este horrendo doble homicidio... Estamos aquí para asegurarles que se hará justicia, que no descansaremos un minuto y para garantizarle a la población de luisiana que el asesino de esta masacre pagará con su propia vida la inhumanidad de sus actos... Tengo el honor de contar a mi lado con el alcalde de la ciudad, el fiscal general y el gobernador. También me acompaña el teniente Turner, quien fue el encargado de dirigir el operativo para capturar al principal sospechoso de este asesinato... ¿Teniente...», la cámara se desplazó un tanto hacia la derecha, «...nos podría dar sus primeras impresiones?». Dwight Turner no estaba acostumbrado a dar la cara frente a las cámaras. Con una timidez que se hacía notar, tragó en seco un par de veces y con una voz entrecortada dijo: «A pesar de que la etapa investigativa recién empieza, esta tarde logramos aprehender a un primer sospechoso de veintiocho años… Su nombre es Timothy McLaren…». La voz del teniente Turner seguía retumbando en los parlantes, pero su rostro fue sustituido por el video tomado por el camarógrafo en el sótano de la Octava Comisaría y el comparativo de una imagen congelada del video de la gasolinera con la foto del detenido.

—Pobre bastardo —volvió a retomar la palabra Benet—. Le ha volado los sesos a esa negra sin percatarse de que lo estaban filmando… Antes era más sencillo deshacerse de ellos.

A pesar de su rencor hacia Stella y a la forma despectiva con que por lo general hablaba de ella, Charles no llevaba el odio ni el desapego humano que mostraba el Zorro Blanco, y, aunque en ese preciso momento sintió ganas de confrontarlo por sus ideas racistas, prefirió guardárselas para otro momento. Entonces le sonrió,

haciéndole creer que sus comentarios le causaban gracia, y se fue directo a lo que vino.

—Scott —le dijo sin más formalismos—, necesito que me ayudes a evitar que Stella pueda recibir de Madeleine la herencia.

—No es tan sencillo, muchacho —le contestó Benet mientras se servía otro trago solo para él—. La ley le permite a Madeleine hacer un testamento y dejarle lo que quiera a ella…

—Pero papá no ha muerto… —lo interrumpió.

—Sí, lo sé, pero la ley permite disponer de bienes que aún no forman parte del patrimonio de las personas —le explicaba como si estuviese dando una clase en la universidad.

—¿Al menos me puedes decir cómo quedó la distribución de mi viejo?

—Elaboró un testamento cerrado —contestó Benet, frívolo.

—No te entiendo —reconoció Charles.

—Lo escribió él mismo… Nadie sabe su contenido, pero conociéndolo estoy casi seguro de que dividió todo por partes iguales…

—¡Mierda, Benet! —lo interrumpió, violento—. Tiene que haber alguna forma de parar esto.

—La única forma que tienes para salirte de esto es que Stella se muera antes o que ella misma te firme una declaración en donde renuncie en forma irrevocable a heredar de Madeleine.

—¡Eso es imposible! —exclamó Charles, impaciente.

—Nada es imposible, hijo —le dijo pensativo.

El Zorro Blanco volvió a sentarse en su sillón, bebió un sorbo de ese *whisky* que tanto disfrutaba y miró atento al televisor. Ahora era el gobernador el que hablaba. «Hago un llamado a toda la población a mantener la calma... En menos de 24 horas hemos logrado detener al principal sospechoso y el fiscal general, que me acompaña, se ha comprometido a realizar un juicio rápido y diligente... Sabemos que la muerte de la señorita Jones es una tragedia y, aunque queramos tomar la ley en nuestras manos, debemos respetar el estado de derecho y la ley... Los disturbios de hoy en la tarde…», el televisor mostraba ahora las imágenes de las revueltas en diferentes poblados de la ciudad, «...no pueden seguir dándose... Dieciocho personas han resultado heridas por estas manifestaciones y no vamos a permitir que la violencia se apodere de nuestras calles...».

—Quizás hay algo que pueda hacer por ti —le dijo mientras bajaba un tanto el volumen del aparato—, pero te va a costar una pequeña fortuna.

Charles no titubeó un segundo y sacó de su chaqueta el libro de cheques. Escribió el nombre completo del abogado, lo firmó y se lo entregó sin siquiera ponerle el monto.

—¿Quieres otro *whisky*? —le preguntó Benet mientras doblaba el cheque y lo acomodaba en su billetera—. Algunos días después de que tu padre enfermó vino a verme —le reveló sin importarle la confidencialidad—. Su rostro estaba perturbado y sin darme explicación alguna me entregó un sobre.

—¿Lo has leído? —le preguntó Charles, ansioso.

—No —admitió mientras prendía de nuevo su pipa—. Pero me giró instrucciones puntuales de que debía entregárselo a Stella cuando él muriera. —El humo volvió a salir de su boca como una estufa de madera—. «Nadie, absolutamente nadie, puede enterarse de esto», me ordenó justo antes de despedirse.

—Le acabo de entregar un cheque en blanco, ¿y lo único que me ofrece a cambio es un sobre que nadie ha leído? —reaccionó Charles, molesto.

—No seas tan ingenuo, hijo —le reprochó Benet—. Tengo muchos años de andar en estas y te puedo garantizar que hay algo bien comprometedor en ese sobre. Nadie esconde buenas noticias en la víspera de su muerte. ¿Lo quieres?

—Por supuesto, pero si no me sirve me devuelves el cheque —le advirtió, valiente.

Unos minutos después el viejo abrió una gigantesca caja fuerte y sacó un sobre amarillo, algo desteñido por el tiempo, bastante abultado, y sin ningún remordimiento se lo entregó a Charles, quien a duras penas podía contener la ansiedad. Para cuando lo recibió en sus manos, lo rasgó al igual que lo hace un niño sentado con un regalo frente al árbol de Navidad. Había fotos, algunos certificados, un par de expedientes y una carta escrita a mano por su padre. Dejó a un lado la documentación y, mientras Madeleine hablaba en el televisor, Charles la leyó con detenimiento. Una sonrisa invadió su rostro, se levantó exaltado de la emoción, abrazó al viejo Benet y le dijo:

—Me has devuelto la vida. Stella nunca va a permitir que esto se sepa.

—¿Me vas a contar lo que dice la carta? —le preguntó, muriéndose de la curiosidad.

—¿Me vas a devolver el cheque que te acabo de dar? —respondió con prepotencia.

Benet estuvo tentado de hacer el intercambio, a dejar de lado unos billetes de más que no necesitaba e inmiscuirse una vez más en la tragedia ajena que de cierta forma le alimentaba el alma. Luego pensó en sus caprichos, en su colección de vehículos, en la gigantesca cava del sótano y sin pensarlo mucho le dijo:

—No. De todas formas, siempre termino enterándome de todo.

Charles se levantó, acomodó el sobre y marcó su celular.

—¿Natalie? —preguntó unos segundos después de que ella le

contestara—. Quiero que te vengas a vivir a mi casa hoy mismo.

—¿Te vas a enredar de nuevo con esa maldita negra? —le preguntó Benet, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—No —le dijo Charles, entusiasmado—. La voy a usar para hacerle llegar esta sorpresa a su madre.

CAPÍTULO 21

La última vez que Daniel Cohen estuvo frente a su cliente, Timothy todavía llevaba encima el mono naranja oloroso y desteñido. Esta vez, mostraba un traje azul oscuro, una camisa blanca con al menos una pulgada extra de cuello y mangas, y una corbata celeste con un nudo hechizo mal armado. Con excepción de sus zapatos, el resto del atuendo le quedaba grande y daba la impresión de que nadie tuvo el cuidado de tomarle sus medidas antes de vestirlo.

—Esa es la imagen que quiero que le quede al juez y a todas las cámaras que van a estar filmándote en la sala de juicio —le dijo, sintiéndose a gusto con lo que miraba.

—Esta ropa me queda enorme —le dijo Timothy, que transpiraba por la poca ventilación del cuarto y por los nervios que le revoloteaban en el estómago—. Se me van a terminar cayendo los pantalones.

—Recuerda lo que hemos hablado —le recordó Cohen—. Eres un drogadicto... No tienes el tamaño ni la fuerza para ser considerado un hombre peligroso… La ropa desajustada causa preciso esa impresión y hoy empieza el juego de las percepciones.

La sala estaba repleta, a punto de reventar, y una docena de videocámaras y periodistas se arrinconaban en el pequeño espacio que se les habilitó para transmitir en vivo la acusación. Dwight Turner se sentaba en primera fila justo al lado de la madre de Alyssa, quien no dejaba de sollozar, mientras él hacía lo imposible por consolarla. «Han montado un verdadero espectáculo», pensó el teniente, que de reojo miraba a Madeleine Thomas transmitiendo en vivo sus primeras impresiones. Cohen abrió apenas la puerta para que Timothy pudiese ver a lo que se enfrentaría, y, a pesar de haber pasado por cientos de acusaciones, esta vez se sintió más inquieto que de costumbre.

—Todos me quieren ver colgado de un árbol —le dijo Timothy al tiempo que escuchaba el pandemónium de la gente.

—Y yo te quiero ver caminando con la frente en alto, como un hombre libre —lo consoló Cohen con un leve apretón en el cuello—. Esto no es el juicio. Es solo una vista preliminar en la que te van a acusar formalmente. Cuando ingreses a la sala quiero que muestres una cara amable, nada de sonrisas. Si alguien del público te insulta, ignóralo, no lo confrontes, ni siquiera quiero que le devuelvas la mirada…

—Estoy asustado, ¿sabe? —le confesó.

—No es para menos, yo también lo estoy, pero vamos a enfrentar esto juntos. Vas a estar a mi lado todo el tiempo y no voy a permitir que nada malo te pase.

—¿Me van a quitar los grilletes? —preguntó el muchacho.

—No —contestó Cohen sin diplomacia—. Por lo general, no los deben llevar en la sala de juicios, pero el Estado solicitó mantenerlos y el juez ha accedido… para ellos sigues siendo un hombre peligroso. —De inmediato recordó el incidente, el cabezazo justo entre las cejas y palpó con sus dedos la pequeña herida que aún se le marcaba—. Recuerda lo que te he dicho, no puedes abrir la boca. Yo voy a contestar todas las preguntas que haga el juez y, por el amor de D-os, controla ese carácter… Si pierdes la cordura una sola vez, estamos acabados.

Daniel Cohen dejó el pequeño cuarto, tomó su maletín de cuero que ahora sí estaba repleto de apuntes, jurisprudencia y citas de casos anteriores parecidos al que estaba a punto de defender, e ingresó por la misma puerta por la que pronto harían pasar a su cliente. Como si fuese un actor consagrado de Broadway, logró ignorar el maremágnum, los gritos, algunas ofensas, y se sentó en la mesa del acusado. Tan solo tuvieron que pasar unos instantes para que Clarence Foster —el fiscal del Estado— lo interrumpiese.

—Pensé que nunca más volvería a verte —le dijo, extendiéndole su mano derecha para saludarlo—. ¿Cómo hiciste para que alguien te contratara después de lo que le hiciste al hijo del exgobernador?

—¿Y cómo sigue usted manteniendo un trabajo público siendo tan incompetente? —le contestó Cohen algo sorprendido y sin devolverle el saludo.

—He escuchado que sigues bebiendo como un desquiciado… Esta vez no se te ocurra rechazarme una propuesta de arreglo —reaccionó con una carcajada—. Se me olvidaba... Ahora solo podrás escoger entre la silla eléctrica o la inyección letal.

—Ande con cuidado, Foster, que no suelo cometer el mismo error dos veces —le advirtió, sin siquiera devolverle la mirada

Durante días se mencionó a los fiscales más reconocidos que podrían llevar el caso y en la lista nunca apareció el nombre de Clarence Foster, un don nadie que recién iniciaba su carrera judicial.

«Son unos bastardos», pensó Cohen, mientras su colega regresaba a su asiento. En un movimiento atrevido y buscando tan solo intimidarlo con su propio pasado, el fiscal general se inclinó por asignar al mismo fiscal que llevó a Cohen a la ruina. Como si estuviese reviviendo aquel momento, recordó de nuevo cómo Foster le ofrecía los tres años de cárcel con ejecución de la pena y se lamentó por el desliz, por esa fracción de segundo en la que se sintió invencible y por no haberla aceptado. Luego percibió la cara del exgobernador que le advertía, con un séquito de abogados: «Te garantizo que nunca más en la vida volverás a practicar leyes en este Estado, maldito estafador... Si mi hijo pasa un solo día tras las rejas te mando a matar...». Para cuando Cohen se recuperó de aquel amargo pasaje, volteó su mirada, miró amenazante a Foster y le sonrió. «Para intimidarme escogieron a un novato… Esta vez no voy a dejar pasar la más mínima oportunidad», se dijo a sí mismo, ya más sosegado.

En el momento en que Timothy McLaren ingresó a la sala de juicios, una docena de espectadores le gritaron en forma desaforada, los *flashes* de las cámaras le quitaron por unos segundos la vista y no pudo percatarse del tomate podrido que le lanzaron y lo impactó directo en el rostro. De inmediato un grupo de policías se les abalanzó a los agresores, que seguían deseándole la muerte a punta de gritos, y, en medio del desorden que se vivía en ese manicomio, los retiraron a punta de bastonazos, tratando con ello de controlar los ánimos exasperados de los que lograron conseguir un asiento. Cohen reaccionó de inmediato y trató de proteger con su cuerpo a Timothy, que sentía el ácido de la fruta quemarle la retina de su ojo.

—¿Estás bien, hijo? —le preguntó, limpiándole con un pañuelo la cara.

—No —le contestó mientras que con su otro ojo trataba de ubicar a Andrea entre la multitud—. Quiero salir de esto lo antes posible, ¿sabe?

La conmoción se mantuvo por un par de minutos y no cesó hasta que el alguacil hizo el llamado del día:

—Todos de pie… —gritó—. La Corte Criminal del Municipio de Orleans ha iniciado la sesión, el honorable juez Robert Landon preside. Manténganse todos de pie hasta que el juez haga su ingreso y tome asiento.

Un silencio macabro inundó la sala y la figura de Landon cubierta con la magistral toga negra apareció a un costado del estrado. Caminó despacio hacia su mesa y sin sentarse terminó de acomodar el vaso de agua, el termo de café que siempre llevaba consigo y el mazo con el que golpeaba cada vez que tenía que llamarle la atención a alguien. Sabiendo que todos lo miraban y esperaban a que tomase posesión de su silla, Landon se colocó sus anteojos, miró con seriedad impecable a

las cámaras que lo seguían y se sentó ajustando el micrófono para que pudiese ser escuchado.

—Cite el primer caso del día —le ordenó al alguacil con esa voz grave que tanto lo distinguía.

—El Estado contra Timothy McLaren.

Landon miró entonces a los dos abogados que esperaban ansiosos el inicio del combate. Primero se centró en el fiscal Foster e hizo una mueca de desaprobación por la elección. De seguido le clavó los ojos a Cohen, se quitó las gafas como para intimidarlo, arrugó la frente y sin importarle la etiqueta le dijo:

—Veo que ya cumplió la suspensión que se le impuso.

—Llevo varias semanas apareciendo todos los días en la televisión, señor juez —le dijo, valiente—, y pensé que ya había notado mi regreso, pero si lo tiene a bien tengo conmigo la carta de reinstauración emitida por la Corte Suprema de Luisiana…

—No hace falta —lo interrumpió, recordando lo ágil que era el hombre con sus palabras—. Señor fiscal, ¿está listo para proceder?

—Sí, su señoría —dijo Foster con voz tímida—, el Estado acusa al imputado Timothy McLaren de doble homicidio premeditado en contra de las víctimas Ray Harvey y Alyssa Jones —el llanto incesante de su madre se empezó a escuchar en la sala—, quien, a saber, el 23 de enero de 2007, al ser aproximadamente las dos de la madrugada, cometió en este condado y en esta ciudad, con la intención específica de matar o de ocasionar un gran daño corporal, el asesinato por estrangulación del señor Ray Harvey y una hora después, también con la intención específica de matar o de ocasionar un gran daño corporal, el asesinato por medio de arma de fuego de la señorita Alyssa Jones… —Esta vez la madre se desvaneció.

—Atiendan a la señora —ordenó Landon, al tiempo que las cámaras captaban la desgarradora imagen—. Continúe, por favor…

—Por la naturaleza y la violencia de ambos crímenes, le solicitamos sea denegada cualquier solicitud de libertad condicional bajo fianza y se mantenga al imputado en prisión hasta que finalice el juicio.

—¿Cómo se declara su cliente? —le preguntó Landon a Cohen.

—Su señoría, si me lo permite y antes de contestar, me gustaría que la fiscalía aclare en qué grado de homicidio está acusando a mi…

—Señor Cohen —le interrumpió Landon—, es más que conocido que bajo las leyes de Luisiana el asesinato de más de una persona con premeditación e intención enmarca dentro del homicidio de primer grado…

—Pensé que la acusación le correspondía a la fiscalía, su señoría —lo desafió.

Robert Landon no perdía con facilidad el control y era conocido

como uno de los jueces más respetables e inquebrantables de toda la ciudad. Sin embargo, ese día dejaría de lado su amabilidad y a punta de mazazos abruptos perdió la paciencia.

—Se lo advierto, Cohen —gritó, exasperado—, no voy a permitir que ponga palabras en mi boca y mucho menos que venga a hacer mofa de un asunto tan serio como este. Es claro que la acusación le corresponde a la fiscalía, pero no se le olvide, señor, que yo soy el que controlo la discusión entre las partes. ¿Estamos?

—No fue mi intención alterarlo, su señoría —le dijo con un tono sutil de voz—, pero la vida de mi cliente depende de la exactitud con la que se plantee esta acusación y estoy en mi derecho de saber si estamos hablando de un homicidio de primero, segundo o tercer grado… Es más, exijo saber si la calificación es para uno o para los dos asesinatos, si la fiscalía considera que los dos asesinatos forman parte de un mismo acto y si el motivo de los dos asesinatos fue el mismo. —Cohen abrió su maletín y sacó los documentos con los que defendería su posición, tomó un poco de agua y continuó—: No cuestiono su autoridad para moderar este debate, pero bajo ninguna circunstancia voy a dejar de plantear todas las defensas que le asisten a mi cliente, y si eso le incomoda a usted, a la fiscalía o las personas que le lanzaron tomates al imputado, puede sancionarme por desacato a la autoridad… Prefiero pasar una noche en las celdas antes de ser partícipe de una defensa mediocre que lleve al señor McLaren a una sentencia de muerte... Ahora, si me lo permite, con el mayor respeto le solicito que le pida a la fiscalía una aclaración…

Cohen no tuvo que terminar su objeción para que Landon reconociera que la acusación tenía vicios y que él trataba equivocado de corregir a un fiscal que no hacía bien su trabajo. Se colocó las gafas de nuevo, tomó un sorbo de café, guardó unos segundos de silencio y, más calmado, ordenó:

—Señor Foster, ¿podría aclararle a este tribunal y a la defensa si la acusación contra el señor McLaren es por homicidio en primero, segundo o tercer grado, y si aplica el mismo grado de homicidio para ambos asesinatos?

«¡Mierda!», pensó el teniente Turner, «este abogado va a complicar el caso».

—A Timothy McLaren se le acusa de homicidio en primer grado por los dos asesinatos —contestó algo avergonzado el fiscal.

—De acuerdo con la fiscalía, ¿los dos homicidios forman parte de un mismo acto o están siendo valorados como dos hechos separados? —prosiguió Landon.

—Los dos homicidios forman parte del mismo hecho —contestó Foster sin pensarlo dos veces.

—¿Cuál es la posición de la fiscalía en cuanto a los motivos?

—Su señoría —respondió Foster, sintiéndose ahora un poco más seguro—, bajo las leyes de Luisiana, en los casos de homicidio de primer grado el estado no está en la obligación de probar que el acusado tuvo causa o razón para cometer el asesinato, solo requiere probar que tuvo la intención específica de hacerlo.

—La posición de la fiscalía es correcta en cuanto al motivo —dijo Landon con cierto alivio frente al hecho de que Foster citaba al menos un argumento sólido—. Ahora sí, Cohen, habiendo aclarado sus dudas, ¿cómo se declara su cliente?

—Su señoría —dijo, dando un par de pasos al frente—. No existe posibilidad alguna de que mi cliente reciba un juicio justo en esta ciudad, y previo a contestar su pregunta quiero solicitar formalmente un cambio de jurisdicción y competencia.

—Denegado —le contestó Landon, irritado por la simple sugerencia.

—No ha existido en la historia de esta ciudad un caso que haya recibido tanta publicidad como este —insistió Cohen—. ¿Recuerda usted algún caso en que el imputado haya sido recibido a tomatazos por el público? Es evidente que bajo estas circunstancias va a resultar imposible conjuntar a un jurado imparcial…

—Este caso ha causado conmoción en todo el país —lo interrumpió el juez—, y las leyes procesales del Estado le dan a su cliente suficientes herramientas para poder escoger a un jurado sin prejuicios…

—Su señoría… —dijo el abogado en un intento por reformular su posición.

—Denegado —gritó Landon, golpeando con fuerza el mazo.

—¡Protesto!

—Así se hará constar —le ordenó el juez a la reportera de la corte que transcribía en su estenógrafo cada palabra—. ¿Alguna otra moción?

—No, señor.

—Ahora, ¿me puede indicar cómo se va a declarar su cliente?

—No culpable por razones de enajenación mental —dijo sin siquiera alzar el tono de voz.

—¿Me va a decir ahora que su cliente no está en capacidad de entender los cargos que se le imputan? —le preguntó Landon a Cohen con cara de incredulidad.

—Por supuesto que entiende los cargos que se le imputan —le dijo, al tiempo que toda la sala murmuraba asombrada con la respuesta—. Mi cliente sufrió de una enajenación mental temporal el día de los hechos.

—Protesto —se exacerbó Foster, tratando de entender hacia dónde pretendía llegar Cohen con su defensa—. De las entrevistas

preliminares no existe indicio alguno…

—Su señoría —lo interrumpió Cohen, ofuscado—, la fiscalía no puede oponerse a la declaratoria de no culpabilidad que está haciendo mi cliente. Si no está de acuerdo, en el juicio tendrá todas las oportunidades del mundo para demostrar lo contrario. Tengo en mis manos la transcripción del día del arresto y mi cliente, el señor McLaren, mencionó en más de veinte ocasiones que no recordaba lo sucedido…

—No existe prueba alguna en la investigación que permita establecer algún grado de enajenación mental —logró exclamar Foster justo antes de que el juez le cerrara la boca.

—¡Ya basta! —gritó Landon—. Esta audiencia está reservada única y exclusivamente para que la fiscalía formule su acusación y la defensa responda a ella. No voy a permitir que traten de convertir esta fase del proceso en una etapa adelantada del juicio. ¿Me han entendido? Habiendo aclarado la discusión —su mirada se dirigió a Foster, que aún no creía lo sucedido y se recostaba, asombrado, sobre su silla con los brazos cruzados sobre la nuca—, la fiscalía no puede oponerse a la declaratoria de no culpabilidad de la defensa. —Sus ojos buscaron impaciente a Cohen, se puso las gafas de nuevo y le preguntó—: ¿Algo más antes de que demos por terminada la función de este circo?

—Su señoría —le dijo mientras se acercaba al estrado—, la defensa solicita ciento ochenta días para preparar el caso.

—Ni uno más de los ciento veinte días que establece la ley —ordenó Landon, ya con ganas de terminar la charada.

—Protesto.

—¿Por lo que dice la ley? —lo cuestionó Landon con una sonrisa.

—Jamás, su señoría —le dijo—. Protesto para que quede constancia de que esta corte le denegó a un imputado de doble homicidio en primer grado, con posible pena de muerte, sesenta días de más para preparar su defensa.

—Denegada.

—Estoy seguro de que a la Corte de Apelaciones le va a interesar mucho esta denegatoria…

—¿Me está amenazando, Cohen? —gritó, señalándolo con el mazo—. Se lo deniego porque ese es el plazo que concede la ley…

—Protesto de nuevo.

—Que se haga constar —ordenó, irritado—. Le advierto que está muy cerca de cruzar la raya…, abogado. No me haga declararlo en desacato a la autoridad.

Cohen regresó tranquilo a su mesa. Esta vez llevaba una sonrisa que no podía ocultar y, orgulloso de poder volver a hacer lo que tanto le apasionaba, se desvió unos cuantos pasos, se le acercó a Foster, que

se sonrojaba de la cólera, y susurrando le dijo:

—Se lo dije, colega, ande con cuidado.

—Está manipulando la evidencia —lo acusó en respuesta.

—Es posible —le contestó Cohen—, pero después del ridículo que hizo hoy, dudo mucho que sea usted el que vaya a contradecirme durante el juicio.

Para cuando Cohen logró sentarse al lado de Timothy, un extraño silencio se apoderó de la sala. Los reporteros balbuceaban palabras que no se lograban distinguir y ya no se escuchaban los insultos de aquellos que llegaron con la intención de ver un baño de sangre. Como si en sus cabezas tuviesen la misma idea y en un acto sincronizado, Madeleine Thomas tomó su celular y le escribió a Ned: «Hay que controlarlo, recuérdale su compromiso con nosotros». Dwight Turner hizo lo mismo, y le mensajeó a Steven, su asistente: «Averíguame quién putas le está pagando a este maldito abogado. No quiero excusas». Robert Landon hizo lo suyo, sin mucha diplomacia le marcó al fiscal general y sin contemplaciones le ordenó: «Cámbiame al fiscal, de inmediato».

CAPÍTULO 22

Las siguientes semanas pasaron volando, al igual que lo hacen las aves que huyen de los vientos fríos de diciembre, y Madeleine se convirtió en un ente endemoniado que trabajaba dieciocho horas sin parar. Aun en tales agotamientos, sus mañanas empezaban antes de las 4 a. m., y luego de las dos horas de ejercicio que no podía perdonar, se pasaba el resto del día revisando expedientes, haciendo cientos de llamadas, atendiendo visitas y estructurando el contenido de esa hora de televisión que a mí ya me tenía hastiada. Creo que no me alcanzarían las palabras para explicarte el odio que le llegué a tener a ese programa. *Se buscan; vivos o muertos* se terminó convirtiendo en mi peor enemigo, en una sombra que me atormentaba y que se incrustaba incómodo al lado de mis costillas. Ahí, enfrente de sus cámaras, vi como la madre de Alyssa, destrozada en cuerpo y espíritu, se derrumbaba descontrolada frente a millones de televidentes. De la misma forma, escuché a Andrea pedir mil veces perdón por un crimen en el que ella no tuvo nada que ver. Sobre sus luces artificiales, me aburrí de escuchar a una docena de *expertos* que teorizaban sobre cuál debería ser la defensa más apropiada, y a otro tanto igual que pronosticaba cómo la fiscalía destruiría sin contemplaciones al sospechoso. Era como si todos gozaran de aquel espectáculo macabro, como si sus almas se alimentaran de la maldita muerte, del golpe final, del dolor ajeno y de un juicio que les llenaba los bolsillos a todos, menos a las verdaderas víctimas. ¿Te imaginas lo que es trabajar incansable todo el día para terminar la noche hablando siempre del mismo asesinato? Es horrible, lo sé, y así no más, fui perdiendo a una Madeleine deshumanizada que con cada entrevista se iba alejando de mi corazón, y en esa decepción añoré más que nunca regresar a mis viejos capullos de algodón. No creas que callé mi boca. Tuvimos una docena de discusiones y de altercados que siempre terminaban con la misma excusa: «Lo siento, Stella, así es como me

gano la vida».

Nunca olvidaré la tarde en que ella y el teniente Turner revisaban otra vez ese perverso video de la gasolinera y lo miraban como si fuesen a encontrar algo que ya no hubiesen visto cientos de veces. Los miré desde mi silla y hasta llegué a pensar que trataban de adivinar las palabras que salían de la boca del desquiciado. Juntos observaban la cinta como si en ella fuesen a encontrar una explicación del macabro asesinato y detenían en forma antojadiza las imágenes de terror que vivió esa pobre chica antes de morir.

—Voy a ir de atrás hacia adelante. Quiero que veas esta imagen que logramos congelar justo cuando el asesino acerca su rostro a la cámara —le dijo Madeleine, extrañada—. Mírale los ojos… La resolución es bastante mala, pero ¿logras ver la diferencia?

—La verdad es que no.

—¿No ves la diferencia entre el ojo izquierdo y el derecho? —volvió a preguntar ella, extrañada.

—Bueno —contestó Turner, acercando su mirada a la pantalla—, es claro que la cámara solo logró enfocar el ojo izquierdo y el derecho se ve algo blanco, borroso.

—Correcto.

—¿Correcto qué? —preguntó él—. Debe ser una sombra del propio video o un efecto provocado por la mala definición.

—Eso es algo que no hemos logrado determinar —le dijo Madeleine—. Los resultados han sido inconclusos y nuestro analista de imágenes tiene la duda… Le preocupa que la defensa lo utilice en el juicio.

—No veo la relevancia —dijo de seguido—. Si tu experto no logra determinar la causa, ellos tampoco podrán demostrar lo contrario.

—Solo avísale a la fiscalía para que no los tome por sorpresa —concluyó ella—. No quiero que terminen alegando que los ojos de la imagen no concuerdan con los del sospechoso.

—Listo.

—Mira esta otra parte —le dijo Madeleine, que ahora detenía la imagen justo en un recuadro en que Alyssa cerraba sus ojos—. El asesino está desnudo frente a ella, ¿lo ves?

—Sí —le contestó Turner.

—¿Le hicieron exámenes físicos? —le preguntó Madeleine mientras dejaba congelada la imagen del asesino al desnudo.

—Poco más de cinco centímetros —le contestó Turner—. Ambos tienen un miembro de poco más de cinco centímetros.

—¿Y quién va a realizar la comparación en el juicio?

—Pensamos en el doctor Rogers —suspiró mientras escribía unas notas en su pequeña libreta—. Es el jefe de patología de la Octava…

—No puede ser el patólogo —lo interrumpió Madeleine—. No

estás comparando cadáveres… Te recomiendo usar a un perito médico o a un psiquiatra.

—¿Tienes a alguien?

—Eric, mi asistente, te va a dar el dato del experto que usamos en el caso de las niñas Berman… Es fabuloso —le dijo mientras adelantaba de nuevo la casetera—. Mira esto —le advirtió ella—. Voy a ponerlo en cámara lenta. Si te fijas, la chica está haciendo lo imposible por evitarlo… De hecho, aún no le ha visto… Tiene los ojos cerrados y la cara torcida hacia el otro lado. ¿Lo puedes apreciar?

—No entiendo a dónde quieres llegar con esto —le confesó Turner.

—Creo haber descubierto el motivo —le dijo, entusiasmada—. Observa lo que sigue… —El video rodó de nuevo—. Él le toma la cara, se la voltea a la fuerza y le dice unas palabras. Ella se sigue resistiendo, trata por varios segundos de no verlo… Ahora mira como le abre los párpados con los dedos y le baja la cabeza a la fuerza para que lo mire desnudo. ¿Lo notaste?

—¿Puedes volver a pasar las imágenes? —le preguntó, algo intrigado.

—Por supuesto —contestó ella, retrocediendo la cinta unos cuantos segundos.

Es triste reconocerlo, pero ahora que revivo en mi cabeza ese momento, debo reconocer que para esas alturas ya el video no me causaba ninguna impresión. Lo vi tantas veces y de tantos ángulos diferentes, que ya no se trataba de la horrorosa muerte de esa jovencita que durante tantas noches se coló en mis sueños. Al igual que los de ellos, mis ojos también terminaron deshumanizados.

—Comprendo lo que dices —le indicó Turner—, pero no veo el motivo en la imagen, y en los homicidios de primer grado el motivo pierde toda importancia…

—Para cuando Alyssa lo observa, él ya lleva varios segundos desnudo —lo interrumpió—. ¿Puedes ver cómo le cambia el semblante al asesino después de que ella lo mira?

—Sí, lo noto —le contestó Turner que seguía escribiendo en su libreta.

—El asesino tiene un serio complejo con su tamaño, es obvio… —le reveló Madeleine—. Hemos verificado esta teoría con los psiquiatras del programa y todos concuerdan en lo mismo. Él la mata a sangre fría luego de que ella lo ve desnudo. ¿Sabes por qué lo hace?

—Se siente avergonzado.

—¡Exacto! —le dijo ella, eufórica con el hallazgo—. Eso explica también la violación después de haberla matado… Él piensa que las mujeres lo ven con burla y que no puede satisfacerlas en vida, entonces, ¿qué hace? Las obliga a que lo vean, avergonzado las mata y

luego abusa de ellas pensando que es todo un casanova.

—Genial —le confesó Turner.

«Genial», pensé para mis adentros. «¿Cómo puede ser eso genial?». En ese momento supe que no podía seguir participando de tanto análisis y en un arrebato de orgullo me levanté de mi silla, caminé unos cuantos pasos hacia ellos y les dije lo que ya no podía ocultar más.

—¡Basta! —grité, histérica—. No soporto un minuto más de esto… Quiero regresar a casa.

—Ahora no tengo tiempo para esto, Stella —me contestó, ignorándome por completo y siguiendo su tertulia con el teniente Turner—. Debes decirle al fiscal que aborde el tema de su complejo sexual en todo momento. Estamos casi seguros de que si lo confrontan terminará explotando enfrente del jurado.

—Perfecto —le dijo él, que también desoyó mis palabras.

—Te acabo de decir que quiero regresar a casa —le recordé, furiosa.

—Y yo te acabo de decir que no tengo tiempo para estas tonterías tuyas —me contestó, fresca—. En media hora tengo que salir al canal…

No le di la oportunidad de terminar y, sin pensarlo dos veces, le vociferé como nunca antes lo hice.

—¡No puedo creer que me estés gritando de esta forma! —exclamó, sorprendida con el tono de mi voz.

—¿No puedes creerlo? —le contesté, desilusionada—. Yo soy la que no puede creer en la clase de ser humano que te has convertido, y, aunque sé que así es como te ganas la vida, no me interesa pasar un minuto más al lado de una persona que ya no reconozco. Necesito que lleves a esta tonta a su casa, por favor…

—Stella —me interrumpió aún enfurecida por la reprimenda—. No entiendes…

—¡No quiero entender! —exclamé con lágrimas en mis ojos—. De hecho, no quiero verte hasta que hayas terminado con toda esta basura. O me llevas o tomo un taxi —demandé.

—Yo la llevo —intervino Turner, sintiendo que aquello se iba a poner peor aún.

Hay quienes dicen que cuando uno envejece va perdiendo de a poco la paciencia y la dulzura. No sé si eso será cierto, pero para serte sincera en ese instante tomé la decisión de no dejarme alcahuetear un segundo más. Tenía más de cuarenta años de cuidar a los Thomas como si de verdad fuesen míos y por más que los protegía siempre terminaba recibiendo un desaire, una desatención o una falta de respeto. Ese iba a ser el último día en que permitiría que abusaran de mí (al menos eso fue lo que pensé). Fue así como recogí mis cosas, las

eché en la primera maleta que me encontré y sin siquiera mirarlos, salí por esa puerta que debí haber cruzado hacía ya mucho tiempo.

—¿Te vas a ir así sin más? —me dijo Madeleine justo antes de salir.

Sin inmutarme y dándole la espalda, levanté mi mano derecha y le dije:

—Te amo con todo mi corazón, pero no puedo compartir lo que estás haciendo con tu vida. Cuando termines con esta locura, vuelve a casa, y quizás algún día podremos recuperar lo que alguna vez fuimos.

—¡Stella! —gritó ella.

—Déjame ir —le contesté firme y sin siquiera pestañear—. ¿No te das cuenta de que me estás matando de a poco?

Es posible que lo que hice de seguido no fue más que un acto de venganza. Fue algo así como si una parte de mi mente quisiera humillarla y desordenarle la tranquilidad y el temple que siempre mostraba. Entonces me arrodillé, asegurando que le seguía dando la espalda. Levanté mis brazos, miré hacia el cielo y con mis manos abiertas como pidiendo un ruego dije esas palabras que sabía le maltratarían el espíritu:

—El Señor es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo…

—¡Lárgate! —vociferó Madeleine, furiosa—. No tienes derecho a burlarte de mi pasado…

—Y tú no eres D-os para decidir quién vive y quién muere —logré decirle antes de que el teniente Turner me diese un pequeño empujón y cerrase la pequeña puerta.

CAPÍTULO 23

Aún no lo sabía, pero ese iba a terminar siendo el segundo día más desastroso de toda mi vida. Me subí en la parte trasera del auto policial del teniente Turner y con el pecho erguido, como si hubiese hecho algo honorable, lo traté como si solo fuese mi chofer designado. Las dos o tres ocasiones en las que intentó hacerme conversación, lo ignoré como si él también fuese un engreído. ¿Sabes una cosa? Nunca debí menospreciarlo como lo hice esa tarde; el hombre solo hacía su trabajo y, a diferencia de Madeleine, él no tejía telarañas esperando a que la presa cayese con engaños para ser aniquilada.

El viaje a casa tardó poco más de dos horas y para cuando logramos cruzar los gigantescos portones de acero, el sol ya se escondía y le daba paso a algunas estrellas que se asomaban con timidez anunciando la noche. En ese momento bajé la ventana y dejé que ese aire con olor a tierra fértil me alegrara un poco el corazón. Es bello regresar a casa cuando la extrañas, y más aún cuando buscas en ella un refugio temporal a los padecimientos del alma. Saqué mi enorme cabeza y, como si fuese un perro, dejé que el viento me acariciase el rostro. Te juro que lo único que me faltó fue abrir mi boca y sacar la lengua. Fue un instante maravilloso.

—No conozco la plantación —me advirtió el teniente, que detenía el vehículo esperando a que yo le indicara el camino a tomar.

—Debe doblar hacia la izquierda —le dije, esperanzada de poder detenerme por unos minutos en la casa de mi hija.

¿Alguna vez has tomado una hermosa manzana roja, de esas que brillan con la simple luz, y la saboreas en tu mente para luego darte cuenta, con el primer mordisco, de que está podrida por dentro? Eso fue lo que sentí en el momento en que abrí su puerta. La casa estaba desordenada a más no poder y el polvo ya empezaba a acumularse en todos sus rincones. Un desagradable olor cubría el ambiente y tan solo tuve que abrir el viejo refrigerador para entender de dónde provenía.

Un par de botellones de leche vieja se fermentaron al punto de que aquello parecía más a un queso lleno de círculos de moho negros y verdes. Dentro del basurero, unas gigantescas moscas se llenaban el buche con las sobras descompuestas de un almuerzo a medio terminar. Nunca he tratado de tapar el sol con un dedo y a estas alturas de mi vida ya reconocía que siempre fui una gran ingenua cuando se trataba de descifrar la maldad de las personas. Ese día, al igual que lo hice durante toda una vida, volví a dejar pasar de lado lo obvio, y pensé que, como en tantas otras ocasiones, Natalie se había ido una vez más de parranda y que en unos pocos días regresaría a casa apestando a licor y sexo. Fui tan estúpida, que inclusive me detuve unos minutos para ordenar el desbarajuste, deshacerme de la podredumbre y abrir las ventanas para que el aire fresco se llevara la hediondez. Para cuando el auto se detuvo frente a la mansión del señor Thomas, salí corriendo con ganas de ir a abrazarlo, y, aunque sabía que ni siquiera notaría mi presencia, subí las escaleras como el soldado que regresa a casa después de una larga guerra.

—¿Dónde diablos te metiste? —me preguntó Tyrone, mi hermano, al tiempo que terminaba de cambiarle los pañales.

—He estado con Madeleine —contesté, inocente, mientras que el teniente Turner esperaba con mi maleta a un costado de la habitación.

—¿Ya sabes lo de Natalie?

En ese momento sentí como si me hubiese tragado una semilla de aguacate que se atoraba en medio de la garganta y, a pesar de que sabía que algo malo vendría, jamás me imaginé la dimensión de lo que escucharía.

—No, no lo sé —le dije, temblorosa.

—Mejor siéntate…

—¡No me voy a sentar una mierda! —grité, exasperada—. Dime qué fue lo que pasó.

—Lleva varias semanas viviendo con Charles.

—¿Cómo que está viviendo con Charles? —pregunté, incrédula, mientras el corazón me latía con tanta fuerza que llegué a pensar que se me saldría del pecho.

—Dicen los muchachos que se juntaron de nuevo…

—¿De nuevo? —lo interrumpí molesta por el chisme—, ¡ellos nunca han estado juntos!

—Qué quieres que te diga Stella —me dijo un tanto apenado—, eso es lo que dicen todos en la plantación.

En ese preciso instante entendí que algo no estaba bien. «¿Qué demonios sucede?», me pregunté silenciosa. Con los nervios de punta y un paso que se me dificultaba, me acerqué al señor Thomas que con su mirada perdida se mecía en su vieja silla. Le di un suave beso en la frente y me despedí con el presentimiento de que algo horrible iba a

suceder.

—Deja esa maleta en el suelo y llévame a la casa de Charles —le ordené al teniente Turner, que permanecía estático sin entender lo que pasaba.

Para cuando el Ford Crown Victoria del teniente Turner empezó a subir el sendero de grava hacia a la casa de ese muchacho rebelde que lo único que sabía hacer era destrozarme la existencia una y otra vez, pude ver los gigantescos pilares griegos blancos, el techo a cuatro aguas, la fachada de siempre, los ventanales simétricamente espaciados, el porche cubierto, los enormes balcones y esos hermosos frisos que debieron tomar años en elaborarlos. «Así debe verse el mismo infierno», pensé mientras Turner aparcaba justo detrás de la camioneta último modelo que Charles conducía.

—¿Quiere que la acompañe? —me preguntó con su dulce voz, sabiendo que estaba viviendo una pesadilla.

—Por favor —le dije casi como un ruego.

La puerta principal no tenía el cerrojo y la abrí dispuesta a saber de una vez por todas qué era lo que estaban tramando. Caminé despacio por la entrada central, crucé con mil dudas el salón de bailes que ya nunca se usaba y subí la gran escalera que me llevaría a las habitaciones. Solo vi un par de luces encendidas, pero iluminaban lo suficiente como para reconocer todo en su interior. No tuve que husmear mucho para darme cuenta en cuál de todas las habitaciones se refugiaban. El gemido indecente de Natalie me llevó directo a la guarida y pude ver con mis ojos cómo ese par de infelices se revolcaban desnudos en una orgía desvergonzada. No fue fácil ver a mi hija en tales estados de excitación, con sus tetas al aire y su cuerpo cubierto de ese sudor particular que les brota a todos los degenerados.

—¡¿Qué demonios pasa?! —grité, desesperada y con un cosquilleo extraño que me nacía justo al costado izquierdo de mi hombro.

Ni siquiera tuvieron la cortesía de cubrir sus carnes y, como si hubiesen esperado toda una vida para que los agarrara otra vez en semejantes poses, Charles saltó de la cama con aquello erecto a más no poder. Sin ningún pudor, me echó esa sonrisa malévola de siempre y me amenazó:

—A ver, Stella, quiero ver si te atreves a reventarme la espalda otra vez… ¿Lo recuerdas?

—Cúbrete, desgraciado —lo interrumpió Turner, que de inmediato entendió mi humillación—. El que te va a reventar la cara soy yo…

No pude terminar de escuchar las últimas palabras y sin tener control alguno sobre mi cuerpo caí con todo mi peso sobre el suelo. De inmediato sentí un horrible dolor en mi pecho, unas náuseas que me quemaban el esófago y una falta de aire que me hizo recordar a los peces recién capturados que brincoteaban desesperados tratando de

robarle unos segundos más a la vida. Perdí por completo la noción del tiempo y del espacio, y mi vista se perdió en un oscuro túnel en el que solo podía distinguir figuras geométricas que cambiaban como si fuese un caleidoscopio. Para cuando recuperé la mirada, el teniente Turner me daba respiración boca a boca y con sus dos manos entrecruzadas masajeaba rítmicamente mi corazón. El brazo izquierdo se me inundó con un millón de alfileres que me desgarraban de dolor la piel y una parte del cuello, la mandíbula y la espalda se adormecieron, haciéndome sentir como si me hubiesen clavado un cuchillo de cocina justo donde comienza el hombro. Luego vinieron los mareos, los cambios en las palpitaciones de mi corazón, que ahora bombeaba la sangre en forma descontrolada, y un súbito sudor frío que me hizo recordar la niñez y los inviernos en los que no alcanzaba el dinero para comprar un buen abrigo. De seguido vi imágenes aleatorias que apenas recuerdo: la cara de mi hija que lloraba desesperada, los paramédicos que me subían a la ambulancia, el oxígeno, las sirenas… Pensé que moría, me alejé de todo y me perdí en una extraña oscuridad que me hizo perder al fin la conciencia.

CAPÍTULO 24

Madeleine recién terminaba el segundo segmento del programa cuando recibió el mensaje de texto: «Turner: Stella sufrió un infarto, estoy en el Hospital Ochsner, cuidados intensivos…, está muy delicada. Llámame en cuanto puedas». Su cara palideció y recordó el pleito, sus últimas palabras y la ofensa que dejó la relación de toda una vida al borde del abismo.

—Eric —clamó desesperada, mientras que las pantallas mostraban una pauta publicitaria—. No puedo continuar… Necesito que retomes lo que resta del programa —alcanzó a decir al tiempo que se arrancaba de encima el sistema de audio y corría hacia uno de los autos.

Para cuando llegó al hospital ya Turner le había contado lo sucedido y entró convencida de que repartiría justicia a punta de puñetazos. El reloj ya marcaba las diez de la noche y en la sala de espera Charles y Natalie se sentaban, algo distanciados, entrelazando sus manos como dos viejos enamorados. Natalie no dejaba de sollozar y Charles se mostraba impávido.

—¿Qué le han hecho? —les vociferó Madeleine, que se acercaba hacia ellos para confrontarlos, y los hubiera agarrado a trompadas si Turner no hubiese intervenido.

—¿Nosotros? —preguntó Charles con cara de santurrón—. La pregunta aquí es otra… ¿Qué fue lo que tú le hiciste para que regresara huyendo?

En medio de aquel remordimiento de conciencia, Madeleine frenó el ataque. Dio dos pasos hacia atrás, cerró sus ojos y sintió sobre sus hombros el peso agobiante de la culpabilidad.

—Sí, Charles —le reconoció sin titubear—, tuvimos une pequeña discusión hoy en la tarde y me voy a arrepentir el resto de mi vida por ello, pero no fue a mí a la que agarraron con el culo pelado fornicando con su única hija —le lanzó una mirada asesina a Natalie, que no se

atrevía a levantar la frente—. Te lo juro por la memoria de mamá que si Stella no sale viva de estas, les voy terminar de arruinar la vida a ambos.

Esta vez fue Natalie la que se envalentonó.

—¿Arruinarme la vida? —le preguntó, sorprendida—. Me la arruinaste desde el día en que naciste. —Ahora fue Charles el que tuvo que detenerla—. Nunca en mi vida me trató como si fuera su hija, ¿acaso puedes entender lo que eso significa? Siempre estuviste delante de mí, siempre fuiste la primera, su prioridad, su desvelo y, mientras cuidaba cada uno de tus pasos, a mí me hizo a un lado… Así que no se te ocurra venir a sermonearme o hacerme sentir mal por estar con el hombre que siempre he amado…

Justo cuando ambas estaban cerca de soltar el primer golpe, el doctor que recibió a Stella en la sala de emergencias interrumpió el altercado.

—¿Quién es el pariente más cercano de la señora? —preguntó.

Las dos contestaron como si solo existiera una de ellas.

—¿A cuántas personas con la piel oscura ve usted? —le contestó Natalie, dando un paso al frente—. Yo soy su única hija.

Madeleine se quedó perpleja e inmóvil.

—Su madre sufrió un paro cardiorrespiratorio —dijo sin mayor protocolo—. En estos momentos está en cuidados intensivos y sospechamos que hay una leve encefalopatía anoxo-isquémica.

—¿Una qué? —preguntó Madeleine, intrigada.

—Es posible que haya sufrido una reducción global del flujo sanguíneo cerebral —explicó—, y ha entrado en coma. En estos momentos la estamos tratando con anticoagulantes y antiagregantes plaquetarios por vía intravenosa; en unas horas haremos las resonancias magnéticas para ver si hubo daño cerebral.

—¿Se va a salvar? —preguntó Charles como si de verdad le importase.

—La señora está entre la vida y la muerte… En estos casos cualquier cosa puede pasar —avisó, sabiendo que no dependía de él que sobreviviera—. Ya hicimos todo lo que la medicina nos permite para estabilizarla y ahora depende de la evolución que ella tenga. —Esta vez las dos se soltaron a llorar—. Les recomiendo que se vayan a casa, no vamos a permitir visitas en los próximos días. Mientras no se recupere del cuadro comatoso, no hay nada que ustedes puedan hacer desde aquí. Ella está en buenas manos, y pueden llamarnos cuando quieran para verificar su estado de salud.

—¿Cuál es el pronóstico si logra sobrevivir? —preguntó Natalie, desestabilizada.

—Es muy temprano para decir —le advirtió el doctor—. La señora tiene más de setenta años, carga con una diabetes severa y eso

complica cualquier prognosis. Puede haber lesiones cerebrales permanentes y debemos revisar las arterias para ver si procede una angioplastia o un baipás coronario, pero dudamos de que tenga la fuerza para soportar la operación. —Por primera vez en muchos años Madeleine y Natalie juntaron sus manos—. Esperemos que pasen las horas y en cuanto tengamos un panorama más claro, nos podemos sentar a discutir las alternativas…

—Vámonos a casa, Natalie —le demandó Charles, al tiempo que ella recordaba de nuevo su rencor, la niñez que le fue robada, los años de soledad y, sin pensarlo, se soltó de Madeleine.

—Gracias, doctor —alcanzó a decir ella al tiempo que Charles la llevaba hacia afuera.

Madeleine los vio macharse y en cuanto los perdió de vista se desplomó sobre una de las sillas en un lamento desesperado. El teniente Turner se sentó a su lado, le tomó la mano derecha y ella recostó con suavidad la cabeza sobre su hombro.

—Me siento culpable —le confesó ella.

—No es culpa tuya —le dijo de inmediato—. Tu hermano se portó como un patán delante de ella… Se le mostró desnudo, excitado, sudoroso… Creo que pocas madres hubieran podido soportar tanta humillación.

—¿Sabes que estuve dos veces al borde de la muerte en un hospital parecido a este? —le confesó así sin más mientras se restregaba sus ojos llorosos.

—Creo que ninguno de los dos sabe muchas cosas del otro —le dijo él, reconociendo que de lo único que hablaron durante semanas fue del asesinato.

—Necesito un trago —admitió ella, exhausta—, ¿me acompañas?

—Por supuesto.

Para cuando pudieron retomar la conversación, los dos se encontraban sentados frente a la gran chimenea en la casa de su padre. Había pasado muchos años en desuso, pero esa noche los leños ardían de nuevo, calentando sus cuerpos en una noche que se tornó bastante fría y emotiva. Madeleine se cubría con una franela que Stella le tejió a mano mientras estuvo embarazada y saboreaba un *whisky* escocés que le iba relajando la angustia que sentía. Dwight Turner bebía lo mismo y con el atizador de hierro trataba de apaciguar el fuego que salía de las brasas.

—¿De verdad estuviste a punto de morir? —le preguntó Turner, tratando de revivir la conversación del hospital.

—Sí —le dijo Madeleine, bebiéndose de golpe el trago—. No es una historia bonita —le advirtió.

—Yo también tengo una historia oscura —le reveló, extrañado de querer compartir con alguien su pasado.

—Fui violada a los catorce años… —le contó, dejándolo boquiabierto.

Fue entonces cuando ella evocó el relato de su corazón roto y, como si estuviese frente al psicólogo que la escuchó durante años, le contó a Dwight su historia. Le describió su amor por los blancos capullos de algodón, el día en que salió a perseguirlos mientras revoloteaban en el viento, el calor infernal de aquella tarde y de cómo se dejó caer sobre aquellas montañas llenas de suavidad para recuperar el aliento. Con lágrimas en sus ojos, le confesó el terror que sintió en el momento en que le taparon la boca y el dolor que le causó esa mano áspera que la manoseó en lugares que ella aún ni siquiera conocía. Revivió la penetración, los músculos destrozados, los desgarres y la sangre que manchaba lo que hasta ese día fue su inocencia intacta. No le fue fácil decir lo que guardaba en su alma y, antes de poder continuar, tuvo que rellenar un par de veces su bebida. Luego le narró la sorpresa del embarazo, la decisión de su padre, la conspiración del arzobispo y de cómo tuvo que llevar a ese bastardo en su vientre para que por un milagro del destino naciese muerto. Una sonrisa de alegría se le escapó cuando recordó que no sobrevivió y otra lágrima le bajó por su mejilla cuando revivió la bofetada de su padre y la tarde en que se dirigieron la palabra por una última vez.

—Mi esposa asfixió a nuestro único hijo y luego se quitó la vida —le compartió él de golpe al ver que ella le mostraba por completo su alma—. Tan solo cumplía su primer año

Madeleine enmudeció y visualizó las dos caras del sufrimiento. Durante años pensó que su tormento fue lo peor que le podía suceder a un ser humano, y ahora que lo comparaba al dolor que llevaba Turner en su corazón, comprendió que el de ella era tan ligero como una pluma al viento. Entonces lo escuchó a él sin poder contener el llanto de sus ojos. Como si fuese ella la que lo sostenía en los regazos, divisó en su mente el cuerpecito azulado del hijo muerto y los respiros agonizantes de aquella esposa que no encontró en esta vida una gota de esperanza para seguir luchando. Percibió en su boca el amargo sabor de las pastillas que le quitaron la vida y, al igual que él, trató de revivir al niño con su pensamiento. Con sus propias manos le limpió las lágrimas que se desprendían de sus ojos mortificados y con cada palabra sintió en su propia piel las grietas de su corazón. Sin saber por qué y cómo, suspiró profundo, se acercó a su rostro entristecido y lo besó con suavidad en los labios, dejándolo con la palabra a medio terminar.

—No he estado con ninguna mujer desde ese día —le confesó mientras saboreaba el dulce sabor de su boca.

—Ahí me llevas ventaja —le dijo ella con una tímida sonrisa—. Yo nunca he estado con un hombre, bueno, a excepción del infeliz que

me violó…

—Ese no cuenta —la interrumpió él con otro tímido beso, que fue de inmediato correspondido.

Como si una fuerza extraña le hubiese arrebatado todos sus complejos, Madeleine envolvió a Turner con su vieja franela y dejó que sus suaves tejidos los acercasen el uno al otro. El par de besos tímidos se convirtieron en una cascada de caricias, de toqueteos amedrentados e inexpertos, pero llenos de una pasión inexplicable. Ella cerraba los ojos haciendo un intento por olvidar la piel áspera de aquel hombre que le destruyó la infancia y él temblaba pensando que no podía amar sin ser lastimado de nuevo. Ambos vivieron una lucha con sus terribles pasados y entre los recuerdos más endemoniados de sus conciencias, se fueron desprendiendo de sus propios prejuicios y de las ropas que los cubrían. En la perfección de sus cuerpos desnudos lograron encontrar un refugio a sus aterradoras historias y con el tacto exquisito de sus manos se reencontraron con el amor que creyeron haber perdido en alguna de las intersecciones de sus complicadas vidas. Para cuando pudieron entregarse por completo, el uno con el otro, sin ningún remordimiento, los primeros rayos de un nuevo día les iluminó la mirada y juntos supieron que la vida les daba a ambos una segunda oportunidad.

—Stella debe estar con una enorme sonrisa en su boca —le dijo Madeleine, que, cariñosa, le acariciaba el pecho.

—¿Y eso? —preguntó Turner, embriagado de alegría.

—Desde que era niña siempre me decía que cuando la muerte rozaba sus pasos, se alejaba dejándole una estela de vida… Un hálito de esperanza —recordó, intrigada—. Es mágico, ¿no lo crees?

—Sin lugar a duda —le contestó él.

Sus labios se reencontraron, luego la piel, el fuego de sus cuerpos y en una explosión de pasión, se amaron de nuevo, sabiendo que con la primera vez no había sido suficiente.

CAPÍTULO 25

A pesar de que la corte citó a las partes para las nueve de la mañana, la noche anterior Daniel Cohen no pudo dormir un solo instante y en su mesa del antecomedor revisó una vez más los cientos de documentos que durante semanas trató de memorizar. Ya no llevaba la barba desaliñada, las ojeras negras que bordeaban sus ojos, ni la mala costumbre de andar todo el día con un trago en la mano. Su mente estaba más clara que siempre y sabía a la perfección cómo debía manejar un debate en el que serían atacados por todos los flancos. Entendiendo que el juicio sería televisado y que de seguro tendría más seguidores que el Súper Tazón del fútbol americano, tomó la decisión de salir de su casa justo cuando amanecía. Nunca pensó que a esas horas de la madrugada se fuese a encontrar con el tumulto de personas y periodistas que lo recibieron como si supusieran de antemano que llegaría a deshoras. Antes de que siquiera pudiese reaccionar, un bosque de micrófonos y luces lo acorralaron, tratando de sacarle algunas palabras antes de que iniciara la batalla.

—No voy a dar declaraciones —dijo varias veces mientras trataba de avanzar entre la multitud.

Tan solo tuvo que dar un par de pasos para que un enorme mulato de más de dos metros de altura y con un peso cercano a las trescientas libras se le abalanzara, tirándolo sobre un grupo de cámaras que cayeron al suelo al mismo tiempo que Cohen rebotaba sobre el frío cemento.

—Maldito abogado, espero que se pudra en el infierno —le gritaba una y otra vez, tratando de golpearlo con sus gigantescas manos.

De no haber sido por la intervención oportuna de la policía, el hombre lo hubiese destruido sin haber llegado al primer peldaño del emblemático edificio que a lo largo de su historia vio pasar por sus pasillos a los más temibles asesinos de todo el Estado de Luisiana.

—Le advertí que necesitaba protección —le dijo Steven, el

asistente de Turner, mientras lo ayudaba a ponerse de pie.

—Lamento no haberlo escuchado —le respondió Cohen aún asustado por lo acontecido.

Para cuando por fin logró entrar en el edificio, su pantalón mostraba algunos rasgones y la palma de su mano derecha sangraba leve por los rasguños que le ocasionó la caída. Se refugió unos minutos en el baño y trató, sin darle mucha importancia, de acomodarse un traje que ya no se le veía tan elegante. Se enjabonó sus manos, que le ardieron al punto de recordar que estaba hecho de carne y hueso, y gracias a la gasa y el esparadrapo que Steven le facilitó, pudo cubrirse la pequeña herida que aún le incomodaba. Algunos minutos después ingresó en la pequeña celda que le habilitaron a Timothy desde la noche anterior y quien recién comenzaba a comer un desayuno que no tenía buena apariencia, pero con mejor sabor que cualquier otro que se hubiese comido en los últimos cuatro meses.

—¿Qué le sucedió en la mano? —le preguntó mientras se atragantaba de pan la boca.

—Uno de tus seguidores me atacó en la entrada.

—¿A estas horas?

—Allá afuera se vive un cataclismo y sí, Timothy, la gente que nos malquiere no tiene horario —le dijo, tratando de que entendiera que el problema no era solo suyo.

Le dio unos minutos para que terminase de comer y de seguido se sentó a su lado a repasar y revisar lo que juntos planificaron por tantos días.

—No quiero que te presentes ahí como un superhombre… Cuando enseñen las imágenes de las víctimas muéstrales tu arrepentimiento… Si tienes que llorar, quiero que llores… No me importa lo que la gente piense de ti, los dos sabemos que nunca los quisiste matar… Recuerda, fue la droga la que te destruyó la vida… No tiene nada de malo que muestres tus sentimientos.

Las instrucciones de Cohen salían de su boca como si llevara por dentro un volcán a punto de estallar.

—¿Me ayuda con la corbata? —le rogó, tratando de absorber cada una de las instrucciones.

—Por supuesto, chico —le respondió con una pausa mientras le hacía un medio nudo Windsor, igual al que él acostumbraba a llevar —. Necesito que estés tranquilo.

Para cuando miró su reloj ya solo faltaba media hora para que iniciara el juicio y Cohen sintió que no le daría el tiempo suficiente para prepararlo.

—Escogieron la sala de juicios más grande de todo el edificio… Va a estar a reventar… Te van a volver gritar… No les respondas.

—Tranquilo, Cohen —le dijo Timothy, quien sentía la tensión—. Será lo que será. No hay mucho más que podamos hacer —le recordó, algo desalentado.

La sinceridad del muchacho lo tomó por sorpresa y, aunque aún tenía sus dudas acerca de su inocencia, con el paso de los días llegó a convencerse a sí mismo de que en definitiva estaba drogado y no sabía lo que hacía cuando los mató. Fue entonces cuando pensó en el jurado y supo que no podría haber escogido a un mejor grupo de personas. De los doce que estarían a cargo de condenarlo o perdonarle la vida, solo cuatro eran de color, cuatro blancos y cuatro hispanos, cinco mujeres, siete hombres, cuatro diferentes creencias religiosas y tres ateos. Dentro del inmenso mundo de probabilidades, logró reunir un grupo de personas con una diversidad cultural tal, que con dificultad podrían compartir una misma percepción sobre algo en la vida.

—Tan solo necesitamos de uno —le dijo Cohen, que los visualizaba en su mente.

—¿Uno qué? —le preguntó Timothy, extrañado.

—Solo necesitamos que uno de los doce miembros del jurado te encuentre no culpable… Eso es todo —le respondió, sabiendo que no sería fácil—. En los crímenes capitales el veredicto debe ser unánime.

—Eso ya me lo ha dicho diez veces —le recordó.

—Nos vemos en la sala en un rato —le advirtió, reconociendo que solo trataba de apaciguar sus propias ansias—. Recuerda, nada de sonrisas y con la frente en alto, que sigues siendo inocente.

Cuando Cohen salió por la puerta lateral, la sala cinco de juicios estaba atiborrada de gente. A diferencia de la acusación, esta vez no hubo insultos y, aunque el murmullo de las voces disminuyó cuando lo vieron entrar, lo único que le inquietó la mirada fueron los cientos de *flashes* que brillaban desde la butaca reservada para la prensa. Algunos todavía hacían un esfuerzo por conseguir el último espacio en una de las localidades que se cotizaban como el concierto de despedida de un afamado artista, y entre aquella visualización apocalíptica percibió el latido acelerado de su corazón. Suspiró profundo un par de veces y pensó: «¡Que comience la función!». Sally Morgan, la fiscal que reemplazó al inepto de Clarence Foster, conversaba con su séquito de asistentes, y cuando notó que Cohen se acomodaba en su asiento, se acercó a saludarlo.

—Le guardo un gran respeto —le dijo sin requerir introducción—. Lo que pase en esta sala es estrictamente profesional.

—Se lo agradezco, Sally —le contestó él con sinceridad—. Es bueno volver a litigar en contra de usted.

Ambos vieron como Timothy McLaren ingresaba con su paso coartado por esos grilletes que ya se le empezaban a adherir a la piel. Al ser las ocho horas con cincuenta y nueve minutos, Robert Landon,

amo y señor de ese pequeño dominio, ingresó por la puerta principal justo al lado del estrado.

—Todos de pie —ordenó con fuerte voz el alguacil—. Oíd, oíd, esta corte entra en sesión. El honorable juez Landon preside. Todas las personas que tengan asuntos ante este tribunal, constitúyanse en orden.

—Pueden sentarse —refunfuñó el juez mientras acomodaba como de costumbre sus cosas—. Antes de dar inicio quiero advertirles a todos los presentes que este tribunal no permitirá ninguna demostración indecorosa ni faltas de respeto. Cualquier acto repudiable será sancionado con todo el peso de la ley; personalmente me voy a encargar de aplicar justicia al que tenga la más mínima intención de interrumpir el proceso normal de este juicio. Asimismo, les advierto a los miembros de la prensa que han sido invitados a participar que tienen prohibición absoluta de filmar a los miembros del jurado. Antes de salir al aire, toda grabación debe ser previamente revisada y aprobada por la oficina de prensa de la corte. La violación a esta directriz será reprimida con cárcel. ¿Me he dado a entender? —amenazó con mirada furtiva—. Alguacil, prosiga por favor.

—Caso 07-1224 —señaló un poco más apaciguado—. El Estado de Luisiana en contra de Timothy McLaren por la acusación de doble homicidio en primer grado.

—¿Alguna moción previa antes de hacer pasar a los miembros del jurado? —preguntó Landon.

—Con su permiso, señoría —le dijo Cohen de inmediato—. Con la venia de la corte le solicito que de conformidad con las reglas de la sección 6.5, se le giren instrucciones al jurado en cuanto a la intoxicación voluntaria.

—Ya el jurado recibió las instrucciones de ley —le contestó Landon, que hacía lo imposible por dificultarle la faena a Cohen.

—Lo sé, su señoría, pero en vista de que nuestra única defensa será la intoxicación voluntaria del imputado, estimo necesario que se les explique el alcance de la ley en cuanto a esa situación. En el caso del Estado contra…

—No me tiene que citar el caso, lo conozco a la perfección —le interrumpió el juez—. Abogada Morgan, ¿su posición al respecto?

—No tenemos oposición alguna —subrayó impasible—. Queremos evitar cualquier evento que pueda conllevar a una apelación o nulidad.

—Perfecto, hagan pasar al jurado.

Para cuando las doce personas se acomodaron en sus asientos, el juez las miró directo a los ojos y sin mayor protocolo les dijo:

—A solicitud de la defensa, debo advertirles que el hecho de que un acusado se encuentre embriagado o drogado al momento de la

comisión de un delito, no es por lo general una defensa. Sin embargo, cuando las circunstancias del caso indican que el acusado se intoxicó voluntariamente al grado de que por su estado no podía distinguir entre el bien y el mal, y fue incapaz de desarrollar la intención criminal específica, este hecho sí constituye una defensa en ese crimen. Con el fin de condenar al acusado por el delito imputado, el jurado debe encontrar más allá de toda duda razonable que tenía la intención específica de matar o de ocasionar un gran daño corporal. Por lo tanto, si ustedes consideran que el acusado se encontraba en una condición de intoxicación tan severa que le impidió tener la intención específica de matar u ocasionar un gran daño corporal, requerida para cometer los homicidios en primer grado que se le imputan, deben encontrar al acusado no culpable de ese delito —respiró, tratando de recuperar el aliento—. Luego les haré llegar estas instrucciones por escrito y el fundamento legal que las sustenta. ¿Me han entendido?

Los doce asintieron con sus cabezas en forma reflexiva, sin entender por completo el alcance de lo que acababan de escuchar. El juez Landon bebió un sorbo de agua, se colocó sus lentes, bajó un tanto el cuello y le dirigió su mirada a la fiscal Sally Morgan.

—Puede proceder con su declaración de apertura —le dijo.

CAPÍTULO 26

Sally Morgan era quizás la más audaz de todos los fiscales con los que contaba el Estado, y pasó cientos de veces por situaciones similares. Sabiendo que la defensa de Cohen se fundamentaría en un estado de enajenación mental temporal y que la carga de la prueba le correspondía a él, decidió hacer una presentación inicial atrevida y cargada de emociones.

—Señoras y señores del jurado, permítanme presentarles a las verdaderas víctimas de este caso. —En sus manos llevaba las fotografías forenses con los rostros de Alyssa Jones y Ray Harvey, y en cuanto se las mostró los doce curvaron su mirada—. Alyssa Jones, de tan solo dieciocho años, murió de un impacto de bala en la cabeza… Ray Harvey murió estrangulado. Harvey no era un buen hombre. De hecho, se ganaba la vida traficando drogas mientras se hacía pasar por un mendigo. A pesar de eso, no merecía morir de la forma en que murió. Al igual que Timothy McLaren se burló de la ley una y otra vez, a diferencia de él, nunca tendrá la oportunidad de sentarse en una sala de juicio a defender sus derechos. ¿Qué se puede decir de Alyssa Jones que sea siquiera cercano a la tragedia que vivió minutos antes de morir? Alyssa fue aniquilada el mismo día en que cumplía dieciocho años. ¿Se lo pueden imaginar? Recién comenzaba su vida, estudiaba enfermería y tenía un futuro brillante que le fue arrebatado minutos después de que sus amigos le llevaran un pastel de cumpleaños a su trabajo. —La madre se refugiaba en los abrazos de sus familiares, que trataban de reconfortarla—. Timothy McLaren… —lo señaló con el dedo índice—. Sí, ese joven muchacho de pequeña estatura que ustedes ahora ven sentado en la mesa de la defensa, con cara de inocencia y vestido con un traje que le queda grande, la sorprendió en el día más importante de su vida, y sin pensarlo dos veces le reventó los sesos para luego abusar sexualmente de su cuerpo inerte. Quiero que por unos segundos cierren sus ojos y se imaginen a

sus hijas o hijos siendo ultrajados sobre el frío piso, ensangrentado. Es horrible, ¿verdad? En los más de treinta años que he servido como fiscal de este Estado, jamás presencié un crimen tan horrendo, inhumano y desgarrador como este. Aun hoy, meses después del doble asesinato, veo ese video de la gasolinera que ustedes también verán, y se me retuerce el estómago, se me corta el aliento y se me rompe de nuevo el corazón.

»Y, a pesar de toda esta atrocidad, de la violencia desmedida y de la muerte impiadosa, en las próximas semanas escucharán una y otra vez palabras como «intoxicación voluntaria», «pérdida de memoria», «no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo». Esas serán el tipo de expresiones que usará la defensa para convencerlos a ustedes de que ni Alyssa Jones ni Ray Harvey son las víctimas de este horrendo suceso. Escucharán argumentos que les harán pensar que el imputado es una buena persona, que todo esto fue un accidente y que lo que tuvo fue una noche pasada de tragos y de drogas, que lo convirtieron en un monstruo temporal incontrolable que asesinó a dos personas a sangre fría sin siquiera poder entender lo que hacía en ese momento.

»Les sonará literario, mágico, surreal… Es como si de repente estuviésemos en este juicio reviviendo la historia de *Dr. Jekyll and Mr. Hyde.* Les harán creer que, aun en casos tan horrendos como este, existen excusas válidas para justificar lo injustificable. Desafortunadamente para la defensa, esta no es una clase de literatura ni de ciencia ficción, y aquí no estamos para inventar historietas cómicas de mágicos efectos, de seres humanos que se convierten en marionetas sin voluntad propia y con reacciones asesinas accidentales. Este es el mundo real, el mundo en donde la madre de Alyssa Jones sigue llorando su muerte, el mundo en donde las personas debemos asumir la responsabilidad de nuestros actos y no escudarnos en simples ocurrencias. ¿Se imaginan ustedes lo que sería de esta sociedad si cada vez que alguien se emborracha y comete un delito, usara de excusa que no sabía lo que hacía?

»Justo hace un par de semanas me invitaron a una fiesta. Había tenido un pésimo día en la oficina... La relación con mi esposo estaba al borde del divorcio y tomé como hacía años no lo hacía. Les juro que abracé esa botella de gin que me ofrecieron y me la bebí tratando de olvidarme por unos minutos de todos mis problemas. Puedo garantizarles que a eso de la medianoche ya no recordaba ninguna angustia… Creo que hasta olvidé mi nombre… —Una carcajada colectiva emanó de todos los que la escuchaban—. Pero a diferencia del señor Timothy McLaren, yo me levanté con dolor de cabeza, un sabor asqueroso en la boca y la peor resaca que haya sufrido en muchos años; no con dos asesinatos sobre mis hombros.

La fiscal Morgan hizo una breve pausa.

—Piensen en eso por unos instantes —les dijo mientras se recostaba con sutileza sobre la baranda de madera que los separaba—. Estoy segura de que alguno de ustedes se ha emborrachado hasta perder la cabeza, ¿o no? Quizás se han puesto incómodos, necios y hasta violentos, pero... ¿alguna vez han matado a alguien? La respuesta es evidente a simple vista.

»En los próximos días ustedes verán fotografías y videos que los indignarán, que les voltearán el estómago y les producirán náuseas al punto de querer vomitar. Verán pruebas materiales, forenses, médicas y genéticas que les demostrarán sin lugar a dudas razonables que el imputado Timothy McLaren asesinó a Alyssa Jones y a Ray Harvey con premeditación, con alevosía, de forma macabra y sabiendo perfectamente lo que hacía. Escucharán también el testimonio de expertos que les explicarán por qué en este caso no hubo nunca un estado de enajenación mental y, para sorpresa de muchos, escucharán el testimonio de uno de los psiquiatras más renombrados del país en el que se revelará el motivo que llevó a Timothy McLaren a asesinar a dos inocentes, a despreciar la vida humana e inclusive a ultrajar sexualmente a un cuerpo después de haberlo ultimado.

»Timothy McLaren es, sin lugar a duda, culpable del homicidio en primer grado del que se le acusa... Es un asesino frívolo, incompasivo, calculador... y no me cabe la menor duda que ustedes, al igual que el Estado, comprenderán que no condenarlo a muerte sería la injusticia más grave que se haya cometido en Luisiana... Estas son las víctimas de este caso —de nuevo le mostró al jurado las fotografías—, y, aunque es imposible devolverles la vida, como sociedad tenemos la obligación de asegurarnos que se hará justicia y que la muerte violenta de nuestros ciudadanos se paga con la vida misma.

—Señor Cohen, su turno —le recordó el juez con una risita sarcástica.

Cohen se levantó de su silla, le apretó con suavidad el cuello a Timothy y caminó despacio hacia la tarima del jurado. A medio trayecto decidió improvisar un tanto, tomó las dos fotografías que recién utilizó la fiscal Morgan y recorrió despacio la tribuna mirando con atención a los doce miembros del jurado.

—Señoras y señores del jurado. En las próximas semanas la fiscal Morgan y yo vamos a estar en desacuerdo en muchísimas cosas. Vamos a discutir, a argumentar y a defender nuestras diferentes posiciones hasta quedarnos afónicos. A pesar de ello, hay algo en lo que siempre vamos a coincidir… Estas son las verdaderas víctimas de este terrible asesinato. —Les mostró de nuevo las horrendas imágenes de Alyssa y Ray, mientras que un murmullo inundaba la sala—. Créanme que pude ver las miradas de horror que mostraron ustedes cuando vieron estas dos fotografías por primera vez. Yo también me

horroricé, ¿y cómo no? A Ray Harvey lo estrangularon con tal fuerza que poco faltó para que le separaran la cabeza del cuello. ¿Y para qué? Para robarle la droga que no pudo vender esa noche.

Otra vez recorrió la tarima, lento, silente y catando las miradas de esas doce almas en un intento por descifrar sus pensamientos.

—Cada vez que escucho a la madre de Alyssa Jones se me llenan de lágrimas los ojos y entiendo su duelo, su sufrimiento y la desesperación que debe estar sintiendo. Este es un crimen despreciable, abominable. ¿Qué puede ser más terrible que volarle los sesos a una joven mujer que cumplía sus dieciocho años y violarla cuando su cuerpo muerto aún mantenía algunos grados de calor? Yo también he visto el video que ustedes verán y tiene razón la señora Morgan, es asqueroso, infame y sí, se enfermarán del estómago y del alma. Lo he visto cientos de veces, en cámara lenta, con imágenes ampliadas y con total franqueza les puedo reconocer que hoy, después de todas estas semanas y después de haber analizado tantas veces la evidencia, estoy convencido de que solo un animal, un hombre desquiciado, frívolo e inhumano pudo haber cometido semejante atrocidad.

Esta vez se alejó del estrado y se acercó a su cliente, que escuchaba algo extrañado lo que decía su abogado. Cohen se colocó justo detrás de Timothy y apoyó las manos sobre sus hombros, sin dejar de mirar al jurado.

—Timothy McLaren acepta haber asesinado a Ray Harvey y a Alyssa Jones.

Esta vez la reacción del público no se escuchó como un murmullo y sonó más a una exclamación de asombro colectivo. Landon se vio obligado a golpear su mazo una, dos, tres veces, y no fue hasta que gritó crispado «¡orden en la sala!» que logró controlar a la muchedumbre.

—Este no es un juicio para determinar si mi cliente Timothy McLaren asesinó a estas dos personas. La evidencia es abrumadora y una imagen vale más que mil palabras. Timothy McLaren es sin duda alguna el asesino de Ray Harvey y de Alyssa Jones. —Sus manos seguían apoyadas sobre los hombros de su cliente, como si fuese un padre dispuesto a dar la vida por su crío—. Estoy seguro de que pensarán que les estoy haciendo más fácil su trabajo, pero no es así. Timothy McLaren asesinó a estas dos personas, pero hay un pequeño problema… Él no es un animal, no es un desquiciado y no es un ser frívolo e inhumano. Mi cliente no es un monstruo, no es *Dr. Jekyll and Mr. Hyde* y sí, cuando asesinó a estas dos personas, no tenía control alguno sobre sus acciones y sobre su cuerpo.

»Lo que el Estado y la fiscal Morgan no quieren que ustedes vean es la otra cara del señor McLaren y es ahí donde entro yo a

complicarles a todos un poco la existencia. ¿No creen ustedes que para cometer semejantes asesinatos se requiere que el acusado sea un hombre despiadado, temerario de la ley, con algún récord judicial, con una historia de violencia, con algo oscuro en su pasado? Es ahí donde las piezas de este rompecabezas no calzan. Timothy McLaren, este monstruo que una noche decidió salir de cacería humana, que degolló a un indigente y le voló los sesos a una jovencita, nunca antes en su vida había sido acusado de nada. Piensen en eso. Este hombre malévolo no tiene siquiera una denuncia en su contra, un arresto, una queja, un desliz. Su vida es una hoja en blanco, sin manchas. Y entonces es ahora cuando ustedes deben preguntarse, ¿qué fuerza sobrenatural ocasionó que un hombre que jamás le hizo daño a alguien se transformara en una máquina asesina cruel y despiadada? La evidencia les contestará esa pregunta —les dijo con total convicción.

»En las próximas semanas les mostraremos la otra cara de la moneda, la *tira cómica* de la que les habló la fiscal, y ustedes mismos, sin tener que descifrar teorías extrañas o literarias, entenderán cómo un hombre intachable terminó haciendo lo que hizo. La evidencia… recuerden esa palabra… la propia evidencia les mostrará a ustedes qué fue lo que en verdad sucedió. Dentro de esa evidencia que la fiscalía quiere desvirtuar con palabras como *ficción* o *mágicos efectos*, ustedes conocerán que durante años el señor McLaren ha sido un adicto a la droga. La evidencia les mostrará que nunca en su vida siquiera golpeó a otra persona. —No pudo evitar pensar en el ataque que sufrió en la celda e instintivamente se palpó suavemente el rastro de le herida que aún quedaba—. La evidencia les revelará que cuando fue arrestado, más de catorce horas después de los crímenes, aún guardaba residuos tan altos de alcohol y de crack que en otras circunstancias le hubiesen quitado la vida. Escucharán el testimonio del experto en adicciones más notable de todo el país y de su boca escucharán que la droga y el alcohol pueden enajenar mentalmente a una persona. Conocerán también las estadísticas… Sí, esos números que como una fotografía muestran la realidad exacta dentro de un grupo particular de individuos… individuos como Timothy McLaren, y verán que la violencia extrema en los drogadictos es más frecuente de lo que se pueden imaginar. La evidencia…, por favor, recuerden esa palabra que la vida de mi cliente depende de ella.

»El juez Landon ya les explicó que la intoxicación voluntaria no es por lo general una defensa. Sin embargo, cuando las circunstancias del caso indican que el acusado se intoxicó voluntariamente al grado de que por su estado no podía distinguir entre el bien y el mal, siendo incapaz de desarrollar la intención criminal específica, entonces, en esos casos, es imposible encontrar al acusado culpable de los cargos

que se le imputan. Timothy McLaren es uno de esos casos. ¿Pueden ustedes siquiera imaginarse que el acusado, ese hombre que la fiscal da por muerto, nunca en su vida hizo mal alguno? Piensen en eso por unos segundos y comprenderán que la tesis de la fiscalía es incongruente. Hay algo que no concuerda. Este no es un caso en donde estamos valorando una noche pasada de tragos como la que tuvo la fiscal Morgan hace algunas semanas. Tampoco es la historia de una mujer que tuvo un mal día y que se bebió un litro de gin para aliviar sus penas. No, señores... —Su mirada compasiva cautivó de nuevo a los del jurado—. Esta es la historia de un verdadero adicto, de un hombre enfermo. Esta es la pesadilla que viven a diario miles de nuestros ciudadanos. Es la pesadilla que se ha apoderado de nuestras barriadas, de nuestros jóvenes y de una generación que de a poco se pierde en los atascos mortales de la droga.

»Estas son las verdaderas víctimas de este crimen. —Mostró otra vez las dos fotografías—. Negarlo sería faltarle el respeto a su memoria, a los que lloran su ausencia y a los que tienen que llevar sobre sus corazones el terrible dolor de la muerte. El señor McLaren no es la víctima de esta terrible historia, pero sí es un hombre enfermo y quebrado. El señor McLaren no es la víctima de este doble asesinato, pero sí es el resultado de una sociedad enferma y podrida que le robó temporalmente la razón. No podemos devolverles la vida a Alyssa Jones ni a Ray Harvey, eso es imposible, pero sí podemos reconocer que esta vida complicada que nos ha tocado vivir está llena de grises, de circunstancias especiales, de atenuantes. La intoxicación voluntaria extrema es uno de esos atenuantes… ¿Sufrió mi cliente un trastorno mental temporal? ¿Actuó por voluntad propia o asesinó sin entender lo que hacía? ¿Tenía algún motivo particular para asesinar a dos personas que nunca antes conoció? Y mientras ustedes contestan esas preguntas, les agradecería que consideren por un instante un hecho importantísimo: si Timothy McLaren es de verdad un monstruo, un asesino frívolo, incompasivo, calculador, ¿por qué nunca antes perpetró ni siquiera un rasguño? ¿Cómo es posible que alguien que jamás le hizo daño a nadie, se transformara de esa forma, y en un arrebato asesinara a dos inocentes con los que no tenía relación alguna? La respuesta para mí es clara y espero que sea igual para ustedes. Creo, con absoluta sinceridad, que mi cliente actuó bajo un estado de enajenación mental y espero que ustedes así lo declaren.

Cohen agachó un tanto su mirada, con su gesto les agradeció sin necesidad de decir palabra alguna y regresó satisfecho a su mesa.

—Perfecto —dijo Landon—. Señora Morgan, puede proceder con el primer testigo.

—El Estado llama a al doctor William Rogers.

CAPÍTULO 27

Al igual que millones de espectadores en todo el país, Scott J. Benet disfrutaba en su estudio privado del espectáculo judicial más grande vivido en Luisiana desde que Lee Harvey Oswald terminó abatido por un sicario justo dos días después de haber asesinado a John F. Kennedy. Madeleine Thomas analizaba las presentaciones iniciales de los dos abogados y, como si se tratase de una partida de ajedrez, especulaba sobre cuál de ellos fue el ganador de la primera contienda. Benet no tenía prisa ni lugar que atender, y ese día decidió no ducharse, quedarse en pijama y presenciar el pleito desde su televisor. A pesar de que seguía las noticias desde el día en que el muchacho fue arrestado y creía en su absoluta culpabilidad, su odio racial no le permitía hacer otra cosa distinta que admirarlo y deseaba, a toda costa, que fuese dejado en libertad. «Ningún hombre blanco puede terminar en la cárcel por matar a dos negros inmundos», pensaba una y otra vez mientras mordisqueaba un delicioso emparedado de ostras fritas en pan francés y se tomaba un trago de ese borbón que desde hacía años le bajaba como si fuese agua. Justo cuando terminaba el almuerzo y se limpiaba las manos grasosas con una servilleta de tela rodeada de finos bordados, el teléfono empezó a sonar. El timbrazo se escuchó una, dos, tres veces y el Zorro Blanco no hizo siquiera una mueca por tratar de contestarlo. Para cuando Peter, su mayordomo de color con casi cincuenta años de servirle ingresó con el portátil, el aparato ya sonaba lo suficiente como para alterarle los nervios al viejo malhumorado.

—¿Cuánto tiempo le toma contestar la maldita llamada? —le reclamó como de costumbre y sin siquiera mirarlo.

—Lo siento —contestó el mayordomo al tiempo que le entregaba el aparato—. Es el señor Charles Thomas…

—Llévate los sobros, no quiero que el cuarto apeste, y alcánzame la botella de *whisky* —le ordenó.

Peter lo obedeció como siempre lo hacía, colocó el pote de cristal en la mesa de al lado y recogió las migajas de pan que cayeron al suelo.

—¿Algo más que necesite, señor?

—Lárgate ya, me estás interrumpiendo —vociferó.

En el momento en que cerró la puerta del estudio, el mayordomo miró con gozo los pedazos de pan que el viejo dejó, suspiró de alivio al no tener que seguir escuchándolo y con una sonrisa a flor de boca pensó: «Me alegra saber que le empiezan a gustar los escupitajos que le dejo caer a cada una de sus comidas».

—¿Qué quieres ahora, Charles? —preguntó Benet, que desde el televisor escuchaba a Madeleine dar cátedra.

—Tenemos un problema —le advirtió este.

—No pluralices —lo corrigió el viejo—. Aquí el único que tiene un problema eres tú.

—Bueno, bueno —admitió Charles—, tengo un serio problema.

—Cuéntame.

—A Stella le dio un infarto y está en coma… —le avisó, pensando que todo lo planeado se iría al traste.

—¡Me lleva putas! —exclamó el viejo—. De verdad que no hay justicia en esta vida. Hay algunos que nacen con suerte y otros, como yo, que nos toca venderle el alma al diablo para ganarnos la vida.

—No lo entiendo, Benet —le confesó Charles.

—¿Qué pronóstico le han dado los médicos?

—Está entre la vida y la muerte.

—Pues más te vale que esa negra maldita se muera —le vaticinó.

—¿Qué tiene que ver la muerte de Stella en todo esto? —dijo Charles, en total confusión.

—Eres un maldito perro con suerte —replicó Benet—. Bajo las leyes sucesorias de Luisiana, si Stella muere, lo que Madeleine haya decidido dejarle no tiene ninguna validez.

—Disculpa mi ignorancia, pero sigo sin comprender.

—No quiero aburrirte con conceptos jurídicos, pero salvo algunas excepciones, si el beneficiario de una herencia no sobrevive al testador, la ley lo anula y lo trata como si nunca hubiese existido. Asumamos que tu papá decidió dejarles todo por partes iguales a ustedes tres… ¿Me sigues?

—Sí, señor —contestó Charles, atento.

—Ustedes como hijos pueden disponer de lo que su padre les deje —enfatizó con una pequeña carcajada—, en el tanto le sobrevivan. Ahora bien, si alguno de ustedes falleciera antes, la parte que tu papá le dejó iría en beneficio de los otros hermanos o de sus descendientes. Stella no es ni hija ni es descendiente… Es una maldita negra entrometida. Si Stella se muere antes que tu padre, no hay nada que

Madeleine le pueda heredar —saboreó una vez más el trago—. Para poder recibir un beneficio testamentario hay que estar vivo. Si muere Stella, se muere todo lo que la babosa de tu hermana ideó.

—¿Estás seguro de eso?

—¿Qué clase de pregunta es esa?, por supuesto que estoy seguro —contestó el viejo molesto.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Asegurarte de que se muera lo antes posible —lo instruyó sin ningún remordimiento.

—¿Me estás pidiendo que mate a Stella? —preguntó, asombrado.

—No seas tan melodramático —le contestó Benet—. Esa mujer está más muerta que viva. Piensa que la estás ayudando para que deje de sufrir…

—No lo voy a hacer —sentenció Charles, incómodo ante la sola sugerencia.

—No esperaba nada diferente de ti… Desde que murió tu abuelo no ha nacido otro Thomas con un gramo de valentía.

—¡Está en cuidados intensivos! —exclamó Charles—. Ni siquiera nos han dejado ir a verla.

—Si me pagas, yo mismo voy al hospital y le cierro la llave del oxígeno —le propuso el viejo sin titubear.

—No quiero que hagas nada… —le ordenó, pensando que en verdad sería capaz de hacerlo.

—Charles —lo interrumpió Benet—, si no tienes los huevos para comportarte como un verdadero terrateniente, deja de hincharme las pelotas. No puedo convertir en hombre a un chiquillo que aún se orina en la cama después de tener una pesadilla.

—Eres la persona más fastidiosa que he conocido en toda mi vida —le dijo justo antes de colgar el teléfono.

Benet le subió de nuevo el volumen al televisor, recordó los tiempos de antaño en donde los hombres sí eran de *verdad*, como él, e hizo una mueca de desaprobación. «Pendejo de mierda», pensó.

—¡Peter! —gritó, desaforado.

—Sí, señor —le contestó el mayordomo segundos después.

—Tráigame un expreso doble con un tanto de crema.

—Con gusto, señor.

Dos minutos después, el sirviente dejaba caer un espumoso salivazo blanco y espeso sobre la taza y con una cuchara revolvía la bebida hasta hacerlo desaparecer. «¡A su salud, hijo de puta!», se dijo a sí mismo antes de abrir la puerta.

CAPÍTULO 28

Sally Morgan era toda una maestra en el manejo de juicios. Durante años perfeccionó una técnica de movimiento que le permitía desplazarse con lentitud hacia cada uno de los sectores de la sala y, como las esbeltas bailarinas de *ballet*, daba pequeños pasos con un ritmo particular con el que abarcaba la totalidad del escenario. «Parece un colibrí revoloteando en un jardín», pensó Cohen con solo verla. Su tono de voz casi angelical era siempre bien recibido por los miembros del jurado y su impecable vestido blanco de dos piezas con una blusa azulada terminaba de darle la prestancia que durante años perfeccionó. Cohen conocía de antemano que el primer testigo del Estado sería el doctor Rogers y, a pesar de saber que no era mucho lo que podría lograr, estaba convencido de que con él debía empezar a sembrar la duda razonable con la que lograría que le perdonaran la vida a su cliente. El médico forense llevaba tantos años testificando homicidios que ya ni siquiera le daba importancia al tema y, como de costumbre, se presentó en el estrado con su típica bata blanca, la cabellera canosa y cierto desgano. «Solo le faltan los guantes de látex», se dijo Cohen, mientras los doce justicieros miraban aterrorizados el video de la gasolinera.

—¿Sería tan amable de indicarnos su nombre, por favor? —comenzó la fiscal Morgan.

—William Anthony Rogers —contestó con voz adormilada.

—¿A qué se dedica, doctor Rogers?

—Soy médico especialista en patología.

—¿Nos puede explicar en qué consiste la patología?

—En palabras sencillas… estudiamos los cadáveres para tratar de determinar la causa de su muerte. Hago autopsias forenses…

—¿Desde hace cuántos años, doctor?

—Su señoría —interrumpió Cohen—. No es necesario que el Estado demuestre la experiencia del doctor Rogers. Todo Nueva

Orleans sabe que el hombre lleva una vida entera como jefe de patología del Octavo Distrito. La defensa reconoce su aptitud como testigo experto en la materia y admitimos su amplísima capacidad en los temas sobre los cuales va a testificar.

—Perfecto —dijo Landon, sosteniendo sus lentes con la mano izquierda—. Señora Morgan, le ruego proceder.

—¿Pudo ver el video que le acabamos de mostrar a los miembros del jurado?

—Protesto su señoría… Es irrelevante —saltó Cohen de su asiento —. El señor Rogers es patólogo forense y ya testificó que se dedica a estudiar cadáveres para demostrar su causa de muerte… El video no puede de ninguna forma aludir a sus destrezas.

—Si el abogado defensor me permitiera terminar la pregunta —lo miró la fiscal con una sonrisa encantadora—, se daría cuenta de que mi interrogatorio no tiene la intención de que haga valoraciones sobre la filmación. Solo quiero determinar la identidad de las víctimas.

—Denegada —decidió Landon con cara de pocos amigos—. Prosiga, por favor.

—Sí —dijo Rogers, petulante—. Lo he visto muchas veces.

—¿Reconoce usted a las personas del video?

—Pues sí —contestó sin pensarlo—. La víctima es Alyssa Jones y el agresor es el acusado —señaló con su dedo a Timothy.

—¿Reconoce usted esta fotografía? —en sus manos la fiscal llevaba una foto del Camaleón.

—Sí, esa es la primera víctima… Su nombre es… —ojeó por un instante sus apuntes— Ray Harvey.

Daniel Cohen empezaba a inquietarse con la pasividad de las preguntas.

—¿Tuvo usted la oportunidad de estudiar los cadáveres de las dos víctimas que acaba de reconocer?

—Sí, por desgracia tuve que examinarlos a ambos.

—¿Nos puede compartir sus hallazgos?

—Por supuesto —dijo el doctor, ahora entusiasmado—. Ambos fueron asesinados por la misma persona. Los dos fueron atacados el 23 de enero de 2007 en la madrugada. Ray Harvey fue asesi….

—Protesto —brincó Cohen de nuevo—. Es irrelevante. Su señoría, ya la defensa aceptó que el señor McLaren cometió los dos asesinatos. No entiendo por qué debemos someter al jurado a un testimonio de este tipo si ya se ha determinado quién fue el autor.

—Vaya, vaya… —replicó la fiscal Morgan un tanto sorprendida—. ¿Irrelevante? Su señoría, este es un juicio por doble homicidio en primer grado y el abogado defensor pretende desoír al patólogo forense a cargo del caso alegando que su cliente ya reconoció los homicidios. Estoy segura de que el abogado Cohen quiere irse directo

al testimonio de su psiquiatra, pero va a tener que esperar… El testimonio del doctor Rogers es fundamental para demostrar el grado de brutalidad en los dos asesinatos.

—Por supuesto, abogada —señaló Landon, molesto—. Deniego la protesta. Señor Cohen, le advierto que no voy a permitir sus constantes interrupciones y le sugiero que medite bien antes de protestar por la libre. Continúe, doctor.

—Como les decía, Ray Harvey fue asesinado a la 1:58 a. m. y la señorita Jones una hora después.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos fueron un verdadero martirio para Cohen. El doctor Rogers explicó en detalle la forma macabra en que murieron y con una centena de fotografías espeluznantes llevó de la mano a los doce del jurado para que revivieran en carne propia lo sucedido esa noche. Describió a la perfección cómo la cuerda metálica le atravesó el cuello al Camaleón, les habló de las fibras de metal que encontró cerca de su tráquea y de la enorme fuerza que por poco le desprendió las cervicales. Fue entonces cuando les explicó cómo ocurría la muerte en estos casos: «En la sintomatología presente en el proceso de estrangulación, se detectan cuatro fases: en la fase cerebral, la anoxia estimula el sistema nervioso central que se manifiesta con zumbidos de oídos, visión de luces centelleantes, hormigueos y sensación de angustia. En la fase convulsiva, también derivada de la estimulación cerebral de grado más intenso, aparecen convulsiones generalizadas en la cara, músculos respiratorios, extremidades, y puede ocasionar deposiciones fecales y orina… Inclusive hay casos en donde se observan eyaculaciones involuntarias como reacción traumática. En la tercera fase, denominada asfíctica, sobreviene la depresión de las funciones cerebrales, existe pérdida de la conciencia, coma profundo, cianosis intensa con respiración superficial y lenta, relajamiento muscular y pérdida de reflejos. Esta fase es irreversible, la muerte es aparente y conduce a la siguiente fase, denominada de muerte real, en donde desaparecen todos los signos vitales».

Cuando habló de Alyssa, fue aún más específico. Les explicó el trayecto exacto de la bala, qué partes del cerebro fueron afectadas y hasta se dio el lujo de mostrarles fotos del cráneo despedazado, del tatuaje que le dejó en la piel la pólvora en llamas y de los sesos derramados. Luego les contó lo inimaginable: «En la rigidez de su rostro inerte, pude apreciar el horror impregnado en alguna de sus facciones. Es como si se hubiese congelado milésimas antes de morir. Hay una creencia generalizada de que las personas que reciben un impacto de bala en la cabeza mueren en forma instantánea; ese no fue el caso de Alyssa Jones. A pesar de que recibió una herida mortal en la cabeza con lesiones neurológicas irreversibles, todo el resto de sus

órganos vitales, como el corazón y los pulmones, siguieron funcionando… La chica sufrió por algunos segundos». Para rematar, se centró en la violación. «Necrofilia», les dijo una y otra vez, y fue cuando habló de los rastros de saliva, del pene insignificante del asesino, del cerebro desparramado en el piso y de los vellos púbicos que logró rescatar.

—¿Sería tan amable de explicarnos cómo fue que logró determinar que las víctimas fueron asesinadas por la misma persona? —intervino la fiscal Morgan al ver sus caras de turbación.

—Por tres factores —apuntó, orgulloso—. El asesino dejó pistas similares en las escenas del crimen. Las ropas de ambas víctimas tenían marcas idénticas con las manos del homicida. También dejó los contornos de sus zapatos en el parque en donde mató a Ray Harvey y en la gasolinera en donde ultimó a Alyssa. Sobre el cuerpo de Alyssa se encontraron residuos de saliva y vellos púbicos. Por último —inhaló profundo—, en las vestimentas de la señorita Jones se detectaron fibras de la misma cuerda metálica con la que asesinó a Ray…

—Vamos de atrás hacia adelante —lo interrumpió Morgan, tratando de no hacer demasiado pesado el relato—. ¿Las fibras de la cuerda metálica provienen del mismo artefacto?

—Cien por ciento.

—Con respecto a la saliva y los vellos púbicos, ¿qué exámenes realizó?

—En ambos casos se realizaron pruebas de ADN.

—¿Y al imputado también se le hicieron pruebas de ADN?

—Correcto.

—¿Cuál fue el resultado?

—La saliva y los vellos púbicos tienen el mismo ADN que el señor McLaren.

Cohen levantó las manos al aire y sin siquiera objetar hizo un par de muecas de desesperación.

—¿Qué hay de especial con las marcas de sus manos? —preguntó ella, sabiendo de antemano la respuesta.

—En primer lugar, son idénticas. Además —ahora mostraba una imagen congelada del video de la gasolinera—, el asesino llevaba guantes y el tamaño de las marcas también coincide con el tamaño de las manos del imputado.

—En su opinión, ¿quién es el asesino de Alyssa Jones y Ray Harvey?

—No me cabe la menor duda de que el asesino es Timothy McLaren.

—Doctor, si me permite un par de preguntas más antes de terminar —le dijo la fiscal satisfecha con el resultado—. ¿Cuántos estudios forenses ha realizado en su vida?

—Miles.

—Y en su experiencia, ¿este crimen es similar a alguno otro que haya investigado?

Cohen sabía que podía protestar la pregunta, pero prefirió seguir el juego y aprovechar la respuesta para cuando le tocase su turno.

—Este es el asesinato más repulsivo que he visto durante toda mi carrera.

—En su experiencia, ¿sabe usted por qué el asesino llevaba guantes en sus manos?

—Por supuesto —contestó sin siquiera pensarlo dos veces—, para no dejar rastro de sus huellas dactilares.

—Gracias, doctor… No tengo más preguntas.

—Su turno, abogado Cohen —ordenó el juez Landon.

—Gracias, su señoría —se puso de pie, se abrochó el botón de su saco y se acercó pausado al estrado en donde se sentaba el testigo.

—Doctor Rogers —dijo—, a diferencia de la fiscal Morgan mis preguntas van a ser muy puntuales. Le agradecería me responda de la misma forma.

El doctor asintió con su cabeza.

—Según su testimonio, mi cliente utilizó una cuerda metálica para estrangular a Ray Harvey, ¿sabe usted si la policía logró ubicar la cuerda metálica con la que se produjo el asesinato?

—No se ha logrado ubicar —contestó, sereno.

—Y el arma con la que mató a Alyssa Jones, ¿se ha logrado recolectar?

—No hemos recolectado ninguna arma.

—¿Qué hay de los zapatos?

—Tampoco encontramos zapatos del imputado que concordaran con los utilizados en el crimen.

—¿Y los guantes?

—Da la impresión de que el imputado logró deshacerse de todo.

—¿Es eso una afirmación o una apreciación personal?

—Es mi apreciación personal —dejó escapar una sonrisa prepotente.

—Doctor, ¿sería correcto concluir que si mi cliente no hubiese aceptado haber cometido los asesinatos, el Estado tendría serios problemas en demostrar la identidad del homicida?

—¡Protesto! —gritó Morgan—, la pregunta se refiere a apreciaciones personales.

—Rechazada —decidió Landon, que reconocía la audacia de Cohen al repreguntar—. El propio testigo ya reconoció que algunas de sus respuestas son apreciaciones y quiero ver adónde nos va a llevar todo esto.

—Jamás —dijo Rogers sin reconocer la trampa—. La identidad del

imputado quedó establecida con el video. El resto de la prueba carece de importancia…

—Quiero dejar constancia de que el patólogo forense de la presente investigación acaba de reconocer que todo el trabajo que hizo hubiese sido en vano de no haber contado con el video de la gasolinera —dijo con firmeza Cohen.

—¡Protesto! —brincó Morgan, esta vez un tanto enfurecida—. No estamos en la fase de conclusiones y lo que ha señalado el abogado defensor son simples especulaciones.

—Con lugar —señaló Landon—. Reportera, favor elimine de la transcripción la última intervención del abogado defensor —ahora volteó su cabeza y miró al jurado—. Ustedes deben tomar como inexistentes esas aseveraciones.

Cohen sonrió, caminó lento hacia su mesa, se sirvió un vaso de agua, bebió un sorbo y supo que nada ni nadie les borraría a los del jurado aquella conclusión preliminar que se dejó decir.

—Voy a reformular la pregunta. ¿Considera usted que el video es una pieza de evidencia fundamental en este juicio?

—Sí, lo es —le contestó el doctor que reconocía el desacierto—. También lo es el ADN y el resto de la evidencia que ya ha sido mencionada aquí.

—No se preocupe, doctor, a pesar de la pésima calidad del video, mi cliente reconoce haber cometido los asesinatos y eso fue lo que traté de dar a entender desde que la fiscal Morgan inició su interrogatorio. Un par de preguntas más y lo dejaré tranquilo. En su testimonio usted dijo, y cito: «Este es el asesinato más repulsivo que he visto durante toda mi carrera», ¿correcto?

—Así es —contestó.

—¿Tuvo usted la oportunidad de conversar con el imputado?

—Abogado —le dijo, jocoso—, yo solo trabajo con cadáveres.

—Perfecto —le replicó Cohen—. ¿Sería entonces correcto concluir que, bajo la investigación que usted tuvo a su cargo, es imposible determinar si mi cliente padeció de un estado de enajenación mental temporal?

—Es correcto —contestó, pensando que eso sería todo—. Eso les correspondería a otros profesionales.

—Doctor, si usted solo trabaja con cadáveres, ¿por qué testificó que el asesino llevaba guantes con la intención de no dejar rastro de sus huellas dactilares?

—Es una simple corazonada —dijo algo apenado.

—¿Es normal que un patólogo forense con sus años de experiencia dé declaraciones sobre las razones por las cuales una persona llevaba guantes?

—No —Esta vez tragó en seco.

—¿Tiene usted experiencia en la elaboración de los perfiles psicológicos de los homicidas?

—No, no la tengo.

Por unos segundos la sala enmudeció.

—Doctor, ¿está usted seguro de que los homicidios ocurrieron en la madrugada del 23 de enero de 2007?

—Sí, señor.

—¿Sabía usted que ese día, a las dos de la mañana, el centro meteorológico de la ciudad de Nueva Orleans reportó una temperatura de ocho grados centígrados?

—No, no lo sabía.

—Su señoría —dijo, tranquilo—, presento como evidencia los reportes meteorológicos del 23 de enero de 2007.

—Reportera, favor enumérelos y agréguelos al expediente —ordenó Landon.

—¿Sería posible concluir que el imputado llevaba guantes para proteger sus manos de una noche particularmente fría?

—Sí, sería posible —reconoció, derrotado.

—Por último, doctor, ¿sigue usted estando cien por ciento seguro de que el imputado cometió los asesinatos con guantes para no dejar rastros de sus huellas dactilares?

—No, no podría afirmarlo, pero sigue siendo una posibilidad.

—No tengo más preguntas —dijo Cohen con una enorme sonrisa.

William Rogers se retiró algo decepcionado y reconociendo que desde hacía ya muchos años ningún abogado lo había logrado enredar de la forma en que Cohen lo hizo. La fiscal Morgan tuvo que contener su descontento y con una sonrisa mecánica se despidió de un testigo que pudo haber marcado la diferencia, pero que ahora la dejaba en evidente desventaja. Landon se quitó las gafas, miró como Cohen volvía a sentarse y con un gesto en sus labios mostró su sorpresa. Cohen se acomodó en su espacio, tomó el bloc de hojas y como si fuese un estadígrafo en un partido de futbol, escribió: «McLaren 1, Estado 0».

CAPÍTULO 29

Los siguientes cuatro días fueron como estar en un desfile de modas. Sally Morgan hizo subir al estrado a todos los testigos que consideró necesarios para demostrar la responsabilidad de Timothy McLaren. Se trataba de un listado interminable de deponentes inofensivos que hicieron un esfuerzo fallido por tratar de demostrar algún grado de agresividad en la vida del muchacho. Entre ellos algunos amigos de juventud, vecinos, compañeros de escuela y un profesor de secundaria con el que tuvo un altercado a raíz de un examen en el que lo calificó en forma injusta. Ninguno de ellos le hizo daño a la defensa y Cohen repreguntó superficialmente e hizo una letanía de protestas que, por lo general, fueron rechazadas.

Dentro de la colección de personajes que declararon frente a un jurado —que de a poco iba perdiendo el interés a una historia que se repetía una y otra vez—, sobresalieron las participaciones del especialista en imágenes quien, con una precisión matemática, les explicó cómo logró determinar que el asesino desnudo mostraba un pene de apenas cinco centímetros. «Malditos», pensó Cohen con ganas de oponerse al testimonio. A él se unió el teniente Turner, quien tuvo a su cargo la difícil tarea de ligar todas las piezas del acertijo policial. Su intervención fue larga pero puntual. Era claro que practicó una docena de veces las preguntas y las respuestas que daría, y cada vez que emitía un criterio lo hacía con un conocimiento extraordinario de las circunstancias, los detalles y las fortalezas del caso. Sin lugar a duda, fue el testigo más difícil que Cohen tuvo que enfrentar, y justo cuando pensó que ya terminaba de testificar todo lo que podía saber, Turner sacó el as que traía debajo de la manga.

—Llevo muchos años investigando homicidios —dijo con una extraña pasividad—, y sé que hay casos en donde los asesinos pierden la cabeza… Enajenación mental temporal diría, el abogado defensor. Eso en verdad existe —le dirigió su mirada al jurado—, pero nunca he

tratado un caso de enajenación mental donde el asesino haya destruido o escondido la pistola de nueve milímetros y la cuerda metálica con las que, *sin querer*, asesinó a sus víctimas. Tampoco he visto que los asesinos que sufren una pérdida temporal de la memoria oculten los zapatos, la ropa y hasta los guantes que usaron para cubrir sus manos en una fría noche de enero. Hicimos más de veinte allanamientos y no encontramos ni siquiera un calcetín manchado de sangre, y es ahí donde se me cae la teoría del abogado Cohen —confesó con una mueca de duda en su rostro—. La forma en que el imputado hizo desaparecer toda la evidencia demuestra, sin lugar a duda, que el señor McLaren era consciente de la gravedad de los hechos por los que se le acusa y entendía todas las consecuencias de sus actos —concluyó con una convicción que, en definitiva, caló en la mayoría de los presentes.

«Mierda», pensó Cohen al tiempo que anotaba un punto menos en el marcador que llevaba desde el primer día.

Antes de que Dwight Turner le complicara la existencia, Cohen comenzaba a creer que el Estado no hacía bien su trabajo y se empezó a creer que de verdad existía la posibilidad de salvar a Timothy. La declaración del teniente cambió por completo el equilibrio y Cohen comprendió de inmediato que estaba a punto de iniciar un trayecto de arenas movedizas que lo obligarían a hacer lo que más odiaba en la vida; hacer preguntas sin saber de antemano la respuesta.

—Teniente —le inquirió Cohen sin siquiera levantarse de la mesa—, ¿en cuántas investigaciones en donde el imputado alegó enajenación mental ha tenido que participar?

—No en muchas —contestó, pensando de inmediato en la muerte de su esposa.

—¿Podríamos decir, entonces, que usted no es un experto en este tipo de homicidios?

—No me ponga palabras en la boca, abogado —contestó, envalentonado—. Soy experto en homicidios, he realizado miles de investigaciones, he ayudado a capturar a los asesinos más peligrosos de esta ciudad y también he colaborado en dejar libre a personas inocentes que parecían culpables. Si con su pregunta lo que quiere saber es si soy experto en casos de enajenación mental, pues la respuesta es no…

—Gracias, teniente —lo interrumpió tratando de detener el sangrado.

—No he terminado, licenciado —intervino—. No soy experto en casos de enajenación mental, pero creo, por mi experiencia como detective de homicidios, que solo una persona mala, una persona con la intención específica de matar o de ocasionar un gran daño corporal, es capaz de ocultar semejante cantidad de objetos incriminatorios.

Cohen supo de inmediato que no iba a lograr nada bueno si se ceñía en contra de él.

—Una última pregunta, teniente, ¿ha pensado usted en la posibilidad de que el imputado ocultara esos objetos mientras se encontraba en un estado de enajenación mental temporal?

—Sí, lo he pensado y la verdad es que lo encuentro poco creíble.

—Para suerte de mi cliente, aquí no conectamos la silla eléctrica con base en creencias o especulaciones… Le voy a preguntar de nuevo —dijo Cohen, molesto—, ¿es posible que un asesino que sufre de enajenación mental temporal haya ocultado la evidencia sin saber lo que hacía o por qué lo hacía?

—Todo es posible, señor Cohen… Pero no todo es probable —concluyó, sabiendo que hizo un buen trabajo.

—No tengo más preguntas —dijo Cohen, ofuscado.

Fue entonces cuando la fiscal Morgan citó a su último testigo.

—El Estado cita al doctor Stanley Fisher.

CAPÍTULO 30

El doctor Fisher vestía un elegantísimo traje gris ajustado al cuerpo que le daba una presencia extraordinaria. Sus casi sesenta años de edad, el pelo liso algo canoso y una voz grave y serena resultaron hipnóticos para un jurado que lo encontró encantador.

—Buenas tardes, doctor —le dijo Morgan con gentileza—. ¿Sería tan amable de compartirnos su nombre?

—Stanley Fisher —contesto con seguridad.

—¿Cuál es su especialidad?

—Soy psiquiatra.

—¿Y en dónde trabaja, doctor?

—En el Hospital River Oaks de Nueva Orleans.

—¿Nos puede indicar el cargo que ocupa en ese hospital?

—Soy el director del hospital.

—¿Desde hace cuántos años?

—Tengo diecisiete años de haber asumido el puesto y treinta de ejercer la profesión.

—¿Estamos hablando de un hospital general?

—No —le contestó con una sonrisa cautivadora—. Es un hospital privado que solo ofrece servicios para enfermedades mentales… En especial adicciones y desórdenes de estrés postraumático.

—¿En qué universidad se graduó, doctor?

—En la Universidad John Hopkins, en la ciudad de Baltimore.

—¿Con honores?

—Es correcto —aseveró con humildad—. *Summa cum laude*.

—Y dentro de sus funciones en el hospital, ¿tiene usted la oportunidad de tratar a los pacientes personalmente?

—Por supuesto —aclaró de inmediato—. Mi pasión es la recuperación del enfermo y, a pesar de ostentar una función administrativa, sigo atendiendo a mis pacientes todos los días.

—En promedio, ¿a cuántos pacientes ve al año?

—Cientos… La verdad es que no domino la cantidad exacta.

—Perfecto, doctor —le dijo la fiscal Morgan—. ¿Nos podría indicar a qué tipo de pacientes atiende usted?

—Solo veo pacientes con problemas severos de adicción.

—¿Nos puede explicar qué tipo de pacientes son esos?

—Por lo general son pacientes que han tenido varios episodios de incapacidad mental o física por el consumo de drogas o alcohol. La severidad se determina en función de varios factores y, en general, por la presencia de eventos psicóticos, intentos suicidas y agresión personal o contra seres queridos. Cada paciente es un mundo…

—Disculpe que lo interrumpa, doctor —le dijo Morgan—, ya vamos a llegar a eso, pero por ahora quiero concentrarme en sus calificaciones como testigo experto. ¿Ha escrito libros?

—En efecto —le contestó—. He escrito dos libros para la comunidad médica, tres libros de autoayuda para los enfermos y sus familiares, y más de cuarenta artículos en revistas médicas a nivel nacional e internacional.

Cohen supo de inmediato que este iba a ser un testigo complicado y siguiendo la misma estrategia que utilizó con el patólogo forense, se levantó de su mesa y dijo:

—Su señoría, disculpe que intervenga, pero de nuevo la defensa no se opone a la amplísima experiencia del doctor Fisher y admitimos su aptitud para comparecer ante este tribunal como testigo experto. Es evidente que los doce miembros del jurado están extenuados —les lanzó una mirada de solidaridad que fue correspondida—, y me parece que podemos pasar directo a las preguntas de fondo.

—Perfecto —le respondió Morgan—. Doctor, ¿tuvo usted la oportunidad de examinar al señor Timothy McLaren?

—Sí. En efecto, tuvimos un total de cinco sesiones de trabajo.

—¿Puede usted identificar al señor McLaren?

—Por supuesto —indicó, señalándolo con el dedo—. Es el joven de traje azul sentado en la mesa a mi derecha.

—¿Y en qué consistieron los exámenes?

—En establecer una valoración psicológica del paciente.

—¿Podría usted explicarle al jurado en qué consiste una valoración psicológica?

—¿En términos generales? —repreguntó él.

—Sí —le contestó Morgan—. La idea es que el jurado comprenda el procedimiento.

—Pues bien, la valoración no es un proceso terapéutico en sí mismo, sino que pretende precisar un diagnóstico, indicar un tratamiento, una psicoterapia o una reeducación neuropsicológica. En otras palabras, es una disciplina psicológica que se ocupa del estudio científico del comportamiento de una persona con el fin de describir,

predecir o explicar una conducta atípica.

—¿Se podría decir que es algo similar a diagnosticar una enfermedad física, así como la hipertensión?

—Sí —le respondió con sutileza—, salvo una pequeña diferencia. La medicina moderna cuenta con una variedad enorme de instrumentos mecánicos, computarizados y digitales para medir con exactitud las enfermedades físicas, como la hipertensión… Lamentablemente, no existen estos instrumentos para determinar los trastornos mentales.

Una breve carcajada se escuchó a lo largo del salón de juicios.

—Al público le ha parecido chistoso el tema, ¿a usted? —intervino Morgan, tratando de evitar un ataque posterior de Cohen.

—En lo más mínimo —contestó el doctor, algo incómodo con la reacción—. Los trastornos mentales son gravísimos e inclusive más incapacitantes que las propias enfermedades físicas… Si bien no contamos con instrumentos exactos de medición, las evaluaciones con los pacientes nos permiten estudiar y entender sus respuestas ante ciertas situaciones, los patrones de conducta, sus actitudes y necesidades… En fin, con base en estas reacciones podemos determinar con bastante exactitud el tipo de trastorno que padece una persona en particular.

—¿Existe algún listado de trastornos o padecimientos mentales?

—Así es… Nosotros utilizamos el Manual de Diagnóstico y Estadística de Trastornos Mentales que publica la Asociación Americana de Psiquiatría…

—Después de haber examinado al señor McLaren, ¿pudo usted determinar si padece de algún tipo de trastorno metal? —lo interrumpió.

—Sí —confirmó el psiquiatra al tiempo que se armaba un pequeño revuelo entre los espectadores.

—¿Qué trastorno padece, doctor?

—Timothy McLaren tiene un desorden de dependencia de sustancias…

Esta vez estalló por completo la conmoción. Landon se vio obligado a golpear varias veces el mazo y su rostro enrojeció de la ira. Cohen puso su mano izquierda sobre el hombro de Timothy y pensó: «Este tipo me ha quitado un enorme peso de encima».

—¡Basta! —gritó Landon, endemoniado—. Un murmullo más de cualquiera de los presentes y ordeno proseguir esta audiencia en privado… ¿Estamos?

Se hizo un silencio total y hasta macabro.

—Y ese desorden de dependencia de sustancias, ¿forma parte del manual que usted indicó? —preguntó la fiscal Morgan, a sabiendas de que tenía control absoluto del testigo.

—Es correcto —dijo sereno el doctor Fisher—. En medicina se le conoce como el MDE IV.

—¿Me podría explicar a qué se refiere el número IV?

—Es la cuarta edición… De hecho, estamos a punto de lanzar una nueva versión.

—¿No es cierto que el Manual de Diagnóstico y Estadística de Trastornos Mentales hace una diferencia entre la dependencia y el abuso de sustancias?

—Protesto, su señoría —dijo Cohen sin exaltarse—, está guiando al testigo.

—Con lugar —apuntó Landon—. Abogada Morgan, reformule su pregunta.

—Por supuesto —aceptó ella—. Doctor Fisher, ¿cómo cataloga este manual el tema relacionado con el consumo de sustancias?

—Los enmarca en dos grandes grupos.

—¿Podría explicarnos, por favor?

—El primer grupo se conoce como dependencia y el segundo como abuso.

—¿En qué se diferencian la dependencia y el abuso?

—En el efecto de incapacidad que produce sobre las personas que las consumen —dijo con cierto entusiasmo—. La dependencia es menos severa que el abuso y conlleva un deterioro o malestar clínicamente significativo. Se hace acompañar de la necesidad de consumir sustancias con frecuencia y en cantidades cada vez mayores, el deseo persistente o esfuerzos infructuosos de controlar o interrumpir su consumo, la afectación en actividades sociales, laborales y recreativas y, sobre todo, en el hecho de que el paciente es consciente de los problemas psicológicos y físicos que le producen…

—¿Y en el abuso? —lo interrumpió la fiscal Morgan tratando de evitar los tecnicismos.

—En el abuso se observan mayores efectos incapacitantes. Sus rasgos más significativos son el consumo recurrente acompañado con incumplimientos en las obligaciones diarias en el trabajo, la escuela o la casa, y el exponerse a situaciones físicas peligrosas. En el abuso también es común que el paciente tenga problemas legales repetidos y problemas sociales o interpersonales causados o exacerbados por los efectos de la sustancia.

—Gracias, doctor —le reconoció la fiscal por la explicación—. Usted indicó antes que tuvo cinco sesiones con el imputado y que, según su criterio profesional, el señor McLaren padece de un desorden de dependencia de sustancias. ¿Tuvo usted oportunidad de revisar los exámenes de laboratorio que se le realizaron al imputado el día en que fue arrestado?

—Sí.

—¿No es cierto que dichos exámenes revelan que el señor McLaren tenía altas concentraciones de crack y de alcohol?

—Sí, es cierto —contestó—, de hecho, me sorprendí al ver los marcadores tan elevados. El efecto de la droga ya no se apreciaba en sus reacciones físicas, pero en su cuerpo aún existían concentraciones suficientes para que estuviese muy afectado.

—¿Y estaba afectado?

—No.

—¿Sabe usted por qué?

—Hay ciertos pacientes que con el tiempo logran controlar los efectos de las drogas… Es algo así como si tuviesen mayor resistencia… Se vuelven autoinmunes.

—¿Y aun así usted concluye que el señor McLaren padece de la forma menos severa de adicción...? No le entiendo.

—Se lo explico —le indicó el psiquiatra, haciendo algunos ademanes—. El imputado ha declarado que no recuerda nada de lo que sucedió en la noche de los homicidios y reconoce haber consumido una gran cantidad de alcohol y de droga. Esos dos factores no están en disputa —sonrió a los del jurado—. A pesar de ser un consumidor frecuente de drogas y alcohol, el señor McLaren nunca tuvo problemas en su trabajo, no reporta agresiones domésticas y tampoco ha tenido problemas con la justicia. Bajo los parámetros del MDE IV es claro que el imputado no padece de abuso de sustancias.

Sally Morgan sabía que debía ser muy sutil con sus siguientes preguntas y se contuvo de profundizar de más en el tema de la enajenación mental. Sabía de antemano que debía dejar la incógnita en el aire y que, con eso, lograría que Cohen fuese el que atacara a un doctor que hasta ese momento solo producía impresiones agradables en la audiencia. Se trataba de tenderle una trampa y así lo dispuso.

—Doctor, ¿conoce usted lo que es la enajenación mental temporal?

—Por supuesto —contestó.

—¿Cree usted que Timothy McLaren sufrió de enajenación mental temporal la noche de los asesinatos?

—Según mis valoraciones psicológicas, no.

—Gracias, doctor —le dijo Morgan dejando en suspenso el por qué —. Durante sus sesiones con el imputado, ¿pudo usted identificar algún otro tipo de trastornos?

—Sí —le contestó de inmediato—. El señor McLaren también padece de un serio complejo de inferioridad.

—¡Protesto! —vociferó Cohen, desesperado—. El doctor Fisher es experto en adicciones. Solo atiende pacientes con esos trastornos… Así lo declaró… Los complejos de la personalidad no son su especialidad.

—Su señoría —intervino Morgan con una pasividad que

contrastaba—, entiendo la angustia del colega Cohen, pero el doctor Fisher es un reconocido psiquiatra con más de treinta años de ejercicio profesional y estoy seguro de que durante su amplísima trayectoria ha tenido la oportunidad de tratar diversos casos relacionados con los complejos de la personalidad. El testimonio que el doctor está por dar no solo es fundamental para el Estado, sino que probará el motivo de los asesinatos.

—El motivo no debe establecerse en los homicidios de primer grado… —trató de alegar Cohen antes de que el juez Landon lo interrumpiese.

—Denegada la protesta, continúe, por favor.

—Su señoría… —trató de persuadirlo de nuevo.

—Cohen —le dijo Landon con ojos asesinos—, usted mismo reconoció la aptitud del testigo e interrumpió a la fiscal Morgan justo cuando ella estaba tratando de validar sus conocimientos. El hecho de que en los homicidios de primer grado no se deba demostrar el motivo, no significa que la fiscalía esté impedida en señalarlo, si así lo considera oportuno... No voy a permitir más alegatos en cuanto a este tema, y como sé de antemano que quiere que dejemos constancia de su protesta, así se hará. Prosiga, por favor.

Sally Morgan hizo una breve pausa con la intención de crear aún más expectativa.

—Doctor, ¿sería tan amable de explicarnos en qué consiste el complejo de inferioridad que le diagnosticó al señor McLaren?

Cohen se acercó a Timothy y le susurró al oído:

—Quiero que levantes la cara y no le quites la mirada al doctor…, no tienes nada de qué avergonzarte.

—El señor McLaren padece de un desorden de la ansiedad conocido como el síndrome del pene pequeño —dijo sin ningún remordimiento.

Previendo que el comentario provocaría el morbo que venían mostrando los presentes cada vez que se alegaba algo inesperado, el juez Landon golpeó un par de veces su mazo y les recordó:

—Los advierto… No quiero escuchar ni siquiera un suspiro.

—¿Nos puede explicar en qué consiste el síndrome? —le preguntó Morgan, a sabiendas de que esa era la cereza en el pastel.

—Por supuesto —contestó con su acostumbrada amabilidad—. Los hombres que padecen este síndrome sufren de una afectación negativa en sus vidas y mantienen una obsesión psicológica rígida que se traduce en una convicción personal de que sus genitales son demasiado pequeños. Viven convencidos de que son incapaces de satisfacer a una mujer a través de las relaciones sexuales, aunque en general no son capaces de ofrecer pruebas concretas para demostrar que esto es cierto… En otras palabras, es una percepción irracional, ya

que sí pueden mantener relaciones sexuales normales. De hecho, muchos de estos hombres admiten haber tenido poca o ninguna experiencia sexual y es frecuente que solo tengan una pareja en sus vidas o que acudan a la prostitución para evitar situaciones vergonzosas.

—¿Qué lo hizo llegar a la conclusión de que el imputado padece de esta condición?

—Las valoraciones psicológicas, los exámenes físicos que se le realizaron y el propio video de la gasolinera —dijo el doctor.

—¿Podría ser más específico? —sugirió Morgan.

—En todas las sesiones de trabajo en las que hablamos sobre su sexualidad y el tamaño de sus genitales, el señor McLaren se mostró muy agresivo, evadía las respuestas y mostraba un comportamiento nervioso, incómodo…, extraño. Durante los exámenes físicos estaba muy inquieto, sudoroso e inclusive empujó a uno de los forenses examinadores. Sin embargo, la evidencia más clara está en el video de la gasolinera…

Sally Morgan prendió de nuevo el televisor y dejó que los del jurado vieran en cámara lenta las imágenes que Madeleine descubrió unas semanas atrás. Fue entonces cuando el doctor Stanley Fisher repitió como una lora las mismas palabras que en su momento ella le dijo al teniente Turner:

—Él le toma la cara, se la voltea a la fuerza y le dice unas palabras. Ella se sigue resistiendo, trata por varios segundos de no verlo… Ahora miren cómo le abre los párpados con los dedos y le baja la cabeza a la fuerza para que lo mire desnudo. ¿Lo pueden notar? Vean cómo le cambia el semblante… En el momento en que Alyssa lo observa desnudo, es evidente que se avergüenza y de seguido la asesina a sangre fría… Eso explica también la violación después de haberla matado… Él piensa que las mujeres lo ven con burla y que no puede satisfacerlas en vida. Entonces, ¿qué hace?, las obliga a que lo vean, avergonzado las mata y luego abusa de ellas pensando que es todo un casanova —reveló el psiquiatra, mientras los justicieros no podían cerrar sus bocas del asombro.

—¿Hicieron una comparación entre las dimensiones que aparecen en el video y las dimensiones del imputado en los exámenes físicos?

—Sí, la hicimos.

—¿Y cuál fue la conclusión?

—El tamaño de los genitales del hombre en el video y los del imputado es igual —dijo Fisher mientras revisaba sus notas—. Cinco centímetros y medio. Su tamaño está un poco por debajo del promedio, pero, como lo indiqué antes, es más un tema de percepción personal, ya que puede llevar una vida sexual plena con esas dimensiones.

—¿Algo más que desee agregar?

—Si me permite —tosió un par de veces antes de continuar—. Esta no es la primera vez que un hombre con este síndrome comete un asesinato. El tema ha sido estudiado hasta la saciedad… Inclusive, al final de la década de los ochenta Tsutomu Miyazaki, un joven japonés, asesinó a cuatro víctimas… Fue uno de los asesinos en serie más…

—¡Protesto! —increpó Cohen, encolerizado—. La declaración es especulativa e irrelevante, constituye una opinión personal y, lo más grave, es una conclusión sobre la cuestión definitiva de este proceso.

—Con lugar —dijo Landon sin hacer mayor esfuerzo.

—¿Con lugar? —le respondió Cohen con otra pregunta—. Su señoría, la comparación que acaba de hacer el doctor Fisher es una flagrante violación a los principios del debido proceso. Solicito que su testimonio sea removido por completo y se le haga la advertencia del caso.

—Reportera, favor elimine de la transcripción la última participación del testigo —le ordenó Landon, también molesto—. Doctor Fisher, le recuerdo que usted ha sido ofrecido como experto del Estado y solo debe dar declaraciones que competen a su área de conocimiento. Una sola valoración personal más que haga y voy a declarar inadmisible la totalidad de la prueba.

—Lo siento —alcanzó a decir el psiquiatra, algo avergonzado.

—Los miembros del jurado deben tomar como no hechas las anteriores manifestaciones —concluyó Landon.

Cohen se sentó de nuevo en su silla, encolerizado por completo, y empezó a pensar en cómo destruirlo cuando le correspondiera su turno.

—Doctor —le dijo Morgan, tratando de rescatar el desliz—, ¿es su opinión que el señor McLaren padece del desorden de dependencia de sustancias?

—Absolutamente.

—En su opinión, ¿padeció el señor McLaren de un lapso de enajenación mental temporal?

—En mi opinión, el señor McLaren tuvo una pérdida de memoria, pero no sufrió de enajenación mental temporal.

—Perfecto. En su opinión, ¿padece el señor McLaren del síndrome del pene pequeño?

—Estoy convencido de que así es.

—Dentro de su experiencia como psiquiatra, ¿ha conocido usted casos en los que personas que padecen de este síndrome cometan actos violentos contra personas?

—La violencia de las personas con este síndrome ha sido documentada durante años.

—No tengo más preguntas —indicó la fiscal Morgan, algo exhausta.

CAPÍTULO 31

No sé cuánto tiempo permanecí con los ojos cerrados, pero para cuando pude abrirlos de nuevo sentí que la luz que entraba por el ventanal me quemaba la retina. Pasé varios segundos sin poder distinguir a mi alrededor y los retazos de imágenes que llegaban a mi cabeza se presentaban como fotografías distorsionadas que no tenían ningún sentido. Es espeluznante tratar de usar la mirada y no poder reconocer nada. De inmediato sentí los latidos de mi corazón desorientado, y de no haber sido por la sirena intermitente de un monitor a mi costado hubiese pensado que estaba en la antesala de la muerte. Entonces sentí la veintena de cables que me conectaban a una sarta de aparatos extraños y ruidosos que sonaban con cada intento de respiración. Tenía la boca entubada y por un instante pensé que la vida se me iba. Es curioso, pero ahora que lo pienso fue lo contrario: volvía a vivir después de haber estado coqueteando durante semanas con la muerte. Luego de un par de minutos que se me hicieron interminables, una pequeña lágrima se me escapó por el costado de uno de mis ojos, y fue cuando percibí cómo volvía a mi cuerpo destensado.

Pensaste que me había ido, ¿verdad? No te sientas mal, yo también pensé lo mismo.

Lo primero que noté fue la sequedad en mi boca y una desesperación por tratar de mover las piernas, que no me respondían. Aún no sabía lo que me había sucedido, pero no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que la mitad de mi cuerpo estaba paralizado. Es una sensación bien extraña ver que tienes todas tus extremidades en su lugar y no sentir que forman parte de tu cuerpo. Decirte lo contrario sería una gran mentira; me angustié tanto que lo primero que hice fue pedirle a D-os que no me dejara con vida. Nunca le tuve miedo a envejecer, pero siempre viví aterrada de convertirme en una vieja inservible y dependiente de alguien para poder comer o hacer

mis necesidades. Daba la impresión de que mis peores miedos se hacían realidad y, descontrolada, me eché a llorar como cuando era una niña malcriada. Dos segundos después, tres enfermeras que se dirigían a mí como si nos conociéramos de toda una vida, ingresaron con sus caras cargadas de sonrisas y celebrando lo que para mí era toda una tragedia. «¿Por qué se ríen?», me pregunté en silencio y con ganas de quitarme el tubo que no me dejaba hablar. «¿Acaso no se dan cuenta de que me convertí en un vegetal?».

—Tranquila, Stella —me dijo una de ellas al tiempo que inyectaba alguna sustancia intravenosa—. Te vamos a dar un calmante. Estuviste tres semanas en coma y algunos doctores pensaron que no lo lograrías.

«Me hubieran dejado morir, ¡desdichados!», les dije, tratando en forma infructuosa de emular algunas palabras en mi boca secuestrada.

—Te dije que lo lograría —le dijo la otra enfermera, que me cubría con una frazada los mismos pies que yo ya no sentía.

Pobres chicas. De verdad estaban ilusionadas por verme con vida y yo solo pensaba en la maldita muerte. Sí, lo sé, soy una malagradecida con la vida, y, aunque hoy le agradezco a D-os el que me haya mantenido un poco más en este mundo, ese día y en ese preciso momento, solo pensaba en cómo dar mi último suspiro.

El calmante no tardó mucho en hacer sus efectos y esa angustia que me apretaba el pecho se fue disipando como las nubes después de una tarde lluviosa. Me sentí tranquila y sin siquiera alterarme recordé a Charles, reviví en mi mente su desnudez, la desfachatez de mi hija, el dolor en mi quijada y al teniente Turner sosteniéndome entre sus brazos; una nueva lágrima se me escurrió por las mejillas.

—Hola, Stella, preciosa… —escuché a la distancia.

No sabía de dónde venía la voz, pero la reconocí de inmediato. Era mi pequeña Madeleine. Traté de voltear el cuello para poder verla con mis propios ojos, pero no hubo forma alguna de encontrarla. Segundos después entendí la razón. Las enfermeras que seguían celebrando mi regreso a la vida, me acercaron a la cama un televisor y fue entonces cuando vi sus hermosos ojos, su cabello corto, su carita delicada y bella, y esa voz dulce que me reconfortaba el alma.

—Pensé que nunca más volvería a verte —me dijo con un llanto incontrolable—. Bendito sea D-os.

«Aquí estoy, mi preciosa», le contesté en mi mente y sin poder decir palabra alguna.

—Te ves linda —continuó mientras se secaba las lágrimas.

«¿Cómo me estás mirando?», le hice saber con un movimiento de ojos.

—¿Ves el gigantesco oso de peluche?

«Sí», le concedí moviendo mi cabeza.

—Mi asistente Eric le ha puesto una cámara en uno de sus ojos y

llevo semanas hablándote todos los días. He estado a la par tuya a través de este televisor. Te he leído tus libros favoritos… —me confesó, entusiasmada—. Perdóname por haberte faltado el respeto…

«No hace falta», le dije moviendo mi mano derecha.

—Ahora estamos en el juicio, pero en cuanto el doctor lo permita pasamos a visitarte.

«Maldito juicio», pensé volteando mi cara hacia un lado.

—He pensado mucho en lo que me dijiste el día en que nos enfadamos, y tienes razón… No puedo seguir llevando mi profesión de esta manera. Te prometo que todo esto va a cambiar.

De nuevo volví a llorar y mis ojos parpadearon como queriéndole decir lo orgullosa que me sentía.

—Te tengo una sorpresa —me anunció—. Quiero presentarte a mi primer novio…

El rostro hermoso del teniente Turner se asomó por el televisor.

—Hola, Stella —me dijo con su encantadora voz—. Tremendo susto nos pegaste.

«Bendito sea el Todopoderoso… Por fin encontró el amor», pensé mientras ponía la mano sobre mi pecho y cerraba mis ojos, sabiendo ahora que podía soñar de nuevo con una angustia menos en mi corazón.

CAPÍTULO 32

Daniel Cohen salió a la caza del doctor Fisher como si fuese un depredador hambriento. Solo recordaba la atrevida comparación que hizo de Timothy con uno de los asesinos en serie más temibles de Japón. Aunque ignoraba si sacaría algún beneficio para su cliente, se lanzó encima de él con una sola intención: humillarlo.

—Doctor Fisher —se acercó al estrado lo más que pudo—. ¿A qué tipo de pacientes ve usted en el hospital River Oaks?

—Creo que ya contesté la pregunta —le dijo—, solo veo pacientes con problemas severos de adicción.

—Eso lo tengo claro —le respondió Cohen—. Me refiero al estrato social de sus pacientes. ¿En términos generales son pacientes ricos, de clase media, pobres…?

—Protesto —reclamó Morgan reconociéndole los ojos de venganza —. Es totalmente irrelevante.

—El estrato social de los adictos no es irrelevante cuando se trata de entender enfermedades mentales —defendió Cohen su posición.

—Denegada —señaló Landon—, responda la pregunta, por favor.

—Es un hospital privado —dijo Fisher sin entender—. Nuestros servicios son costosos… Es evidente que van dirigidos a personas con cierto estatus económico.

—¿Cuán costosos?

—Protesto nuevamente. —Esta vez Morgan brincó de su silla.

—Y yo la deniego otra vez —enfatizó Landon—. Conteste, doctor.

—Todo depende del servicio que se brinde —mencionó, temeroso.

—Permítame ayudarlo, doctor —volvió Cohen al ataque—. Si yo fuese un paciente nuevo y le pido una cita, ¿cuánto me costaría esa primera sesión?

—Quinientos dólares —confesó, algo apenado—, pero por lo general la primera consulta es la más larga y costosa.

—¿Y la segunda?

—La segunda tendría un costo de unos trescientos cincuenta dólares.

—Un paciente como Timothy McLaren, ¿cuántas sesiones ocuparía?

—Muchas —contestó el doctor, pensando que era lo que debía decir—. Lo más probable es que recomendaríamos su internamiento.

—¿Y cuánto cuesta en promedio un programa de internamiento en su hospital?

—De veinticinco mil a cincuenta mil dólares.

—¡Wow!, un poco caro, ¿no cree? —La mirada de Cohen se enfocó ahora en los del jurado, sabiendo que muchos de ellos no ganaban esa suma ni siquiera en un año de trabajo.

—Estamos hablando de tres a seis meses —se defendió—. Hay algunos seguros médicos que cubren el tratamiento.

—¿Sabe usted cuánto gana el señor McLaren al año?

—No tengo idea.

—¿No le hizo esa pregunta en las cinco sesiones de trabajo que tuvo con él?

—No me pareció importante.

—¿No le pareció importante…? Permítame orientarlo —le dijo Cohen con una sonrisa sarcástica—. Mi cliente gana, después de impuestos, treinta y dos mil dólares al año. ¿Cree usted que un paciente en las condiciones socioeconómicas de Timothy McLaren tendría la posibilidad de recibir tratamiento en River Oaks?

—Lo más probable es que no —confesó, sabiendo ya la intención de las preguntas.

—¿Sería correcto afirmar que la adicción es más frecuente en personas de escasos recursos que en personas adineradas?

—No, no sería correcto —replicó defensivo—. La adicción no hace diferencia de clases.

—¿Entonces su testimonio es que el consumo de drogas es igual en la gente pobre que en la gente adinerada?

—Ese no es mi testimonio —titubeó un segundo—. Por supuesto que hay contrastes importantes entre los diferentes estratos sociales… Lo que trataba de explicarle es que una vez que el paciente es adicto, no hay ninguna diferencia.

—A ver si le entiendo —intervino Cohen, dándose gusto—. Si hacemos un estudio comparativo, ¿los pobres y los ricos tienen la misma posibilidad de caer en la adicción?

—No dije eso. —Esta vez subió el tono por primera vez—. Los estudios señalan mayor adicción en la población pobre que en la población adinerada… Pero la verdadera diferencia no está en la adicción en sí misma, sino en el tipo de droga que consumen y en las posibilidades de recuperación…

—¿Y aun así usted no consideró importante preguntarle a mi cliente sobre su realidad económica? —lo interrumpió.

—Ya lo dije, abogado. No me pareció importante analizar ese aspecto.

—Si usted hubiese atendido a mi cliente como paciente, ¿le habría interesado saber su condición socioeconómica?

—Protesto, su señoría —se exasperó Morgan—. La pregunta es especulativa.

—Con lugar —sentenció Landon.

—Perfecto —dijo Cohen—, voy a replantear la pregunta. En su práctica diaria, ¿es común estudiar las condiciones socioeconómicas de los pacientes?

—Sí, lo es —reconoció, humillado.

—Así me lo imaginaba —remató Cohen mientras le daba la espalda y se acercaba de nuevo a su mesa.

—Doctor Fisher, ¿sería correcto entonces concluir que, en su práctica, sus pacientes son por lo general personas de estratos sociales altos?

—En términos generales, su apreciación es correcta —dijo, dubitativo—. Tenemos un programa de becas para personas de escasos recursos.

—¿Sería justo concluir que usted tiene más experiencia con pacientes adinerados?

—¡Protesto! —se crispó Morgan, endemoniada y golpeando con fuerza su mesa.

—Retiro la pregunta —contestó Cohen, sabiendo que al fin había logrado degradarlo.

«El maldito es brillante», pensó Sally Morgan al ver cómo otro testigo más se le escurría entre los dedos.

—Volviendo a las declaraciones que usted le brindó a la fiscal Morgan, voy a hacerle algunas preguntas puntuales.

—Por supuesto —le contestó el doctor con amabilidad.

—Permítame citarle lo que usted mencionó al inicio de su declaración —le indicó Cohen—. Cuando la fiscal Morgan le preguntó sobre el tipo de pacientes que tienen problemas severos de adicción, usted señaló que: «son pacientes que han tenido varios episodios de incapacidad mental o física» y luego que: «la severidad se determina por varios factores y, en general, por la presencia de eventos psicóticos, intentos suicidas y agresión personal o contra seres queridos». ¿Encontró en el señor McLaren estas características?

—No, no las encontré… Bueno, salvo el evento de la noche de los asesinatos, claro está.

—¿Y no le parece eso extraño?

—También declaré que cada paciente es un mundo —apuntó antes

de responder—. No me parece extraño… Muchos pacientes con problemas de adicción no desarrollan los síntomas comunes de la enfermedad…

—¿Qué porcentaje? —lo interrumpió Cohen.

—Aproximadamente un quince por ciento es asintomático.

—¿Me está tratando de decir que un quince por ciento de las personas con problemas de adicción no presentan ningún síntoma?

—Sí presentan síntomas, pero no son tan evidentes o alarmantes.

—Usted declaró que ve cientos de pacientes al año, ¿cierto?

—Es correcto.

—Es decir que en sus casi treinta años de profesión ha tenido que tratar a miles de personas con problemas severos de adicción. ¿Alguna vez, entre esos miles de pacientes, evaluó a uno que, a pesar de la enfermedad, nunca haya cometido un delito, una simple agresión, una equivocación?

—Sí, he tenido pacientes como los que usted describe, pero no son muy comunes…

—¿Cuántos, doctor?

—No recuerdo el número…

—¿La vida de mi cliente depende de su testimonio y usted no recuerda el número?

—Protesto —reclamó Morgan de nuevo—. Está intimidando al testigo… Ya declaró que no recuerda.

—Denegada —repitió Landon, que empezaba a reconocer la destreza.

—Gracias, su señoría —señaló Cohen—. De todas formas, permítame reformular la pregunta. ¿Cuántos pacientes ha conocido usted que cometen un asesinato doble sin haber mostrado un solo síntoma de adicción?

—Ninguno —reconoció—, pero no es por casualidad, el enfermo que es consciente de su problema por lo general busca ayuda antes de tocar fondo.

—¿Considera usted entonces que Timothy McLaren no era consciente de su problema?

—No he dicho eso… —flaqueó el doctor, nervioso.

—Perdone, doctor, pero no le entiendo… —lo interrumpió Cohen —. Entonces, ¿qué fue lo que quiso decir?

—Que es común que los adictos busquen ayuda antes de cometer una falta mayor… —se defendió antes de ser interrumpido otra vez.

—¿Cómo asesinar a dos personas en una misma noche?

—Exacto —le concedió el doctor como un novato.

—¿Entonces sí es posible que un adicto toque fondo antes de buscar ayuda?

—Sí… Es posible.

—Gracias, doctor —le reconoció la honestidad—. Cuando la fiscal Morgan le preguntó sobre el diagnóstico de las enfermedades mentales, ella trató de compararlo con la hipertensión y usted indicó que en la psiquiatría no existen los equipos para medir los trastornos con la exactitud de las enfermedades físicas. ¿Podríamos entonces concluir que la psiquiatría no es una ciencia exacta?

—¡Nunca he dicho eso! —contestó el doctor, molesto.

«Perfecto», pensó Cohen. «Ya no es tan agradable como antes».

—Que no tengamos los equipos para medir una condición, no implica que por eso no sea una ciencia exacta. La psiquiatría es bastante exacta como para que podamos tratar a la gran mayoría de nuestros enfermos.

—Doctor —hizo una pausa sabiendo que lo tenía contra las cuerdas—, si la psiquiatría es tan exacta como usted lo acaba de decir, ¿me podría explicar por qué el MDE debe renovarse cada cierto tiempo? Me parece que usted indicó que estaban por publicar una nueva edición…

—Porque la medicina evoluciona, abogado —lo interrumpió un tanto descontrolado—. ¿Acaso es el derecho una ciencia exacta?

—No, no lo es, pero a diferencia suya yo no estoy sentado frente a un jurado dando mi opinión de experto, doctor Fisher… Usted sí —le contestó con una paz interior que llamaba la atención—. Le vuelvo a hacer la misma pregunta, ¿es la psiquiatría una ciencia exacta, sí o no?

—No en el sentido exacto de la palabra —admitió, cabizbajo.

—¿Es posible, entonces, que dos psiquiatras determinen un diagnóstico diferente sobre un mismo caso?

—Sí, es posible.

—Gracias, doctor —le dijo Cohen—, la verdad es siempre más sencilla.

—Protesto —demandó Morgan, ya desesperada—. Su señoría…

—No hace falta, abogada —concluyó Landon antes de que ella terminara—. Cohen, se lo advierto, no voy a permitir que siga hostigando al testigo.

—Lo lamento, su señoría —reconoció a sabiendas de que lo estaba destruyendo—. Doctor, volviendo a su testimonio, cuando la fiscal Morgan le preguntó sobre la enajenación mental usted declaró que según sus valoraciones psicológicas el imputado no sufrió de una enajenación mental temporal. ¿Me lo puede explicar, por favor?

«Nuestro turno», pensó Sally Morgan, que ya ansiaba un golpe en contra de la defensa.

—Por supuesto —le contestó Fisher con su agradable sonrisa de siempre—. En psiquiatría hay una clara diferenciación entre la pérdida de memoria y la enajenación mental temporal, y temo que

usted las ha confundido…

—¿En serio? —le preguntó Cohen.

—Así es —reafirmó él—. La pérdida de memoria es muy común en los pacientes con adicciones, la enajenación no. Las estadísticas demuestran que en el noventa y cinco por ciento de los casos los adictos olvidan algunos o todos los eventos que sucedieron mientras se encontraban bajo los efectos de la droga, pero casi siempre son conscientes de lo que estaban haciendo en ese momento. El error de su defensa está en pensar que no recordar es sinónimo de locura temporal, y así no es la cosa…

—¿Podría mi cliente estar dentro de ese cinco por ciento que usted señala? —interrumpió Cohen, reconociendo que acababa de cometer un error de bulto.

—Jamás —concluyó el doctor con una seguridad que ya se le extrañaba—. Hemos visto muchos casos de enajenación mental en adicciones, pero nunca analicé un caso en donde el enfermo, sin ser consciente, esconde los rastros más elementales de sus actos. Es evidente que su cliente estaba arrepentido, sabía lo que hizo y se esforzó con mucha sutileza para destruir toda la evidencia.

—Doctor —trató de interrumpirlo.

—No he terminado, abogado. Si el señor McLaren hubiese amanecido tirado en un caño, con sus manos ensangrentadas y con el revólver a su lado, quizás hubiese podido creer que sufrió de un estado de enajenación mental temporal, pero nadie con una locura temporal se despierta, destruye toda la evidencia, se baña y se levanta a trabajar como si nada hubiese pasado.

Cohen reconoció de inmediato su error. La fiscal Morgan se regocijó a más no poder y en una de esas visiones milagrosas que tanto le urgían, le nació una duda que antes ni siquiera consideró. Sin pensarlo dos veces escribió unas cuantas líneas sobre una hoja de papel, se la entregó a uno de sus asistentes y miró de reojo cómo este se retiraba apresurado de la sala.

—Doctor, perdone que insista con el tema, pero ¿en qué momento no recordar algo se convierte en un estado de enajenación mental? —le preguntó Cohen.

—No es que exista un momento particular —contestó el doctor—. Por lo general, las pérdidas de memoria constantes pueden evolucionar a un estado de enajenación mental.

—¿Y con base en qué parámetro ustedes los psiquiatras determinan eso?

—Estadísticas, patrones de conducta, historiales clínicos.

—Hace algunos minutos le pregunté que cuántos pacientes ha conocido usted que cometen un asesinato doble sin haber mostrado un solo síntoma de adicción, y usted me contestó que ninguno —afirmó

Cohen, intentando retomar el control—. Si usted no conoce a ningún paciente que haya cometido un asesinato doble sin haber mostrado un solo síntoma de adicción, ¿bajo qué estadística, patrón de conducta o historial clínico se basa para concluir que Timothy McLaren tuvo una pérdida de memoria y no un estado de enajenación mental?

El doctor Fisher sintió un vacío en su estómago y entendió que la pregunta lo tomaba por sorpresa. Tomó un sorbo de agua y con algo de nerviosismo le contestó:

—Con base en las estadísticas de la población psiquiátrica en general.

—No le entiendo, doctor —le dijo Cohen, reconociendo de nuevo la oportunidad—. ¿De qué estadística estamos hablando si usted mismo declaró que no conoce a ningún paciente como el señor McLaren?

—Yo lo que dije fue que no conozco a ningún adicto que haya cometido un doble homicidio de primer grado sin antes haber mostrado síntomas… —titubeó por unos segundos—. Una cosa es la sintomatología y la otra es la pérdida de memoria.

—Perfecto. Entonces, ¿cuántos pacientes ha tratado usted que hayan sido asintomáticos, que sin aviso alguno asesinan a dos personas y que se declaran con incompetencia temporal?

—Yo en lo personal… a ninguno, pero eventos similares sí han sido recopilados.

—¿En dónde han sido recopilados?

—En estos momentos no puedo citar la fuente —admitió el doctor.

—Doctor, ¿cuántos pacientes asintomáticos ha tratado usted que asesinan a dos personas y alegan una pérdida de memoria?

—Ninguno…, pero he visto a muchos que cometen actos violentos y se acordaban de…

—Eso ya lo sabemos, doctor —lo interrumpió Cohen—. ¿Sigue siendo su testimonio que la psiquiatría no es una ciencia exacta?

—Así es.

—¿Existe entonces la posibilidad de que usted no conozca de casos como el de Timothy McLaren, pero que existan otros doctores que sí?

—No sé… No lo creo.

—¿No sabe o no lo cree?

—Creo que la posibilidad existe —concedió, un tanto avergonzado.

Para esas alturas ya Madeleine Thomas se mostraba inquieta, malhumorada, indecisa. Nunca se imaginó que Daniel Cohen fuese capaz de salir del abismo en el que vivía antes de contratarlo y retomar un caso de la forma en que lo hacía, y empezaba a pensar que la fiscalía no lograría demostrar la culpabilidad de McLaren más allá

de la duda razonable. Ella seguía narrando lo que sucedía en esa sala como si estuviese cubriendo la final de un campeonato mundial y, como el comentarista que está presenciando cómo su equipo favorito pierde, no le quedó alternativa distinta que elogiar una y otra vez a su contrincante.

—Doctor, permítame revisar con usted la declaración que dio en cuanto al síndrome del pene pequeño —retomó Cohen el ataque, sin siquiera darle oportunidad de reacomodar sus ideas—. ¿Alguna vez ha tenido que visitar al urólogo?

—Protesto, su señoría —dijo la fiscal Morgan, que ya empezaba a perder la voz—. La pregunta es irrelevante.

—Si me permite, se dará cuenta de que no es irrelevante —le señaló Cohen al juez Landon.

—Por ahora voy a permitirla, pero tenga cuidado, abogado… Conteste, por favor.

—Sí, a mi edad todo hombre debe hacerse al menos un examen anual de la próstata.

—¿Y para hacerse esos exámenes anuales con el urólogo, debe desnudarse?

—Por supuesto, abogado —le contestó el doctor como si la pregunta fuese estúpida—. ¿Usted nunca se ha tenido que desnudar frente a un doctor?

—Claro que sí, pero como le indiqué antes yo no estoy dando mi testimonio… —suspiró, asombrado—. ¿Alguna vez se ha sentido incómodo o avergonzado mientras le hacen el examen?

—La verdad es que no —reconoció—, soy doctor y estoy acostumbrado a estas cosas.

—Si quitamos a los médicos, ¿es común que los hombres se sientan intimidados con los exámenes de próstata? —preguntó Cohen con cierto morbo en su rostro.

—Por lo general sí.

—En ese examen de próstata, ¿participa solo el urólogo o requiere de la asistencia de más personas?

—Lo hace solo…

—¿Estuvo usted presente en los exámenes físicos que le hicieron a mi cliente?

—Por supuesto —respondió el doctor con orgullo—. No voy a diagnosticar un síndrome sin haberlo evaluado en forma personal.

—¿Lo desnudaron? —preguntó Cohen, que lo miraba como hace un niño cuando abre la envoltura de un chocolate.

—Evidentemente.

—¿Cuántas personas estaban en la sala al momento de realizar ese examen?

—Déjeme hacer memoria —pidió el doctor—. Si mal no recuerdo,

éramos cinco personas.

—¡Cinco personas! —exclamó Cohen—. ¿Y todos presenciaron al señor McLaren desnudo?

—Era un examen para valorar una prueba —dijo Fisher, tratando de excusarse.

—¿Sí o no, doctor? —preguntó de nuevo

—Sí, los cinco lo vimos desnudo.

—Y asumo que para diagnosticar el síndrome del pene pequeño es necesario medirle el tamaño del miembro.

—Así es —confesó el doctor.

—Perdóneme la intriga, doctor, pero no conozco bien de estas cosas y me llama mucho la atención… ¿Cómo le miden el pene?

—Con un centímetro común y corriente.

—Eso ya lo sabía —le sonrió Cohen—. Me refiero a si lo hacen en estado de erección o en estado de flacidez.

—La prueba se realiza primero en estado de flacidez y luego con erección —dijo el doctor, sonrojado.

—¿Y los cinco estuvieron presentes en todo momento?

—Sí, señor… Es parte del protocolo.

—Cuénteme una cosa, doctor —esta vez Cohen bajó un tanto su tono de voz—, ¿cómo logran que el paciente obtenga una erección?

—Por medio de estímulos visuales —contestó, sereno.

—¿Y los cinco seguían presentes en la sala?

—Es correcto, abogado… Ya le he dicho en varias ocasiones que es parte del protocolo y todos estuvimos ahí desde que inició hasta que terminó el examen —señaló molesto el doctor.

—Discúlpeme, no quería hacerlo enfadar —anotó Cohen, que lograba revelar una personalidad del doctor ya no tan agradable—. ¿Alguna vez ha tenido que hacerse un examen de próstata enfrente de cinco personas?

—¡Protesto! —se exacerbó la fiscal Morgan, ya descontrolada.

—Rechazada —indicó Landon, que esperaba ansioso la respuesta.

—No, nunca —contestó.

—¿Alguna vez le han pedido que mire revistas pornográficas y que se muestre desnudo delante de cinco personas?

—No...

—¿Sabía usted, doctor, que, a pesar de la vergüenza que esto le representó, el señor Timothy McLaren se sometió en forma voluntaria a realizar esta prueba?

—Lo desconocía.

—Durante su testimonio a la señora Morgan usted dijo: «el señor McLaren se mostró muy agresivo, evadía las respuestas y mostraba un comportamiento nervioso, incómodo… extraño. Durante los exámenes físicos estaba muy inquieto, sudoroso e inclusive empujó a uno de los

forenses examinadores». ¿Lo recuerda? —le preguntó seguro.

—Claro que lo recuerdo —contestó el doctor.

—Doctor, dígame una cosa, en su condición de psiquiatra, ¿no cree que es normal que una persona que ha sido acusada de dos homicidios y que corre el peligro de morir por inyección letal, se ponga un tanto —Cohen alzó las manos y con sus dedos formaba el signo de comillas cada vez que decía una palabra—… agresivo, distante, nervioso, inquieto y sudoroso, justo cuando cinco desconocidos lo miran desnudo, le piden que se excite y luego, para rematar, tiene que permitir que le pongan la mano sobre sus genitales para medirlo? ¿No le parece eso una reacción humana lógica?

El doctor Fisher miró de reojo a los del jurado y supo que solo existía una forma correcta en la que podría responder a esa pregunta; miró sus manos sudorosas, suspiró profundo y dijo:

—Me parece que es una reacción normal ante una situación muy incómoda y humillante.

Madeleine Thomas no pudo soportar más la presión y en el preciso instante en que las cámaras no la filmaban, tomó su celular y, desesperada, le escribió a la única persona que en ese momento podía ayudarla: Ned Davis. «Necesito una reunión privada con el abogado Cohen… Hoy mismo, por favor».

—Doctor —volvió Cohen al ataque—, disculpe que insista tanto con este tema, pero su declaración nos dejó a todos con la boca abierta. A pesar de haber reconocido que los exámenes médicos a los que se vio sometido mi cliente, el señor McLaren, fueron humillantes, aun así, ¿usted mantiene que él sufre del síndrome del pene pequeño?

—Es correcto, abogado —le dijo Fisher, temeroso—. Mi diagnóstico se mantiene incólume.

—¿Sería justo concluir, entonces, que el video de la gasolinera es una pieza fundamental de su diagnóstico?

—Sería una conclusión correcta —afirmó ya con ganas de terminar.

—¿Cuántos segundos de ese video le tomó a usted para poder llegar a determinar ese diagnóstico? —preguntó Cohen sin darle tiempo de pensar.

—No lo sé...

—Dos segundos con cincuenta y siete centésimas —le aclaró Cohen de inmediato—. Eso fue lo que le tomó a usted comparar a mi cliente con el peor asesino en serie de Japón. Su señoría —su mirada se dirigió a Landon, que apoyaba su cabeza sobre el puño cerrado de su mano izquierda—, si me permite, me gustaría mostrarle un video al testigo experto del Estado.

—¿De qué se trata? —preguntó el juez, sospechoso.

—Son cuatro entrevistas filmadas en alta definición de dos

minutos cada una… —le contestó Cohen—. Dos de los pacientes sufren del síndrome que ha señalado el doctor Fisher y dos no. Si el testigo fue capaz de diagnosticar a mi cliente en menos de tres segundos utilizando un video de mala resolución, estoy seguro de que en dos minutos podrá decirnos cuáles de los cuatro pacientes tienen la enfermedad.

—¡Protesto! —exclamó Morgan en un descontrol evidente—. La idoneidad del doctor Fisher ya fue demostrada hasta la saciedad… Si la defensa no está de acuerdo con sus conclusiones, ya tendrá la oportunidad de presentar a sus testigos de descargo… ¡No voy a permitir que lo sometan a un examen de respuestas múltiples!

—Con lugar —declaró Landon sin hacer mucho esfuerzo—. ¿Alguna otra pregunta?

—No, su señoría —concluyó Cohen, sabiendo que los doce del jurado y el resto de la muchedumbre quedaron con la incógnita de conocer el resultado de su experimento y que esa duda, por más pequeña que fuese, rondaría un buen tiempo en sus cabezas—. He terminado con el testigo.

CAPÍTULO 33

A Ned Davis no le fue sencillo ubicar un lugar seguro. Durante casi una hora estuvo conduciendo sin dirección fija, inspeccionando cada cinco segundos el retrovisor de su vehículo alquilado y haciendo una decena de vueltas en U para asegurarse de que nadie le seguía el rastro. Para cuando tomó la decisión de aparcarse enfrente del viejo restaurante de costillas a la barbacoa que desde hacía más de ochenta años servía a la pequeña población de Lacombe, justo a un extremo del lago Pontchartrain, los últimos comensales salían con sus manos grasosas y las camisas salpicadas de esa salsa rojiza que siempre los hacía regresar. Madeleine Thomas, que de tanto en tanto se comía las uñas, los seguía a unos quinientos metros e, inquieta, se cuestionaba si tomaba la decisión correcta.

—Hemos llegado —le dijo Ned a Cohen, que estudiaba afanado la presentación de su primer testigo y ni cuenta se daba de todas las peripecias.

Los dos se sentaron en una vieja mesa de madera, cubierta con un mantel de papel blanco y sobre un piso algo pegajoso.

—Dos *whiskies* sin hielo —le ordenó Ned a la hermosa mesera que se les presentó sensual con un atuendo vaquero y ese acento sureño encantador.

—A mí me regala una cola *light* —le dijo Cohen mientras tragaba en seco.

—¿De verdad ha dejado de beber? —le preguntó Ned, incrédulo.

—Cuatro meses, dos semanas y tres días —le contestó el abogado, que seguía repasando un manojo de declaraciones—. ¿Acaso no me ha visto en el juicio...? Es imposible mantener un caso como este en estado de ebriedad.

—Pues ya puede empezar a beber de nuevo —lo contradijo Ned—. Ha llegado la hora de cumplir la segunda parte de nuestro trato.

—No le entiendo —le confesó Cohen, olvidando por completo el

acuerdo.

—Tiene que dejar de lado el caso…

De no haber sido por la aparición inesperada de Madeleine, la conversación hubiese terminado a golpes. Justo cuando Daniel Cohen se levantaba furibundo a defender a puñetazos la dignidad que recién empezaba a recuperar, ella se atravesó entre ambos y con su jovial sonrisa le dijo:

—Es un verdadero honor conocerlo.

—Lamento no poder decir lo mismo de usted —replicó Cohen, impertinente—. Ustedes no son más que unos mercaderes de la justicia y se han aprovechado de la tragedia de mi cliente y de mi propia miseria para engordar aún más sus cuentas bancarias.

—¿Te vas a tomar esos dos *whiskies*? —le preguntó Madeleine a Ned mientras se acomodaba en una silla justo a su lado.

No tuvo siquiera la oportunidad de responderle. Antes de que pudiese abrir la boca, ella tomó la pequeña copa, volteó la cabeza hacia atrás y se lo tragó sin hacer un simple aspaviento. De seguido, levantó su mano derecha y con dos dedos al aire le ordenó a la mesera que rellenara el trago.

—¿Sabe usted por qué decidí convertirme en una periodista criminalista? —le inquirió a Cohen.

—No lo sé ni me importa —le respondió, indiferente—. No voy a dejar tirado a mi cliente a medio juicio…

—Fui violada cuando recién cumplía mis catorce años —confesó como si Cohen no existiera—. Ese mismo día me juré a mí misma que iba a dedicarme el resto de la vida a perseguir criminales y hundirlos a todos y a cada uno de ellos hasta verlos tras las rejas o ardiendo en una silla eléctrica…

—Usted no es quién para condenar a nadie —la interrumpió Cohen—. No puede abusar de la posición de privilegio que tiene para manipular de esta forma la justicia.

—Dígame una cosa, abogado —intervino ella de nuevo—, ¿usted de verdad cree que Timothy McLaren es inocente?

—Nunca he dicho que es inocente… Estoy seguro de que mató a esas dos personas, pero creo que lo hizo sin tener la menor idea de sus actos. ¡No estoy pidiendo que lo dejen libre! —exclamó, furioso—. Estoy pidiendo que no lo condenen a muerte.

—¿Sabe por qué lo contratamos a usted?

—Me imagino que ningún otro abogado quiso tomar el caso…

—Eso es cierto —lo interrumpió ella—, pero pensamos que usted sería incapaz de representarlo en la forma en que lo ha hecho.

—¿Y por eso viene ahora a decirme que dé media vuelta y deje todo de lado?

—Por el contrario, Cohen, usted me ha demostrado cuán

equivocada he estado toda mi vida —le reconoció con una humildad que desde hacía años no se le veía—. Algún día van a escribir sobre la habilidad que ha demostrado en este caso, y eso es algo que ni yo ni nadie puede quitárselo… No vine aquí a ordenarle nada —tomó otra vez la copa y degustó de un pequeño sorbo—, tan solo quería decirle en persona que estoy impresionada con su dedicación y capacidad…

—Madeleine, ¿qué haces? —la cuestionó Ned, que no podía creer lo que escuchaba—. Esto no es lo que acordamos…

—Ya lo sé —le contestó ella, serena—, pero esta vez vamos a dejar que el abogado termine su trabajo… —suspiró al tiempo que se levantaba—. ¡No voy a manipular el resultado del caso!

—Estás cometiendo…

—No quiero oír una sola palabra más, Ned —le ordenó—. Excelente trabajo, abogado.

Madeleine le extendió su mano derecha y, sin procesar aún lo que acababa de escuchar, Daniel Cohen le extendió la suya. Bastó tan solo un apretón fuerte y sincero para que ambos saldaran las cuentas de un negocio que nunca debió suceder y, como si nunca hubiesen compartido nada en sus vidas, ella se marchó pensando en Stella y en lo mucho que la extrañaba.

—Eres un infeliz con suerte —le dijo Ned mientras pedía desilusionado la cuenta.

§

A tan solo un par de cuadras, Steven, el asistente de Dwight Turner, escuchaba la conversación sabiendo que una vez más le cumplía a su jefe las instrucciones precisas que le encomendó. Poco esfuerzo le tomó esconder los diminutos transistores en las solapas de los tres trajes que se topó en la casa de Cohen, y menos aún completar el circuito necesario para una escucha clara en el momento preciso en que el abogado cayó al suelo y él le tendió una mano. Sin sorprenderse mucho del resultado tomó su celular, le marcó a Turner y con serenidad le dijo:

—Ya sabemos quién contrató a Daniel Cohen.

—Dilo —le ordenó.

—Madeleine Thomas.

Turner escuchó incrédulo, cerró la llamada y despedazó el aparato al arrojarlo contra la pared. «Madeleine Thomas… maldita sea», pensó mientras sus ojos se humedecían.

CAPÍTULO 34

Daniel Cohen esperaba sereno en la mesa de juicio a que el juez Robert Landon lo invitara a llamar a su primer testigo. Esa mañana en particular su mente estaba un tanto dispersa y recordaba con un sabor dulce las palabras que Madeleine Thomas le dijo tan solo unas horas atrás. No durmió en toda la noche y bajo la tímida luz de la luna que se filtraba por la pequeña ventana de su antecomedor, recordó que para distinguir el brillo de la luz siempre era necesario hacerse rodear de un poco de oscuridad. Tan solo unos meses atrás se hundía en uno de los pasajes más oscuros de su existencia y hoy, después de haberse creído rendido y acabado, su vida volvía a dar los primeros destellos de recuperación. Pensaba en sus mejores años, en aquellos días cuando la clientela hacía fila para que los atendiese, en los restaurantes de moda que frecuentaba todas las semanas y en el ostentoso Bentley del año que compró de contado semanas antes de caer en ruina. De no ser por el codazo disimulado que recibió de Timothy McLaren, hubiese seguido en ese sueño mañanero que lo hacía sentirse de nuevo como un triunfador.

—Señor Cohen —dijo Landon por tercera vez, ya irritado.

—Disculpe, su señoría —le contestó, reconociendo el lapso de desatención.

—Puede llamar a su primer testigo… —le recordó el juez, segundos antes de que fuese interrumpido por la fiscal Morgan.

—Su señoría —dijo ella, sonriente y sin permitir que Cohen pudiese levantarse de la silla—. Con la venia de la corte y de conformidad con el artículo 729.3 del Código de Procedimientos Criminales, el Estado solicita la incorporación de dos nuevos testigos…

—¡Protesto! —recriminó Cohen, indignado y sin entender lo que sucedía—. Nunca fuimos informados…

—Alguacil —lo interrumpió el juez—. Le ruego ordenarles a los

miembros del jurado que se retiren del estrado mientras resolvemos esta moción. —Sus ojos orbitaron hacia un costado y miró con recelo a los periodistas que no dejaban de transmitir—. Ustedes, apaguen sus equipos y salgan de la sala... ¡Es una orden!

Landon suspiró profundo y esperó paciente a que los doce justicieros y la prensa desocupasen sus puestos.

—Ahora sí, abogada Morgan —retomó Landon la discusión—, ¿sería tan amable de explicarnos de qué se trata todo esto?

—Por supuesto, su señoría —le contestó con una serenidad que desde hacía semanas no mostraba—. Ayer en la noche logramos identificar a dos testigos que no fueron considerados en la investigación inicial y que por el conocimiento que tienen sobre el caso podrían resultar esenciales para determinar la verdad absoluta de los hechos aquí discutidos.

—Señor juez —refutó Cohen, preocupado—, estamos claros en que tanto el Estado como la defensa tenemos la obligación continua de divulgar cualquier nueva evidencia que no haya sido considerada en la etapa preliminar, pero esa obligación no puede extenderse al punto de permitirle al Estado introducir nuevos testigos producto de su propia ineficiencia. Es evidente que con esta moción el Estado está tratando de corregir una investigación mediocre…

—Por el contrario —lo interrumpió Morgan—. Los dos testigos que pretendemos ofrecer debieron ser identificados desde un inicio por la propia defensa y estamos convencidos de que se trata de una maniobra para ocultar sus identidades y el contenido de sus testimonios.

—No hemos ocultado a ningún testigo —clamó Cohen, irritado—. ¡Mi cliente reconoció cometer los asesinatos…!

—Tranquilícese, abogado —le ordenó Landon—. Permítame escuchar el fundamento completo del Estado y después tomaré una decisión.

—Como le decía —continuó la fiscal Morgan—, el Estado propone llamar como nuevos testigos al señor Bobby Parker y al señor Joseph Pereira.

Timothy McLaren palideció como si hubiese visto al rostro de la muerte. En una reacción instintiva, se cubrió la boca con su mano y, avergonzado, bajó por completo la frente. A Daniel Cohen le bastó una mirada para saber que algo terrible estaba por suceder.

—El señor Bobby Parker fue el jefe de Timothy McLaren en el puerto de Nueva Orleans —continuó Morgan, sabiendo que al fin lograba acorralarlo—. Fue la segunda persona que estuvo con el imputado después del doble asesinato y, dentro del protocolo de seguridad que mantiene el puerto, ese mismo día se le practicó una prueba de orina para detectar drogas… —Esta vez sus ojos

resplandecieron—. Tal y como lo demostraremos, la prueba salió negativa.

Cohen no podía creer lo que escuchaba y buscó en el rostro cadavérico de su cliente una explicación que ni siquiera se asomaba.

—Joseph Pereira es vecino del imputado —apuntó Morgan para terminar de desplomarlo—. Durante varios años el señor Pereira le sirvió de testaferro al imputado y, a cambio de una donación para su iglesia, le facilitaba muestras de orina no contaminadas para que nadie se enterara de su adicción.

Después de cuarenta años de servicio, Robert Landon creía que ya conocía todo lo que un juez podía experimentar durante un juicio, pero la revelación de la fiscal le hizo recordar que todos los días se podía aprender algo nuevo. Se quitó las gafas, se recostó sobre el respaldar de su silla y con cara de sorpresa e incertidumbre le dijo a Cohen:

—Abogado, ¿desea argumentar algo?

—Su señoría… —titubeó Cohen mientras percibía el latido acelerado de su corazón y reconocía que no existía posibilidad alguna de desestimar la moción—. Le solicito un receso para que la defensa pueda entrevistar a los testigos y preparar los interrogatorios de descargo.

—Por supuesto —recalcó Landon—. Se ordena un receso de tres días…

«De regreso al infierno», pensó Cohen, cabizbajo, mientras escuchaba el mazo del juez retumbar en sus oídos.

Para cuando Cohen ingresó al pequeño cuarto, Timothy balbuceaba una veintena de palabras contradictorias y golpeaba su cabeza en forma repetida contra la mesa de metal que tenía enfrente. El muchacho, que ni siquiera levantó su mirada cuando escuchó el portazo, sabía que le habían provocado una herida de muerte. En ese momento visualizaba en su mente el frasquito, el lugar donde durante tantos años lo escondió, la tapa roja y esa fraudulenta sustancia biliosa y amarillenta. También pensó en su vecino Joseph Pereira o Pepe, como lo llamaban en el barrio, en la docena de pasajes bíblicos que le sermoneó cuando lo miró por primera vez, en su impecable traje y en la pequeña Biblia que casi siempre sostenía en su mano derecha. «Soy un imbécil», se reprochó una y otra vez en silencio. Daniel Cohen se quitó el saco, se aflojó el nudo de la corbata, se arrolló las mangas de la camisa y, tratando de controlar la ira, caminó silencioso por el reducido espacio. No hubo forma de aplacar la rabia, y en un descontrol absoluto tomó la silla en la que se sentó tantas otras veces y la reventó contra la pared.

—¿Me puedes decir qué putas fue lo que acaba de suceder? —le increpó Cohen al tiempo que lo tiraba de la mandíbula para que lo

mirara a los ojos. Timothy volteó su rostro y se mantuvo silente, petrificado—. ¡Contéstame! —demandó, sacudiéndolo una y otra vez.

—¿Qué quiere que le diga? —murmuró con un tono casi imperceptible.

—La verdad… —le contestó Cohen, hiperventilado—. La puta verdad…, la misma verdad que me prometiste desde la primera vez que hablamos…

—Lo siento, abogado —lo confrontó Timothy con lágrimas en sus ojos—. Ni siquiera me acordaba de ello, ¿sabe?

—¡No! —le gritó Cohen—. No lo sé. No sé una mierda de tu maldita vida, de tus mentiras, de tus engaños… No sé nada de tu existencia falsa, de tu memoria escurridiza, de tus historias inventadas… No sé absolutamente nada de ti. ¿Acaso no te advertí que entre nosotros no podían existir secretos? —golpeó con sus nudillos la mesa—. Dime la verdad, maldita sea.

—¿Quiere saber la verdad? —preguntó el muchacho, angustiado.

—Demando saber la verdad —le respondió Cohen, que poco le faltó para golpearlo a puño cerrado.

—La verdad es simple, abogado —dijo Timothy con desgana—. Soy un maldito drogadicto que lleva años tratando de tapar el sol con un dedo. Esa noche me drogué hasta más no poder y es posible que matara a esas dos personas. Estoy enfermo de la cabeza y del espíritu, ¿sabe...? Jamás pensé que Parker o Pepe fuesen importantes y me olvidé por completo de ellos…

—¡¿Se te olvidó?!... —exclamó Cohen contrariado—. ¿Cuántas cosas más se te han olvidado? No se puede andar por la vida excusándose con la cantaleta de que todo se te olvida...

—¿Alguna vez ha mentido? —lo interrumpió el muchacho con una pregunta sincera.

—Muchas veces —le admitió aún ofuscado el abogado.

—Nunca terminé la secundaria, ¿sabe? —reconoció Timothy, humillado—. Las únicas dos cosas buenas que me han sucedido en la vida han sido Andrea y mi trabajo —suspiró profundo—. Siempre nos hacían exámenes aleatorios de orina y todo lo que tenía en la vida dependía de ese puesto en el puerto, ¿sabe? No quería perder la única fuente de ingresos que tenía... ¿La verdad? —se preguntó en voz alta —. Hice lo que tenía que hacer para no perder mi trabajo y me terminé creyendo mis propias mentiras… La verdad es que engañé con exámenes falsos a mi jefe durante años… La verdad es que Pepe me daba su orina para no ser detectado… La verdad es que pude haber matado a esas dos personas y, por más estúpido que parezca, sigo sin recordar lo que pasó esa noche…

—¡Me cago en tu alma, infeliz! —le recriminó Cohen, violento—. ¿Acaso no te das cuenta de que pude haber ganado este caso?

—¿Eso es lo que de verdad le importa? —preguntó, decepcionado—. ¿Ganar el caso? Pensé que era mi vida lo que estaba en juego…

A Cohen se le hizo un nudo en la garganta y ese ímpetu que tanto lo agobiaba se disipó como la ola que arremete furiosa contra la costa.

—Lo único que me ha importado desde el primer día es salvarte el pellejo —rectificó un tanto avergonzado. Tomó la silla, la colocó a su lado y un poco menos atribulado se sentó junto a él—. Esto lo cambia todo… ¿Lo entiendes?

—Por supuesto que lo entiendo —le contestó Timothy, tratando de restregarse sus ojos irritados—. Sé que voy a terminar envenenado como un perro rabioso… No fui honesto con usted, conmigo, con nadie… y si no quiere seguir representándome, lo entiendo, ¿sabe? —reconoció en su desolada realidad—. No merezco siquiera el tiempo que me ha dado.

—Nunca he abandonado a ninguno de mis clientes —le reafirmó Cohen con una mueca en la boca que no auguraba nada bueno—. La parte más oscura de la noche es justo antes de que amanezca —suspiró—. Tenemos que buscarle una salida a esto.

—¿Cómo?

—No tengo la menor idea —le confesó Cohen.

—Gracias, abogado —le dijo Timothy, ahora en un llanto desconsolado.

CAPÍTULO 35

Madeleine Thomas le escribía un nuevo mensaje de texto al teniente Turner. En el momento preciso en que el juez Robert Landon declaró el receso, ella le enviaba por quinceava vez otro recado digital y aún no recibía respuesta a ninguno de ellos. «Debe tener un día complicado», pensó mientras tecleaba las letras de su teléfono una vez más y le dejaba saber cuánto lo extrañaba: «Tenemos unos días libres... ¡escapémonos a un lugar bien romántico...! Te amo». Luego miró el tumulto que se formó en la sala de juicios y, como si tuviese todo planificado, le marcó a su asistente Eric.

—Lo siento, jefa —le dijo el muchacho, pensando que enseguida vendría la reprimenda—. Se nos ha pasado por alto…

—¿De qué hablas, Eric? —lo interrumpió ella.

Eric aún no lo sabía, pero después de muchos años Madeleine lograba desprenderse de su odioso control desenfrenado y ahora manejaba su ímpetu en una forma que resultaba irreconocible.

—De los dos nuevos testigos —le contestó él, extrañado—. Entrevistamos a su jefe en cinco ocasiones y nunca salió a relucir el tema de los exámenes de orina… y su vecino Pepe era un total desconocido hasta hace unos minutos…

—Tranquilo, Eric —le dijo ella con un desinterés total—, estoy segura de que en las próximas horas vamos a saber un poco más de estos dos individuos... —Revisó de nuevo si recibía una respuesta de Turner—. Esta vez vamos a dejar que la justicia determine el destino final del caso...

«Se ha vuelto loca», pensó él, sorprendido.

—Eric —retomó Madeleine la conversación—, me voy a tomar dos días libres y quiero dejarte a cargo de todo —le dijo con firmeza, como en los viejos tiempos—. A menos que sea un asunto de vida o muerte, no quiero recibir un solo correo, una llamada, un texto… ¡Nada!

—Jefa —intervino él con mil preguntas en su cabeza—, ¿asumo que al menos nos va a dejar saber en dónde localizarla?

—Te acabo de dar una orden y ya me estás fastidiando... —reclamó ella de inmediato—. Si me necesitan, voy a contestarles…, pero te recomiendo que me dejen en paz un par de días… ¡Necesito un descanso!

—Con gusto… —alcanzó a decirle antes de que le colgase.

Para cuando Madeleine logró llegar a la oficina del teniente Turner, este aún no le contestaba uno solo de los mensajes y la intriga ya empezaba a apoderarse de ella. Dwight recibía una llamada y con cara de pocos amigos escribía afanado en su pequeña libreta. Ella se sentó al frente y con esos ojos de enamorada que irradiaban erráticos, lo miró, aturdida. No entendía nada de lo que sucedía y esperó como tonta una sonrisa que se rehusaba a salir de su escondrijo.

—Te he mandado mensajes toda la mañana —le reclamó ella justo después de que él colgase el teléfono.

—Me he quedado sin batería —le dijo él con desgana y sin siquiera mirarla a los ojos.

—¿Supiste que el juez Landon ha dado tres días de receso? —le preguntó enseguida, presintiendo por primera vez que algo no andaba bien.

—Me interesa una mierda lo que pase con ese maldito caso —se exasperó Turner con un fuerte golpe sobre su mesa.

—¿Me he perdido algo? —le cuestionó ella, sorprendida.

—No —le contestó con su rostro enfurecido—. El que se perdió del todo fui yo…

—No entiendo por qué estás enojado.

—¿No lo entiendes? —le contestó Turner mientras se sentaba en el borde de la mesa, a escasos centímetros de ella—. Déjame ver cómo encuentro las palabras correctas. —Esta vez suspiró apretando con fuerza los puños—. Nunca me equivoco con la primera impresión que me provoca la gente, y la primera vez que te vi supe en un instante que eras una engreída manipuladora…

—¿De qué hablas?, ¡maldita sea! —lo interrumpió Madeleine, ya molesta con el tono.

Turner le acarició con suavidad la mejilla derecha, percibió sus delicados cabellos con las yemas de sus dedos y se le acercó al oído como si le fuese a susurrar un poema de amor.

—De tu maldito teatro con Daniel Cohen —le reveló con una suavidad de voz casi imperceptible—. Lo sé todo… Sé que tú fuiste la que dio la orden de contratarlo, sé cuánto le pagaste, sé que hasta negociaste un bono para él si lograba alargar el juicio… —Sus ojos se humedecieron de dolor—. Sé que no eres más que una farsa.

Madeleine quedó perpleja, destrozada.

—Dwight, las cosas no son como crees… —le dijo con dulzura al tiempo que trataba de tomarle la misma mano que aún rozaba su rostro.

—De eso estoy seguro… —le dijo él con cinismo.

—¿Me vas a permitir explicarte? —interrumpió ella mientras Turner empezaba a echar algunas cosas en la mochila que estaba en el suelo.

—Tienes un minuto —dijo, indiferente.

—Todo lo que dices es cierto —confesó ella, desesperada—. Así es como hemos venido trabajando durante años, pero precisamente ayer dejé libre a Cohen… No quiero seguir llevando mi profesión de esta forma y créeme que me arrepiento por haber manipulado a los televidentes, al sistema, a todos los que alguna vez han creído en mí. Te lo ruego, Dwight —imploró como un condenado frente al pelotón de fusilamiento—, no permitas que esto afecte lo que juntos hemos encontrado…

—Te voy a dar dos alternativas —le dijo él, impasible—. Si sales por esa puerta y me prometes no volver a cruzarte en mi camino, no haré nada en tu contra, pero si sigues… Si sigues, te lo juro por la memoria de mi hijo que te hago arrestar por la docena de crímenes que has cometido en contra del Estado, en contra de la fe pública, en contra de la libertad de expresión…

—Estás cometiendo un error, Dwight —se arrodilló ella de frente y le tomó sus manos.

—El único error que cometí fue haberte dado ese primer beso. —Hizo una pausa al tiempo que tensaba sus músculos para desprenderse de ella—. Nunca en mi vida debí abrirte el corazón…Me hiciste creer por un instante que se podía amar de nuevo… Qué ironía, ¿no…? Apuesto a que jugabas con mis sentimientos como si fuese una pieza más de ese rompecabezas que manejas en tu cabeza enferma.

—Te lo juro que nunca jugué con tus sentimientos —le confesó ella con un grito de desesperación que le salió del alma—, Dwight, te lo ruego…

—¿Sabes una cosa, Madeleine? —le preguntó insensible al drama que vivían—. Nunca debiste regresar a esta ciudad… —Tomó la mochila, el chaleco antibalas que colgaba del perchero, y con la voz entrecortada le dijo—: En mi corazón no queda recuerdo alguno de lo que vivimos.

Madeleine lo vio marcharse sin poder hacer nada para detenerlo. En su llanto descontrolado recordó el sabor dulce de ese primer beso, sus suaves manos que con mil caricias recorrieron la sensibilidad inexplorada de su piel desnuda, el olor exquisito que emanaba de su aliento y el abrazo cálido que unía sus pechos con los de él. Luego rememoró la violación, el dolor, la sangre caliente recorriendo sus

muslos, el desgarre infernal y la deshonra. Su mente era un torbellino de buenos y malos recuerdos, un volcán a punto de lanzar su furia por los aires. Entonces pensó en el arzobispo Murphy, en su padre, en el macabro plan que juntos idearon, en el embarazo forzado, en la muerte prematura de ese bastardo que nunca deseó y, al igual que cuando era tan solo una jovencita, huyó de nuevo con la intención de no regresar jamás.

CAPÍTULO 36

A pesar de que mis ojos estaban tan cerrados como una caja fuerte, escuchaba a la perfección cada una de las palabras que salían de su boca. En un principio pensé que me hablaba desde ese televisor, como siempre lo hacía, pero después de escucharla por unos minutos noté una particularidad en el tono de su voz. Todavía me mantenían sedada la mayor parte del tiempo y me sentía como una extraña en mi propio cuerpo. No te miento al decirte que ya no reconocía la diferencia entre el día y la noche, y en esa confusión en que vivía se me dificultaba separar los sueños de la realidad. Ella me hablaba de su tragedia, del egoísmo con el que vivió durante tantos años, de su alterada carrera profesional, de las farsas, del descarado juego de las manipulaciones y, sobre todo, del único amor que alguna vez conoció y que ahora se le escapaba de las manos como un pez resbaladizo. En un principio pensé que se trataba de una de las tantas pesadillas que sufría desde el día en que desperté de aquel coma eterno que durante semanas me tuvo postrada en la cama de este hospital, y de no haber sido por las lágrimas que caían como una cascada sobre el dorso de mi mano derecha, jamás hubiese intentado abrir mis ojos. Para cuando pude enfocar las imágenes borrosas, Madeleine se sentaba al borde de la cama llorando desesperada. Noté que yo ya no llevaba tubos en mi boca y, aunque intenté decir algunas palabras, la voz quedó enmarañada en el laberinto de mis cuerdas vocales. No fue hasta después de toser con fuerza un par de veces que pude articular algunas tonalidades gangosas.

— ¿Ya puedo recibir visitas? —le pregunté, asombrada de verla frente a mí, en carne y hueso.

—No —me respondió ella con sus ojos enrojecidos del lloriqueo y con una media sonrisa que no resultaba suficiente para ocultar el sufrimiento—. Las enfermeras me han visto tan alterada que han hecho la vista gorda y me han dejado pasar a verte por unos

minutos… —suspiró, restregándose con fuerza los párpados—. De todas formas, dicen que en algunos días los doctores permitirán visitas.

—Me alegra que seas la primera… —le dije, sabiendo que era muy poco lo que podía hacer para reconfortarla.

—Te ves hermosa —me interrumpió Madeleine con una mentira bondadosa—, has perdido peso y esos ojos bellos que siempre has tenido se te ven enormes.

¿Alguna vez has ido a visitar a una persona después de haber estado internada por más de un mes en el hospital? Yo sí, y te puedo asegurar que no existe forma alguna en la que un ser humano pueda mejorar su apariencia física rodeado de antibióticos, sondas, vías intravenosas y un puñado de vecinos que cierran a diario sus ojos sin saber si verán de nuevo la luz del día. Era evidente que me mentía, pero con la debilidad que sentía y lo difícil que se me hacía pronunciar las palabras, le seguí el juego y le hice creer que lo que me decía tenía algo de sentido.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté, cambiando por completo el tema—. He escuchado todo lo que me has dicho.

—Voy a regresar a Chicago —me confesó ella sin siquiera pensarlo dos veces.

Aún no sé si lo que hice a continuación fue una mezcla de los infortunios que me venían acechando en las últimas semanas o si por fin empezaba a entender las razones de toda una vida llena de complicaciones. Por primera vez en muchos años, no le contesté de inmediato y escogí con mucho cuidado lo que le diría.

—No puedes seguir huyendo de tu pasado —le dije, tomándole sus suaves manos—. No hay lugar en el mundo en el que te puedas resguardar de tus malos recuerdos… Y si te vuelves a ir, lo único que vas a lograr es dejar en suspenso ese dolor que llevas en tu alma —suspiré, sintiendo su dolor en mi corazón—. Ya va siendo hora de que las dos confrontemos nuestros pecados y asumamos el destino que nos ha tocado vivir.

—Lo único que me queda aquí eres tú… —me respondió Madeleine, reconociendo con su mirada furtiva que mis días estaban contados y que era muy poco lo que podía hacer por mí.

—¿Lo amas? —la interrumpí.

—Como nunca he querido a un hombre.

—Entonces, esa es la razón que tienes para no salir huyendo de nuevo.

—¿No escuchaste una sola palabra de lo que te dije? No quiere saber nada de mí… Estoy muerta para él —sollozó.

—Nunca es tarde para intentarlo de nuevo —le recordé, sintiendo un vacío de aire en mis pulmones—. La única persona que puede

alejarte de tus sueños eres tú misma… —Me detuve unos segundos sabiendo que no solo le hablaba a ella, sino también a mí—. ¿Acaso sabes qué hubiera sucedido con tu vida sin esa violación, sin la terquedad del obispo Murphy, sin la noche en que le dejaste de hablar a tu padre, si no hubieses abandonado la casa que te vio nacer? No sabes nada —le contesté con mi propia voz—. ¿Te das cuenta de que por haber huido siempre de tus problemas, puede ser que ahora estés viviendo una vida que en realidad no te tocaba vivir? No le des más la espalda a la vida… Lleva muchos años retándonos para que la enfrentemos tal cual y como viene.

Es increíble, pero los pensamientos que en ocasiones logramos extraer de nuestras mentes no son más que las propias verdades que durante años nos hemos rehusado a escuchar. En ese momento anhelé recuperar mis piernas, bajarme de esa cama que tanto odiaba, salir corriendo, buscar a mi hija Natalie, a Charles, y decirles de frente que podían amarse, que fui injusta con ellos, con la vida, con mi egoísmo, con todo. Créeme que hice el intento, pero no hubo un gramo del cuerpo que me respondiese, y en un insípido instante comprendí que por ahora eso sería imposible.

—¿Qué debo hacer? —me interrumpió la inspiración con una pregunta.

—¿Qué debes hacer? —le volví a preguntar, reconociendo que las dos llevábamos sobre nuestras espaldas vidas paralelas—. Lo primero es perdonarte a ti misma. Reconoce tus faltas, tu soberbia, y perdónate por ello… Sin eso no podrás llegar a nada. Luego sal a buscarlo, enfréntalo con amor, reconócele tus debilidades, tus temores. No te justifiques. Enséñale tu corazón desnudo, la verdad de tus ojos y trata de reconquistarlo.

—Eso ya lo hice —me advirtió Madeleine, algo desmotivada.

—Pues debes hacerlo mejor esta vez… Tienes que morir en el intento.

—No sé si tengo la fuerza para hacerlo —me reconoció, temerosa.

—¿Recuerdas el *punching bag* que hiciste colgar en el viejo establo? —le pregunté, sabiendo de antemano la respuesta.

—Por supuesto que lo recuerdo —me contestó ella, esta vez con una sonrisa sincera—. Aún tengo uno en casa.

—¿Y todavía te sangran los nudillos de las manos?

—No —me respondió con una leve carcajada—, ahora me protejo las manos con esparadrapo.

—Exacto —le dije como cuando era tan solo una niña—. Durante años has cubierto tu vida con esparadrapos. Quítatelos, déjalas al descubierto y dale a esa bolsa de remordimientos con las manos peladas. Deja que tu piel sangre de nuevo, siente el ardor, el dolor de la piel rasgada, el agotamiento… Y cuando sientas que no puedes más,

golpéala otra vez. Entonces sabrás que has hecho tu mejor intento...

No sabía si mis palabras harían eco en su conciencia y, agotada del esfuerzo por devolverle la confianza, respiré profundo, intenté recuperar mi escaso aliento y la miré con la misma ternura con la que la vi la primera vez que la tuve en mis brazos.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó ella un tanto más entusiasmada—. Nunca extrañé a mi madre. Siempre me hiciste sentir acompañada y eres lo mejor que me ha pasado en la vida —se acercó y me besó la frente—. D-os ha sido más que generoso conmigo.

No hubo necesidad de decir una palabra más y supe de inmediato que su corazón empezaba a renacer de nuevo. Sin pensarlo tomó su cartera, sacó el celular y marcó esperando con ansiedad a que Dwight le contestase. El timbre sonó una, dos, tres veces. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo, con desespero, soñando con escuchar su voz, y justo cuando se disponía a dejar todo para otro momento, se escuchó lo que ambas esperábamos oír con tanto anhelo:

—Aló.

—¿Quién es? —preguntó Madeleine al reconocer que era la voz de otro hombre.

—Es Steven, Madeleine —le dijo él, que esperaba inquieto su llamada.

—Necesito hablar con tu jefe.

—No está.

—¿Dónde lo puedo ubicar?

—Eso es algo que no puedo decirle…

—Steven… —lo interrumpió ella—, sé que eres la mano derecha de Turner, también sé que eres un buen hombre, sé que estás siguiendo órdenes y créeme que te entiendo, pero si tú no me lo dices, te juro por la memoria de mi madre que lo voy a encontrar... Solo te estoy pidiendo que me hagas más fácil el camino.

—Puedo perder mi trabajo —le confesó él.

—Y yo puedo perder al único hombre que he amado en mi vida —le replicó ella.

—¿Le puedo confesar algo?

—Por supuesto.

—Conozco al teniente Turner desde siempre… —le dijo Steven, tembloroso—. Estuve a su lado cuando murió su esposa, le quité a su hijo muerto de entre los brazos… Ese día él perdió la luz de sus ojos y durante años vivió en una oscuridad que ni siquiera puedo imaginar. Pensé que nunca volvería a ser feliz… Y entonces apareció usted. Sus ojos volvieron a brillar, encontró de nuevo la luz y lo he visto sonreírle a la vida. —El suspiro que tomó se escuchó con intensidad—. Prefiero perder mi puesto que verlo sufrir como antes. Está en Jean Lafitte, Luisiana. Es un pueblo pequeño al sur de Nueva Orleans, justo

donde empiezan los pantanos. Hubo un asesinato y la policía del lugar es casi inexistente… Turner los está ayudando.

—Mil gracias, Steven —le dijo Madeleine, reconociendo la lealtad de un buen amigo.

—No me agradezca, señora… Reconquístelo.

CAPÍTULO 37

Jean y Pierre Laffite vivieron la mayor parte de sus vidas como dos delincuentes. Cuando en 1803 la joven nación estadounidense le compró a Francia las tierras de Luisiana, los hermanos Laffite encontraron en esos fangosos pantanos el espacio perfecto para establecer uno de los imperios de piratería y contrabando más importantes en todo el sur de la unión. Pierre, el mayor de los dos hermanos, se incorporó a la sociedad de Nueva Orleans y desde allí, sin revelar sus intenciones, obtenía la información que luego Jean utilizaba para saquear los pequeños poblados en las islas del Caribe y en el Atlántico mexicano. Pronto se hicieron de un pequeño ejército de mercenarios y de una fortuna que consolidaron con las especias, el azúcar, los rones y los miles de esclavos que mercadeaban a punta de bayonetas, cañonazos y poblaciones aterrorizadas que nada podían hacer para detenerlos. No pasó mucho tiempo para que el menor de los dos hermanos se convirtiera en toda una leyenda y, a pesar de que durante años su cabeza tuvo precio y fue considerado como uno de los hombres más peligrosos de su época, un golpe de suerte terminaría transformándolo de un simple bandido a un héroe nacional. Todo se inició el primero de diciembre de 1814. El general Andrew Jackson —que años después terminaría asumiendo como el séptimo presidente de los Estados Unidos—, se alistaba para defender a la ciudad de Nueva Orleans ante el inminente asalto de la gigantesca flota naval de Gran Bretaña, y tras valorar sus recursos humanos, entendió de inmediato que no tenía defensas para contrarrestar el ataque. Con unos mil soldados mal entrenados y tan solo dos barcos a su disposición, no tuvo otra opción que solicitarle ayuda al pirata Jean Lafitte. Después de una corta reunión, Laffite accedió a unirse en la batalla a cambio de que él, su hermano y todos sus hombres obtuviesen el perdón del Gobierno. Fue así como a finales de diciembre de ese año y en una de las hazañas más extraordinarias en

la historia militar de los Estados Unidos, el general Jackson, con la ayuda de Laffite y sus leales seguidores, obtuvieron la victoria de lo que luego se conoció como la Batalla de New Orleans. En febrero de 1815 el Gobierno cumplió con su palabra y no solo les otorgó el perdón, sino que además los condecoró por su valentía y dedicación. Nunca, ni en sus mejores sueños, el temible pirata llegó a visualizar que en algún momento y en algún lugar una ciudad de los Estados Unidos llevaría su nombre.

El pequeño suburbio de Jean Lafitte nació en 1974 rodeado de canales pantanosos, lagartos y una población predominantemente blanca que mantenía sus tradiciones culturales al pie de la letra. Los que tenían la dicha de visitarla se llevaban un puñado de buenos recuerdos, comidas exóticas cargadas de cajún y esa sensación de que aún existían pequeños poblados en donde el tiempo se detenía. A tan solo media hora de la ciudad de Nueva Orleans, sus poco menos de dos mil habitantes ya estaban acostumbrados a conocer el significado de la palabra «uno». Salvo un par de iglesias, en el pueblo solo existía un camino para entrar y un camino para salir, una escuela, un ayuntamiento, una clínica de salud y un jefe de Policía. Con uno de todo era más que suficiente y en esa individualidad se encontraba el toque extraordinario de una villa que a todas luces parecía mágica. A Madeleine Thomas no le tomó mucho esfuerzo ubicar la pequeña estación de Policía y, salvo el frenazo que tuvo que meter justo cuando un gigantesco cocodrilo cruzaba la calle como si fuese otro peatón más, el viaje hubiese resultado inadvertido. Para cuando ella ingresó a la pequeña comisaría, Frank Watters, quien tenía más de veinticinco años de ser el alguacil de la ciudad, se atragantaba con su platillo favorito: un puñado de ancas de rana fritas, con tanta carne que daban la impresión de ser enormes muslos de pollo. Al viejo no le tomó mucho tiempo reconocerla y con su boca a medio llenar le dijo:

—Señora Thomas, que honor tenerla por acá —aprovecho para limpiarse sus manos llenas de grasa con las hojas de un viejo periódico que tenía enfrente—. Yo soy el alguacil Watters, pero aquí todo el mundo me llama Frankie —le dijo, ofreciéndole su mano derecha.

—Mucho gusto, alguacil… —respondió ella antes de ser interrumpida.

—No recuerdo la última vez que esta ciudad tuvo un asesinato —le dijo Frankie sin soltarle aún su mano—, y lo que menos quiero es que en las noticias se arme todo un escándalo por lo que ocurrió hoy… Dependemos del turismo y si la gente piensa que este es un lugar peligroso no vendrán a visitarnos…

—No vine a cubrir el asesinato —trató de decirle ella.

—No vaya a creer que aquí no hay crimen —la ignoró por completo—. Sí lo tenemos, pero son cosas pequeñas y por lo general

las resolvemos entre nosotros mismos. De vez en cuando tenemos uno que otro ladronzuelo y después de media hora sabemos quiénes fueron —le reafirmó con orgullo—. Frankie los visita, les da una fuerte regañada, un par de nalgadas y antes de que termine el día devuelven lo que se llevaron… En veinticinco años solo he enviado a la cárcel a un puñado de malhechores…

—Señor Watters —Madeleine trató de interrumpirlo de nuevo—, de verdad que no vine a…

—¿Quiere ver lo que le hicieron al tío Joe? —preguntó él como si se tratara de un monólogo.

Madeleine entendió de inmediato que no iba a poder preguntarle por Dwight sin antes recibir un bombardeo de sus anécdotas pueblerinas.

—¿Tío Joe? —le siguió el juego.

—¡Sí! —contestó Frankie, algo extrañado—, la víctima de su reportaje. Era un buen hombre… Nunca le hizo daño a nadie… Es lamentable cómo lo mataron —suspiró al tiempo que abría la puerta de un pequeño cuarto. Sobre la mesa se observaba el cuerpo de un hombre grande cubierto por una enorme sábana blanca. Frankie dio un par de pasos y descubrió el rostro despedazado del tío Joe—. Lo mataron a golpes. Nunca vi algo así en toda mi vida.

—Es imposible desfigurarle el rostro a una persona a punta de golpes —apuntó Madeleine, que esquivaba su mirada ante la horrorosa imagen.

—El tío Joe era el propietario del único abastecedor del pueblo —intervino Frankie—. Vendía todo lo que se consume en esta ciudad… Carne, frijoles, legumbres, enlatados, leños de madera para las hogueras… Le reventaron el cráneo y el rostro con uno de esos leños —dijo tomando la pieza de madera aún ensangrentada—. Nos criamos juntos… —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es terrible —lo reconfortó Madeleine con un apretón mientras que con su otra mano volvía a cubrir el rostro de la víctima—. ¿Ya tienen identificado a algún sospechoso?

—Mi gente es incapaz de hacer algo así —afirmó Frankie, molesto, al igual que el cura defendiendo a su parroquia—. Nadie en Jean Lafitte pudo cometer esta barbarie… No sabemos quién lo hizo, pero le garantizo que no es de aquí. Por ser un pueblo tan pequeño y aislado, hemos tenido la desdicha de que muchos asesinos nos terminan usando de escondite para evadir la justicia; al tío Joe lo mató uno de esos foráneos desquiciados.

—Espero que lo encuentren —dijo Madeleine, sintiendo la frustración del alguacil.

—Es difícil que eso suceda —le respondió—. Estamos rodeados de cientos de kilómetros de pantanos y esconderse en estos humedales es

más fácil de lo que parece… Este es el lugar perfecto para asesinar a alguien y desaparecer.

—Quizás lo logren —le sugirió Madeleine, sabiendo que sería más sencillo encontrar una aguja en el pajar.

—Quizás —susurró Frankie, desanimado—. No quiero ser grosero con usted, señora, pero debo llevar el cuerpo a la medicatura forense en Nueva Orleans… Me están esperando.

—Tranquilo, alguacil —dijo ella, algo aliviada de no tener que seguir escuchándolo—. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto.

—Necesito ubicar al teniente Turner, ¿sabe usted de casualidad dónde lo puedo encontrar?

—En el abastecedor del tío Joe —reconoció Frankie de inmediato —. Se quedó con mi asistente valorando la escena del crimen…

—¿Me regala la dirección?, por favor —pidió ella, inocente.

—En Jean Lafitte no existen las direcciones —contestó él con media sonrisa—. Ochocientos metros derecho —señaló con su mano apuntando al sur—, a mano izquierda… Hay un pequeño rótulo…

—Tío Joe’s —completó Madeleine la oración.

—¿Ve qué sencillo? —concluyó Frankie—. Tan solo lleva quince minutos en el pueblo y ya va entendiendo nuestras costumbres.

CAPÍTULO 38

El corto camino al abastecedor fue tan tortuoso como la procesión de un condenado a muerte. Madeleine practicaba en voz alta las palabras que le diría a Dwight y con los ojos abiertos a más no poder, soñaba con ese perdón que tanto anhelaba, con las manos entrelazadas y con ese beso de reconciliación que saboreaba con anticipo en sus labios. Se aparcó justo enfrente de la puerta principal y sin traspasar la cinta amarilla que bordeaba todo el establecimiento, caminó en sus alrededores esperando encontrar el Ford Crown Victoria que Turner solía conducir. Por más que lo intentó no logró divisarlo y en el instante en que notó que sus pies se empapaban con el agua verdosa del pantano que colindaba con la propiedad, sintió como los dedos de una mano le tocaban el hombro una y otra vez.

—¿Qué busca, señora? —le dijo la extraña voz—. ¿Acaso no vio las cintas? Está ingresando a una zona en proceso de investigación…

—¡Santo cielo! —se exasperó Madeleine, que del susto terminó por hundir sus pies hasta las rodillas en el humedal mientras volteaba aterrada su cara.

—No sabe cuánto lo siento —dijo el joven policía que de inmediato la reconoció y le dio una mano para que saliera del fango —. Usted es la reportera de, de, de… *Se buscan; vivos o muertos*, ¿no?

—Mucho gusto… Madeleine Thomas —le contestó—. Frankie me dijo que viniera.

—Yo soy Harold Flynn —articuló nervioso el muchacho al tiempo que se quitaba su sombrero policial y lo colocaba junto a su pecho en señal de respeto—. Si voy a salir en la televisión me gustaría afeitarme… Con las carreras del homicidio, en la mañana no tuve tiempo…

—Nadie va a salir en la televisión —lo interrumpió ella—. No vine aquí a cubrir el asesinato, estoy buscando al teniente Turner —dijo mientras se quitaba los zapatos mojados.

—El teniente no está —le contestó Harold, algo decepcionado de que ya no saldría en el famoso noticiero.

—¿Cómo que no está? —reclamo ella.

—Dijo que tenía que seguir una pista y se fue.

—¿Hace cuánto?

—Unas tres horas —le contestó Harold viendo su viejo reloj de pulsera.

Para esas alturas ya Madeleine estaba exhausta y en su desesperación no podía alargar un minuto más el reencuentro. Decepcionada, bajó su cabeza, miró sus pies descalzos y buscó dentro de su cartera el celular.

—Aquí no llega la señal —le adelantó el muchacho antes de que se llevase la sorpresa.

—¿Y cómo se comunican? —indagó ella, incrédula.

—Con señales de humo —chisteó el muchacho sin obtener ninguna reacción a cambio—. Disculpe —le dijo al ver su seriedad—, usamos la radio.

—¿Le dijo cuánto se demoraría? —preguntó Madeleine, esta vez con una sonrisa en su rostro.

—Ni idea —le respondió él—, pero no creo que tarde mucho… La noche está por caer. ¿Quiere ver lo que sucedió adentro?

Madeleine no tenía ganas de iniciar una nueva investigación y en su mente solo pensaba en una cosa: cómo reconquistarlo. Miró al muchacho que con los ojos cargados de ilusión esperaba ansioso una respuesta positiva y sabiendo que no podía hacer cosa distinta que esperar, le aceptó agradecida la propuesta. Tan solo tuvieron que dar unos cuantos pasos para tropezar con los primeros rastros de la macabra evidencia. Ahí, en el piso, junto a la caja registradora, un pequeño charco de sangre ya reseco saltaba a la vista.

—Trate de no pisarlo —le advirtió Harold, que con su linterna alumbraba pequeños fragmentos del cráneo—. En un inicio pensamos que se trató de un ladronzuelo que quiso robar el dinero, pero la caja registradora nunca fue abierta… El maldito no se llevó ni un centavo. Es evidente que el asesino tomó desprevenido al tío Joe y lo primero que hizo fue partirle la cabeza en mil pedazos… —Respiró profundo tratando de no dejar de lado ningún detalle—. Si se fija, salvo el manchón de sangre, en la parte frontal del abastecedor no hubo ningún tumulto, no hay signos de resistencia, productos desacomodados… Todo está en su lugar… Es como si no hubiese pasado nada.

«No tiene sentido», pensó Madeleine, sin poder resistirse a cuestionar algo que era evidente a simple vista.

—Pasamos un buen tiempo rompiéndonos la cabeza y seguíamos sin entender lo sucedido —continuó Harold mientras cruzaba los

anaqueles y se paraba justo frente a una puerta de metal—. No fue hasta que entramos a la bodega que todo comenzó a calzar. —El muchacho la abrió y fue evidente lo que en realidad pasó—. El tío Joe era un hombre muy ordenado… Jamás hubiese dejado su bodega en este desbarajuste.

La pequeña bodega parecía un campo de batalla. Sobre el piso se apreciaban no menos de veinte botellones de vidrio rotos, latas desperdigadas, costales de arroz a medio abrir que se mezclaban con litros de aceite derramado y el refrigerador de los congelados tumbado sobre un costado. El desorden era apoteósico y Madeleine tuvo que apoyarse sobre una de las paredes para sobrepasar el terraplén de abarrotes que se levantaban desde el suelo como una pequeña montaña.

—El bandido vino en busca de aprovisionamientos —reveló Harold, moviendo su cara hacia los dos lados, incrédulo—. Es evidente que no se llevó la lista de la semana y, si me pregunta a mí, estoy convencido de que robó lo suficiente como para estar atrincherado al menos un par de meses…

—Sigo sin entender —lo interrumpió Madeleine—. El asesino entra caminando por la puerta del frente, se topa al tío Joe, lo mata a sangre fría, cruza la tienda, se mete en la bodega y hace este desastre —suspiró—. ¿Cómo se llevó todo lo que sustrajo?

—Ahí está la trampa, señora, no todo es lo que parece —le contestó Harold, que ahora abría un portón de acero abatible—. ¿Ve este pequeño andén? El tío Joe siempre estacionaba su camioneta roja en reversa para poder cargar y descargar las mercaderías… El maleante conocía bien la rutina y aprovechó la hora del cierre para atacarlo… Cargó la camioneta del tío Joe con todo lo que pudo y salió huyendo con el propio *pick-up*.

—¡Lo que hay que hacer es buscar esa camioneta! —apuntó Madeleine como si Harold y Frankie fuesen un par de novatos que nunca antes persiguieron a alguien.

—Llevamos un par de horas en eso —le respondió él enseguida—. Se nota que usted no conoce bien la zona… Los pantanos se tragan todo, absolutamente todo, y en un par de minutos esa camioneta pudo hundirse para siempre en cualquiera de estos esteros. Si el tipo es un poco astuto, nunca lograremos dar con ella.

A Madeleine poco le importaban la muerte del tío Joe, las teorías idílicas de Harold, las anécdotas de Frankie y todo lo que pudiese pasar en un pueblo como Jean Lafitte. Habiendo puesto en orden sus prioridades, se sentó al borde de ese andén y dejó que sus pantorrillas colgasen relajadas en el aire. De inmediato notó el sol que se ocultaba en el horizonte y se dejó admirar la belleza de un atardecer que parecía salir del lienzo de un impresionista. La noche no tardó en

llegar y con ella la desesperación y angustia de ver que Dwight aún no regresaba. Un par de horas después jugaba con su celular y revisaba una y otra vez esa señal que por ningún lado aparecía. No recordaba lo aburrido que podía resultar estar desconectado del resto de la humanidad y en un intento por entretenerse miró la cámara del teléfono, prendió la luz del *flash* y empezó a enfocar por aquí y por allá. Fue entonces cuando por mera casualidad notó sobre la pantalla un extraño trillo blanco. Aunque en un inicio pensó que no era más que el reflejo de la intensa luz sobre la tierra, la curiosidad la hizo dejarse caer al suelo y, sin entender aún de lo que se trataba, palpó con sus manos una delgada línea de granos de arroz. Caminó uno, dos, tres pasos, medio metro, un metro y el mismo surco de granos de arroz marcaba aún su sutil camino. Se detuvo. Miró hacia los costados y con esa vista de ave de rapiña que siempre tuvo detectó con facilidad las marcas que las llantas de la camioneta dejaron sobre las arenosas tierras húmedas del lugar. «El asesino cargó un costal de arroz roto», pensó al ver el perfecto trazo cubierto con las chispas de arroz que resplandecían con la luz artificial.

—¡Harold! —gritó Madeleine, endemoniada.

—Dígame, señora —le contestó el muchacho que corría con el aire entrecortado.

—¿Qué fue lo último que hizo el teniente Turner antes de marcharse?

—No recuerdo…

—¡Concéntrese, por el amor a D-os! —demandó Madeleine.

—Est…, estab…, estaba parado justo ahí donde está usted —reveló, nervioso.

«Lo sabía, maldita sea, lo sabía… Dwight se fue detrás de esos granos de arroz», se dijo a sí misma al tiempo que encendía su vehículo y se marchaba, impulsiva, sin que Harold supiera de qué demonios estaba hablando.

CAPÍTULO 39

Como si estuviese reviviendo en carne y hueso el cuento de Hansel y Grettel, Madeleine siguió el rastro pensando que, al igual que con las migajas de pan, las partículas de arroz la llevarían de regreso a casa. Durante casi una hora mantuvo su mirada fija sobre el volante, con las luces altas y siguiendo como un perro sabueso esa tímida evidencia delatora. Fue entonces cuando de golpe dejó de percibirla y, aunque en un inicio pensó que sus ojos se habían agotado del esfuerzo, después de caminar unos cuantos pasos sobre un camino de grava polvoriento y lleno de zanjas, comprendió que justo ahí el rastro desaparecía. De inmediato se percató de que no tenía la menor idea de dónde estaba y por primera vez desde que inició la travesía, sintió un extraño temor que le erizó la piel. Estaba rodeada por completo de una densa vegetación, en medio de la nada, con la oscuridad de una noche desoladora y el bullicio perpetuo de un millar de grillos que aullaban como si fuesen lobos a punto de atacar. Cientos de insectos bailoteaban junto a los faros del coche, como si se alimentaran de su brillo, y opacaban de a poco la intensidad de una luz que se perdía entre esa selva virgen e inexplorada. Sintió un miedo atroz y sin pensarlo dos veces se refugió temblorosa dentro del vehículo. Lo primero que hizo fue volver a revisar su celular. La señal se mantenía inexistente y la batería parecía estar consumiendo las últimas centellas de energía. En forma instintiva encendió el motor para darse cuenta de inmediato que el tanque de la gasolina ya marcaba la luz de reserva y, sin más que hacer, entró en un pánico insoslayable. «Santo cielo», vociferó en su desesperación, «estoy indefensa». Respiró profundo tratando de controlar las ansias que le apretujaban los intestinos, y ya menos afligida hizo lo único que se le ocurrió. Tomó el revólver calibre veintidós que desde siempre guardaba en la guantera, se bajó del coche y rogando para que un animal furtivo no la atacara, empezó a caminar en la misma dirección que llevaba antes de perder

la pista. El siguiente kilómetro fue interminable y su piel se llenaba de pequeños sarpullidos rojos gracias a los miles de mosquitos que la devoraban sin clemencia. Justo cuando sintió que sus piernas se desmoronarían sobre el suelo, divisó una pequeña luz que se prendía y apagaba en forma intermitente. Su instinto de sobrevivencia la invitó a salir corriendo, a pedir ayuda, un poco de agua, algo de comer, pero recordó al asesino del tío Joe y optó por acercarse cautelosa, silente y cruzando una tupida maleza que le brindaba cierto camuflaje. Para cuando llegó a estar a escasos metros, entendió que se trataba de una pequeña casa flotante que reposaba en la rivera de un pequeño delta pantanoso y, aunque intentó acercarse con pasos disimulados, con su peso algunas ramas secas sobre el suelo crujieron delatando su presencia. Madeleine permaneció petrificada sin mover un solo músculo de su cuerpo y controlando una respiración ya de por sí acelerada. El peligro era inminente y no tardó mucho en escuchar una docena de pisadas apresuradas que traqueteaban por todas partes. Su corazón palpitó descontrolado y ante el evidente ataque, tomó el revólver, apuntó directo a las sombras que visualizaba en forma errática y disparó a quemarropa los seis tiros que llevaba en el carrete. No atinó uno solo y en el momento preciso en que se disponía a huir desesperada, sintió esa mano áspera, rígida y maloliente que le tapó la boca y la nariz con un pedazo de tela impregnado de cloroformo. Trató de escudarse, frenética, indefensa, pero le fue inútil; bastó un par de minutos, un último suspiro asfixiante y cayó inconsciente en los brazos de su agresor.

Como si su cuerpo estuviese esperando la excusa perfecta para degustar de un prolongado descanso, Madeleine aprovechó el desmayo para dormir como nunca lo hacía. Doce horas después y sin recordar nada abrió sus ojos justo cuando soñaba con sus mejores recuerdos. Salvo algunas juntas de madera por donde se colaban diminutos destellos de luz, el espacio estaba inundado de una oscuridad absoluta, aterradora. La luz incandescente de un halógeno industrial le quemaba la mirada y le imposibilitaba reconocer a nadie ni a nada a su alrededor. Fue entonces cuando reconoció el vaivén de la pequeña casa flotante que navegaba por aguas desconocidas, la humedad infernal, la sudoración que emanaba de cada uno de sus poros y esa pestilencia asquerosa de un lugar en donde se comía y defecaba sin distinción alguna. Trató de mover su cuerpo, pero de inmediato se dio cuenta de que estaba maniatada a una silla con fuertes nudos que le desgajaban las muñecas y los tobillos.

—Vaya, vaya, vaya… —le dijo una voz masculina que se escondía en la penumbra y bajo un pasamontañas maltrecho—, pensé por un momento que la había matado.

—¿Dónde estoy? —preguntó Madeleine, desorientada y sintiendo

el calor intenso de esa luz artificial que le quemaba el rostro.

—En el mismo infierno —le contestó él con una voz asesina—. ¿Cómo llegó hasta mi embarcación?

—Tomé un camino equivocado y me quedé sin gasolina —mintió ella, temblorosa.

—¡Qué problema! —exhaló, decepcionado—. Respuesta equivocada, perra —le dijo el hombre mientras que con el puño cerrado le reventaba la nariz y se chupaba la sangre que le bajaba a ella por sus labios.

—Por favor, no le haga daño —imploró Turner al escuchar el golpe en la oscuridad.

—¿Se conocen? —preguntó el intruso con una carcajada diabólica.

—¡Dwight! —exclamó Madeleine al reconocer su voz—. Señor, se lo ruego… Llegué aquí por pura casualidad. Déjenos ir y nunca más lo volveremos a molestar.

—Así no funcionan las cosas en los pantanos y menos después de que tu amiguito confesó que me vino a buscar por lo que le hice a ese viejo inservible en la tienda de abarrotes —aclaró mientras tomaba la lámpara, la volteaba un tanto e iluminaba al teniente Turner con esa luz intensa y cegadora—. Voy a preguntar una vez más, y esta vez le sugiero que me diga la verdad… ¿Cómo llegó a mi embarcación?

Fue entonces cuando Dwight recordó su infortunio. Al igual que Madeleine, había reconocido el trillo con los granos de arroz y siguió, afanado, su rastro. Cuando el surco de granos desapareció, el sol comenzaba a ocultarse en el ocaso e inesperadamente divisó la camioneta roja del tío Joe. Estaba a poco menos de un kilómetro y, aunque intentó comunicarse con Harold, no tardó mucho en recordar que había olvidado pedirles el enlace de comunicación. Buscó durante varios segundos alguna frecuencia en la que pudiera dar aviso de su descubrimiento, pero después de darles varias vueltas a las perillas, lo único que encontró fue el eco ruidoso de una radio que no lograba capturar ninguna onda. Se bajó del coche, cargó la pistola que llevaba en la cintura y, a pesar del calor infernal que sentía, se puso el chaleco antibalas que detestaba utilizar. Caminó apresurado con las gotas de sudor sobre su frente, sintiendo la adrenalina que lo invadía y, como si presintiera el comienzo de una batalla, desenfundó su arma. A escasos cincuenta metros de la camioneta, justo en la rivera del delta pantanoso, visualizó finalmente al asesino. Le daba la espalda y, aunque no llovía, llevaba sobre su cuerpo uno de esos ponchos de lona con estampados de camuflaje. «Arriba las manos… Es la policía», le ordenó Turner con un fuerte grito. El tipo no se inmutó y permaneció inmóvil, desafiante. «Levante las manos y gire hacia mí», exclamó Turner de nuevo, esta vez con un tono más agresivo y dispuesto a abatirlo si no le obedecía. Otra vez el asesino ignoró la orden. «Si no

me obedece, voy a disparar», le advirtió al tiempo que colocaba el dedo sobre el gatillo y sentía en su rostro una leve brisa que le refrescó por un instante el infierno que vivía. Sin previo aviso y desafiando lo que le ordenaba, el individuo movió un tanto sus manos y entonces Turner, sin contemplación alguna, apuntó directo y le disparó seis tiros a matar. Para cuando el humo de la pólvora desapareció, el asesino seguía en pie con el mismo poncho de lona, que, mecido por el vaivén de la brisa, ahora mostraba seis agujeros por los que se colaban tímidos los últimos rayos del sol. «Mierda, es un señuelo», alcanzó a pensar Turner justo antes de recibir un fuerte golpe en la sien que lo dejó inconsciente y malherido. El asesino lo miró ahí, tendido en el suelo, y, aunque le provocó reventarle los sesos, prefirió perdonarle la vida esperando poder sacarle un poco de información y entender cómo había dado tan rápido con él. Un par de horas después, Turner abrió de nuevo sus ojos y, sin saber que estaba atrapado en un encierro de tortura, hundió por primera vez su piel contra el punzante alambre de púas.

—Dile la verdad —rogó Turner—. Es un psicópata…

Madeleine sintió de inmediato cómo la luz que durante minutos la calcinó se alejaba. Después de unos segundos observó con su mirada imprecisa la triste realidad. Ahí a su lado, en una celda improvisada con metro de alto, cincuenta centímetros de ancho y un metro de largo, y rodeada con alambre de púas, Turner se tambaleaba para no caer de nuevo sobre las filosas puntas. Su cuerpo semidesnudo estaba maltrecho, lleno de pequeñas úlceras sangrientas, con los ojos hinchados de las golpizas y sus manos laceradas agarrándose de esos picos punzantes que, a pesar del dolor, lo ayudaban a mantenerse en pie.

—¿Qué le parece mi ablandador de carne? —preguntó el desalmado al ver el terror que Madeleine expresaba con su mirada—. Yo mismo lo inventé… —confesó, orgulloso—, lo llamo el corral de la muerte, y me da excelentes resultados cuando uso la carne podrida de los entrometidos como carnada para los cocodrilos.

—Usted es un ser deplorable —lo afrontó Madeleine, que ahora revivía en su mente la violación y se rehusaba a repetir de nuevo el sufrimiento.

—Y usted es una perra rabiosa —sentenció el asesino antes de propinarle una patada que caló en su quijada.

Madeleine no se inmutó y, sin siquiera torcer un poco el cuello, le dijo:

—Usted no es lo suficiente hombre como para amedrentarme.

De nuevo volteó la luz hacia ella, le apretó el cuello con sus manos y la estranguló al punto que Madeleine sintió que daba su último respiro.

—¿Cómo llegó a mi embarcación? —preguntó de nuevo, tensando aún con más fuerza su mano aniquiladora.

—Madeleine, te lo ruego —le dijo Turner con su voz cargada de un llanto doloroso—. No le mientas… No puedo verte sufriendo.

—Por los granos de arroz… —alcanzó a susurrar con el último oxígeno que almacenaba en sus pulmones.

—¿De qué está hablando, desgraciada? —la interrumpió el asesino, que aflojaba un tanto sus dedos para permitir que un poco de aire le devolviera el aliento—. Si tengo que volver a apretarle el cuello, le juro que no la suelto hasta que tenga sus ojos en la palma de mi mano.

—Uno de los sacos de arroz que robó estaba roto —admitió, desesperanzada—, y mientras conducía la camioneta dejó una línea con los granos… Solo seguí el rastro que usted mismo ocasionó.

—¿Alguien más sabe de esto? —le preguntó el hombre, esta vez un tanto preocupado.

—No —le dijo Madeleine, consciente de que quizás no saldría con vida de ese lugar y con una sed que le resquebrajaba la boca—. ¿Me puede dar un poco de agua?, por favor.

—Por supuesto —le dijo el asesino con un tono dulce en su voz—. Siempre he sido un buen anfitrión.

El desalmado echó un par de pasos hacia atrás con el rostro oculto en la oscuridad, inhumano, incoherente, desequilibrado. Se bajó los pantalones y orinó a Madeleine, que no tardó en sentir el chorro caliente sobre su piel herida.

—Si se le apetece un poco más, solo me lo dice… —concluyó sin remordimiento alguno.

CAPÍTULO 40

Los testimonios de Bobby Parker y Joseph Pereira resultaron catastróficos. A pesar de que Daniel Cohen utilizó toda la artillería de conocimientos y preguntas de las que disponía, notó con desesperación cómo perdía a cada uno de los miembros del jurado. Sus testigos de descargo también resultaron ineficientes y, luego de haber pasado por cada uno de ellos, entendió que era poco lo que podía hacer para salvarle la vida a Timothy McLaren. Angustiado ante la devastadora realidad, se sentó en su sitio, se acercó a su cliente y con la voz entrecortada le dijo:

—Estamos en serios problemas, hijo... No creo que pueda hacer nada más por ayudarte.

—Llámeme a testificar —le sugirió Timothy, ansioso.

—Eres muy explosivo… Desconfío de tu carácter —señaló Cohen, realmente preocupado.

—Si voy a morir como un perro, al menos déjeme pararme frente a todos y contarles mi historia —rogó, angustiado—. ¡Necesito esta oportunidad!

—Dale, pues —le contestó Cohen, con desgana.

Eric, por su parte, se acomodaba en la cabina de transmisión de la sala de juicios y le marcaba de nuevo a Madeleine, sin lograr que ella contestase el celular. Ante la insistencia de Ned Davis, que se desesperaba con el pasar de los días, tuvo que asumir el rol que ella durante tantos años ocupó y se dirigió a los miles de televidentes que seguían el proceso legal sin siquiera sospechar lo que en verdad estaba sucediendo.

—Nuestra presentadora sufre un cuadro de bronquitis severa y no podrá acompañarnos hasta que se recupere —mintió, sin lograr comprender la magnitud del rol que estaba a punto de asumir.

Después de unos minutos de silencio en donde se notaban la desesperación e impotencia de Daniel Cohen, el juez Robert Landon se

acercó al micrófono, tomó su base con la mano izquierda y con el respeto que se merecía un colega quien por poco había logrado entrabar un juicio que en otras circunstancias hubiese fluido sin contratiempos, volteó su mirada y le dijo:

—Abogado Cohen, ¿algún otro testigo que desee llamar?

—Sí, su señoría —contestó, conteniendo la frustración—. La defensa llama al señor Timothy McLaren.

Una insurrección de voces sorprendidas inundó la sala y, a diferencia de otras veces, Landon no hizo intento alguno por controlar a la multitud. Cohen acompañó a Timothy como el padre que, antes del matrimonio, lleva a su hijo al altar. Le acomodó el nudo de la corbata, le tomó con suavidad el codo derecho y lo acompañó en cada uno de sus diminutos pasos. El golpe de los grilletes contra el suelo marmoleado de la sala de juicios se escuchaba con una frialdad particular y recordaban el chasquido de una serpiente cascabel lista para defenderse.

Durante más de una hora Cohen dejó que Timothy contara su historia, sin interrupciones, sin frases calculadas, sin ensayos previos. Habló de su infancia, del padre que casi no conoció, de su madre, de la enfermedad que la mató, de su pobreza, del día en que le dio el primer beso a Andrea, de su embarazo, del trabajo en el puerto, de su jefe Bobby Parker y del favor que Pepe le facilitó. Ninguna de sus palabras caló en la conciencia de los doce justicieros, que bajaban sus miradas e ignoraban su relato como el transeúnte indiferente frente a un mendigo callejero que con su mano extendida ruega por unos cuantos centavos.

—Timothy —le dijo Cohen segundos después de que terminara—, ¿escuchó usted el testimonio de Bobby Parker?

—Por supuesto.

—¿Y qué tiene que decir al respecto?

—Lo que dijo es absolutamente cierto —un sutil balbuceo le siguió—. Durante más de dos años lo engañé con muestras falsas de orina…

—¿Por qué lo hizo? —lo interrumpió Cohen.

—No quería perder mi trabajo, ¿sabe? —contestó, cabizbajo—. Hay dos cosas en mi vida que siempre amé, mi trabajo en el puerto y a mi novia Andrea —dijo Timothy mientras la buscaba con su mirada.

—¿Qué hay de Joseph Pereira?

—También es cierto —reconoció el muchacho sin contemplación alguna—. Los use a ambos para poder pasar las pruebas que nos hacían en el puerto… Pero eso no me hace un asesino, ¿o sí? —les preguntó, mirando angustiado a los del jurado—. Si mentí es porque me avergüenzo de mi drogadicción…

Salvo uno que lo esquivó por completo, el restó de ellos le clavó

los ojos, deseándole una muerte anticipada.

—¿Mató usted a Ray Harvey y a Alyssa Jones? —continuó Cohen.

—No lo sé, señor… —contestó, sincero.

—¡Pero usted aceptó haber cometido los asesinatos! —lo interrumpió.

—Por supuesto, abogado —dijo tragando en seco—. Soy un hombre enfermo. La noche de los asesinatos me drogué hasta perder la cabeza… Amanecí tirado en los basureros de mi barrio, sin camisa, sin zapatos, con las manos sucias, ¿sabe...? Realmente no recuerdo lo que pasó esa noche. Sé que suena conveniente decir eso y que ustedes creerán que es una forma fácil de salirme de este embrollo en el que estoy metido, pero es la verdad… ¡No recuerdo absolutamente nada! Es como si esa noche no hubiese existido —Sus manos temblaban y la voz se le entrecortaba de ansiedad—. Luego vi el video y no puedo negar que soy el que aparece en esas horrorosas imágenes. Esa es mi cara, es mi cuerpo, y no puedo negarlo, ¿sabe...? Yo… yo… yo… soy el que sale en ese video y no puedo ser tan desgraciado como para pararme aquí, frente a los familiares de las víctimas, y decirles que lo que están viendo con sus ojos es un truco de magia.

—¿Planificó usted los asesinatos?

—No, señor… Ni siquiera conocía a las víctimas.

—¿Alguna vez ha comprado una pistola de nueve milímetros?

—Nunca —enfatizó Timothy.

—¿Una cuerda de metal para estrangular?

—Tampoco… —le afirmó el muchacho—. Nunca le hice daño a alguien, ¿sabe?

—¿Escondió usted la evidencia?

—¿Cómo voy a esconder algo que nunca tuve? —le contestó con una pregunta—. Y si lo hice, en mi mente no hay recuerdo de cuándo, cómo o en dónde.

—¿Se arrepiente de algo?

—De muchas cosas… De mi adicción, de las mentiras que usé para lograr mantener mi trabajo y, aunque no tengo memoria de ello, me arrepiento de haber matado a estas dos personas —le contestó Timothy a punto de desmoronarse.

—¿Quiere decirle algo a los familiares de las víctimas?

Timothy McLaren suspiró profundo, levantó su mirada, los miró directo a sus ojos y les dijo:

—Siento mucho el dolor que les he causado y les pido perdón… De corazón les pido perdón. Si con mi muerte van a encontrar un poco de paz, estoy dispuesto a morir. Por favor, perdónenme… Nunca quise hacerles daño...

La madre de Alyssa Jones lanzó un escupitajo al piso y con unas nauseas que le agitaban todo su estómago pensó: «Púdrete en el

infierno, desgraciado»

—No tengo más preguntas —concluyó Cohen, devastado.

—Fiscal Morgan —señaló Landon—, ¿desea repreguntar?

—Por supuesto, su señoría —dijo ella, insensible al arrepentimiento y consciente de que era poco le que le faltaba para aniquilarlo—. Señor McLaren, su esposa está cerca de dar a luz, ¿cierto?

—Así es. —Una lágrima bajó por su mejilla.

—Si alguien asesinara a su hijo recién nacido, ¿cuál sería un castigo justo? —preguntó, sabiendo que solo existía una respuesta.

Cohen estuvo tentado a protestar, pero en esa desidia que vivía se mantuvo silente.

—La muerte —le contestó sin siquiera inmutarse.

—¿Nos puede explicar por qué durante toda la fase investigativa no reveló la existencia de Bobby Parker y de Joseph Pereira? —preguntó Morgan a sabiendas de que no podría excusarse.

—Quería proteger mi trabajo, ¿sabe? —titubeo.

—¡No, no lo sé! —lo interrumpió la fiscal—. Ya usted estaba bajo arresto. No había nada que proteger.

—Lo olvidé por completo —corrigió, asustado.

—¿Eso también se le olvidó? —remató Morgan sin piedad—. ¿Asumo que también estaba drogado cuando mintió sobre ellos?

—No… no… es… estaba…

—No se preocupe —intervino sin darle la oportunidad de responder—. Ya todos tenemos más que claro que a usted se le olvida todo en su vida... ¿Escuchó usted el testimonio del doctor Stanley Fisher?

—Por supuesto —replicó el muchacho, que empezaba a exaltarse.

—Con excepción de la prueba que le hicieron para determinar el tamaño de sus genitales, ¿alguna otra vez se sintió avergonzado de su tamaño? —Esta vez Morgan se fue directo a la yugular.

—No entiendo la pregunta —le dijo Timothy, tratando de contenerse.

—Por supuesto que la entiende —lo contradijo—. ¿Considera usted que tiene un pene pequeño?

—No lo sé.

—¡Claro que lo sabe! —Esta vez la fiscal golpeó su mesa—. Llevamos semanas en esta sala escuchando el testimonio de una docena de personas y yo la verdad es que ya estoy cansada de ver como usted trata de escapar a la verdad una y otra vez. Mentiras, olvidos, manipulaciones… No nos haga perder más el tiempo y respóndame, por el amor a D-os… ¿Siente usted que tiene un pene pequeño, sí o no?

—Sí —le contestó, alzando un tanto su voz.

—Cuando era joven, ¿sus compañeros de escuela se burlaban de usted? —continuó Morgan con el ataque.

—To… to… todos los días —tartamudeó, apretando los dientes, tensando las facciones de su rostro.

—Antes de conocer a Andrea, ¿tuvo usted novias que lo vieron desnudo y se…?

—¡Si!, las tuve —Timothy la interrumpió, rabioso—. Y me humillaron una y otra vez

Cohen escuchaba rendido, agobiado, displicente.

—¿Tiene usted el síndrome del pene pequeño?

—No… no… no lo sé —titubeó Timothy, atrapado.

—¿No lo sabe? —se preguntó Morgan a sí misma—. Yo creo que sí lo sabe, señor McLaren… Pero dudo que tenga la valentía para admitirlo. ¿Mató usted a Alyssa Jones para vengarse de todos esos años de humillaciones?

—No lo recuerdo.

—Claro que lo recuerda. —Esta vez Morgan alzó aún más el tono de voz—. ¡Aquí a su lado hay una madre en duelo! —le demandó con furia—. Diga la verdad una vez en su vida… ¡Deje de excusarse!

Timothy perdía la cordura una vez más. Recordó las burlas en los baños públicos de la escuela, las *novias* que con carcajadas le recordaron una desnudez que durante años evitó, la mofa permanente de sus compañeros, la inseguridad que llevó por años y el alivio que sintió cuando Andrea lo amó sin cuestionarle nada.

—¡No permito que nadie se burle de mi tamaño! —vociferó en un descontrol absoluto— Ni usted ni nadie… ¿Me entiende?

—Claro que lo entiendo —lo interrumpió Morgan, sabiéndose triunfadora.

—¡Ya es demasiado con esta mierda! —continuó Timothy, todavía rabiando—. Nunca le hice daño a nadie por el tamaño de mis genitales y no voy a permitir que usted siga con este maldito circo...

Mientras Timothy le gritaba desaforado, Morgan le dio la espalda y caminó algunos pasos hacia su escritorio, ignorándolo, retándolo con su macabro silencio y haciendo aún más profusa la herida.

—Míreme a los ojos cuando le estoy hablando, ¡infeliz! —gritó, poniéndose de pie y con ganas de golpearla—. ¿Quería escuchar la verdad? Le voy a decir la maldita verdad…

Por más que quiso no pudo continuar. Justo cuando se desbocaba con sus palabras exasperadas, la secretaria personal de Robert Landon interrumpió el drama. Sin ningún aviso y como si Timothy no estuviese a punto de confesar, ingresó al estrado por esa puerta extraña que solo él utilizaba y con una cara de asombro le entregó al juez una nota escrita a mano. El magistrado se colocó los lentes, leyó el contenido, ignoró por completo lo que decía el imputado y arrugó

su frente en total extrañeza. Enseguida tomó el mazo, lo golpeó con más fuerza que la de costumbre y dijo:

—¡Voy a ordenar un receso de una hora!

—Su señoría —lo corrigió Morgan, asombrada—. ¡No he terminado con el testigo!

—Ni va a terminar —le señaló Landon, frívolo—. Si estoy interrumpiendo el interrogatorio es porque tengo razones para hacerlo.

—Pero estaba a punto de… —trató Morgan de persuadirlo.

—¡Basta, no voy a permitir que cuestionen mi autoridad! —gritó el juez, furibundo—. Los quiero a ambos de inmediato en mi despacho…

—Pero…

—¡Si escucho una palabra más, la encierro en un calabozo! —la amenazó el juez, desafiante.

Como si el tiempo se hubiese congelado, Sally Morgan y Daniel Cohen dejaron en suspenso todo lo que hacían y, sin tener la menor idea de lo que sucedía, le siguieron los pasos a un Robert Landon iracundo.

—¿Qué pasó? —le preguntó Timothy, confundido y rabiando aún de la ira.

—No tengo la menor idea… —le respondió Cohen, molesto—, pero te acabas de poner la soga al cuello. ¡Eres un hombre muerto! —sentenció.

CAPÍTULO 41

Steven llevaba ya varios días en Jean Lafitte y junto a Frankie, Harold y treinta refuerzos policiales más de la Octava Comisaría de Nueva Orleans ejecutaban una de las búsquedas más intensas jamás realizadas. Dos helicópteros sobrevolaban la zona tratando de localizar una pista que los llevara al asesino del tío Joe, pero ante la magnitud de los pantanos, de sus selvas inexploradas y de los cientos de kilómetros por recorrer, el esfuerzo resultaba hasta ahora inútil. Al igual que Turner y Madeleine, él también descubrió la pista de los granos de arroz y luego de cinco inmersiones, los buzos profesionales apenas lograban ubicar bajo las aguas pantanosas los tres vehículos que el asesino hizo desaparecer: la camioneta del tío Joe, el Ford Crown Victoria del teniente Turner y el coche alquilado de Madeleine Thomas. Para cuando las grúas hidráulicas lograron sacarlos de nuevo a la superficie, no encontraron evidencia alguna que les facilitara la difícil labor de ubicarlos con vida. Todos sabían el lugar en donde Turner y Madeleine se toparon con el asesino, pero no tenían la menor idea del rumbo que tomaron, y menos aún de lo que sucedió con ellos. La frustración de todos aumentaba con el pasar de cada hora.

En la incandescencia de aquella luz cegadora que tenía frente a sus ojos, con su ropa empapada en orines y escuchando una y otra vez el lamento doloroso de Dwight quien, ante el cansancio insoportable, se dejaba caer de nuevo sobre las punzantes puntas de acero, Madeleine hizo un intento desesperado por ayudarlo.

—Se lo ruego, señor… Sáquelo de ese corral que lo está matando —le imploró, angustiada.

—¿Qué está dispuesta a dar a cambio? —preguntó el asesino escondido en la oscuridad.

—Lo que usted quiera —contestó, pensando que tan solo necesitaba de un descuido para liberarse.

Fue entonces cuando el hombre se acercó. Arrimó una silla y con

suaves toqueteos empezó a explorar su cuerpo.

—Eres una perra apestosa —le dijo después de inhalar el olor intenso de su propia orina—. Me da asco tocarla.

El tipo se levantó maldiciendo y Madeleine pensó que la oportunidad se le esfumaba una vez más. Treinta segundos después y en esa oscuridad artificial que le hacía perder por completo la noción del tiempo y del espacio, sintió como un chorro de agua fresca impactaba en todo su cuerpo. Estaba helada y la presión desmedida le magullaba su piel ya de por sí adolorida. Aprovechó el manantial que rebotaba sobre el rostro para saciar la sequedad de su boca y, como un perro agobiado por el intenso calor del verano, se lamía los labios en un intento por recuperarse.

—Quítese la ropa —le ordenó el asesino, pensando que ya no apestaría.

—No lo hagas —le imploró Turner desde su confinamiento.

—No tengo alternativa… —le dijo ella, pensando que quizás así salvaría sus vidas.

—¡Que te quites la ropa, perra! —la interrumpió él, enfurecido, listo para agredirla de nuevo.

—No puedo, señor… —contestó Madeleine, sumisa—. Tengo los pies y las manos atados.

Durante algunos minutos el asesino intentó desnudarla sin lograr más que desabotonarle la blusa y arrancarle el sujetador empapado que se rehusaba a ceder ante la presión de su espalda contra el respaldar de la silla. En el momento en que los pechos de Madeleine quedaron al descubierto, el tipejo empezó a jugar con ellos, como el niño que palpa con sus dedos un par de globos rellenos de agua, y un jadeo instintivo empezó a salir de su boca maloliente. Turner trataba de taparse los oídos, pero no tenía el espacio para hacerlo. Desesperado, dejó que sus codos tropezasen nuevamente con el alambrado de púas y, ante un dolor que ya se le hacía familiar, percibió como su piel se desgajaba nuevamente con el filo de las puntas. Entonces se dio el desliz, el error, el descuido insignificante que lo cambiaría todo. En la excitación de su mente enferma, el asesino ansiaba por verla desnuda e, inquieto, tomó el revólver que llevaba en la cintura, se lo apuntó directo a la cabeza y mientras se quitaba el pasamontañas le dijo:

—Si hace un solo movimiento, le reviento los sesos.

Madeleine se mantuvo petrificada y esperó ansiosa el menor descuido del asesino para contraatacar. Sin siquiera inmutarse, miró como el desgraciado le arrancaba los pantalones, las bragas. Después sintió la mano entre sus piernas y ese gemido enfermizo que se incrementaba con cada movimiento. Ella cerró los ojos y, resistiéndolo con su mente, revivió de nuevo la violación, la mano áspera, la réplica

de los gemidos y la insoportable penetración. Cuando ya esperaba lo peor, un milagro le devolvió la existencia. El asesino se desnudaba apresurado y, siguiendo al pie de la letra lo que tantas otras veces acostumbró, tomó la lámpara halógena que le atrofiaba a Madeleine la mirada y apuntó su fuerte luz directo a sus genitales. Fue en ese momento cuando ella descubrió lo inimaginable:

«Santo cielo… Esto no puede estar sacudiendo», pensó confundida, silente, temerosa.

—¿Qué te parece? —le preguntó el desquiciado, orgulloso de su falsa hombría—. Míralo y dime que es grande...

Turner escuchó, perplejo.

—No quiero verlo… —lo interrumpió Madeleine, recordando en su mente el mismo video de la gasolinera que durante tantos meses la desveló.

Ella hizo lo imposible por evitarlo, sabiendo que tan solo bastaría una simple mirada para que el infeliz le volase los sesos.

—Mírelo y dígame que es lo más grande que ha visto en toda su vida —demandó de nuevo el asesino.

Ella revivió entonces sus propias palabras y las dibujó en la oscuridad de sus párpados cerrados. «El asesino tiene un serio complejo con su tamaño, es obvio… Hemos verificado esta teoría con los psiquiatras del programa y todos concuerdan en lo mismo. Él la mata a sangre fría luego de que ella lo ve desnudo. ¿Sabes por qué lo hace? Se siente avergonzado. Eso explica también la violación después de haberla matado… Él piensa que las mujeres lo ven con burla y que no puede satisfacerlas en vida. Entonces, ¿qué hace?, las obliga a que lo vean, avergonzado las mata y luego abusa de ellas pensando que es todo un casanova».

En ese instante Madeleine comprendió que su vida colgaba frágil de un delgado hilo y, como si sus plegarias hubiesen sido escuchadas, percibió en la lejanía el sutil zumbido que emitían las hélices de ese helicóptero que los buscaba con la esperanza de encontrarlos con vida. El ruido desconcentró por un instante al desalmado y Madeleine no desaprovechó el descuido. Tensó sus piernas y, como si toda una vida hubiese ejercitado su cuerpo para ese preciso momento, se levantó furibunda con la silla aún atada a su espalda y la despedazó contra la primera pared que encontró. El asesino perdió el balance, dejó volar el arma unos cuantos centímetros y cayó, incrédulo, sobre el suelo. Ella sintió el desgarre de su hombro izquierdo, que se dislocó con el impacto, y con ese dolor insoportable recordó su viejo *punching bag*, los nudillos de sus manos cubiertos de sangre, la agonía del tormento. Como cuando era tan solo una adolescente, optó por no darse por vencida. En un golpe de suerte, un trozo de la vieja silla de madera que se desintegró en pedazos le quedó justo en su mano derecha. El

asesino trató de alcanzar de nuevo el arma y Madeleine tomó esa pieza de madera como si fuese la baranda de un barco en medio de una tormenta, levantó su mano con toda la fuerza y la dejó caer justo sobre la boca del asesino. Algunos dientes volaron por el aire y por primera vez ella escuchó el lamento del infeliz. El tipo se puso en pie, desorientado, con la mirada borrosa, sin entender lo que sucedía y, cuando lo tuvo enfrente, Madeleine apretó aún más fuerte su mano y le reventó el pequeño trozo de madera contra su rostro una y otra vez, y una vez más. Con cada golpe, el asesino daba un pequeño paso atrás y, antes de que pudiese reaccionar, su espalda quedó aferrada al alambre de púas que él mismo construyó. Turner entonces lo tomó del cuello y lo apretó con tanto ímpetu que pudo escuchar el sonido de su piel reventándose con cada punzón lacerante. Madeleine supo entonces que sus vidas se salvaban y con la furia que aún corría por sus venas, tomó la lámpara halógena industrial que cayó al suelo y que ardía de calor, le alumbró la cara ensangrentada, la colocó sobre sus pequeños genitales y dejó que sus partes nobles se carbonizaran como un pedazo de carne en el asador.

—¡Ahhhhhhh...! —gritó de dolor el asesinó mientras percibía el olor putrefacto de su piel quemada.

—Es lo más pequeño que he visto en toda mi vida, desgraciado — le dijo Madeleine, extenuada.

Segundos después Madeleine liberaba a Dwight del escabroso corral de la muerte, le limpiaba con suavidad las heridas y, sin saber lo que le esperaba, lo tomó de su cuello, le dio un par de besos en la frente y le preguntó:

—¿Hay alguna forma en que me puedas perdonar?

—Shhhh —le dijo Turner consumido por las heridas—. Viniste hasta aquí a rescatarme… No hay nada que perdonar… Me salvaste la vida…

—Te amo como nunca he amado a alguien —lo interrumpió ella.

—Yo también, Madeleine… yo también —le confesó él entre mil punzadas de dolor por todo su cuerpo.

CAPÍTULO 42

Para cuando Morgan y Cohen ingresaron en el despacho de Landon, este se quitaba la toga, la lanzaba por el aire directo al perchero y se sentaba en su silla restregándose impaciente la mandíbula. Su cara mostraba una sincera preocupación y sin hacer mayores introducciones les dijo:

—Tenemos un serio problema, señores. —Su mirada se trasladó a un costado.

De inmediato reconocieron a Steven, el asistente de Dwight Turner. El hombre se sentó extenuado sobre una de las sillas, con sus pantalones llenos de barro, la camisa arrugada a más no poder y con algunos manchones de sangre.

—A ver, detective —le dijo Landon con sospecha—, diga lo que sabe.

—Tenemos serios indicios de que Timothy McLaren no es el asesino —les reveló de una vez y con una seriedad abismal—. Hace poco más de dos horas logramos rescatar al teniente Turner y a Madeleine Thomas de una embarcación en la que fueron secuestrados.

Steven llevaba el recuerdo bien fresco en su memoria y sin mayor esfuerzo les compartió el momento preciso del rescate. Durante varias horas sobrevolaron en uno de los helicópteros una zona llena de deltas pantanosos y, aunque en un principio él pensó que no era más que un gigantesco tronco flotando en el agua, los binoculares lo ayudaron a descubrir que se trataba de una pequeña casa flotante. La embarcación se encontraba detenida a un costado de la rivera y entonces decidieron descender sin saber lo que encontrarían. Cuando por fin él pudo derribar la pequeña puerta, quedó perplejo. Ahí, sobre el suelo, pudo ver a Turner convertido en una masa de carne magullada. Tenía sus manos ensangrentadas, la camisa destrozada que se adhería a su piel rasgada y los pómulos hinchados, a punto de explotar. Junto a él, un hombrecillo reducido a la nada y con el rostro cubierto de sangre,

yacía boca arriba, inconsciente. Junto al teniente, con su brazo izquierdo distendido y el hombro dislocado, Madeleine se esforzaba, sin lograrlo, en limpiarle a Turner sus heridas. Su cara estaba cubierta de gigantescos moretones azulados, llena de rasguños y con la nariz rota cubierta de sangre reseca.

«¡¿Qué demonios sucedió aquí?!» —exclamó Steven al ver la espantosa escena.

«Timothy McLaren es inocente» —balbuceó ella con dificultad—. «Este hombre es el asesino» —su mano apuntó al hombre que yacía en el suelo—. «En la bolsa encontrarás toda la evidencia… La tenía escondida bajo unos tablones de madera».

Steven tomó la bolsa, la volteó hacia abajo y miró cómo sobre el piso rebotaban la cuerda de acero, los guantes ensangrentados, los zapatos llenos de lodo seco y esa chaqueta negra con una esvástica cubierta de un centenar de pequeños trazos de sangre y sesos.

«Este es el verdadero asesino» —repitió ella de nuevo justo antes de desfallecer sobre el suelo.

Daniel Cohen no logró procesar el relato e, incrédulo, no tuvo otra alternativa que buscar refugio en uno de los tantos sillones que rodeaban la oficina del juez. Morgan se mantuvo de pie, boquiabierta, sorprendida, desanimada. Robert Landon bajó la cabeza, apoyó sus manos en la frente y solo pensaba en cómo justificar el semejante error que durante semanas se creyó. Los cuatro enmudecieron y con sus miradas perdidas reconocieron que, en esta ocasión, entre ellos, no habría ganadores.

—Estoy seguro de que entiende la seriedad de todo esto —le dijo Landon a Cohen con una prudencia abismal—. No puedo permitir que su cliente se entere de este embrollo hasta que logremos verificar los hechos, ¿me comprende?

—Por supuesto, señor juez —le contestó Cohen sin poder creer aún lo que escuchaba.

—Necesito que esto se mantenga en secreto hasta que yo gire uno orden formal al respecto, ¿estamos? —sentenció—. Voy a suspender el proceso hasta tanto pueda verificar o desmentir lo que se nos ha informado.

Todos asintieron, sin necesidad de decir palabra alguna de más.

CAPÍTULO 43

Madeleine Thomas pasó cerca de una semana en recuperación y bajo una estricta observación que la mantuvo aislada del desbarajuste ocasionado por el asombroso secuestro. La situación de Dwight Turner era aún más delicada y para evitar complicaciones innecesarias en las decenas de laceraciones que llevaba por todo el cuerpo, los doctores lo internaron en la unidad de cuidados intensivos. Eric, Ned Davis y todo el equipo de *Se buscan; vivos o muertos* esperaban ansiosos a que los doctores permitiesen las visitas y así poder escuchar de viva voz lo que en realidad les había sucedido. Para cuando Madeleine abrió sus ojos notó el suero que le pasaban por medio de una vía intravenosa, el dolor intenso de su cuerpo maltratado, la hinchazón de su rostro y esas contracturas que le encogían la mayor parte de sus músculos. Giró un tanto su cara y miró a Eric, sentado a un costado y justo al lado de Ned, que revisaba inquieto el celular. Ellos la miraron con cierta nostalgia y, aunque lo intentaron, sus rostros no lograron ocultar el asombro de ver su cuerpo demacrado.

—¿Cómo está Dwight? —preguntó, somnolienta.

—Llegó muy malherido, pero va a salir adelante —le aseguró Ned.

«Bendito sea», pensó ella.

—¿En dónde estoy? —indagó Madeleine con un tono afónico en su voz.

—En la Clínica Ochsner —le respondió Ned—. Es el mejor hospital de la ciudad…

—¡Aquí también está Stella! —lo interrumpió ella, emocionada—. ¿Sabe lo que me ha ocurrido?

—Jamás —le contestó Eric—. Hace tan solo unas horas los doctores la dieron de alta para recibir visitas, pero tiene prohibido exaltarse, su corazón sigue débil…

—Quiero verla —dijo con un brillo en sus ojos.

—No creo que sea buena idea que te vea la cara… —la contradijo

Ned.

—Tráeme un espejo —le ordenó Madeleine.

Durante algunos segundos miró el reflejo de su cara y con suavidad se palpó los moretones que le deformaban sus finas facciones. «Wow… tremenda paliza la que me dieron», pensó mientras, avergonzada, se volteaba para que no la miraran.

—Madeleine, sé que es prematuro —le dijo Ned—, pero la producción cree que es importante que te hagamos una entrevista desde el hospital. No creo que seas consciente de lo que tú y Dwight lograron desenmascarar.

—Ned —lo evitó ella, mostrando ya un agotamiento insostenible —, no estoy en condiciones de dar una entrevista… —Sintió el peso de sus párpados sedados—. No sé si quiero dar una entrevista, y después de lo que me ha ocurrido no estoy segura si quiero seguir participando en el programa.

—¡Te has vuelto loca! —intervino él, descorazonado con lo que escuchaba—. Esta es la cúspide de tu carrera periodística… Hay muy pocas personas que han logrado lo que tú has alcanzado…

—Cállate ya —le ordenó Madeleine con un deseo incontrolable por cerrar sus ojos—. Esa decisión la voy a tomar yo sola, en mi tiempo, en mi espacio, en mi privacidad… No quiero una palabra más… ¿Te queda claro?

—Por supuesto, jefa… —le contestó, decepcionado.

—¿No te interesa saber qué fue lo que pasó con el caso? —le preguntó Eric, entusiasmado, aprovechando la oportunidad.

—Por supuesto —le dijo ella, adormilada—, pero estoy agotada… Necesito descansar… Solo dime una cosa —suspiró, sintiendo un profundo dolor en sus costillas—, ¿ya dejaron libre a McLaren?

—Aún no —le respondió—. El juez Landon decretó un receso hace algunos días y citó a las partes para una audiencia privada que celebrará mañana.

—Regresen en cuanto termine —les ordenó, moviendo sus manos al aire como quien echa de su casa al vecino entrometido—. ¿Eric, me puedes enlazar con el cuarto de Stella? —preguntó con las últimas fuerzas que le quedaban.

—Me extraña, jefa… Eso fue lo primero que hice —le contestó el muchacho—. Solo tiene que marcar el canal 3 del televisor.

—Gracias… Eres un ángel.

Unos segundos después cerraba de nuevo sus ojos y volvía a dormir de tanta desazón.

CAPÍTULO 44

Timothy McLaren no estaba acostumbrado a ver el salón de juicios vacío. Durante semanas se sentó en el banquillo de los acusados rodeado de cientos de personas que lo acribillaban con la mirada, esperando ansiosos la estocada final de su anunciada muerte. Ese día no se puso el traje y sobre su piel cargaba el mono naranja ya algo desteñido, un rostro ojeroso, sin rasurar, y esos grilletes de siempre que le apretujaban las manos y los pies, pero, peor aún, el alma. En el momento en que Daniel Cohen se sentó a su lado sintió ganas de abrazarlo, de mirarlo a los ojos y de tener una charla sincera, de esas que tantas otras veces tuvieron. Cohen se acomodó en su silla, como siempre lo hacía, volteó su rostro, le sonrió y justo cuando le iba a decir lo que sabía, el juez Robert Landon aparecía en esa puerta misteriosa por la que entraba y salía como si fuese un truco de magia.

—Todos de pie… —anunció el alguacil—. La Corte Criminal del Municipio de Orleans ha iniciado la sesión, el honorable juez Robert Landon…

—No se levanten —lo interrumpió con su acostumbrado malhumor—. Fiscal Morgan, abogado Cohen, voy a ser muy breve, y espero que esta audiencia privada que he convocado sea rápida, precisa y concisa. No quiero argumentaciones, discusiones, posiciones encontradas y mucho menos luchas de ego. Tengo en mis manos el reporte de la policía y de la medicatura forense… Esto es lo que voy a hacer —suspiró, cansado de tanto ajetreo—. Voy a leer el dictamen en voz alta y de inmediato quiero saber cuál es la posición de la fiscalía, y si hay alguna oposición entonces escucharé a la defensa… ¿Estamos claros?

La fiscal Morgan y Cohen asintieron como si recibieran instrucciones del padre que anuncia el castigo después de sorprender a sus hijos haciendo alguna diablura. El juez Landon tomó asiento, se colocó las gafas, tosió un par de veces y con esa voz grave que

intimidaba leyó:

—Después de haber realizado los análisis de rigor, esta jefatura concluye: el nombre del sospechoso es Francis Kramer. De conformidad con el certificado de nacimiento, nació en la ciudad de Baton Rouge, Luisiana, el día cinco de mayo de 1980. Los nombres de los padres no aparecen en el certificado y en su lugar se menciona el nombre del director del orfanato de esa ciudad. En los récords del hospicio se comprobó que el niño fue abandonado con apenas algunas horas de nacido. Nunca fue adoptado. Vivió allí toda su infancia y en el año de 1994 se escapa sin volver a escucharse de él hasta el 16 de marzo de 1998, fecha en la que fue arrestado en Alabama por posesión ilegal de cocaína. A partir de ese momento Francis Kramer pasó la mitad de sus días en las cárceles de ese estado. Tiene nueve condenas por crímenes varios: dos robos agravados, cuatro asaltos sexuales y tres posesiones de sustancias ilegales. En el 2006 sale de la cárcel de Alabama bajo ejecución condicional de la pena y no se vuelve a obtener ningún otro indicio de él hasta el arresto en Jean Lafitte. El señor Francis tiene características físicas muy similares a las del imputado, Timothy McLaren. Sus rostros son prácticamente idénticos, comparten la misma altura y dimensiones físicas y óseas.

—¿De qué demonios hablan? —preguntó Timothy a viva voz, confundido con lo que escuchaba.

El juez Landon no pudo resistirse y se vio obligado a hacer una pausa, incrédulo con lo que leía.

—Abogado Cohen, le ruego le indique a su cliente que se abstenga de hacer comentarios —demandó el juez, entendiendo que lo que decía era impactante—. En estos momentos lo que menos necesito es conocer sus opiniones personales.

Timothy temblaba ante la confusión.

—Con base en la evidencia que se recolectó en la embarcación en la que aprehendieron a Francis Kramer, esta jefatura concluye: Primero: Que el arma de nueve milímetros decomisada fue la misma que se utilizó en el asesinato de Alyssa Jones. Segundo: Que la cuerda de metal decomisada coincide con el artefacto con el que se estranguló a Ray Harvey y que la muestra de sangre obtenida de dicho instrumento concuerda con la sangre de la víctima. Tercero: Que las huellas de los zapatos decomisados también coinciden con las huellas que se recolectaron en las dos escenas del crimen. Cuarto: Que los guantes decomisados concuerdan con las marcas encontradas en la ropa de Ray Harvey y en el cuerpo de Alyssa Jones, y que la muestra de sangre obtenida de dichos guantes también concuerda con la sangre de la segunda víctima. De la misma forma, la chaqueta con la esvástica tiene trazos residuales de la sangre y los sesos de Alyssa Jones. Quinto: Que durante los interrogatorios preliminares, el señor

Francis Kramer ha confesado haber cometido los dos asesinatos. Sexto: Que el señor Francis Kramer también confesó haber asesinado a Joe Calaghan, un comerciante de Jean Lafitte conocido como el tío Joe. La investigación de este otro asesinato sigue en proceso de estudio. Es todo. Se adjuntan fotografías, huellas dactilares, las pruebas médicas y forenses, los análisis balísticos y de materiales, los resultados de laboratorio y las actas oficiales de la confesión.

Landon se quitó las gafas, bebió un sorbo de agua, entrecruzó sus brazos y esperó silencioso a que la fiscal Morgan tomase la palabra. El rostro de Timothy se desmoronó ante la intriga, la ira y la frustración que sentía. Llevaba en su corazón un sentimiento extraño. Por un lado, al fin entendía por qué diablos nunca recordó nada de los asesinatos y, por el otro, no podía dejar de pensar en el sufrimiento que se pudo evitar de saber todo esto antes.

—Su señoría —dijo Morgan, atónita—, es evidente que hemos estado juzgando a la persona equivocada… En vista de la evidencia señalada y ante las conclusiones tan contundentes del informe rendido, el Estado pide la nulidad absoluta del juicio, el sobreseimiento definitivo en favor del imputado y que sea puesto en libertad sin demora —apenas alcanzó a suspirar—. Lo único que solicitamos es que se le ordene al señor McLaren no salir de la ciudad y que se comprometa a comparecer en caso de que así sea requerido por la fiscalía… Es claro que su testimonio va a ser fundamental en la causa que se le va a iniciar a Francis Kramer.

—¿Cuál es la posición de la defensa? —le preguntó Landon a Cohen.

—La secundamos, por supuesto —alcanzó a decir con las manos temblorosas.

Daniel Cohen abrazó a Timothy, emocionado, como si viviese un sueño mágico, y en esa algarabía que vivía, se sintió feliz por el resultado, pero culpable por no haber descubierto antes la verdad, por la duda de culpabilidad que siempre rondó en su cabeza, por la desconfianza que durante meses le mostró y por lo injusta que podía resultar en ocasiones la justicia.

Robert Landon no perdió más su tiempo y sin inmutarse por el sufrimiento humano, por las vicisitudes de una vida que pudo terminar con una simple inyección letal y con ganas de regresar a su despacho, sentenció:

—El tribunal coincide con la solicitud del Estado y de la defensa. Declaro la nulidad absoluta del juicio, ordeno que el jurado sea relevado de inmediato y que el imputado sea dejado de inmediato en libertad. Se decreta archivar el caso. Doy por terminada esta sesión.

El juez golpeó con fuerza su mazo, se levantó sin siquiera despedirse y salió por la misma puerta por la que entró. Y así sin más,

sin bombos ni platillos, sin cámaras que le atrofiasen la mirada, sin aplausos ni escupitajos, sin explicaciones de fondo y con mil dudas en su cabeza, Timothy McLaren pasó de ser un temible asesino, a un hombre libre, inocente y con una historia impensable que lo perseguiría por el resto de su vida.

Dos horas después Timothy esperaba sentado en una de las salas del Octavo Distrito. Ya no llevaba los grilletes ni el mono naranja ni ese sentimiento de culpabilidad que lo inundó durante meses. Observó sus muñecas enrojecidas, llenas de ulceraciones, y no pudo contener la risa al pensar que se le iba a dificultar acostumbrarse a no estar maniatado. A su lado, Andrea lo inundaba de besos y abrazos, con lágrimas de alegría, y él anhelaba volver a casa y pintar con sus propias manos el cuarto del recién nacido que pronto llegaría. Daniel Cohen los miraba con afecto, agradecido por ese accidente del destino que les regalaba una nueva oportunidad de vida.

—¿Acaso no te dije que la parte más oscura de la noche es justo antes de que amanezca? —le recordó Cohen.

—Sí, me lo dijo —le reconoció Timothy—, pero jamás me imaginé que iba a amanecer de esta manera.

—Me alegra verte como un hombre libre —admitió Cohen—. Pero tengo un sinsabor de boca… Siento que no hice bien mi trabajo y que todo esto es el resultado de una casualidad.

—Para nada, abogado. No diga tonterías… —lo interrumpió Timothy con los ojos llorosos—. A pesar de todo, de mis dudas, de mi mala memoria, de mi adicción y de mis contradicciones, usted nunca me abandonó.

—Pero te declaré culpable y nunca tuviste nada que ver en los asesinatos… —le confesó con un remordimiento que no le permitía gozar del triunfo.

—Nada de peros, Cohen, no hay reproches —le dijo Timothy, dándose cuenta de cuánto extrañaba la libertad—. De no haber sido por usted, yo mismo me hubiera declarado culpable, ¿sabe? Nunca voy a olvidar todo lo que hizo por mí… Tan solo perdí cinco meses de tiempo, el resto de la vida me quedó intacta.

—Eres un ser humano extraordinario —le reconoció.

—No se lo crea, abogado, tengo serios problemas que corregir sobre mis espaldas —contestó el muchacho con una sonrisa sincera—. Aún tengo mil dudas en mi cabeza, ¿sabe?

—Por supuesto —le dijo Cohen que entendía su dolor, su angustia, su incredulidad—. Nos va a tomar un tiempo poder entender qué fue lo que sucedió… Necesito que seas paciente…

—Parece una historia de terror —lo interrumpió—. De verdad, me cuesta creerlo.

—Lo sé —le dijo Cohen—, pero vamos a llegar hasta el fondo del

asunto. —Se detuvo unos segundos—. ¿Acaso no quieres irte de aquí?

—Por supuesto —le contestó—. Es lo que más he deseado en toda mi vida.

—Pues lárgate ya, que este lugar no te pertenece —le dijo Cohen con un abrazo de despedida.

CAPÍTULO 45

Quizás no lo entiendas, pero para los que hemos tenido la fortuna de llegar a la vejez, la muerte se nos presenta en forma ocasional y con sutiles mensajes nos prepara para su inevitable desenlace. No me mires con cara de loca, lo que te digo es cierto. Se viste con blancas sedas y nos acaricia el alma para tranquilizarnos y hacernos saber que la vida no es más que un escalón, una fase intermedia y que con su último paso se nos abrirá una puerta llena de hermosas sorpresas. Durante las semanas que he estado en este hospital, he tenido la dicha de sentarme al lado de ella, mirarla de frente a los ojos, preguntarle mil cosas que aún no había podido contestar y hoy, después de tantos años, de los sufrimientos que he pasado y de las bendiciones que he vivido, estoy lista para recibirla con los brazos abiertos, sin miedo, con esperanza y sabiendo que no tengo nada que temer.

En un principio me costó un mundo entender el afán que llevaban, y no fue sino hasta que me explicaron que los doctores por fin permitieron que recibiese visitas, que comprendí la emoción descomedida con la que me trataban. No las culpo. Las pobres enfermeras estuvieron a mi lado por semanas y justo cuando pensaron que mi corazón daría su último latido, desperté de mi coma haciéndoles creer a todas que era un milagro hecho vida. Ellas aún no lo sabían, pero como me lo dijo el señor Thomas cientos de veces, «nadie muere nunca antes de su tiempo», y a mí todavía me quedaba uno que otro asunto por resolver. Como si estuviese a punto de descubrirme el velo frente al novio con el que me casaría, ese día me vistieron con mis mejores ropas, me maquillaron con sutiles colores y me peinaron al punto de que mi rizado pelo se mostraba algo liso y distendido. Luego cambiaron las sábanas de esa cama que ya marcaba la silueta de mi cuerpo y llenaron el pequeño cuarto de hermosas florecillas llenas de color y un aroma exquisito que me hizo recordar los días en que caminé por las verdes praderas de nuestra hermosa

plantación. Aunque no lo creas, esas chicas me hicieron sentir especial, y ante la belleza que ahora mostraba ese cuarto blanco e insípido llegué a pensar que quizás sería un buen día para morir.

Fue entonces cuando pensé en mi hija Natalie, en mi nieta Caroline y en mi pequeña Madeleine. En mi corazón no existía espacio para nadie más, y me acomodé de regreso en esa cama con la ilusión de que ellas serían las primeras en cruzar esa puerta que estaba a tan solo unos pasos míos, pero que ahora, con mis piernas inservibles, me resultaba imposible de alcanzar. Tuve que esperar varias horas y cuando por fin alguien se asomó, una desilusión desbordó mi frágil corazón.

—Buenos días, Stella —me dijo Charles con una caja de chocolates en su mano—. Sé que la última vez que nos vimos te causé mucho dolor y quise ser el primero en venir a verte.

¿Alguna vez has visto un fantasma? Yo sí, y eso fue lo que sentí en el momento en que vi el rostro desvergonzado de ese muchacho. Durante los días que permanecí postrada en este hospital me pregunté si dentro de mi odiosa ceguera existía la remota posibilidad de que Charles hubiese amado alguna vez a mi hija, y en la ilusión bondadosa de una vieja a punto de morir, por un instante quise creer que así fue.

—Hola, Charles —le regresé el saludo dispuesta a reconstruir una relación que permaneció en ruinas durante años—. Antes de que me digas una sola palabra más, necesito saber algo. ¿Amaste alguna vez a Natalie?

Un silencio extraño se apoderó de él y con sus ojos cargados de lágrimas me miró devastado, con un arrepentimiento que me cubrió el corazón. No hubo necesidad de que contestara mi pregunta. Después de muchos años pude volver a ver en su rostro la misma mirada que me regalaba cuando era tan solo un niño y supe, por primera vez en mi vida, que fui la única culpable de impedir que dos personas se amasen.

Aún no sé si la mente me hizo una mala pasada o si solo decidí ignorarlo, pero segundos después me percaté de que Charles venía acompañado. Al principio no lo reconocí. Quizás fue por los años que transcurrieron desde la última vez que lo vi, quizás fue su cabellera canosa, la gigantesca papada que le colgaba bajo su barbilla o ese rostro cargado de prolongadas arrugas, pero cuando me di cuenta de quién era, sentí las garras ponzoñosas que oprimían mi corazón.

—La negra de Stella —me dijo el hombre.

—El Zorro Blanco —le contesté, sintiendo taquicardia en mi pecho—. Pensé que el viejo Scott Benet ya estaba muerto —exhalé con fuerza—. De verdad que a veces D-os le da vida a los que menos la merecen.

—Stella —me contestó jocoso—, ya estás muy vieja para ponerte

dramática. No vine a visitarte… Vine a despedirme. Sabes que nunca te he querido y sé que eres una negra entrometida que se ha aprovechado de la debilidad de estos polluelos… Hoy se acaban todas estas odiosas apariencias.

—Vámonos de aquí —le ordenó Charles, arrepentido—. ¡No quiero que hagas nada!

—¿Qué tiene que hacer? —les pregunté a sabiendas de que esto era parte de mi destino.

—Benet, cállate —le dijo Charles, valiente—. Yo soy el cliente… No quiero que sigas adelante.

—Escucha y aprende de una vez por todas cómo hay que tratarlos a estos —le respondió el viejo con un odio aterrador en el rostro y en el tono de su voz—. Lo que vine a hacer no lo estoy haciendo por tu dinero… De hecho, acabo de tomar la decisión de no seguir representándote, así que por más que lloriquees, no puedes despedirme —lo increpó mientras le devolvía sin ningún recelo el cheque en blanco con el que lo habían sobornado—. Esto lo hago por la memoria de tu abuelo Nathaniel Thomas y por el honor de tu bisabuelo, que deben estar revolcándose en sus tumbas… No voy a permitir que una negra apestosa se salga con la suya.

—Tranquilo, Charles —le dije, sabiendo que en su corazón no podía llevar ese rencor racial—. Yo misma te cuidé cuando eras un niño y sé que nunca quisiste hacerme daño. Fui yo la que te juzgó, la que te señaló… Fui yo la que te endureció ese corazón amoroso que me regalaste hasta la noche en que te sorprendí con Natalie —volteé un tanto mi cara y miré a Benet sin temor alguno—. Usted es el ser humano más despreciable que he conocido, lo maldigo cien veces y no espero que de su boca sucia salga nada bueno… Así que déjese de cortesías y dígame a la cara lo que vino a decir… Hable y lárguese, que no quiero verlo un minuto más.

—¡Le dije que no lo haga! —le advirtió Charles de nuevo, furioso —. Devuélvame la carta que le entregué antes de entrar al hospital y vámonos… No tengo nada que reclamarle a Stella. Esta mujer fue y será siempre como una madre para mí —me miró con ternura—. Perdóname…

—Que te calles y aprende, desvalido —lo interrumpió el viejo mientras con su bastón le golpeaba la cabeza una y otra vez.

Charles cayó por unos segundos al piso, confuso, aturdido, con un brote de sangre en una de sus cejas. Yo me quise bajar, agarrar a Benet a trompadas y destrozarlo con mis manos, pero mi cuerpo no respondió y, desilusionada, quedé atrapada en esta maldita cama.

—Haga lo que vino a hacer —le demandé, sintiendo una opresión en mi corazón enfermo.

—No le voy a quitar mucho tiempo —confesó Benet, insensible—.

Solo necesito que firme esta hoja y se termina el drama.

—¿Qué quiere que firme? —le pregunté, pensando que sería una tontería.

—Nada especial —sugirió el odioso viejo—. Es tan solo una declaración jurada en donde renuncia a recibir cualquier herencia de Madeleine Thomas o de sus otros hermanos.

—No voy a firmar una mierda —le contesté, delirante.

—¿Ah no? —preguntó Benet con una sonrisa malévola al tiempo que se sentaba en una silla justo a mi lado—. Se lo garantizo que va a firmar.

Fue entonces cuando el viejo abrió la solapa de su traje, sacó un viejo sobre amarillo y extrajo una nota escrita a mano. Yo me quedé mirando, incrédula, asombrada y en una fracción de segundo reconocí la letra inconfundible de Christopher Thomas.

—Le dije que no lo hiciera —le repitió Charles, quien con su rostro ensangrentado ahora lo sujetaba con fuerza del pescuezo.

—Charles, ¡escúchame! —le supliqué desde mi inmovilidad—. Suéltalo, que no hay nada en esa carta que pueda cambiar el amor incondicional que siempre les he tenido. Por más terrible que sea, estoy preparada para escucharlo, déjalo, que nunca podré morir en paz sin haber confrontado todas las faltas que cometí… Nadie más me va a volver a chantajear.

—Ya ves, Charles —intervino Benet, que se acomodaba el cuello de la camisa; disfrutaba de cada instante y se mojaba sus labios como si estuviese saboreando el festín—, sabe más una vieja negra que no sirve para nada que tú.

—Hable, desgraciado —le ordené, ya impaciente.

—Esta carta que tengo en la mano debí guardarla en secreto hasta que Christopher muriese —confesó el viejo, indiferente—. Pero con un poco de dinero, no hay secretos que este viejo zorro no pueda revelar. Siempre me ha importado un comino la última voluntad de mis clientes, y esta vez no va a ser diferente —se carcajeó.

Y así sin más, como si mi querido Christopher Thomas ya hubiese dado su último suspiro y como si el secreto profesional de un abogado no fuese más que una promesa falsa, el infeliz de Benet extendió la carta y la leyó a sabiendas de que mi corazón no lo soportaría.

Mi querida Stella. Hace algunos minutos regresé del doctor y me ha confirmado que tengo Alzheimer. No sé durante cuánto tiempo mi mente va a estar en condiciones de recordar y es por eso por lo que hoy te escribo esta nota. Durante años he guardado en mi alma un terrible secreto y no puedo perder la razón sin confesarle a alguien el enorme peso de mis pecados. Hubiese preferido decirte esto viéndote a los ojos, pero no tengo el coraje para hacerlo. Desde que Lauren murió, tus manos bondadosas han cuidado de las personas que más he amado en la vida y es por eso que hoy mismo le estoy

girando instrucciones a Scott Benet para que te haga llegar este mensaje en el momento en que yo muera.

—Traidor asqueroso —le dije, tratando de lanzarle un escupitajo que no lo alcanzó.

Tú mejor que nadie sabes el inmenso dolor que me causó el distanciamiento con mi hija Madeleine. Desde el día en que la abofeteé y me dejó de dirigir la palabra, no ha pasado una sola noche en la que haya logrado dormir tranquilo. También sabes la cantidad de veces que traté de acercarme a ella, pero me ignoró una y otra vez, hasta que por fin mi corazón cedió y acepté que jamás me perdonaría.

En ese instante rememoré las innumerables llamadas que el señor Thomas intentó tratando de buscar un acercamiento y de cómo Madeleine lo dejaba siempre con el teléfono en la mano o con la palabra en la boca. También recordé la noche en que nos encontramos bajo la lluvia. Yo huía del dolor que me causaba mi hija Natalie y él del tormentoso recuerdo que le causaba Madeleine con su constante rechazo. Ambos buscamos en esas gotas del cielo una expiación a nuestros pecados y bajo aquel torrencial aguacero nos sinceramos en nuestra soledad con tan solo mirarnos a los ojos.

A lo largo de mi vida hice muchas cosas buenas, pero con mi hija Madeleine no fui un buen padre. No sé en qué momento me dejé influenciar por el arzobispo Murphy, y lo que hice con esa pobre muchacha en el embarazo no tiene el perdón de D-os. No hay excusa alguna que valga y cuando muera necesito que le hagas saber a ella que siempre fue la luz de mis ojos, mi princesa hermosa, y que en mi corazón siempre la recordaré como ese ángel que iluminó mi existencia. Aún hoy me cuesta encontrar el valor y las palabras correctas para escribirte esta nota, pero es algo que no puedo ocultar un segundo más. Creo que nunca voy a encontrar el momento adecuado y por más difícil que te resulte, necesito que seas tú la que le hagas llegar este mensaje. El secreto que estoy por contarte nos destruyó por completo la vida y debo, de alguna forma, reparar el daño que les ocasioné.

No sé la razón, pero a esas alturas ya no escuchaba al viejo Benet y en su lugar mis oídos percibían la dulce voz del señor Thomas. Sentí cada una de sus palabras como si salieran directo desde su corazón, y en su angustia sentí su inmenso dolor como si fuese el mío propio. Su tragedia se convirtió en la mía, sus remordimientos atormentaron mi tranquilidad y su llanto cubrió de lágrimas mis ojos.

Nunca olvidaré la noche del 30 de abril de 1982. Ese día marcaría para siempre el fin de mi vida. No sé si tú recuerdas esa noche, pero fue el día en que llevamos a Madeleine al hospital para que diese a luz al niño que la obligué a llevar en su vientre, ¿lo recuerdas?

—Por supuesto —le contesté, pensando que me escuchaba—. Ese día le agradecí mil veces a D-os por no haber permitido que ese bastardo sobreviviese.

> *Todo lo que viste ese día fue una farsa, una ilusión, un truco de magia, un plan macabro que durante semanas ideamos el obispo Murphy y yo.*

Como si el tiempo no existiera, me trasladé de nuevo a aquella noche y volví a vivir la angustia y el sufrimiento que pasé durante esas horas. Fue entonces cuando recordé los angostos pasillos blancos de aquella vieja clínica, el rosario en mi mano, la Biblia que no soltaba y mi rezo perpetuo. Rememoré a la enfermera que, desesperada, le pedía al padre Murphy que la acompañase y como minutos después salía de nuevo a pedirle al señor Thomas para que también la siguiera. Luego repasé con una extraña claridad el momento exacto en el que por fin pude entrar a ver a mi niña y recordé con dulzura la alegría que me provocó ver el cuerpecito de ese bastardo muerto envuelto en sábanas, cubierto en su totalidad, como un paquete de ropa sucia listo para ser llevado a la lavandería. Cómo lo iba a olvidar si ese fue uno de los instantes más alegres de mi vida.

> *Sí, Stella, lo que viste ese día no fue más que una obra de teatro, un engaño burdo y malévolo. En un momento estuve tentado a compartirte lo que en realidad sucedía, pero en ese momento seguía creyendo que hacíamos lo correcto, que solo D-os tenía el derecho de quitar la vida y cuando vi tu cara de emoción al confundir el cuerpo del niño con el nudo de sábanas sucias, se me esfumó el poco valor que en algún instante llegué a tener. En esa algarabía infinita que mostrabas, preferí guardar silencio, tragarme mi propio pecado y hacerte creer lo que tus ojos quisieron ver esa noche… El niño nunca murió, Stella.*

—No puede ser, señor Thomas —le grité en la desesperación de mi cuerpo atormentado—. Yo lo vi con mis propios ojos…

> *Hay veces en la vida que es mejor vivir engañado a tener que verse expuesto a una realidad que no estamos preparados para aceptar. Esa noche preferí engañarte y te pido disculpas. Cuando el padre Murphy ingresó a la sala de parto, lo hizo para tomar a ese niño y llevarlo a uno de los tantos orfanatorios que controlaba su diócesis.*

De nuevo me vi en esa sala y fue entonces cuando me di cuenta de la aterradora verdad. Reconstruí en mi cabeza cada uno de mis recuerdos y por más que lo intenté, no logre visualizar al obispo Murphy. Para cuando yo entré, él ya no estaba… Y esta vieja estúpida ni siquiera notó su ausencia y olvidé para siempre el llanto de ese niño que nunca amé.

—Nooooooo —grité en mi desolador silencio.

La verdadera sorpresa llegó quince minutos después. Lo inimaginable sucedió cuando fui yo el que ingresó a ese cuarto. No fue un niño, Stella, fueron dos. Te lo juro que cuando lo vi me provocó estrangularlo, pero antes de que pudiese reaccionar, el anestesiólogo me lo arrebató y salió con el otro niño en brazos a buscar al padre Murphy. Pasé doce años sin volver a saber de ellos y con el paso del tiempo pensé que había logrado borrarlos para siempre de mi mente. Todo resurgió el día en que el obispo Murphy agonizaba en su lecho de muerte. Salí corriendo a darle mi último adiós y con sus últimas palabras me contó lo que nunca quise escuchar. «¿Te acuerdas de los dos niños?», me dijo, moribundo. «Por supuesto», le contesté. «Antes de morir quiero que sepas que están bien… Al primero de ellos lo adoptó una familia… McLaren, si mal no recuerdo», me contó.

—¡Esto no puede ser! —sollocé.

«El otro sigue viviendo en un orfanatorio de Baton Rouge», continuó sabiendo que pronto moriría. «Para evitar que alguien los pudiese ligar con tu familia, falsifiqué sus fechas de nacimiento, los hice nacer unos años antes y al niño que adoptaron le conseguí un certificado de nacimiento falso... Sé que la decisión que tomamos fue muy dura, pero creo que D-os va a estar orgulloso de que salvamos a esas dos almas», me dijo con su último aliento. Esa es mi dolorosa verdad, Stella. Ese es mi secreto. Sé que eres la única capaz de contárselo a Madeleine y te pido mil veces perdón por ponerte en esta difícil situación. Soy un hombre solo y nadie, nadie, excepto tú, puedes librarme de esta vergonzosa mentira. Fuiste más que una madre para mis hijos y te llevo siempre presente en todas mis plegarias. Que D-os te bendiga, Stella. Con mi eterno cariño, Christopher Thomas.

—¿Qué le parece la historia? —me preguntó el desgraciado de Benet con esa sonrisa odiosa de siempre, mientras yo me reacomodaba en mi lecho de muerte.

—Es la vida ajustando cuentas conmigo —le contesté con un llanto desesperado.

—No llore —me dijo—. Las lágrimas de los negros son como las de los cocodrilos… ¡Falsas!

Para cuando terminé de escucharlo, sentí de nuevo ese desgarrador dolor en mi tórax y antes de que pudiese quejarme, las alarmas de los aparatos que controlaban mis signos vitales empezaron a sonar erráticas, bulliciosas. Traté de pedir ayuda, pero mi aliento se escapaba de mis delicados pulmones y sin siquiera poder abrir mi boca, los doctores y las enfermeras entraron despavoridos al cuarto.

—¡Todos fuera! —ordenó el doctor al ver que la vida se me iba. Segundos después perdí la conciencia y pensé que por fin moría.

CAPÍTULO 46

Madeleine Thomas se sentaba al borde de su cama. Con una mano sujetaba el soporte de metal sobre el que colgaban las bolsas de suero y los antibióticos, y con la otra sostenía el control de la televisión. Una cascada de lágrimas bajaba desde sus ojos y su mirada se perdía en las imágenes y los sonidos que aún emitían ese canal tres que Eric le habilitó y que ya no quería volver a mirar. «Santo cielo… ¡Son mis hijos!», pensó, devastada. Sin imaginarlo, ella escuchó como el viejo Benet leía la carta y con el corazón destrozado salió en busca de ese cuarto en donde Stella batallaba una vez más por sobrevivir. Con la mirada borrosa, un paso quebrantado y empujando a duras penas el perchero con el suero, le pidió a la primera enfermera que se le cruzó que la llevase donde ella. El camino se le hizo eterno y sintió como sus piernas flaqueaban a cada paso. El dolor de las heridas que apenas empezaban a sanar floreció de nuevo y sintió que se desmayaba una y otra vez. Para cuando llegó, miró a Charles y a Benet, que esperaban como un par de estúpidos en el pasillo. A duras penas se les acercó, y con la voz entrecortada les gritó:

—Qué le han hecho, por amor a D-os.

—Yo traté de evitarlo —le dijo Charles, desconsolado—, te lo juro, Madeleine… Traté de evitarlo.

—¡Con tratar no basta! —lo juzgó sin siquiera considerarlo—. Y a usted, desgraciado —su mirada acosó el rostro enrojecido de Benet—, a usted le voy a destruir la vida hasta que se arrepienta de haber nacido.

—¿De qué habla, babosa? —preguntó el desalmado—. Yo no he hecho nada.

—¿Ah no? —le contestó Madeleine, endemoniada, al tiempo que le arrancaba de sus manos la carta que su padre escribió pensando que nunca sería traicionado—. ¡Lo vi todo en la televisión, infeliz! Escuché cada una de sus palabras, las palabras de mi padre que aún no ha

muerto y su asqueroso chantaje... Tengo en mis manos la evidencia —esta vez ella apretujaba las viejas hojas de la maldita confesión— que demuestra la clase de abogado corrupto que ha sido toda su vida y me voy a encargar de dejarlo en la ruina, ¡hijo de puta!

Una decena de doctores entraban y salían tratando de resucitarla. Minutos después Natalie se les unía en la angustiante espera y, abrazados por un dolor compartido, juntos le pedían a D-os la oportunidad de volverla a ver con vida. Justo cuando pensaron que no se podría hacer nada más por ella, el doctor jefe salió. Llevaba la frente y la bata médica cubierta de sudor, el aliento exaltado y un rostro desanimado. Todos enmudecieron, lo miraron a los ojos y esperaron escuchar lo peor.

—Stella ha sufrido un nuevo infarto —les anunció, desilusionado—. Perdimos sus signos vitales en dos ocasiones, pero logramos resucitarla con el desfibrilador… Está agonizando y no hay nada más que podamos hacer por ella. Si quieren despedirse, este es el momento.

Madeleine, Natalie y Charles ingresaron a ese cuarto sabiendo que sería la última vez que la verían con vida. Los tres lloraban descontrolados, arrepentidos por todos los desplantes que en algún momento le hicieron y reclamándole al cielo la injusticia de una muerte que quizás hubiesen podido evitar.

§

Los miré y sentí un enorme regocijo al verlos juntos. Me arranqué la mascarilla de oxígeno que me cubría la boca y con un enorme esfuerzo les dije:

—Charles, déjame escucharlo de tu propia boca… Necesito escucharlo de tu boca… ¿Amas a Natalie?

—Con todo mi corazón, Stella —me reconoció en un mar de lágrimas.

—Perdóname por no haberlos dejado amarse —les susurré con una voz intermitente—. Madeleine. —Traté de enfocarla con mi errática mirada, sin lograrlo.

—Aquí estoy, Stella —musitó, destrozada—. Justo a tu lado.

—Mi niña preciosa, necesito contarte algo terrible —le dije con un jadeo que se me cortaba entre cada palabra.

—Ya lo sé, Stella —me confesó, sujetándome la mano—. Sé lo del embarazo, lo de los gemelos… Lo sé todo.

—Uno de los muchachos es el del juicio —logré articular con mis últimas fuerzas—. Tienes que salvarlo…

—Ya lo hice, mi negra hermosa, ya lo hice —me aseguró en su dolorosa miseria.

—Estoy lista para partir —les dije mientras una lágrima bajaba

con lentitud por mi mejilla—. Tuve una vida maravillosa y quiero que nunca se olviden de eso…

Los cuatro nos tomamos de la mano y sin necesidad de planificar nada, cerramos los ojos, miramos hacia el cielo e imploramos al unísono:

—El Señor es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo... tu vara y tu cayado me infunden aliento. Tú preparas mesa delante de mí en presencia de mis enemigos; has ungido mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días.

Entonces cerré mis ojos y recordé lo que tantas otras veces me dije a mí misma: «Cada vez que la muerte ha rozado mis pasos, se aleja dejando una estela de vida, un hálito de esperanza. Es como si cuando alguien muere, otro nace. Se va una vida, pero florece una nueva historia. Se eleva un alma, pero del cielo se desprende un legado desconocido. Y es que en esta vida frágil y hermosa que nos han regalado no puede existir un comienzo sin que le preceda un fin, y la muerte no es otra cosa que el principio de algo nuevo».

Tomé un último respiro, abracé a la muerte con mi alma desnuda y me dejé llevar, con una tranquilidad que jamás experimenté.

CAPÍTULO 47

Para cuando Madeleine Thomas se presentó de nuevo ante sus televidentes ya no mostraba los signos de la paliza que durante días le desfiguró el rostro. A pesar de que su paso no era del todo firme y su hombro aún no terminaba de sanar, había recuperado la suficiente movilidad como para poder depender de sí misma. Todavía llevaba en su memoria el doloroso recuerdo de la muerte de Stella, de ese funeral que le desgarró el corazón, del vulgar chantaje del viejo Benet y del tímido sentimiento de culpabilidad que sentía por los dos muchachos que, sin querer, concibió en sus entrañas. Ned Davis la miró con nostalgia y no pudo dejar de admirar su belleza, la facilidad de su verbo y la brillante carrera que juntos edificaron. A diferencia de otras veces, Madeleine decidió no maquillarse, utilizó el vestido más sencillo que encontró y ante la brillante luz de los reflectores que la iluminaban en el estrecho set de grabación, les dijo a todos lo que ya no podía guardarse un minuto más.

—Mis queridos amigos, durante quince años tuve la bendición de presentarme en todos sus hogares. Junto a ustedes hemos desenmascarado crímenes horribles, hemos logrado llevar a la justicia a malvados que pensaron que jamás serían descubiertos y les hemos devuelto, a cientos de víctimas, una parte de esa dignidad que perdieron en manos de esos asesinos. Ha sido un viaje maravilloso y me siento honrada de haber compartido con ustedes este espacio. Como muchos de ustedes saben, hace algunas semanas estuve a punto de perder mi vida. Por una simple casualidad, caí en las manos de un terrible asesino y estuve a punto de ser aniquilada. Ese mismo criminal estuvo a punto de lograr que el señor Timothy McLaren, a quien durante semanas señalé como el único culpable de la muerte de Alyssa Jones y Ray Harvey, fuese sentenciado a muerte. Como periodista violé uno de los principios éticos más elementales de mi profesión y me dejé llevar por una simple corazonada. Olvidé el

derecho supremo que tiene todo ser humano de ser considerado inocente hasta que se demuestre lo contrario, y por ello le debo una disculpa a ustedes, a todos mis colegas, pero sobre todo al señor McLaren y a su estimable familia. A pesar de estar comprometida por el resto de mi vida en la lucha contra el crimen, he tomado la decisión de hacer una pausa en mi carrera profesional. Regresé a Nueva Orleans a reportar un crimen y, sin saberlo, me reencontré conmigo misma, con una vida que creí olvidada, con mis verdaderas raíces y con una familia que hoy me necesita más que nunca. A partir de hoy, le cedo la enorme responsabilidad de este maravilloso programa a mi querido Eric Flenigan. Eric ha sido mi asistente por años y sé que está mejor preparado que cuando yo inicié… Quedan todos ustedes en inmejorables manos. Les agradezco el apoyo, la solidaridad y el cariño que me mostraron durante todos estos años… ¡Siempre los llevaré en mi corazón!

Algunas lágrimas cayeron de sus ojos. De seguido, las cámaras voltearon un tanto y mostraron ahora la imagen de Eric. Llevaba un elegantísimo traje azul marino, una corbata de seda del mismo color, y, a diferencia de su anterior intervención, esta vez se revelaba seguro, aplomado y dispuesto a tomar ese reto que la vida le regalaba.

—Gracias, Madeleine —le dijo él con un abrazo que se extendió unos segundos de más, mientras le entregaba un gigantesco ramo de rosas blancas—. Esta será siempre tu casa… Te vamos a extrañar. —concluyó justo antes de retomar la programación regular—. La audiencia preliminar del imputado Francis Kramer está programada para este jueves en horas de la mañana… A pesar de que el imputado confesó haber cometido los asesinatos, se rumora que… —continuó Eric como si fuese un día común y corriente.

Algunos minutos después Dwight Turner la recibía con un suave beso y con su abrazo intentó asegurarle que todo estaría bien. Sus ojos aún se cubrían con un sutil llanto y ella sentía, con cierta melancolía, que dejaba de lado una parte importante de su vida.

—¿Estás bien? —le preguntó Turner algo preocupado.

—He estado mejor… —le contestó ella triste, pero con dulzura—, estoy segura de que vendrán mejores días.

—¿Quieres seguir adelante con la fundación? —le dijo él recordándole que aún estaban a tiempo para cambiar de parecer.

—Por supuesto —le contestó Madeleine con una caricia.

—¿Qué quieres hacer con la defensa de Kramer? —preguntó Turner, sabiendo que el tema era delicado.

—Nada… —dijo Madeleine, indiferente—. No tengo nada en común con él —exhaló, reconociendo el inmenso dolor—. Siempre fue y será un absoluto desconocido en mi vida. ¿Ya sabemos algo de Cohen? —cambió por completo el tema.

—Nos está esperando —le respondió

Durante semanas Madeleine y Dwight planificaron una estrategia con la que intentarían reclamar justicia y reiniciar juntos una vida llena de aventuras. Para cuando llegaron a la pequeña nueva oficina que juntos escogieron, Daniel Cohen se sentaba en su escritorio, tranquilo, valiente y orgulloso de ejercer una profesión que amaba con cada respiro. Los técnicos aún batallaban por terminar de instalar el aire acondicionado y en esa horrible humedad que aún se vivía en el inicio del otoño, Cohen tomaba una gaseosa helada en un intento por refrescarse del sofocante ambiente de la tarde.

—Hola, Daniel —le dijo Madeleine, ansiosa—. ¿Cómo te fue?

—Inmejorable —le contestó.

Fue en ese momento que les compartió, con un sabor dulce en su boca, el encuentro que horas atrás había tenido con el bastardo de Benet. Tenderle la trampa resultó más sencillo de lo que pensaban, y de no haber sido por la ocurrencia de Charles y por la ayuda voluntaria de su mayordomo, quizás hubiese sido imposible sacarlo tan fácilmente de su casa. Como de costumbre, el Zorro Blanco fumaba instintivamente de su pipa y ni siquiera se percató del constante chirrido que emanaba de ese teléfono que nunca se dispuso a contestar.

«Disculpe que lo interrumpa» —le dijo el mayordomo, sabiendo que lo traicionaba—. «Hay un señor que quiere hablar con usted… No quiso darme su nombre».

«¿Cuántas veces le he dicho que no me pase llamadas anónimas?, negro estúpido…» —repudió Benet como de costumbre.

«Lo siento, señor» —lo interrumpió sabiendo lo que vendría—. «Dice que tiene tres barricas de un borbón con treinta años de añejamiento y que le dieron su nombre para…»

Por supuesto que el viejo de Benet no lo dejó terminar, tomó de inmediato el aparato y con una mueca de desaprobación echó a ese hombre que durante toda una vida lo único que hizo fue mimarle cuanto gusto se le ocurriese.

«Buenos días» —dijo, saboreando en su boca el sabor de ese viejo *whisky* que desde hacía años se la había convertido en un vicio caprichoso—. «Escuché que tiene una buena oferta para mí» —apuntó el viejo sin siquiera sospechar del ardid.

«Así es, señor Benet» —le confirmó Tyrone Smith, el hermano de Stella que ahora se hacía pasar por un virtuoso coleccionista—. «Tengo tres barricas selladas y certificadas de la empresa Orphan Barrel Whiskey Distilling Company. Cada una tiene treinta años de añejamiento…».

«Las quiero» —interrumpió el odioso de Benet—. «¿A qué precio me las piensa dejar?».

«A $16,000.00 cada una» —le contestó Tyrone, conociendo de antemano el valor de mercado.

«¿Y si le compro las tres de contado?» —propuso el Zorro Blanco.

Tyrone, Cohen y Charles escuchaban con placer el chantaje y, sin necesidad de ponerse de acuerdo, guardaron silencio por algunos segundos.

«¿Sigue ahí?» —repreguntó Benet luego del impase.

«Sí» —le contestó Tyrone, creando aún más suspenso—. «Ni un centavo menos de $44,000.00…».

«Trato hecho» —interrumpió nuevamente el viejo—. «¿Conoce la dirección de mi casa?».

«Señor, creo que se ha confundido. No hacemos entregas a domicilio y menos tratándose de este tipo de mercancías» —apuntó Tyrone, valiente—. «Si las quiere, va a tener que venir personalmente a nuestras bodegas» —hizo una breve pausa y apuntó—: «Solo aceptamos transferencias bancarias».

Una hora y media después, Scott J. Benet llegaba a una bodega del viejo distrito en donde durante medio siglo se empacó toda la carne de la ciudad y le ordenaba a su mayordomo de siempre aparcarse justo frente a la dirección que Tyrone le indicó: 735 Camp Street. Para cuando el viejo Benet ingresó, llevaba su impecable traje de lino blanco, el corbatín escarlata y el mismo sombrero panameño de siempre. Como de costumbre, una densa columna de humo salía de su boca y miraba con asombro la cantidad de barricas que se apilaban a ambos costados de aquella gigantesca cava. Jamás se imaginó que esos cientos de barriles estaban completamente vacíos y solo se acumulaban esperando que algún comerciante de segunda mano los comprara para ahorrarse un poco de dinero y darle un sabor artificial a un destilado que no podía esperar años para salir al mercado. Para cuando llegó al extremo sur se encontró con Tyrone, que lo esperaba sentado en un viejo escritorio de madera, una silla igualmente antiquísima y las tres barricas que tanto ansiaba.

«No sabía que ahora los negros se dedicaban a coleccionar bebidas hechas para nosotros los blancos» —se dejó decir con desprecio al notar el tono oscuro de su piel.

«Si eso le incomoda, solo me lo dice y de inmediato llamo a mis *tres negros* para que le den una paliza» —amenazó Tyrone, aprovechándose de que en la mente enferma de Benet solo podían existir hombres de color agresivos y violentos—. «¿Trajo los datos para hacer la transferencia electrónica o vino a desquitarse de todo lo que no ha podido hacer contra mi gente en los últimos treinta años?».

El viejo Zorro Blanco ni siquiera se inmutó y ante la disyuntiva de tener que entregarle el dinero a un desconocido, le refunfuñó:

«Si usted piensa que le voy a entregar $44,000.00 a un negro

maldito y vividor...»

Tyrone no lo dejó terminar con el insulto y con un estruendoso silbido que retumbó en todas las paredes llamó a tres de sus mejores amigos, que lo acorralaron haciéndolo sentir insignificante.

«Desnúdate» —le demandó el más grandullón de todos mientras que Steven, el asistente de Turner, cerraba con llave la puerta de la bodega.

«No me hagan daño» —suplico Benet, sumiso—. «No fue mi intención ofenderlos…».

«¡Que te desnudes!» —le ordenaron nuevamente, ahora con tres gigantescos machetes que le rozaban el cuello, la inmensa papada colgante y la entrepierna, justo donde le caía el escroto.

El viejo Zorro Blanco sintió que desfallecía y con unas manos temblorosas se fue desprendiendo de ese odioso traje de lino blanco, de los tirantes que le sujetaban los pantalones y de la camisa almidonada que no mostraba una sola arruga. Cuando quedó únicamente con esos gigantescos calzoncillos blancos, los zapatos puestos y unas medias con rombos de colores que le llegaban hasta las rodillas, uno de los muchachos le amordazó la boca, le puso los brazos atrás y lo anudó con un gruesa correa de cuero.

«A ver, muchachos» —dijo Tyrone a sus pupilos—. «Enseñémosle a este racista de mierda lo que hacemos con malnacidos como él…».

No tuvo siquiera que terminar de dar lo orden cuando los tres levantaron sus machetes al aire y, sin siquiera coordinarlo, gritaron desaforados, balanceando sus filosas puntas contra la silueta del viejo Benet. El Zorro cerró sus ojos, chilló como un puerco cuando sabe que está a punto de ser degollado y antes de que pasara un segundo se orinaba y defecaba sobre sí mismo. Una carcajada colectiva se dejó escuchar, y para cuando abrió los ojos supo que seguía vivo, cagado de la cintura a los pies y con un viejo conocido frente a él.

«Benet, Benet, Benet…» —le dijo Charles, tratando de contener su risa—. «¿De verdad pensaste que te íbamos a facilitar la vida matándote? Vas a tener que sufrir algunos meses más antes de poder irte directo al infierno. Ya conoces a Daniel Cohen, ¿verdad? —continuó—. A diferencia tuya, el sí es un abogado decente, con escrúpulos… un buen ser humano. Como no existe forma alguna de que entiendas cómo funcionan las cosas en esta vida, él te va a ayudar a que comprendas de una vez por todas lo que haces aquí».

En un abrir y cerrar de ojos, un gigantesco televisor se postraba frente a Benet y le mostraba su propia cara grabada en el hospital, justo cuando, a viva voz, le leía la carta a Stella a cambio de su asqueroso chantaje. Daniel Cohen dejó que la imagen se repitiera una, dos, tres veces, y preciso cuando iba a comenzar a rodar de nuevo, fue el propio Benet el que pidió que la detuviesen.

«¿Qué es lo que quieren de mí?» —preguntó, derrotado, mientras sentía como sus propios excrementos le quemaban de a poco la piel.

«La verdad es que nos gustaría dejarlo en la ruina» —le sonrió Cohen, haciéndole saber con el simple tono de su voz de que no existía posibilidad alguna de negociación—. Pero decidimos darnos por satisfechos con una pequeña humillación de dos millones de dólares…».

«¿¡Dos millones de dólares!? Me va a tener que matar antes de que le permita chantajearme de esa forma» —lo interrumpió Benet con lo último de valentía que le quedaba.

«No creo que eso sea necesario» —lo refutó Cohen, acercándosele un tanto y cubriéndose la nariz de ese asqueroso olor a mierda—. «Creo que sigue sin entender» —le dijo con una extraña tranquilidad —. «Ese video que le acabo de mostrar, no una, ni dos, sino tres veces, quedó grabado en los equipos de video del canal en donde trabaja Madeleine Thomas. Como entenderá, le hemos sacado más copias que la próxima edición de la revista *Playboy* y si usted no hace exactamente lo que le estoy proponiendo, mañana mismo me encargo de que salga en todos los noticieros de la ciudad. No solo eso…» —se detuvo unos segundos para tomar un poco de aire—, «¿ve a este señor?» —su dedo índice señalaba ahora a Steven—. «Él es uno de los jefes de investigación de la Policía del Octavo Circuito de Nueva Orleans, y ¿adivine qué? Ya tiene las primeras tres copias de su chantaje, de su racismo y, sobre todo, tiene las copias de ese video en donde usted violó el secreto profesional en contra de un cliente suyo que aún no está muerto y que le giró instrucciones específicas de no entregarle ese sobre a nadie hasta que falleciese. Si usted no cumple con su parte del trato o se le ocurre filtrar una sola copia de la carta que le entregó el señor Thomas, mañana mismo iniciará una investigación en su contra, con prisión preventiva, y le entregará este video a la Corte Suprema y a la Barra de Abogados del Estado de Luisiana… La tercera se la haremos llegar a esta lista interminable de clientes a los que atropelló durante años con sus asquerosas manipulaciones».

«¿Acaso no se da cuenta de que me está extorsionando?» —preguntó, tratando de buscar un arreglo.

«Por supuesto que lo estoy extorsionando» —le contesto Cohen, quien se hacía acompañar nuevamente de los tres amigos de Tyrone —. «Estoy haciendo lo mismo que usted ha hecho toda una vida, pero con una pequeña diferencia… Lo nuestro es por una buena causa y yo no aparezco cometiendo el delito frente a las cámaras, ¡usted sí!».

«¡Esto es una mierda!» —gritó el viejo, ofuscado y rendido.

«Su vida entera es una mierda» —concluyó Cohen.

Para cuando Tyrone ordenó desatarle el nudo en sus muñecas, el

viejo ya estaba rendido de tanta vergüenza. Tan solo bastó un teléfono para que en menos de dos minutos llamase a su agente personal de banca y este ejecutase la transferencia de forma precisa. Fue entonces que Cohen abrió su computador portátil, ingresó a la cuenta bancaria que habían destinado para ello y con un brillo reluciente en sus ojos, verificó que el dinero finalmente estaba ya acreditado.

«Déjenlo ir, muchachos» —ordenó Tyrone.

Con más cobardía que recato, el maldito de Benet se vistió apresurado. Esta vez la camisa almidonada estaba completamente arrugada, la pipa no soltaba humo y sus pantalones del blanco traje de lino dejaban traslucir los manchones de mierda que el viejo nunca pudo contener. Salió de aquella bodega cabizbajo, humillado, destruido y más amargado que nunca, y, a pesar de que pensaba que con la huida terminaban sus tormentos, un par de pasos más le fueron suficientes para saber que aún le quedaba un pequeño asunto por resolver. Ahí, junto a su vehículo, buscó desesperado al mayordomo, a aquel hombre que tantas veces le sirvió y lo ayudó, pero esta vez no hubo auxilios ni rescates o rastro alguno de él. Trató desesperadamente de abrir la puerta del conductor y luego de al menos diez intentos entendió que su esfuerzo era en vano. Después de un forzado suspiro divisó la pequeña nota que se recostaba sobre el asiento del conductor y tras hacer un verdadero esfuerzo, finalmente pudo leer lo que decía: «¡Renuncio, malparido! Espero que con ese culo cagado ningún taxi de la ciudad se anime a llevarlo de regreso a casa». Minutos después se subía en uno de ellos y antes de que lo echasen como a un perro apestoso, no tuvo otra opción que confesarle: «Tomé» —le reconoció, avergonzado—, le pago cien dólares adicionales por el inconveniente».

Madeleine escuchó gustosa la historia, pero de inmediato una duda le invadió la conciencia.

—¿Qué garantías tenemos de que no sacó copias de la carta que escribió papá?

—Ninguna y todas —le respondió Cohen—. Salió realmente humillado y no creo que quiera verse expuesto de nuevo a una situación así. Además, le dejamos más que claro que tenemos el video del hospital en donde confesó haber violado todas las reglas del secreto profesional... Él sabe perfectamente que si habla se le acaba la vida.

—Eres un gran abogado —le reconoció ella.

—Es la segunda vez que me lo recuerdas —apuntó él con humildad—. Me lo voy a terminar creyendo. De todas formas, lo que hicimos con Benet nunca hubiese dado resultado de no ser por tu hermano Charles —la confrontó, sabiendo que aún quedaban resentimientos—. Se ha portado como un verdadero hermano.

Madeleine tomó la confirmación de la transferencia bancaria, volvió a sacar la carta que algún día su padre escribió sin saber que sería traicionado y trató de palpar con la yema de sus dedos el trazo de las letras que su viejo dejó grabadas en aquellas hojas de papel.

—¿Pudiste hablar con Timothy? —le preguntó Madeleine.

—Sí —aseguró Cohen.

—¿Y qué te dijo?

—Que le interesaba, por supuesto…

—¿Ya sabe que soy su madre? —lo interrumpió Madeleine con la pregunta.

—Jamás —contestó Cohen, que reconocía lo delicado del tema—. Eso es algo que no me corresponde.

Fue entonces cuando Madeleine tomó el teléfono, marcó el número de Timothy y, sintiendo el latido acelerado de su corazón, esperó ansiosa a que contestase.

—Aló —dijo el muchacho con su voz temblorosa.

—¿Timothy?

—Sí, ¿con quién hablo? —preguntó él.

—Es Madeleine Thomas —le respondió—. Recién conversé con Daniel Cohen y me ha comentado que te interesaría trabajar con nosotros en el nuevo proyecto que queremos lanzar.

—Por supuesto, señora Thomas —dijo ahora el muchacho con un respeto absoluto—. Nadie me quiere dar trabajo, ¿sabe?, me siguen viendo como a un asesino. De hecho, creo que siempre seré visto como el asesino de esas dos personas y necesito mantener a mi familia… ¡Estamos pasando hambre! Sigo sin entender muy bien qué es lo que vamos a hacer —le confesó Timothy algo nervioso.

—La idea es abrir una fundación de interés social para ayudar a resolver crímenes. Hay muchas personas que no recibieron un juicio justo o que sus casos no han podido resolverse —le explicó Madeleine —. Vamos a tratar de llevarles justicia a personas que, como tú, no tenían posibilidad alguna de defenderse.

—Tengo muchísimo que aprender… —le dijo asustado con el reto.

—Por supuesto, pero lo primero que tienes que hacer es dejar la droga, la mentira, la manipulación… —lo interrumpió ella, preocupada y sabiendo que, sin eso, el trabajo no le serviría de nada.

—Desde que fui arrestado no la he vuelto a tomar, ¿sabe? —le aseguró Timothy—. Soy consciente de mis debilidades…

—Eso no es suficiente —lo interrumpió Madeleine sin contemplaciones—. No puedes reinsertarte en la sociedad sin pasar antes por un programa completo de rehabilitación. Esa es mi única condición…

—¿Y quién velará por mi familia? —intervino, sabiendo que no contaba con los medios para pagarlo—. En estos momentos el dinero

no me ajusta ni para la comida.

—Por eso no te preocupes —le dijo ella mientras miraba con una sonrisa la transferencia electrónica que Benet recién ejecutó—. En el tanto te cures de esa adicción y te mantengas sobrio y responsable, yo misma me voy a encargar para que no les falte nada... No quiero que te preocupes por el dinero, pero no podemos ni vamos a permitir que te sigas destruyendo la vida con esa droga.

El silencio se apoderó por unos segundos.

—No tengo cómo agradecérselo, ¿sabe? —le reconoció, sabiendo que el camino por delante no sería fácil.

—Por supuesto que tienes cómo agradecérmelo… Recuperándote y dejando esa basura para siempre —le advirtió Madeleine.

Días después se sentaban uno enfrente del otro. Timothy se sintió un tanto cohibido ante tanta opulencia y Madeleine, que ahora se paseaba por los pasillos de su gigantesca casa sin dejar a su padre un minuto a solas, pensó que quizás sería una buena oportunidad para retomar esa relación perdida. Christopher Thomas se apoyaba inmóvil sobre esa silla mecedora que no dejaba de oscilar, con la mirada perdida, su cabeza tumbada hacia un costado y una boca a medio abrir que no dejaba de salivar. Sin saber por dónde empezar y menos qué decir, Madeleine le tomó una mano al muchacho, sintió como la sangre corría apresurada por sus venas, suspiró profundo y con una voz que temblaba le dijo:

—Este es mi padre, Timothy.

«Tu abuelo», pensó ella.

—¿Qué tiene? —preguntó él al notar la discapacidad.

—Alzheimer —le contestó mientras que con una servilleta le secaba suavemente la boca una y otra vez—. No se acuerda de nada ni de nadie.

—Lo siento mucho.

—Gracias, Timothy —le dijo Madeleine, recordando sus mejores años junto a él—. Al menos no está sufriendo... ¿Te puedo contar algo?

—Por supuesto, señora —le dijo, sin siquiera sospechar lo que vendría.

—¿Sabías que fui violada cuando tenía tan solo catorce años?

—No, no lo sabía —le contestó, asombrado.

—Era una hermosa tarde de verano y yo salí a buscar mis blancos capullos de algodón...